

Miguel Mora Alviárez



Girardot

EL CORAZÓN DE LA
INDEPENDENCIA

novela

E|m
EDICIONES | *madriguera*

Facebook

Ediciones Madriguera

Instagram

@edicionesmadriguera

Correo electrónico

edicionesmadriguera@gmail.com

Sitio Web

<http://www.edicionesmadriguera.com.ve/>

Girardot
EL CORAZÓN DE LA INDEPENDENCIA

EDICIONES MADRIGUERA

© Miguel Mora Alviárez, 2022.

© A. C. Madriguera, 2022.

<http://www.edicionesmadriguera.com.ve>

edicionesmadriguera@gmail.com

Mérida – Venezuela

Edición: Ennio Tucci

Portada: Óleo: *La muerte de Girardot en Bárbula* del pintor venezolano
Cristóbal Rojas (1858-1890), actualmente en la colección del Museo
Bolivariano de Venezuela, Caracas.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: ME2022000099

ISBN 978-980-433-084-1

Miguel Mora Alviárez

Girardot

EL CORAZÓN DE LA
INDEPENDENCIA

*A la Memoria de Manuel Atanasio Girardot Díaz
y de tantos jóvenes que ofrendaron la vida
por la independencia y la libertad,
ejemplos de valentía y amor patrio,
cemento infinito de la hermandad
posible entre dos repúblicas,
Colombia y Venezuela.*

Capítulo I

Entre sorpresas

La naturaleza premió el territorio donde los indígenas nutabes de las tribus ebéjicos y peques se asentaron mucho antes de la llegada de los invasores españoles, en esa parte de la Provincia de Antioquia, con varios climas, según la altura y dueña exclusiva de una riqueza vegetal incomparable, con bosques secos hasta bosques húmedos bañados por un goteo incesante del cielo dando lugar a una masa vegetal abundante, diversa y exuberante. Los indígenas nutabes en general fueron agricultores de maíz, frijoles y frutales diversos. Entre laboriosos y muy aplicados, los indígenas primeros pobladores de lo que hoy es San Jerónimo invertían tiempo buscando oro sigilosamente en la cuenca del río Aurra para el intercambio con otros indígenas. Nadie sabía con propiedad de dónde provenía el poco pero codiciado oro que usaban como parte de los trueques entre ellos y con pobladores de regiones próximas.

Esa tierra tenía la magia de la diversidad y los nutabes disfrutaban su estancia cerca de las aguas cristalinas que cruzaban el territorio, deslizadas por los cauces de muchas quebradas para reunirse frescas en el río Aurra, con el solo fin de que esos primitivos pobladores no pasaran sed nunca. Aun siendo pocos los pobladores nativos en esas áreas que eran estribaciones de la cordillera central, ellos conocían muy bien el territorio y lo incorporaban en sus historias y cantos, en su lengua chibcha. En algunos momentos de encuentro, la selva espesa mezclaba la calma de los atardeceres con cantos gloriosos. Pero la calma, un día cualquiera de finales del siglo XVI, se interrumpió.

Fue la codicia, ese flagelo humano, la que llevó a los primeros españoles a incursionar en la cuenca del río Aurra, informados como estaban de la casuística del oro entre sus pobladores originarios. Los españoles entraban y salían del territorio dejando la huella del martirio ante el mutismo de quienes la perseverancia antes que la abundancia los dotaba de cuando en cuando de pepitas de oro. Cierta vez, un español sugirió a los indígenas salir a buscar oro y estos se negaron. Temiendo que vendrían retaliaciones, los indígenas se reunieron, discutieron y luego accedieron a acompañarlos. Llovía mucho en la cuenca y el río estaba crecido. Entonces, enviaron varios indígenas a explorar aguas arriba, en esos días tan lluviosos, y responder luego si creían factible buscar oro ante tanta lluvia. Así fue. Al regreso de los indígenas exploradores, la opinión fue favorable y recomendaron la excursión. Después de casi un día de camino, selva y aguas arriba, decidieron descansar. Fue allí cuando muchos indígenas escondidos en la selva hicieron una celada a los españoles para cobrar los martirios provocados a su tribu. En esas montañas húmedas y frías los cuerpos de los españoles se convirtieron en alimentos de animales salvajes y luego de las plantas. Ninguno de los españoles regresó a su origen.

Fue en el segundo decenio del siglo XVII cuando un grupo mayor de españoles se asentó en esa tierra privilegiada por la naturaleza y se funda San Jerónimo de los Cedros, en clara alegoría al beato traductor de las Santas Escrituras al latín y al griego, pero también en reconocimiento a la verdadera mina conseguida, una abundancia de cedros que no negarían nunca la madera para construir un templo y las viviendas y enseres de los fieles que comenzaron a llegar a vivir de la calma y de las maravillas del paisaje natural. En pocos años, la población indígena había sido diezmada y los indígenas restantes eran colaboradores en trabajos de la agricultura y en otras actividades de las familias españolas asentadas allí.

El tiempo como el agua del río Aurra siguió su curso, San Jerónimo siguió recibiendo nuevos pobladores y la población

creció sobre su propia genética dominante española, y cerca del último decenio del siglo XVIII un joven francés se apersona en el lugar mostrando su entusiasmo por el dominio de muchos conocimientos que podían ser útiles a la comunidad, pero también reviviendo la esperanza por conseguir el oro que nunca se encontró en abundancia. Se trataba de don Jean Louis Girardot Bressant, un blanco circunspecto que había llegado dos años antes de Europa y sobre quien nadie dudaría a primera vista que era un francés y menos cuando hablaba el castellano con esa pronunciación afrancesada por la que algunas mujeres se desvivían, pero disimulaban ante sus familiares y vecinos.

—*¡Mon amour!* —dijo una joven confundida cuando trató de decir don Louis.

Eso fue un escándalo familiar que se pagó con una cena muy especial preparada con carne de animales de la montaña, para limar el atrevimiento de la hija; a aquella joven le fue impedido sentarse a la mesa. Terminada la cena y con las velas exhaustas que alumbraban la gala, buscaron la joven en su aposento para que pidiera disculpas al invitado. Esta vez, muy formal prometió cuidar su lenguaje.

Para don Louis, de unos treinta y dos años esta fue la primera campanada de la iglesia para imaginarse casado con una mujer oriunda de las tierras del virreinato de la Nueva Granada. No sería esta atrevida joven que lo ha floreado, pero seguiría buscando la mujer de sus sueños, esa parte del oro espiritual que no estaba en sus primeros momentos en los planes de negocios. Así, Jean Louis Girardot Bressant consigue a su primera esposa en Tunja, durante un viaje de negocios. Pero, su matrimonio no funcionó por varias razones; siempre andaba viajando buscando oportunidades de inversiones y además María Teresa era una mujer frígida y poco amante de tener hijos. Ella se regresa a Tunja donde fallece. Esa viudez temprana lo deja con ganas de romper la soledad y la angustia lo más pronto posible.

Tiene un año viudo y es cuando corteja a doña Marta Josefa Díaz del Mazo y Hoyos, que entusiasmada por la buena pinta de este parisino y su prestigio como comerciante de oro, accede al matrimonio, en 1790. Con apenas 8 años en tierras de la Nueva Granada, Louis lleva dos matrimonios, le encantan sus mujeres y aprovecha el tiempo para relacionarse en paralelo con otra bella dama, doña Josefa García. Dicen que si Louis no hubiera tenido algo de recato el almanaque no tendría días marcados sin hacer el amor, en esos años que anduvo por la Provincia de Antioquia.

La fama de hombre rico y buenmozo era su presentación, y su esposa actual era al contrario de la primera, deseosa de tener una familia grande. Doña Marta se embaraza tempranamente, vive en una hermosa casa en San Jerónimo, cultivada con muchas flores y con un cuarto especial que funcionaba como despensa de los exquisitos vinos que degusta de cuando en cuando su esposo. Allí comenzaron los planes para vencer los miedos de Louis en la medida que avanzaba el embarazo. Siempre recordaba que París tenía una calidad sanitaria muy superior a la conseguida en la provincia de Antioquia, y San Jerónimo era huérfana de servicios médicos, no sabría qué hacer si se presentaba una complicación a la hora del parto. En todo caso una empírica comadrona de la comunidad iba con frecuencia a revisar a doña Marta y siempre salía convencida que sería un parto fácil, porque su estado general de buena salud era una muestra de confianza para ella como madre; pero Louis seguía en sus dudas hasta que le sugirió a su esposa que lo mejor sería partir unas semanas antes de la fecha estimada por la comadrona para el parto. Irían a Santa Fe de Antioquia o a Medellín, villas con mejores condiciones y donde él tenía propiedades para ocuparlas por un tiempo. Su esposa no lo contradijo, pero le sugirió cubrir el viaje con ayuda de la comadrona por cualquier circunstancia.

—*Extrañaré las flores que con tanto gusto plantamos y me imagino que extrañarás el vino.* —Le dice doña Marta dulcemente a su esposo.

—*Extrañaré solo las flores, ya he pensado llevar vino para celebrar,* —contestó Louis y añadió—, *que sea lo que Dios quiera.*

—*También le he pedido al inteligente San Jerónimo que ilumine nuestra mente en todo momento.* —Doña Marta hablaba con propiedad de mujer muy adulta con apenas 16 años de vida.

Esos nueve meses de embarazo fueron de mucha lluvia en San Jerónimo, la humedad era sofocante a pesar que la temperatura no era alta comparada con otras zonas próximas y de menor altitud. Las cuentas de doña Marta eran simples, habían tenido diez días sin lluvias desde que creyó y luego confirmó estar embarazada.

Todo estaba preparado para organizar la partida con el cuidado necesario para evitar la fatiga de la humedad y el bamboleo del viaje. Los nervios no estaban del lado de la esposa amante de las flores, se despedía de ellas como si le escucharan, y finalmente salió de la mano de la comadrona hacia donde estaba una recua de mulas y caballos, y una especie de sillón tapizado cargado por hombres negros libres, expertos en las lides de llevar personas con restricciones de movimiento. En menos de dos horas de viaje, doña Marta llamó a su esposo y le dijo que el bebé se estaba moviendo mucho y la comadrona la asistió de inmediato. Esta le sugirió a Louis que permitiera el regreso a San Jerónimo, que el parto venía adelantado, como suele suceder con las primerizas. Así se hizo y entraron de regreso por la misma vía para sorpresa de los vecinos, y comenzaron los preparativos de calentar agua, y ordenar todo lo necesario para el parto.

Como buen francés, Louis se comía las uñas del miedo y caminaba torpemente por la casa, y sin precaución alguna pisó algunas plantas florales que luego arrancó y con cuidado fue a colocarlas lejos de la vista de su esposa, hasta que todo estuviera solucionado. Finalmente se sintió un llanto agudo y doña Marta llamaba a su esposo que en ese momento recibía una infusión sedativa para tranquilizarlo. La comadrona lo

aguardó con un bebé con abundante cabello que explicaban las agrieras de la parturienta en esa fase final del embarazo. Era un varón. Buscaron la lista de nombres posibles que habían escrito según fuese el designio de Dios. Hasta el nombre de Jesús Redentor estaba en la lista. Fueron discutiendo aquellos que tenían más probabilidad de éxito. Louis insistió que debían ser solo dos nombres y así, poco a poco, llegaron a Manuel Atanasio porque Manuel significa *Dios está con nosotros* y Atanasio equivale a *inmortal*, y presagia larga vida.

—¿Algún mejor nombre para mi primogénito?

Nadie habló o comentó algo. Todos asintieron y fueron por el vino que la prisa no permitió regresar a la vivienda y había quedado entre la carga de una mula. Recogido el pequeño barril, la lluvia matizó la tarde con un aguacero que mecía la vegetación dando la impresión que un gran baile de celebración se daba montaña arriba.

—*Toda esta ropa la compró mi esposo en Medellín*, —dijo doña Marta que se portaba como si de su cuerpo hubiera salido un pequeñín y no esa hermosura de casi 8 libras de peso.

Louis se embriagó de alegría, más que por el vino. Comenzó a cantar algunas canciones de cuna francesas que aprendió de joven y algunas vecinas aplaudieron sus cantos, incluida aquella que una vez le llamó *¡Mon amour!*

Los negocios de Louis no iban tan bien, estaba más tiempo en casa y pocas veces inventaba un viaje a Medellín o a Santa Fe de Antioquia para conocer de sus inversiones. El oro se hizo escaso en San Jerónimo, los indígenas habían comprendido muy bien ese negocio y lo poco que extraían lo vendían a mejor precio en otras partes. Pero, Louis no la pasó tan restringido sexualmente en sus viajes. Doña Josefa García lo atendía sin otro interés que su agradable compañía que terminaba en una cama amplia para luego proceder con unos lavados preventivos de embarazo preparados con ramas de esas selvas antioqueñas, de aquellos tiempos. Se le complicó la vida a Louis porque en una de tantas veces doña Josefa le dijo que estaba embarazada y no supo qué hacer.

En principio ya Manuel Atanasio estaba en sus mejores meses, robusto y alegre. Su padre le notó un sarpullido recurrente que lo atribuyó a la lluvia y a la humedad de San Jerónimo; y con esa excusa plantea la necesidad de ubicarse en Santa Fe de Antioquia donde los negocios del oro son prósperos, y luego cuando el tiempo lo marcara el Señor, se irían a Santa Fe de Bogotá porque allá el poder del Imperio está más cerca, y él conoce sus mañas; además, los estudios futuros de Manuel Atanasio serán de mejor calidad. Para eso debe, desde muy temprano, hacer aportes a la iglesia para que le tengan entre los aspirantes cuando sea el tiempo de los colegios mayores, aun cuando apenas ahora es un niño de brazos. *¡Previsivo Louis!* Pensó que la formación previa se haría en casa con su ayuda y con los servicios de intelectuales que abundan en Bogotá. A finales de 1791 con una diferencia de pocos meses nace Pedro hijo de Josefa y Louis tiene que enfrentar la situación, logra que lo registren con su apellido Girardot y pensiona a la madre para que no falte la alimentación y cuidado a su segundo hijo. Durante un año, Louis se mantuvo muy activo preparando el viaje para Santa Fe de Antioquia, la primera escala en su tránsito a Santa Fe de Bogotá. Después, Louis tendrá tiempo para calcular si Medellín puede ser una segunda escala. Lo que no ha decidido es el tiempo de duración de las escalas por cuanto siempre dijo, que todo tiempo se mide según las circunstancias.

Louis está muy preocupado. El nacimiento de Pedro lo tiene pensativo y a diferencia del nacimiento de Atanasio, no puede manifestar alegría o celebrar a todo vino. Después de muchas reflexiones decide con el rubor en su cara pintada de rojo vergüenza contar a su esposa Marta su infidelidad. Tardó casi media hora justificando lo injustificable. Ella inmutable lo escuchó con mucha atención y lo sorprendió con algo mejor.

—Louis, tus explicaciones son convincentes, fueron momentos de mucha fatiga y siempre habrá alguien que quiera sacar partido. Acepto tus excusas pero vas a tener que dejar de lado

a esa dama y dar instrucciones para que otro entregue la manutención. ¡Ah! y por mi parte quiero decirte que estoy nuevamente embarazada.

La cara de Louis fue una sorpresa mayor. En dos años tres concepciones, *eso solo pasa en el trópico americano*, dijo para sus adentros. Pareciera que la vida lo tendrá entre los que serán favorecidos por una amplia descendencia. Es entonces, cuando la sorpresa lo lleva a organizar el viaje para Santa Fe de Antioquia. Antes, dudaron mucho en contratar los servicios de la comadrona durante todo el tiempo faltante para el parto, pero finalmente deciden que eso depende si tiene el interés de acompañarles. Doña Marta la persuade y a sabiendas que ha traído muchos niños al mundo y que ninguno ha sido de ella, le ofrece vivir como una parte de la familia, ayudando al cuidado de Atanasio y preparándola para el próximo parto. Así fue. Dos mulas adicionales se incorporan con algunas pertenencias de la comadrona. El viaje es rudo, pero doña Marta va bien cuidada en su litera ambulante, y en otra va la comadrona con Atanasio que insiste en ir con su padre en el caballo carteadado que ha utilizado para moverse con facilidad por la Provincia de Antioquia.

El arreo de algunos animales de su propiedad y las mulas que cargaban los enseres transportables, el vino, la ropa y demás baúles se ven desde lo alto como hormigas con mucho peso sobre sus cuerpos. Llegaron a su destino después de varias jornadas, con descansos en viviendas conseguidas en su trayectoria, una especie de camino real donde se toparon con gente conocida, también comerciantes de utensilios y de oro. Según las cuentas de doña Marta llegaron a un tercio del embarazo, lo que permitiría preparar el parto con menos preocupaciones.

Se alojan en una casa propiedad de Louis, de muchas puertas gigantes de doble hoja y ventanales intercalados y en el frente un espacio virgen que servirá para decorarlo con flores. La casa está cerca de la plaza mayor de este primer pueblo fundado en 1541, en territorios de lo que sería la Provincia

de Antioquia, y que por lógica de patria chica es el pionero de las iglesias, de las plazas, del relajo del oro, pero en especial cuenta con una fuente inagotable de agua que desciende desde muy alto del paisaje, serpenteando la montaña y el valle, y recostándose a Santa Fe, no solo para calmar su sed, sino para refrescar los cuerpos de los vecinos cuando más calor hace. Es el río Tonusco, con cursos pedregosos y espacios arenosos para el disfrute, además de permitir el arreo de animales. Después de agradar a la gente de Santa Fe el río Tonusco se encuentra con el río Cauca y celebran la vida de las aguas.

Santa Fe de Antioquia es una localidad muy movida para Louis, lo fatiga el calor y la dinámica de su negocio. El aprovecha el tiempo contactando buscadores de oro que ya no son tan inocuos con la naturaleza. Utilizan técnicas que mueven mucho barro para no conseguir nada o conseguir poco oro, quedando el paisaje con cráteres de dan una estética bochornosa al paisaje natural. Aquí los ríos y quebradas son otros, menos cristalinos que el Aurra de San Jerónimo, salvo el Tonusco. Louis siempre le dice a Doña Marta que necesita estirar sus piernas y nada mejor que llevar a caminar a Atanasio, por las riberas del río Tonusco, después de un corto recorrido a caballo, asido a su padre.

Para la Familia Girardot Díaz, Santa Fe de Antioquia tiene sus encantos y si bien ha pasado poco tiempo desde que salieron de San Jerónimo, allá quedó un jardín de flores esbeltas, poco probable de reproducir en el calor de este nuevo hogar, pero si una vecina tiene las suyas sombreadas, así se hará. La comadrona anda en lo suyo, averiguando con las yerbateras donde conseguir las ramas vitalizantes para bañar a doña Marta. Al principio, no tuvo mucha receptividad, pero al enterarse que era de la familia de Louis Girardot, las puertas de todo el pueblo se abrieron de par en par. Entre esas puertas estaban las de la pequeña iglesia que les servía de lugar de oración para los cuatro: Louis, doña Marta, Atanasio y Comadrona, como finalmente terminó llamándose, por culpa de Louis que no tenía otra forma de nombrarla.

Seis meses después del arribo a Santa Fe de Antioquia la sorpresa que doña Marta le adelantó en San Jerónimo a Louis afloró a la vida y se llamó Micaela Luisa. Atanasio no está celoso con su hermana, pero siente el distanciamiento que surge porque Comadrona cuida a Micaela y le dedica poco tiempo. La chiquilla es una francesa, se parece mucho a su padre y este no solo celebró su nacimiento sino que los fines de semana, Louis bebía el vino y otros alcoholes de la tierra caliente. Eso sí, nunca podría decirse que se embriagó, sino que se alegró, en ese tiempo se había aprendido algunas canciones regionales que repetía en cada ocasión, cuando sus hijos eran la excusa para celebrar.

La familia siempre recordó la calma de San Jerónimo, esa tranquilidad que hacía que los ruidos de la naturaleza, cuando llovía copiosamente, parecían rugidos de feroces animales y alguna vez pusieron a pensar a Louis sobre esos sueños que una noche tuvo sobre un posible terremoto en esa tierra virgen que podría traerse la montaña y los aplastaría. Así era el jefe de la familia, siempre temeroso por algo que les interrumpiera la vida plétora de amor en que vivía, a pesar de sus deslices. Nadie, absolutamente nadie podía imaginarse lo que mucho tiempo después se supo sobre las tierras de San Jerónimo donde nació Atanasio; la posibilidad de ese terremoto que Louis imaginaba pudiera suceder, era muy improbable porque han estimado que los dos últimos terremotos ocurrieron hace 4.000 y 10.000 años. Algunas otras excusas tuvieron para salir de ese bello lugar.

En el ambiente de la casa todo se percibía con orden y alegría simultánea. Las rutinas de Louis incluían pasearse y contactar a buscadores de oro que disfrutaban los cuentos sobre su vida en París y su corta estadía en la península española.

Siempre al final les preguntaba:

—¿*Qué me tienen por aquí?* —Y así comenzaba un tira y encoje por el precio que hacía que Louis siempre pagara un poco más por el oro que otros competidores, pero le garantizaban

que siempre, por escaso que estuviese, algunas pepitas doradas se irían con él, de regreso a casa.

Dos veces viajó Louis a Medellín, pequeña ciudad que se levantaba como el futuro comercial de la Provincia de Antioquia y ya superaba a Santa Fe en población. Hacía sus negocios y regresaba rápido por el temor a las dudas que pudiera generarle a doña Marta. Muchas pernoctas necesarias para él, pero innecesarias para su esposa hubieran sido motivo de recordatorios del pasado todavía reciente que trajo al mundo a Pedro Girardot. Louis se encariñó con Medellín, y en su último viaje, llegó con la determinación de mudarse, lo más pronto posible. Una casa amplia y mejor acabada que la de Santa Fe les aguardaba. Louis era famoso allí. Cuando sus amigos comerciantes le preguntaban donde nació, el les contestaba en son agradable:

—*Je suis né ici à Medellín. Je suis « paisa »*

Reían para luego concertar el negocio y seguir hablando de la necesidad de ubicarse en su casa que se ha estado equipando con apoyo de varios de estos amigos a quienes repone los gastos realizados en una lista grande de necesidades. No quiere llegar como lo hizo en Santa Fe, con más mulas que gente.

De regreso a casa, Micaela estaba dejando de gatear y daba pasitos torpes que causaban una alegría inimaginable a la familia. Él aprovechó un momento de alegría para darles la noticia.

—*Familia pronto nos mudaremos a Medellín, allá tenemos una casa mejor y la disfrutaremos...*

—*Otra sorpresa suya* —le contestó doña Marta afablemente y estrenando una sonrisa pícaro.

—*¿Y cuál es la risa de mi esposa?* —Dijo Louis.

—*Nada malo ;mon amour!* —Y volvió a sonreír.

Fue entonces cuando Comadrona dijo que era *otra sorpresa*.

Louis se puso las manos sobre la cabeza y también sonrió y con habilidad de buen comerciante manifestó su alegría por tan buena noticia, pero...

—Nacerá en Medellín, será una bendición para esa casa que nos guarda.

Nuevamente vinieron los preparativos para partir. Atanasio con dos años cumplidos fue a despedirse del río Tonusco y acompañó a su padre a saludar a los vendedores de oro, quienes le ofrecieron, si no era molestia, llevarle el oro a buen precio hasta Medellín. Reconocían en el francés un hombre de buena palabra y mejor persona.

Nuevamente el camino de hormigas subiendo cuevas y luego bajando hasta llegar a Medellín, con mejores cuidados, con más gente apoyando el traslado, y con alguna servidumbre líbera que ayudaba con los servicios de la casa, la adquisición de víveres, el cuidado de la propiedad, el mantenimiento de los caballos, mulas y otras actividades que Louis tenía inventariadas con precisión porque los costes no pueden superar nunca los ingresos. A todas estas, nadie sabía dónde iba a parar el oro de Louis Girardot. Además, no acostumbró nunca a hablar sobre negocios dentro de su casa de habitación, porque es sacra y los negocios no son sacrílegos pero tampoco sagrados. Antes de partir había cuadrado un negocio de venta por su casa en Santa Fe que en aquellos tiempos se hacía primero de palabra y luego si había tiempo se formalizaba un documento, pero la palabra era el mejor aval. Sin embargo, él recibió el monto y dejó un escrito laxo que entregaba en venta su propiedad y juraba que era de su exclusiva propiedad.

Manuela Mercedes nace en Medellín; parecía que la parafernalia del nacimiento y la celebración estaban en un libretto idéntico y rápidamente el hogar asimilaba los nuevos oficios de crianza de la recién llegada. Luego vendrían más embarazos y uno de esos trajo al mundo a Joaquina, la tercera hija mujer.

Las contribuciones para garantizar la formación de Atanasio se siguen girando desde Medellín, pero la fase previa de ingreso a los estudios formales debe ocurrir en un lugar que refleje la cultura del Colegio Mayor del Rosario o también podría ser el Colegio Mayor de San Bartolomé, donde se espera ingrese en el futuro el niño que apenas tiene cinco años. Atanasio ha aprendido muchas palabras y frases completas de la lengua francesa, pero Louis estuvo averiguando sobre personas con dominio del latín y del griego y no consiguió. Bien sabe que sin este requisito, el ingreso a estudiar formalmente será una limitación de primer orden. Esa preocupación la tomaron a broma sus amigos porque a su entender en Medellín nadie pasa hambre si solo sabe decir “cocinar frijoles”, en tanto que con latín y griego puede terminar en la iglesia ayudando al cura, sin recibir nada a cambio.

Ahora el inquieto Louis Girardot está haciendo planes para mudarse a Santa Fe de Bogotá. Se pregunta a solas sobre la vida de su pequeño Pedro y su futuro. Si todo se ha cumplido como la misma doña Marta ordenó le ha podido pasar cualquier cosa menos pasar necesidades. En el viaje a Bogotá, piensa, *hablaré con más detalles con mi amada esposa sobre Pedrito*. La estadía en Medellín ha sido fructífera, se ha sentido tan amistoso como en sus tempranos tiempos en París, le gusta la gente de aquí porque nunca tiene la lengua quieta, hablan mucho y hacen bromas. Siempre hay algunos circunspectos que se creen hijos directos de los nobles de la corona española, pero él los obvia y busca la gente llana con las cuales se entiende mejor en los negocios. Para sus amigos paisas la determinación de mudarse a Santa Fe de Bogotá fue una sorpresa de “Padre y Señor mío”. Si todo iba tan bien, si no hay nada que reprochar ¿por qué Louis emprende la retirada?

Las cuentas del viaje no le cuadran en número de días necesarios para llegar hasta la gélida Santa Fe de Bogotá. Se asesora pero no anota lo que le dicen y tiene que volver a lo mismo. Por fin decide escribir un itinerario, crea una bitácora portátil que pasea por todo Medellín, la ajusta, la corrige, la

tacha y la reconstruye, todo para que los niños, ahora cuatro, no se fatiguen con ese trecho tan largo. Era una caminata y cabalgata muy larga, posiblemente más de 15 días, pero la ruta fijada era segura y podrían conseguir algunos alojamientos para descansar al menos dos días cuando estuvieran a media distancia de Bogotá, pero todo eso podía cambiar luego.

En 1801 la familia Girardot Díaz está instalada en Santa Fe de Bogotá, sus calles angostas con sus casas hermosas de doble piso y grandes ventanales, fueron testigos de los rostros estirados por la última escala, cuando parecía un viaje de nunca acabar.

Han transcurrido casi nueve años desde que Louis se percató de los abrojos en el cuerpecito de Atanasio que según él hacían imperativo emigrar de San Jerónimo.

Capítulo II

El misterioso río Magdalena

San Jerónimo, Santa Fe de Antioquia y la Villa de Medellín, han sido los estadios de los años iniciales de la vida de Atanasio. En Medellín, en un momento de travesura tomó las notas de su padre y las arrugó, haciendo unas bolitas de papel que servían para lanzarlas, y hacerlas correr por el piso de cuadros de arcilla cocida que la servidumbre mantenía impecable. Louis al enterarse entró en pánico porque en esas notas tenía escritas y graficadas las posibles rutas para avanzar hacia Santa Fe de Bogotá. Nada de reclamos, son travesuras de un inocente, que no tiene otro hermano varón o amigos con quien jugar. Louis lo abrazó y le explicó en forma sencilla las consecuencias que pudo tener este juego inventado en la soledad.

—*Atanás* —fue la primera vez que Louis lo llamó así— *imagina que estás en un bosque con muchos árboles, animales, ríos... ¿Qué harías, como te orientarías? Pues te digo, mira hacia el cielo en el amanecer, trata de buscar el sol y eso lo vamos a llamar oriente; haces lo mismo en el atardecer y anotas por donde se esconde el sol, ese punto es el occidente. Esas son estas dos X que he dibujado en el papel.*

Le mostraba un gráfico sobre el papel que logró colocarlo con arrugas pero con la información intacta y prosiguió:

—*Entonces nos preguntamos adonde queda Santa Fe de Antioquia y colocamos otra X arriba y será el norte. Si preguntamos a nuestros amigos de Medellín que saben cómo ir a Santa Fe de Bogotá nos dirán que tenemos que buscar hacia el oriente. De eso trata este primer folio.*

Muy atento el niño, que comprendía poco la cardinalidad del espacio, le prestó mucha atención, porque su padre en los últimos días solo hablaba de las complicaciones del viaje que programaba. Las tareas que imponía el viaje eran muchas, tenía que conseguir algunas mulas adicionales y un baquiano que haya movilizadado carga hacia Bogotá o algún punto intermedio. No era sencillo, siempre había alguien que decía haber llegado a Bogotá a lomo de mula. Otros recordaban que fueron en grupo a solicitar al virreinato se pensara en nombrar capital de la provincia de Antioquia a la Villa de Medellín porque había sobrepasado a las demás villas en tamaño y comodidades. Pero, nadie se ofrecía para trabajar en esta mudanza. Hasta que un hombre maduro, de rasgos indígenas le dijo que él conocía todo vericuetto, camino real y sitios de descanso. También dijo que lo difícil era salir de Antioquia y llegar hasta el río Magdalena, a una zona que facilite el cruce con animales de carga, y que además existe un servicio para pasar de dos en dos las mulas para cruzar el río. Louis se percató de las certezas con las cuales el hombre manejaba el tema del desplazamiento por selvas, montañas, desfiladeros, quebradas, y sitios de acampe. Fue entonces cuando lo invitó para el día siguiente. Trabajarían en el plan de viaje en un espacio abierto diagonal a la casa de la familia Girardot Díaz, donde colocaría una mesa y dos sillas de madera para trabajar la movilización a nivel de detalle. Los dos hombres se despidieron hasta el día siguiente.

Esa tarde Louis entró en la mejor de las preocupaciones *¿Cuanto riesgo hay para mi familia?* Ahora las cuentas del tamaño del grupo han aumentado. Con los dedos fue contando Doña Marta, Atanás, Micaela; Manuela Mercedes, Joaquina, Comadrona y dos mujeres de la servidumbre que ayudan al cuidado de las niñas en su aseo personal y de las comidas apetitosas de la culinaria local, siempre con un toque de dulce porque eran muy hurañas a la hora de comer. *Somos nueve cuanto menos.* Luego de un rato sumó a la cuenta los

cargadores que llevarían a Doña Marta y a Comadrona. Ya la cuenta obligante de personas ha subido a 12.

—*Esos gastos son una fortuna, murmuró entre dientes, pero no queda otra forma que resolver.*

Doña Marta que lo observaba se le acercó, le acarició la cabeza mientras Louis agachado se quitaba unas malezas que tenía adheridas a sus botas y le dijo:

—*¿Desde cuándo hablas solo? De eso murió un primo lejano, comenzó a decir cosas sin destino y terminó en una locura que lo llevó a querer hablar con un río crecido que lo arrastró y nadie lo consiguió después de tres meses de búsquedas infructuosas.*

—*No conocía ese cuento de tu familia. Pero, no estoy contagiado de esa enfermedad.* —Louis se rio y le aclaró que nada para preocuparse y que las cuentas son altas pero él está preparado para pagar.

Vino la noche amena después de una ligera cena amenizada con velas cuyas llamas bailaban la danza del viajero. “*Todos a dormir*” dijo Louis pero él quiso quedarse trabajando en un espacio que tenía especialmente para llevar cuentas y libros de negocios. En estos libros, las cuentas a cobrar siempre fueron mayores que las cuentas a pagar, y eso le reconforta, porque otros amigos dispendiosos estaban preocupados con las cuentas al revés. Luego de varias revisiones planeó como vender la casa y otros bienes. Todo indicaba que se iba para no regresar; y si lo hacía, podía hospedarse en casa de alguna amistad o en un hostel recientemente inaugurado y que siempre tiene espacio para alojar comerciantes itinerantes.

Louis sintió los pasos sigilosos de la esposa que venía a recordarle sus deberes matrimoniales y de un soplo apagó las dos velas que alumbraban su escritorio y exclamó:

—*¡Mañana será otro día!*

Su esposa no dudó en recordarle que no es bueno hablar solo y menos con las velas.

Después de una buena noche, los amaneceres llegan con alegría y un sentido de suavidad y ligereza abre el día porque

la pesadez quedó debilitada por el descanso, y las caricias del amor volatilizaron las preocupaciones.

Louis dejó instrucciones para que en la fresca del atardecer, debajo de la sombra de un árbol colocaran una mesa y dos sillas, porque trabajaría con su posible apoyo para la movilización de la carga. Salió de prisa a encontrarse con un viejo amigo que le ofreció una buena suma por la casa siempre y cuando dejara los muebles labrados que había comprado antes de mudarse a Medellín. Prácticamente, Louis se llevaría los utensilios de cocina, algunos retratos pintados por varios artistas de las localidades donde ha estado viviendo en los últimos años, y un fresco de la casa de San Jerónimo, con un jardín de muchas flores multicolores. También se llevarían toda la ropa aunque tendrían que adquirir mejores atuendos para el frío, en Santa Fe de Bogotá, pero de primero en la lista están unos barriles medianos de vino que un vendedor fantasma le reponía cada cierto tiempo y los pagaba en oro. Finalmente, el acuerdo de venta se escribió quedando una deuda que el comprador pagaría con facilidades, parte de la cual debía ser entregada sin dilación, dentro del compromiso con la manutención de Pedrito Girardot. La otra condición convenida fue que la casa sería entregada cinco días después de la partida de la caravana familiar, cuando ya no habría retroceso posible. Esa entrega la haría un funcionario de la Real Hacienda de la Villa de Medellín.

Louis regresó contento a su hogar, había amarrado la negociación de la casa y tendría facilidades para su entrega. Ahora el hambre le acosa y come a plenitud todo lo que dispuso el personal de servidumbre de la cocina, a quienes no llevarían en esta mudanza a Bogotá porque allá se come otra cosa que ellas no conocen. Luego de una siesta, se acicaló para la entrevista pautada a eso de cuatro de la tarde. En dos horas tendrían la claridad de la movilización. Así sucedió y al atardecer un cumulo de papeles y mapas elementales estaban disponibles.

La emigración se haría en dos grupos que partirían a diferente tiempo, primero la servidumbre que siempre se encarga de los caballos, mulas y oficios pesados de la casa, incluida la leña para los fogones o el carbón, cuando sea en Bogotá. Este primer grupo partirá al oriente franco para luego girar hasta conseguir la Villa de San Bartolomé de Honda, antes de los raudales del río Magdalena; es un poblado portuario pequeño, dicen que algo desorganizado, pero muy comercial para la época, con fama de ser el punto propicio para comenzar a trazar la ruta hacia Santa Fe de Bogotá. De allí en adelante los caminos están mejor trazados, son amplios, muy transitados y de menor riesgo. Pero el trecho anterior a Honda lleva pasos angostos en caminos estrechos y con algunos precipicios que solo son evitados por la habilidad innata de las mulas. Todo está previsto para esta ruta. Queda por aclarar lo de la comida y lugares de descanso, pero eso será responsabilidad del ayudante que ya tiene claro y convenido sus honorarios. Su compromiso será llevarlos a Honda, y aguardar por la llegada del segundo grupo. De allí, el ayudante regresaría con su caballo y dos mulas hacia Medellín.

El segundo grupo, el familiar, partirá con cinco o siete días de diferencia, por un camino muy concurrido hasta un puerto en el río Magdalena conocido como Puerto Nare. Tienen la suerte que otra familia va a Bogotá y conocen el trayecto. De allí podrán contratar los servicios de uno o dos champanes y de una barcaza con la cual movilizan animales, para subir los caballos y las mulas. Los cálculos son bien conocidos, un arreo de mulas con una caravana de personas a lomo de caballos o mulas puede cubrir la distancia de Honda a Bogotá, en cinco días o menos, dependiendo de los descansos. Todos están claros de las facilidades que podrán conseguir en Honda por cuanto allí fue el epicentro comercial del oro y la plata, enviados hacia el Reino de España. Se le conoce como la “*Garganta del Virreinato*” por su posición estratégica para el comercio internacional de ultramar que llegaba por el mar Caribe y penetraba el río Magdalena. Para Louis, esta travesía

llevada con calma era lo mejor que le podía pasar, conocer, vivir la experiencia sin que le cuenten. Así que, Honda es la clave de este viaje de mudanza.

Louis con 48 años cumplidos tiene una decisión irreversible, en una semana saldrá la primera parte de la caravana, al mando del apoyo a quien comenzó a nombrarlo Paisano. De aquí en adelante todo el tiempo disponible será para la logística, no faltará maíz, carne salada, frijoles, café, algunas frutas verdes y otras pintonas de pronta maduración y algunas hierbas de aliño deshidratadas al aire. Para seguir motivando el viaje de la otra familia que iría con la suya por otro camino diferente a la ruta de Paisano, Louis se hizo acompañar de Atanasio para una visita corta en la cual llevaban como obsequio una garrafa pequeña de vino y una tarta grande horneada con leña. Les recibieron con mucha cordialidad y luego les confirmaron el compromiso de partir juntos.

La familia amiga se encantó de la agudeza verbal de Atanasio, de sus conocimientos y llegaron a suponer que tenía maestros ocultos que nadie conocía; y fue cuando Louis dijo que el dominio del francés, los ademanes formales, las descripciones del ambiente en general y algo de geografía han sido su papel como padre ductor por la dificultad de Medellín para conseguir esos talentos, y que es una parte de los motivos para mudarse a Bogotá.

—Me dicen que en Bogotá hay tanta gente ilustrada que algunos no teniendo más que hacer les queda dedicarse a producir longanizas. —Louis sonrió y a la vez se sonrojó porque le pareció un exceso esa expresión; no sabía si en Bogotá algunos de los familiares de estos amigos producían longanizas.

—No se preocupe don Louis, yo también digo lo mismo. Incluso agregó que Bogotá es un depósito de libros viejos y se educa para el pasado.

—Esa parte última no la creo —contestó Louis sin inmutarse.

Cuando se despedían Louis le pidió a Atanasio lo hiciera en lengua francesa y este lo hizo, hablando casi cinco

minutos, en una lenguarada que dejó estupefacto hasta su propio padre.

Llegó el día esperado. El alba parecía estar preparada para acompañar por un buen rato a la primera parte de la caravana; van diez mulas con carga y dos de reemplazo por si algo ocurre, pero estas llevan una carga de fardos con hierba seca de muy buena calidad y algo de melaza por si se dificulta conseguir algún prado donde pastar durante los descansos diarios. Paisano se ajusta el cinturón de cuero donde penden dos filosos cuchillos envainados en estuches de cuero, uno a cada lado de su cuerpo. Lleva un sombrero de paja, algo más ancho que el acostumbrado en Medellín, y monta una yegua marrón oscuro, como si se hubiera revolcado en café. A manera de escapulario, un Cristo de madera liviano pende del cuello de la yegua y otro pequeño se deja ver en el pecho de Paisano, quien ya ha revisado tres veces la recua de mulas y ha hablado con la gente que le acompaña dándoles ánimo. Esta madrugada abundó el café para todos; en una vasija de barro cocido, alargada y de cuello estrecho, le vaciaron lo que no pudieron tomarse para que se lo bebieran en el primer descanso.

De los cuatro niños, solo Atanasio vio la partida de la caravana y se emocionó. Sintió lo que percibirían aquellos primeros en avanzar disfrutando parajes de ensoñación, toda una aventura, sobre la cual no imaginó que tendría que escribir algún día. Esperaría que Paisano, cuando se encuentren en Honda, le dé mayores detalles del placer de viajar por las tierras de la Nueva Granada.

La puerta principal de la casa de los Girardot Díaz se cerró para que la familia continuara durmiendo, pero en diez minutos tocaron a la puerta porque la manga de colar el café se había quedado y sin eso es imposible para un antioqueño salir de viaje.

Los cinco o siete días de diferencia para partir se hicieron una eternidad. Doña Marta hacía oraciones al Señor Jesucristo tres veces al día por los que partieron, para que sigan en su destino con buena salud. Louis rezaba menos, pero

lo hacía al menos una vez por día. Su tema era nuevamente la logística y su amigo antioqueño le ayudaba a recordar cosas y a descartar otras que pudieran ser un estorbo. Entre tantos recuerdos quiso llevarse un florero y su amigo le dijo:

—*Vea pues, en Bogotá podrá conseguir hasta floreros hechos en Francia y según me han escrito son la novedad actual para adornar algunos espacios donde se reciben visitas.*

—*Se queda entonces* —ripostó Louis.

Luego comenzaron a conversar sobre Francia.

—*Hace poco cumplí años, como pasa el tiempo, nací en París, eso fue en 1752. Nunca imaginé en mi juventud que estaría en una tierra remota, tampoco que existieran estas tierras que tienen todo lo que se necesita para vivir.*

—*Pues aquí lo han tratado como otro hijo de la Nueva Granada y de la Provincia de Antioquia,* —le interrumpió su amigo.

—*Cierto, muy cierto. En Francia hubiera sido escultor que era mi formación, pero allá hay tantos escultores y pintores como aquí buscadores de oro.* —Aprovecha también para contarle que estando en San Jerónimo hizo algunas esculturas de barro y piedra que dejó abandonadas cuando se mudó a Santa Fe de Antioquia.

—*No se queje de eso, mire que le ha ido muy bien.*

—*Cierto también, estoy como en mi propia tierra solo que ahora tengo cuarenta y ocho años buscando la felicidad de los cincuenta, digamos que un cuarto de lo vivido ha sido en esta mágica tierra.*

—*No se ponga nostálgico don Louis, que ahora es que le falta vivir y disfrutar esta tierra.*

—*Que así sea, ya tengo cinco hijos nacidos y creciendo aquí.*

—*Y los que faltan...* —el amigo sonrió y Louis también. Fue entonces cuando le contó con detalle la sorpresa que él le deparó a doña Marta con el asunto de su hijo Pedro y que ella la tomó con calma—; *creo que no tardará en Bogotá de darme otras sorpresas,* agrego Louis.

Una tarde melancólica de Medellín el sol se escondió para dejar que fuera la luna quien despidiera a la familia Girardot Díaz en su último día por esas tierras. Tal cual se planificó, con el alba, dos arros de caballos y mulas parten hacia el oriente por un camino donde se conseguirán trashumantes, en ambos sentidos, buscando el río Magdalena o Medellín.

En el primer descanso, Louis recuerda que llegó al interior de la Nueva Granada luego de una escala corta en Cartagena, en la desembocadura del río Magdalena. Tenía treinta años y ganas de construir una vida en este nuevo mundo. Cuando preguntó el nombre de ese imponente curso de agua a unas personas que estaban cerca de la desembocadura, le dijeron que *es el río de los muchos nombres, nosotros le decimos Magdalena porque parece que los españoles lo descubrieron el día de conversión de María Magdalena, pero otros le dicen el río de los muertos, porque a los remeros y a los viajeros que se enferman y mueren en su travesía los echan a sus aguas como alimento para peces*; lo cierto es que algunas tribus lanzaban a sus muertos a las corrientes después de sus actos fúnebres, porque este los llevaría hasta donde moran sus dioses, por eso le dicen también “*Guacahayo*”. Louis sintió miedo a la enfermedad y que su cuerpo inerte fuese lanzado al río de los muertos. Le dijeron que el Magdalena se interna en el mar casi una legua, y no lo creyó.

Esos diálogos eran encantadores para todos, porque eran reveladores de misterios para la mayor parte de la caravana. Es hora de continuar.

Después de cinco días se encontraron con el torrente de agua tranquila aparentemente en la superficie y violenta en su interior. En las riberas hay lanchones desembarcando y embarcando gente, también hay tramitadores para conseguir embarcar a grupos de personas que andan juntas, que si no caben todas, pueden viajar en varias embarcaciones que en flotilla navegarán río arriba hasta llegar a otros puertos, y el más codiciado aguas arriba, era el extremo sur navegable conocido como Honda, por su importancia comercial y vínculo

con Santa Fe de Bogotá, centro del poder político y religioso de la Nueva Granada.

—Mira bien Atanás por ese río tan grande llegó tu padre. Es ahora que lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer.

—Papá pero este río no es como el Tonusco donde me bañaba.

Atanasio de tanto escuchar sobre el Magdalena creyó que podía bañarse allí, como lo hizo en algunas quebradas en los cinco días de viaje intenso, con el calor sofocante y con la sed incontenible que se apaciguaba con las cristalinas e impolutas aguas arriba del camino.

—Es hora de negociar, de escuchar historias y contar historias.

Louis tomo del brazo suavemente a su amigo jefe de la otra familia y se acercaron conversando al bullicio donde mucha gente desembarcaba, pendientes de no dejar nada abandonado y otro tanto hacía negocios para remontar el río Magdalena. Hicieron varios intentos pero tenían que fraccionar el viaje en varios champanes, más de los que habían calculado. La suerte es que los amigos van en un viaje con retorno y no llevan mucho equipaje, por el contrario piensan traer en su regreso mercancías desde Bogotá para vender a las acaudaladas familias de Medellín. Y por cierto, han creído conveniente hablar con Paisano para que los espere en este puerto en una fecha a convenir después de tres meses de disfrute del frío bogotano. El traerá mulas para cargar lo que compren.

Después de tanta angustia por partir, dos embarcaciones quedan vacías y dependerán de los pasajeros para ver que ruta van a seguir. Es la oportunidad para plantearles que les sirven para llevarles a Honda, pero el problema son los animales.

El patrón de las embarcaciones se acerca a ellos, los escuchó y luego habló.

—Por los animales no se preocupen que si no podemos llevarlos nos los comemos.

Unos negros muy fornidos, dueños de unas dentaduras tan blancas como la nieve de las cumbres de Santa Marta que acompañaban al patrón se rieron a carcajadas. Louis no se inmutó pero si pensó en su amado caballo y las mulas consentidas de sus incursiones haciendo negocios. Tomó aire y respondió:

—*Hablemos pues, comencemos a resolver como nos llevamos los animales, que para nosotros hay buen espacio en sus barcos.*

—*Me gusta eso, en unos momentos Carlote, el jefe de mis remeros les traerá noticias.*

La conversación continuó con Patrón por largo rato. Demostró que además de dominar los riesgos del viaje por las contracorrientes en las desembocaduras de otros ríos y de algunas islas de arena que podían hacer encallar o voltear las embarcaciones, era un historiador fabulador del Magdalena. Atanasio estaba embelesado con tantas historias. Una fue que antes de esos negros que son ahora la base de la navegación, eran los indios los que hacían el trabajo de la boga, pero fue tanta la exigencia que la población nativa originaria terminó muerta por enfermedades, desgaste muscular y hambre. Tanto maltrato hizo que algunos españoles escribieran al reino sobre esa crueldad y fue entonces que trajeron negros corpulentos para avanzar en la contracorriente del río Magdalena.

—*Ya los ven —dice Patrón— no son mis esclavos, son mis amigos y compañeros de negocios. Son libres no me pertenecen. Los que se han bajado a vivir en esas hermosas montañas de donde ustedes vienen han regresado, porque dicen que su madre es Magdalena, así mismito...*

Carlote apareció entre la maleza y alzó el brazo en razón de problema resuelto. Se incorporó a la conversación. Cuando le preguntaron por el origen de su nombre, él con franqueza dijo que se bautizó a sí mismo porque supo de un rey que se llamaba Carlos que era pequeño y como él era un gigantón le vendría bien otro como “*Carlote, el Rey del río Magdalena*”. La chispa del negro era de una genialidad increíble y solo posible

a orillas de estas bucólicas aguas, a esta hora del atardecer, en medio de una población incalculable de zancudos que invita a guarecerse.

Al día siguiente, la manga de café cuele el aroma de Antioquia y se hizo un colado adicional para Patrón y Carlote. Con el amanecer de compañía, se embarcaron y partieron dejando los caballos y las mulas, sin la carga que ahora iba junto a las personas. Se convino que los animales saldrían con un retraso no mayor de horas y a lo mejor los alcanzarían en algún descanso antes de Honda. Atanasio sigue extasiado y le agrada que en algunos momentos el agua le salpique y le escurra por la cara.

Patrón se alterna diariamente en los champanes, mientras que Carlote va en la embarcación líder donde navegan los Girardot Díaz. De cinco días Patrón estuvo tres en la embarcación líder, charlando con gusto sobre el imponente río. El primer día comenzó diciendo que quien no conoce Cartagena se ha perdido unos momentos bellísimos, allí la gente es cordial y ama por igual al mar y al río, con la misma pasión. Sus casas son pintorescas, de balcones y la parranda es frecuente. Siempre hay motivos para celebrar. Los que llegan de España o de otras nacionalidades, por cierto muchos franceses, se sienten en el paraíso y no quisieran seguir el camino salvo por los compromisos que motivaron sus viajes a la Nueva Granada.

—Yo llegué a Cartagena con compromisos pero los incumplí. Mi destino era Santa Fe de Bogotá donde tengo familia acomodada. Este es ahora mi medio de vida y mi vida.

Contó que el atractivo actual es que las embarcaciones que surcan el río son grandes comparadas con las anteriores; esta donde van tiene casi veinte varas, la segunda es algo pequeña, aunque más confortable. También pidió permiso para aclarar que no tiene esposa porque son tantas las mujeres que consigue de extremo a extremo que no hace falta tener mujer fija. Louis sonrió y doña Marta lo pellizcó en una pierna. No ha terminado la primera tarde y la fatiga se nota en los remeros y en los pasajeros. Patrón sabe que están muy cerca de un

remanso donde podrán hasta caminar por una explanada que ellos mismo han ido construyendo, poco a poco, para mejorar la calidad de los viajes, porque a veces los que llegan a Honda parecen cadáveres antes que personas vivas y alegres.

Estaban desembarcando con mucho cuidado y amarrando los champanes, cuando en silencio de la tarde escucharon el relincho del caballo de Louis. Llegó la tercera embarcación.

El remanso permitió un baño cuidadoso porque existen caimanes y otros animales que pueden asustar al más valiente. Luego la plaga nuevamente comenzó su perturbadora presencia, los insectos se posaban en diferentes partes del cuerpo, si se hablaba los zancudos se introducían en la boca y para eso lo mejor era hacer una fogata, que corrió a cuenta de la leña de Patrón. Luego el sueño y una buena sábana fueron suficientes para reparar el agotamiento. La logística para atender los caballos y mulas fue cubierta por el balseiro. Atanasio llegó pensar que esos animales se sentían de vacaciones, porque el vaivén suave y la comida era mejor trato que cargar en el lomo a sus amos o las mercancías.

Así prosiguió la navegación, entre avanzar y descansar en los remansos naturales. El tercer día de viaje un remero avistó a lo lejos un cuerpo que venía flotando como si fuese un tronco de madera, y gritó:

—*¡Cuerpo a la vista!*

Todos se santiguaron y rezaron por el difunto. Patrón les explicó que estos cuerpos que flotan llevan madera amarrada, porque ha sido decisión de un enfermo que si muere su cuerpo vaya a parar al mar. Por eso cuando los avistan, también los evaden porque es peligroso que puedan impactar y causar daño a la proa. Por varias horas parece que no había tema para tratar. El difunto flotando generó el luto por el desconocido, y el pensamiento de como harían para informar a su familia, se hizo preocupación colectiva.

Luego del medio día y con hambre volvieron a salir de la pena a las historias.

—*Hace hambre —dice doña Marta— preparen algo rápido.*

Las dos mujeres cuidadoras y Comadrona se encargan de la orden y en menos de 15 minutos un atol de harina de maíz y pedazos de queso apaciguan el hambre. Si no hubiese sido porque doña Marta centró a Atanasio en su obligación de comer, éste hubiera proseguido la charla con Patrón y su padre.

—*Los fantasmas no existen* —dijo Patrón, antes de buscar su propia alimentación— *imaginen como sería el río Magdalena si los fantasmas y muertos salieran de noche a pasear por el río. Podrían agarrarse de sus manos y hacer una cadena desde Honda hasta Cartagena.*

Posiblemente exageraba, pero hablaba de millones de muertos desde que comenzó la navegación a inicios del siglo XVI. Sus temas eran muy variados y en este caso el difunto flotante le sirvió para repasar esas historias de aparecidos que sucedían en las noches de luna menguante, de brujas invitando a navegantes a hacer el amor y que luego no volvían a la embarcación. Patrón le colocó la mano en la cabeza a Atanasio y le dijo:

—*No temas que tú no eres navegante, ni tu papá tampoco.*

Con un nuevo atardecer, pero todavía con suficiente claridad para navegar, Patrón insistió en avanzar hasta un lugar próximo que tenía mejores condiciones para fondear y amarrazar las embarcaciones. Así fue. Las rutinas están claras, solo que esta vez Patrón invitó a tomar un café preparado por él.

Curioso, Atanasio se acercó a Patrón y le preguntó que comen sus amigos los negros, que él nunca los ha visto masticar nada. La pregunta conmovió a Patrón y le dijo que tenía mucho sentido pero hay que ser detallista. Cada uno lleva un tazón de madera con la comida que se preparan antes de amanecer y en secuencia de pares, comen después de cierto tiempo de manera que no se interrumpa la navegación ni se pierda el control del champán.

—*¡Ah!* —Fue lo único que dijo Atanasio después de la larga explicación de Patrón.

Antes de conciliar el sueño, Patrón habló para todos:

—Familias, mañana Carlote organizará una pesquería para invitarles a comer pescado asado, en la noche de nuestro cuarto día de viaje. Mañana en la noche estaremos a un día de Honda.

—Vea pues Patrón, usted además de contar buenas historias es adivino. En comer pescado estaba pensando cuando nos ofrece ese manjar del Magdalena. —Louis compraba con regularidad pescados frescos y salados cuando vivía en Santa Fe de Antioquia y Patrón fue un provocador del apetito.

Hubiera preferido que ese cuarto día de navegación Patrón hubiera estado en el champán, para que hablara más sobre el río. El lugar donde acamparon esta vez tenía algunas playas que se formaban cuando el río perdía caudal, luego de eso viene selva, donde hay animales salvajes que son cazados para alimentar a los pobladores de las riberas. Venados, dantas, conejos, y una especie de roedores gigantes que llaman chigüires, son comunes; pero ahora también se consiguen cerdos domesticados, ovejos, vacas y gallinas porque en las inmediaciones del río Magdalena se han formado granjas muy diversificadas que sustentan las familias que soportando el calor y la humedad hacen de la agricultura su forma de vida y son el complemento de la vida errante, que una vez tuvieron.

Han comenzado los preparativos para zarpar de nuevo, todavía está oscuro, pero se puede ver a los fornidos negros preparando las artes de pesca que necesitarán cuando lo crean oportuno. Se han contado al menos seis mangas hechas de una malla fina, especie de coladores que llaman congolos, cada una tejida a mano y está suspendida en una asa de guadua tierna o de otras plantas similares que crecen en esos lugares húmedos; también han estirado tres chinchorros que permiten acorrallar los peces en espacios donde pueden ser ensartados con puyas que semejan lanzas hechas con varas de la selva. Finalmente, cuando todo parece estar listo para continuar la marcha se escucha sollozar a Atanasio, quien ha solicitado permiso de sus padres para pasar este día de navegación con la familia amiga que viaja en el champán pequeño. Louis estaba a punto de acceder a las suplicas de su

hijo, pero doña Marta estaba opuesta, y eso era una complicación. Patrón, enterado de esa situación se acercó a la familia y le preguntó a Atanasio cual era la razón de su petición y este le contestó que era importante para él seguir aprendiendo sobre el río, pues no tiene idea cuando podría regresar por estos lados, y él quiere escribir algunas notas, cuando llegue a Bogotá, sobre este largo viaje por tierra y aguas.

—*Parece que el niño tiene inquietudes aunque no tenga la razón. La razón las tienen sus padres, pero me ofrezco a cuidarlo y contestarle lo que pueda de sus preguntas sobre lo que realmente sé, la vida en el río Magdalena.* —Así habló Patrón y espero una respuesta de los padres de Atanasio.

Doña Marta y Louis se miraron y asintieron. Con velocidad de un rayo le prepararon una chuspa de tela con vituallas y algo de carne deshidratada por salazón. Lo demás lo garantizaban sus amigos que se llenaron de alegría por tener al niño afrancesado otra vez cerca y así poder escuchar una perorata en francés, como una vez Atanasio lo hizo.

El viaje comenzó como siempre con una cuidadosa maniobra de ingreso en contracorriente y luego los remeros harían el resto. Cuando se encontraban navegando algunas embarcaciones que pasaban cerca e iban en sentido Cartagena gritaban mensajes que enviaban desde Honda: *Para Don Felipe de Ustáriz, su familia lo aguarda en la Villa de Honda.* Con una señal Patrón les aclaraba que no viajaba con ellos. Así sucedió con otros nombres y otros tipos de recados. Esta forma de comunicación práctica servía también para alertar sobre algún accidente o peligro en la corriente del río.

Con rumbo perfecto, Patrón se acercó a Atanasio y le explicó que la pesca en el Magdalena fue lo que permitió llegar hasta esta fecha, desde el descubrimiento de la boca del río, sin tener que preocuparse por carnes de otro tipo. Patrón le ha dicho que hay tres temporadas de mayor y menor abundancia, la subienda, cuando los peces suben el río para reproducirse y tener los estadios tempranos del crecimiento, a veces son tantos los peces de aquí en adelante que uno los puede casi tomar

con la mano; luego hay algo que llaman la mitaca cuando disminuyen los peces porque comienzan a irse a otros lados, y la bajanza cuando algunos peces viajan río abajo a crecer, hacerse adultos para luego nuevamente subir a reproducirse. En ese momento la pesca es escasa y difícil.

—¡Ah! Exclamó Atanasio y luego preguntó: *¿En qué época estamos ahora?*

—*Es mitaca, conseguiremos peces para una buena cena.*

—*Me gustan los bocachicos que mi padre mercaba en Santa Fe de Antioquia...*

Atanasio añoraba esa experiencia de la pesca y de la forma que sería el desenlace del asado al aire libre, entre la corriente y una selva raleada por otros pescadores y pobladores de las riberas.

—*Ya veremos que nos regala nuestra María de Magdalena, pueden ser bocachicos, bagres pintados, otros grandes bagres de diferente tipo y algunos peces menos apetecidos pero con hambre pasan igual que los otros... podemos encontrar tortugas o hasta una caimán, cuya cola asada es un festín prepararla.*

—*Yo prefiero pescado* —dijo Atanasio, con cara de asco por las otras posibilidades.

Así siguió el avance este cuarto día rumbo a Honda. Fue entonces cuando Patrón contó la historia de la pesca. Los indios estaban muy cómodos aquí, con abundante comida, hacían de un solo tronco de un árbol grueso unas canoas que diestramente las conducían en ambos sentidos de la corriente. Pescaban para comer, raras veces lo hacían para intercambiar, pero eso fue cambiando desde la llegada de nuestros antepasados españoles y canarios. Luego, los indios comercializaban el pescado y los españoles vieron en ellos la posibilidad de enriquecerse, por otra vía diferente al oro. Serían sus bogas y además sus pescadores. En largas faenas los indios se descarnaban, enfermaban, morían y al río iban a parar sus cuerpos. Pero, con la llegada de los negros esclavos esto cambió, a un punto que entre tantos mestizos que hacen el trabajo de la pesca para comerciar, se han originado

pequeñas guerras, escaramuzas y litigios para apoderarse de áreas de pesquerías. Ahora, en este inicio del siglo XIX hay normas e impuestos a la pesca, menos a la del consumo familiar o del viajero. Los negros han resultado muy buenos pescadores cuando actúan libres, y peores pescadores cuando son esclavos. No quieren que de todo lo que pescan solo les den cabeza y cola. Y finalizó:

—Amo la libertad porque de allí deviene el progreso. Dios nos dará de comer sabroso hoy.

Esa libertad no era otra la que proporcionaba el río Magdalena, rigiéndose por leyes naturales de sobrevivencia, las leyes celestiales del amor al prójimo, y las leyes de la estética sobre la relación entre el ambiente y la música.

Cuando comienza a morir la tarde, detuvieron provisionalmente las embarcaciones en un lugar bucólico donde la selva se metía en el río usando zancos y el río se metía en la selva, bañando sus raíces y tallos. Las raíces de las plantas parecieran están sumergidas deleitándose en el agua, en tanto el fuste no quiere mojarse. Los remeros asintieron sobre la selección de este espacio por Patrón para realizar la pesca asadera convenida el día anterior. Todo queda en silencio y se acepta que la magia de la pesca es saber esperar. En pocos minutos y motivando el arribo de peces con algunos trozos de alimentos lanzados cerca de las champanes, afloran cientos que son capturados con facilidad con ayuda de los congolos, en un ritual parecido a esa antiquísima y perdurable actividad de cazar mariposas. En ese espacio donde están detenidos, la profundidad del río es muy baja, no llega a cinco cuartas, pero no hay riesgo de encallar; es entonces después de una captura abundante de bocachicos, que los robustos negros bajan con cuidado, juntan los chinchorros por los extremos y avanzan presionando la diversidad de peces a ingresar a la zona donde las raíces están expuestas, pero allí otra parte de los remeros tienen varas con punta muy afilada que permiten penetrar el cuerpo de grandes bagres y con habilidad envidiable, suben sus presas y las ensartan en una vara más gruesa que las

usadas para capturarlas. Han capturado cuatro hermosos bagres de unas diez libras cada uno. Ya hay suficiente pescado para comer esta noche; además sobra para salar y conservar para el viaje de retorno de los navegantes. Sin embargo, ahora la pesca es diversión, siguen cazando con las varas peces pequeños para mostrar la habilidad de la vista y de las manos en conjunto, que a la población negra del Magdalena le otorgó el reconocimiento de buenos pescadores. Patrón ordena retirar la malla de chinchorros que ayudó en la pesca y solamente por curiosidad permitió que Atanasio usara un congolo para atrapar unos peces, mientras él lo sujetaba con fuerza para evitar una caída al agua.

—¡A zarpar! —Gritó Patrón.

Poco a poco, con movimientos suaves las embarcaciones se retiraron del manglar y volvieron a navegar en la contracorriente del inconmensurable río Magdalena, esta vez hasta detenerse para pernoctar, no sin antes sentir los vapores del pescado a la leña. Fue una comilona inolvidable porque la abundancia de peces era milagrosa, no era una mitaca común, parecía una subienda y cuando eso sucede en el río Magdalena la gente anda feliz, porque significa comida abundante. Todos los restos o sobras del pescado fueron lanzados a la corriente como los indígenas lo hacían con sus muertos.

Antes de tomar sueño, se escucharon conversaciones melancólicas. La familia de Louis estaba encantada de este paseo, decían que sería inolvidable y hasta irrepetible como grupo familiar, además el trato de Patrón y del personal encargado de doblegar las aguas para poder avanzar hacia Honda, se habían excedido en atenciones. Una leve brisa aleja la plaga y Patrón dice que siempre es así, que en el Magdalena, el último día del viaje, la naturaleza le regala a los viajeros antes de desembarcar un día donde todo sale bien, incluido libre o con menos plaga.

Otra vez el amanecer y ahora las preocupaciones están centradas en la llegada de la primera caravana que se vino hasta Honda sorteando caminos poco transitados y

peligrosos. Un poco antes del mediodía una embarcación que venía en dirección Honda-Cartagena se aproximó a las tres embarcaciones que avanzaban hacia Honda, y gritaron desde allí:

—Si llevan a don Louis Girardot y su familia, don Paisano les informa que está en Honda desde ayer.

Entonces todos los viajeros y Patrón los saludaron con los brazos al viento, y agradecieron el mensaje. Pero la solidaridad de Patrón se materializó en un grito que retumbó en todas las embarcaciones.

—¡En el Mangle del Deseo hay mucha pesca, no se vayan sin pescado!

—¡Muchas gracias su merced, para allá vamos! —Fue el grito que retornó como un eco de buenas gentes.

Luego de esto, los miedos se han alejado, pero la nostalgia se acrecienta y Atanasio le pide a Patrón la gratitud de contarle alguna historia sobre el río que no haya contado antes y fue cuando Patrón se desmoronó como se desgrana una mazorca de maíz, soltando cada grano de las razones adicionales por las que lleva esta vida, y así dijo:

—Yo no llegué solo a Cartagena, vine con una bella mujer que conocí en Cádiz, me enamoré salvajemente de ella y nos casamos. Ella sabía que nos teníamos que venir a La Nueva Granada, y estaba realmente feliz; ya les conté, nuestra familia nos alojaría por un tiempo...

Patrón hablaba con un luto profundo, su narrativa la llevó hasta el momento de perder a su amada, luego de unos días en Cartagena con esa enfermedad que produce una fiebre que pareciera que el sol vive en uno. No hubo nada que se hubiera olvidado para tratarla, su piel otrora rosada cambió a amarillenta, sus labios se cuartearon y ella murió. Patrón llegó a decir que se quedó en el río porque iba a vengarse de esas aguas, luego dijo que harto de llorar agotó sus reservas de vino, y siguió bebiendo otras preparaciones seis veces más fuertes, y fue cuando casi irrecuperable de sus borracheras, una buena mujer me alivió la vida, me aconsejó... era una

mujer que le sucedió al revés, fue su esposo el muerto. Ella era una Magdalena que vendía su cuerpo para sobrevivir en Cartagena. Bella y apetecida, perdió el motivo de amar y le renació el motivo de sobrevivir.

—*Así que me dijo, que yo debía sobrevivir y aquí estoy. Ya vendrá un tiempo nuevo para el amor verdadero, y como les dije antes, aquí lo que sobran son mujeres.*

—*Je sui desolée* —se le escapó esa expresión a Louis y abrazó a Patrón.

Ya es el momento de pensar en lo que vendrá, ahora el Magdalena será imborrable en la mente de la familia y Atanasio tiene un compromiso consigo de escribir lo que vivió.

El calor mella los rostros de los pasajeros, pero la nostalgia de este viaje encantador se suma a desgastar el ánimo. En la distancia se divisan muchas personas agolpadas en el puerto modesto pero activo de la Villa de Honda. Las embarcaciones se han detenido cerca para esperar por la partida de varias embarcaciones que van a tomar rumbo al extremo norte del río Magdalena, a la costa caribeña.

Con una maniobra sensata las embarcaciones tocan el puerto, son amarradas con mecates por manos diestras en estas operaciones para permitir el desembarco de personas y de la carga.

Una voz severa de recaudador de impuestos los recibe:

—*Bienvenidos al corazón de la Nueva Granada.*

—*Gente buena en viaje familiar* —contesta Patrón y añade—, *vea que nos acordamos de usted.*

Con gratitud le entregó al recaudador un cesto con pescado salado del día anterior, para su familia. No hubo nada que declarar y comenzaron a bajar baúles, sacos y los aperos de dos caballos y de las mulas de carga, donde viene camuflado parte del oro de Louis Girardot.

Capítulo III

El camino del poder

La vida los ha traído a Honda entre aromas de río y selva. Louis usa su estatura de jirafa para buscar a Paisano entre tanta gente hasta que cruzan las miradas, lo ubica, se aproximan y se abrazan fuertemente.

—*Ha sido un buen viaje* —dijo Paisano, afirmando y preguntando a la vez.

Entonces se soltó a hablar sobre sus resultados que han podido ser mejores, pero una mula, agotada se desbarrancó en un paso donde solo cabía un animal por vez. Luego, adelantaron hasta una trocha amplia donde existía una humilde vivienda propiedad de un mestizo campesino y regresaron al barranco con él, a conocer el estado del animal y de la carga. La mula estaba aporreada, pero viva. Entre varios sacaron la carga y le regalaron la mula al campesino, quien dijo que la salvaba. Ese día pernoctaron cerca de la casa del campesino, había un verde pastizal para los animales y la atención de esa familia fue magnífica. En la madrugada siguiente el campesino llegó con la mula que renqueaba de la pata trasera izquierda y preparó café de su propia cosecha lograda con semillas que vinieron de lejos, según él, de un pueblo del norte donde se produce para comerciarlo y cuyo cultivo lo promovió un sacerdote que ordenaba las penitencias de oraciones y junto a estas la obligación de sembrar plantas de café. También preparó una mezcla con cortezas de árboles y unas ramas herbáceas que untó con manteca de cerdo sobre la piel del animal, especialmente donde recibió los mayores impactos de la caída. Fue entonces cuando, entre despedidas, el campesino les dijo que su mujer le había puesto nombre a la mula, se

llamaría “Libertad” porque les permitiría hacer cosas que antes no podían, como llevarle algo de comer a unos compadres que estaban talando la montaña para hacer su propia finca. Pareciera que Paisano quedó arrepentido por haber regalado la mula, pero en realidad no podía continuar el viaje sin tratamiento previo.

—*Lo que hice fue cambiar las cosas para una mula de reemplazo, ya no hacían falta los fardos de paja porque abundaba la vegetación que le gusta a esos animales.*

Por añadidura dijo que Louis cuenta con un buen grupo de peones, son fuertes y disciplinados para viajar con ellos largos trechos. Es entonces cuando le aclara que la recua está alojada en los pastos de una finca vecina al frente de la Villa de Honda porque pensaron que llegarían unos días tarde. Y la gente también está allí, le han permitido colgar sus hamacas en un cobertizo. Paisano le informa que tenía organizado pagar cada día el servicio de anunciar que estaban en Honda para que lo vocearan en el trayecto del río hasta Puerto Nare.

—*¡Hasta saber de ustedes!*

—*Pues vea que no hizo falta* —le dijo Louis.

El amigo y vecino de la familia Girardot Díaz que hizo el viaje con ellos los interrumpió brevemente para decirle a Paisano que necesitaba programar con él un trabajo, pero que aguardaría su turno para charlar.

Esta conversación prosiguió sin afectar la organización y preparación de las mulas, las literas y los caballos para ubicarse a buen resguardo. Las dos familias consiguieron alojarse en una casa de alquiler eventual y Paisano se quedó hasta entrada la noche conversando con Louis y Vecino. Dijo que regresaría a Medellín, una parte por navegando por el río, con su caballo y dos mulas, sobre la misma balsa que trajo los animales hasta Honda. Sobre eso, había hablado con el balseero que le prometió llevarlo siempre y cuando le esperara dos días porque él descansaría en casa de sus familiares, después de un largo viaje de ida y vuelta. Así fue.

Mientras las familias organizaban la comida y el sueño, Vecino y Louis hablaron con Paisano y acordaron encontrarse en una fecha de la nueva subienda de peces. Vecino le cubrirá sus gastos personales y el uso de cuatro mulas para llevar la mercancía que piensan vender en Medellín. Vecino estaba seguro que en Santa Fe de Bogotá conseguiría muchas novedades que alegrarían a las familias de la Villa de Medellín. Por otra parte, las dos familias decidieron quedarse dos noches en Honda para tener tiempo de conocer este codiciado puerto, no solo de la Nueva Granada sino allende los mares, porque de aquí salió y siguen saliendo muchas riquezas para la Corona Española. La dueña de la casa les ha dicho espléndidamente, que la disfruten los días que quieran y agregó:

—El río Magdalena es como una sirena que encanta a quienes el viaje, además de otros fines, les sirve de esparcimiento.

Las cuentas con Patrón fueron saldadas sin ningún reparo en razón a lo convenido antes de abordar. Total, no hay algo que no se pueda arreglar fácilmente en Honda. Esta comunidad tiene todo lo que se necesita en esta época para descollar; colindante con el principal efluente de la Nueva Granada, es el punto de tránsito obligatorio desde el interior y desde el exterior, para llegar a Santa Fe de Bogotá, y no es que se hayan pasado por alto otras posibilidades más próximas, sino que algunos lugares requieren desplazamientos peligrosos por las abruptas montañas de la cordillera oriental, antes de llegar a la planicie bogotana. Honda refleja la cultura ribereña, su gente es costeña típica e interactúa con otras poblaciones similares aguas abajo. La topografía de ese espacio donde Honda está asentada es irregular, pero su gente ha comprendido esa realidad y ha ajustado el urbanismo a la naturaleza. Han trazado una cuadrícula que tiene por centro la Plaza Mayor, y eso le da la sensación de orden en su crecimiento. Lo que sí le preocupa a Louis y se lo dice a su hijo Atanasio, es que cualquiera que llega por primera vez se sorprende por la poca inversión que se hace para crecer con otros atractivos para los viajeros. Sin embargo, dos puentes se han construido

para unir dos porciones de la misma villa, pero siempre se ven afectados por las inundaciones que obligan a permanentes reparaciones.

Louis hace unas cuentas sencillas sobre todo el oro, plata, piedras preciosas, productos agrícolas de exportación e importación, y bienes suntuarios que tienen paso obligado por Honda, y concluye que si el uno por ciento de ese valor estuviese reflejado en la villa que está encontrando en pleno inicio del siglo XIX, esta alojaría a tantos habitantes como Bogotá que ronda las veinticinco mil almas. En todo caso, nada les falta, tienen donde alojarse, comida, medios para prepararla y se pueden comprar algunas ropas de buena calidad para el clima frío que tendrán, transcurridos cinco días o algo más. Atanasio, ha estado atento a todas las conversaciones, es un niño muy inteligente y preocupado por aprender.

La noche cierra con ranas croando y grillos ejecutando una coral de chirridos, que al principio provoca levantarse a reclamarles esa cortesía extraña para quienes quieren quedarse dormidos sin que nada los perturbe. El día abre con la polifonía de miles de aves que alegran la vida a orillas del río Magdalena. La gente aquí labora desde muy temprano, pareciera que quieren comerse el día de un bocado. No hay desorden en el puerto porque todo viaje ha sido convenido con antelación, lo que si se observa es la nostalgia de Patrón y sus remeros que estaban encantados por el trato gratificante que tuvieron sus clientes. Louis, Vecino, Patrón, Paisano y el niño Atanasio se ven temprano para despedirse y sin la menor discreción Patrón dejó escurrir algunas lágrimas, porque esta gente ha escuchado parte de su historia personal; sin embargo, cuando ya no soporta su propia debilidad, da la espalda y se encamina a las embarcaciones para coordinar su retorno.

Es hora de pasar revista a la gente, las bestias de carga y a la carga; también para recibir orientaciones para el ascenso a Bogotá y dejar sin deuda la atención recibida por Paisano como jefe de esta parte de la expedición. La gente está feliz y tiene buen semblante; las mulas se ven en muy buen estado,

una de esas será entregada a Paisano para reponerle la que cayó por un barranco y fue donada al campesino. Como siempre, Atanasio parece infatigable y logra que le ensillen el caballo de Paisano y galopa suavemente sobre esos pastizales de la finca, y sobre un camino de tierra algo suelta que levanta una ligera polvareda. Conviene que la salida de la casa que los aloja será muy temprano, al amanecer; y pasarán por esta finca antes que comience a calentar el sol. No convinieron hora exacta para no fatigar a la gente con preocupaciones. Así, todo quedó sin algo que pudiera retrasar la salida. De allí que Louis y Vecino apuran el regreso porque deben hacer unas compras en la compañía de sus respectivas esposas. Atanasio se considera invitado y quiere escoger un traje formal para su edad.

Para este momento en Honda existen unas atractivas casas altas de doble piso, en cuya parte inferior hay negocios abiertos diariamente al público salvo en las fechas religiosas de guardar; allí pudieron conseguir aguardiente, tabaco, cacao, carnes, pan, textiles y ropa, café, que aunque era muy escaso fue un privilegio obtenerlo; también pudieron curiosar algunos productos traídos de España que se vendían en una Bodega Real, especialmente a personal al servicio del Virreinato, pero estos hacían favores bien cobrados a viajeros que querían adquirir vinos, alguna mantillas o peinetas para las mujeres de sus familias. A Louis le gustó el aguardiente que le dieron a probar y compró para quitarse el frío cuando estuvieran cerca de Bogotá. Llegó a contar casi sesenta tipos de productos diferentes que se expenden en Honda y de esos, unos veintiséis tipos de textiles, que fue lo que atrajo a doña Marta para hacerle vestidos a sus pequeñas y para ella misma. Además, Louis tuvo muchas facilidades para pagar en tomines; pero ni una pizca de pepitas de oro sacó para cancelar las compras.

El control de la Real Hacienda en la Villa de Honda era persistente. Louis tuvo mucha suerte porque nada de lo que cargaba lo tasaron como mercancía por ser una mudanza.

En esa localidad nunca dejó de existir malestar tanto por los impuestos aduanales como por el control de la recaudación a los pequeños productores de cualquier tipo. Fue así, que se planteó una simple discusión entre el tendero de aguardiente y tabaco con un cliente. Escuchar con atención es importante, en aquellos momentos en que hacían las compras en Honda, la gente recordaba como unos años antes, casi veinte, la situación del tabaco fue muy áspera por cuanto el virreinato había ordenado crear estancos para la producción de aguardiente y tabaco, los cuales favorecían a los poderosos capaces de pagar impuestos, y desfavorecía a aquellos de producciones de poca monta. Todo eso indujo una rebelión, en cierto modo de adhesión al movimiento comunero que había inundado el país y tenía casi locos a las autoridades del virreinato. Louis entendió poco ese cuento. Entonces esa paz, esa tranquilidad que se cree vivir en la Provincia de Antioquia y en toda la margen del río Magdalena tiene mucho de falso, porque con detalle llevaba registro en mente de mucha gente viviendo en condiciones difíciles. En todo caso, eso que cuentan ha debido ser muy bochornoso para los gobernantes, porque en momentos cruciales, la cantidad de alzados y dispuestos a todo igualaban y hasta triplicaban a las fuerzas del gobierno y de los poderosos productores de tabaco y aguardiente. La discusión se estaba saliendo de tono y Louis pagó su cuenta y logró escuchar:

—*Ya no es así*—le dijo con cierta arrogancia un hombre al dueño de la tienda donde Louis compraba aguardiente.

Cuando cae la tarde, los viajeros llegan con unos sacos con sus nuevas adquisiciones. Han comprado también café tostado que algunos agricultores traen como novedad para los transeúntes y el tendero lo cobra caro, invirtiendo tiempo en enseñar cómo se prepara, asunto en la que son expertos estos viajeros en particular. También han adquirido algunas ramas recomendadas para preparar infusiones que mejoran la respiración en el clima frío de Santa Fe de Bogotá, y que en algunos casos pueden servir para combinar su sabor con el aguardiente. El ambiente es de alegría y Louis entra a la

vivienda para saber de sus hijas que siempre están bien atendidas. Comadrona cuida de ellas y su sorpresa fue grande cuando vio unos granos cobrizos de café tostado, que estaban agotados en los fardos de los alimentos que trajeron para el viaje desde Medellín.

Louis se aleja de Atanasio por unos momentos para trazar sin angustias una ruta que le permita cuatro escalas con cinco pernoctas antes de entrar a Bogotá, en uno de esos sitios pernoctarán dos días para no llegar improvisados y agotados a buscar la dirección y los contactos allá, y para uniformizar la narrativa del viaje, al cual le quitarán cualquier calamidad o tedio como la mula desbarrancada, los zancudos del atardecer, los largos y calurosos días de navegación.

Nuevamente las ranas y los grillos arrullan a los viajeros hasta que renace el sol, con el amanecer los pájaros les cantan la despedida de Honda; sin duda, de haber tenido tiempo sobrante hubieran pasado varios días alojados en esa vivienda de alquiler para viajeros.

A llegar a la finca, todo está en perfecto orden, solo queda pagar la diferencia de días que Paisano estará pastando sus animales hasta partir de retorno a Medellín. Esta vez la caravana entera la preside Louis en su caballo carteado. Van a tomar caminos inclinados, muy transitados, relativamente amplios, pero en algunos lugares la cortesía obligará a detenerse para que pasen otros que vienen en sentido contrario. Es la ruta más segura para llegar a Santa Fe de Bogotá, y fue pensada temprano, durante la conquista, a mediados en el siglo XVI. Cuando trazaron el camino real lo enlazaron con un pequeño poblado llamado Guaduas por la abundancia de estas plantas. Han transcurrido doscientos treinta años hasta ahora, desde que se trazó e inauguró la ruta Honda-Guaduas. Los calculistas de la época estimaban que desde Honda a Santa Fe había que patear unas 24 leguas, que se hacían pesadas porque la mayor parte de las veces se lleva carga y hay que pastar los animales. De estas veinticuatro leguas, quince eran de ascenso por las montañas y el resto por la planicie fría.

—*Cuando el viaje haya terminado, habremos pasado de la tierra caliente hasta unas dos mil yardas de altura, y ese calor sofocante pasará a ser un frío agobiante.* Esto lo dijo Louis, que había escuchado a unos viajeros, en la tienda donde compró el aguardiente.

—*Vea pues, entonces si hacemos cuatro leguas por día, en seis días estaremos en casa.* Contestó Vecino.

—*Es mejor que pensemos en seis leguas por día para poder en el último trayecto ir con un día intermedio de descanso.* Replicó Louis, quien siempre agregaba en estas decisiones un *¡que sea lo que Dios quiera!*

Las primeras horas de travesía fueron sobre terrenos con ondulaciones en ascenso, sin mayores dificultades, pero luego habrían de cruzar la Montaña del Sargento, donde hay unos pasos escabrosos muy parecidos a aquel que les describió Paisano cuando la mula sin tener alas voló; luego vendrá la Villa de Guaduas. Ese era un gran reto para un grupo que lleva como guía otras familias que marchan adelante y unas que se divisan detrás de ellos. Tratarían de agilizar el paso, pero las mulas tercas no entienden eso, estas llevan su paso lento y seguro, aunque maltratador, porque el camino de apenas veinticinco pies de ancho, no tiene las condiciones para cuidar las patas de los animales. En las primeras horas de viaje Honda desaparece de la vista de los viajeros, atrás queda un pueblo que por varios siglos ha servido para el bien de la Corona Española, del virreinato y de las provincias que se han ido conformando, para garantizar el gobierno.

Algo escuchó Atanasio de una expedición botánica que pasó por estas vías y a pesar de haber sido hace tiempo, la gente hace memoria histórica de su importancia, porque en ese momento toda esta vía parecía que estaba de fiesta y quería conocer a esos protagonistas, todavía desconocidos para Atanasio. Aspira que en la Villa de Guaduas pueda disponer de información adicional, entre tanto, el hambre acosa. En las orillas del camino, los viajeros han aguantado el paso y se detienen en algunos espacios planos que otros han construidos

como miradores de la inmensidad de la naturaleza. Ellos han hecho lo mismo, han sacado hogazas de pan adquiridas en Honda, queso, carne salada y algunas frutas de tierra caliente como las guayabas que abundan y son los pájaros quienes más las siembran, dispersando semillas con sus deyecciones digestivas. No fue mucho el descanso, casi de inmediato se continuó la avanzada.

Llegó el momento de la verdad, hay que comenzar la subida difícil y caracoleada de la Montaña del Sargento, reconocida como la mayor limitación del trazado del camino real Honda-Bogotá. Louis invita a toda la familia a santiguarse y rezar un *Padre Nuestro* en voz alta. Finalmente rezaron tres. El camino estrecho era una limitación solo si se conseguían con gente descendiendo, o igual, luego cuando comenzaran a descender hacia Guaduas, si se topaban con recuas con mucha carga ascendiendo en sentido a Honda. *Dios hará su trabajo*, llegó a decir Louis, quien esta vez envió adelante a los experimentados que se vinieron por las montañas desde Medellín. Cuando finalmente cambia el paisaje, abajo se observa un valle verde, con plantaciones de caña de azúcar y frutales, con animales pastoreando e inserto en las estribaciones montañosas del valle una villa dormitorio, que ha servido por mucho tiempo como sitio de albergue para la pernocta de las fatigas de los viajeros. Ese es su primer punto de parada, ya la tarde huele a guayaba, y el sol se reclina sobre un cielo tibio, aguardando con calma que los viajeros puedan dar las gracias a Dios por haber permitido llegar a su primera escala.

El avezado e inquieto niño Atanasio quedó maravillado por el paisaje y recordó que tiene pendiente y preguntará que saben de aquella Expedición Botánica sobre la cual escuchó algunas generalidades en Villa de Honda y quedó intrigado.

Ya están cerca de Guaduas y unos jovencuelos aparecidos a la vera del camino real ofrecen sus servicios para llevarlos a unos hostales, donde pueden constatar su calidad y decidir su contrata para pernoctar. Les dicen que las mulas, se ven agotadas y que hay una remonta donde por poco dinero podrán

cambiarlas por otras que ya tienen días de descanso y buena comida. Esto último fue muy bien recibido por Louis y Vecino; y fue una novedad para Atanasio, quien le dijo suave a su padre, que después de haber salido de Medellín pareciera que hay tantas oportunidades de negocio, que hasta las mulas se pueden intercambiar, con facilidad y agregó:

—*Todo menos el caballo.*

—*Pues Atanás nunca pensaría en dejar abandonado mi caballo por viejo. Este caballo es una parte de mí y nosotros.* —No dijo, aunque lo pensó, que unas libras adicionales al peso suyo van en oro en los aperos.

Así que los jóvenes logran su cometido y acompañan a la caravana en su descenso hasta entrar a Guaduas. Atanasio ha querido continuar el viaje caminando junto a los jóvenes, que duplican su edad, pero que dicen cosas graciosas, se juegan bromas entre ellos, y cuando detectan un frondoso arbusto de guayaba, parecen pájaros volando hacia lo suyo. Han agarrado muchas frutas y las reparten entre Atanasio, las mujeres y niñas de la caravana, los hombres están grandecitos para que las recojan con sus propias manos. En el mismo sitio de la remonta ofrecen el servicio de pernocta de los hombres de la servidumbre. Las familias y las cuidadoras van a un hostel con agua fresca para beber y quitarse el sol que se ha metido en el cuerpo, con un baño refrescante.

—*Este trayecto nos dejó exhaustos* —dijo Vecino.

—*No hay razón para pensar que debemos continuar si estamos así, agotados.* —Es la respuesta de Louis que forma parte de aquello que siempre ha mantenido como lema de trabajo—. *¡Qué sea lo que Dios quiera!*

Atanasio considera que es un cumplido con él porque su padre sabe que quiere averiguar algunos asuntos, curiosidades infantiles sobre eso que llaman la Expedición Botánica, la leyenda de otro dorado que él a tan corta edad también está descubriendo. El problema es que no sabe a quién contactar y tampoco puede hacerlo sin la ayuda de su padre.

Louis y Vecino son tal para cual a la hora de resolver situaciones. Con amplitud para negociar han seleccionado preliminarmente ocho mulas para cambio por aquellas que tienen la cara trágica de una travesía muy exigente. Al postergar la salida un día, permitirá que el cambio se haga en mejores condiciones, lo peor que podría suceder es que alguna de las seleccionadas renquee con la carga o sea arisca a la gente, pero el dueño de la remonta tiene abundantes bestias, como dicen de estos indefensos y sufridos animales.

Un sacerdote con una barba desaliñada viene llegando en su mula, pero viaja en sentido contrario, vía Honda y el río Magdalena. Le coloca la mano en la cabeza a Atanasio y lo bendice, este le sonrío y le planta una conversa que intriga al cura. Es un niño desenvuelto, y le ha dicho que si fuese en la misma ruta lo escogería para sus clases de latín y griego, que no ha podido tomar a falta de talento en Medellín para enseñar esas lenguas. Es cuando la casualidad ilumina las mentes, sin hacer ningún tipo de explicación el sacerdote le explica que la Sagrada Biblia es obligatorio leerla en latín, porque hay versiones distorsionadas en castellano, no aprobadas por la Santa Iglesia. Además, sirve para otros asuntos, en los cuales trabaja, pero no abundó en explicaciones. El griego es la clave de leer los filósofos que mejor explican el bien y el mal, y para darle sentido a las palabras que cada vez mejoran las otras lenguas.

—Así que, jovencito, yo podría ser esa persona que necesitas pero no lo soy. Tengo tantas ocupaciones que soy un viajero errante que vengo con periodicidad de dos veces al año a las selvas de las márgenes del río Magdalena. Trato que sea en períodos donde hay más flores.

*—Entonces usted se da muy buena vida mirando flores —*sonó impertinente la sugerencia del niño.

*—Exactamente así es. Muchas veces no vemos lo que está a la vista, no detallamos la belleza de la creación. —*El sacerdote dio un discurso para varios sobre este tema de la naturaleza viva e hija de Dios. En tanto, Atanasio estaba absorto escuchando

y tratando de adivinar cuál era el propósito de viajar a ver flores e insistió:

—*¿Esa es una diversión o un trabajo?*

El cura sonrió y se percató que el niño tenía razón. Si hubiese comenzado por presentarse hubiese sido mejor. Fue entonces cuando explicó que trabaja con el Padre Celestino Mutis en un proyecto de identificación de especies vegetales nuevas para la ciencia del viejo mundo europeo; pero, son plantas de convivencia normal de la población indígena de la Nueva Granada, sobre las cuales saben su uso, la época de floración y demás... Y nosotros los españoles vinimos a buscar oro escondido debajo de las piedras, en los ríos y esas plantas valen más que todo el oro del mundo.

—*¿La Expedición Botánica?* —dijo adivinando Atanasio.

—*¿Dónde has escuchado esto niño?*

Atanasio dijo lo que escuchó por casualidad en la Villa de Honda. Quizá con la misma casualidad que hoy conoce a Fray Pedro que trabaja para ver flores, pintarlas con lujo de detalles e identificarlas con palabras escritas en latín. Los jóvenes que hacen de acomodadores de personas en tránsito le han dicho que hay unas plantas de parchitas floreadas cerca de aquí, creciendo en un rastrojo. Fray Pedro quiere descansar para mañana ir con ellos a ver la novedad.

—*Si no hay inconveniente podrías ir con tu padre y nos acompañas...*

Louis se disculpó por no poder acompañarlo porque debe trabajar en los preparativos de la continuidad del viaje, pero podría darle recado en la mañana si es posible que Atanasio le acompañe. Todo depende del aval de doña Marta. En Guaduas, los mil quinientos habitantes conocen a Fray Pedro y ese es el argumento para ablandar a la madre de Atanasio. Mañana será otro día. Todo parece estar en orden.

Al amanecer, Fray Pedro parece otro, pareciera que esa sotana sucia de ayer fue lavada con esmero anoche; ese sudor fuerte de ayer también se ha esfumado, sumó cuatro días sin afeitarse, desde que salió de Santa Fe de Bogotá, durmiendo

en casa de presbíteros de algunas parroquias de su trayectoria, pero sin mayores comodidades. Ahora rozagante carga unos papeles que apoya sobre una tabla de dos cuartas por lado, muy pulida, que le servirá para colocar el papel donde dibuja lo que crea conveniente. En una busaca ha colocado hogazas de pan y unos dulces de frutas corrientes en la Nueva Granada. No lleva agua porque hay muchas nacientes donde beber; pero lleva una responsabilidad, responder por Atanasio durante medio día de incursión en un área en barbecho donde se dice hay unas parchas en flor. No se preocupa por nada, sabe que es fácil obtener unas frutas en el camino para aliviar el hambre, si llega.

Mientras esta excursión ocurre, la familia ha salido a pasear por la pequeña Villa de San Miguel de Guaduas. Han encontrado unos vendedores de frutas que venden a precios muy convenientes y los viajeros aprovechan para llevar estos alimentos para el camino. Una joven señora carga de la mano una niña de unos cinco años de edad, carita redonda, rubia con rizos de oro, muy despierta y de incesante conversación. La curiosidad de los Girardot Díaz no se hace esperar, sus niñas tienen mucho tiempo sin interactuar con otras personas, solo sus cuidadoras las entretienen y les cuentan fábulas antioqueñas, pero ya no están allí. Entonces, doña Marta se acerca a la señora y le cuenta que vienen en tránsito a Bogotá y que le gustaría que sus niñas conocieran a su chiquilla a quien consideran vivaz y con buena conversación en tanto las suyas son algo timoratas. Así, se saludaron y dejaron que las niñas compartieran casi una hora. Cuando se despidieron, la chiquilla les gritó: *¡Nos vemos en Santa Fe!*

—*Cuéntanos pues qué les dijo la niña.*

—*¡Cosas mamá! Ella habla hasta por los codos. Su padre está mudado con parte de su familia a Santa Fe y viene dos o tres veces al año. Dijo que su mamá le dijo a su papá que no esperará más, o viene a buscarlas o se va por sus medios hasta allá. También dijo que se llama Policarpa y como no le gusta ese nombre prefiere que le digan Pola o Polita.*

—¿De dónde sacarían ese nombre? —Dijo doña Marta—, yo me lo hubiera cambiado.

—Eso que gritó antes de separarnos también nos lo dijo... ¡Nos vemos en Santa Fe! —La mayor de las hermanas de Atanasio también era muy despierta y con ocho años captó en Pola una crianza libre que le permite soltura cuando habla con desconocidos.

A media tarde Fray Pedro regresó cantando una estrofa en coro con los jóvenes acomodadores que Atanasio memorizó y poco a poco se incorporó al canto:

*“Si miras a los lados
la belleza es la riqueza
que Dios nos regaló
de la naturaleza...”*

—Las cosas de Fray Pedro, —dijo alguien que se sabía el coro.

Cuando el fraile entregó Atanasio a sus padres dice con detalles que en Santa Fe de Bogotá van a conseguir gente ilustrada, entre otras a un religioso llamado Celestino Mutis que fue muy estudioso desde niño y se vino en una misión como médico personal del virrey quien no le permitía distraerse con la pasión por la naturaleza que descubrió cuando llegó recorriendo el río Magdalena y su exuberante belleza. Ese coro que cantamos me lo enseñó él, es especial para que la gente sepa que el oro, la plata, las piedras preciosas y otras fortunas son inferiores a estas riquezas que Dios nos da para muchos fines. Les dijo que Mutis finalmente ingresó a un monasterio, se ordenó de religioso y desde entonces es libre de ir y venir descubriendo tesoros de la naturaleza. *Ya no está solo, somos muchos*, dijo finalmente Fray Pedro. Se despidieron porque las nuevas mulas estaban pastando y había que organizar la carga, incluidas las frutas que adquirieron en el mercado por muy poco dinero.

La mañana siguiente siguen la ruta trazada; hasta las afueras de la Villa de San Miguel de Guaduas, llevan la compañía de los muchachos que les regalaron guayabas y estuvieron de excursión con Fray Pedro y Atanasio. Nuevamente la rutina del viaje y dos escalas adicionales hasta llegar a Facatativá.

En el trayecto, Louis hace memoria de Pedrito su hijo, extraña no tener noticias sobre él; si hubiese sido posible estaría en esta caravana hablando con su hermano mayor Atanasio, y juntos hubiesen descubierto con mayor detalle secretos del viaje, de la naturaleza imponente que se ha mostrado ante los ojos infantiles; hubiesen entendido a la gente con la que se han topado circunstancialmente, pero que hablan directos y a veces en parábolas como libros de la biblia, versiculados y certeros cuando dan informaciones sobre temas que interesan. Aun cuando Atanasio y Pedro han estado separados, por barreras físicas y morales, han sido felices a su manera, pero Pedro está limitado, no habla francés, y posiblemente no se ha retado a seguir estudios universitarios, sin los cuales es casi imposible insertarse favorablemente en la sociedad de la Nueva Granada.

Todo lo que ha visto Atanasio lo ha magnificado en su mente, los peces capturados un día antes de arribar a Honda son gigantes acuáticos y sabrosos a la vez; los árboles casi llegan al cielo, y una tortuga era casi del tamaño del champán en el que viajaron. Aquello de la Expedición Botánica es algo así como un viaje imaginario por las selvas ante peligros indescriptibles que la propia naturaleza crea para evitar que la descubran de una sola vez. Esos sabores y olores de las frutas comidas en San Miguel de Guaduas le servirán a Atanasio para explicar la diversidad de lo desconocido. Louis llegó a entender que todo eso lo hace feliz, pero crea un abismo con la educación que Pedro está recibiendo, o que al menos él imagina está recibiendo.

Louis se ha trazado una estrategia para hablar con Doña Marta sobre Pedro. En Facatativá, en ese día de uniformización de la narrativa del viaje y de otros arreglos presentará el

tema de Pedro como una congoja, de un sentimiento de culpa, pero con soluciones viables. Entre otros asuntos, la época la niñez mental termina temprano en los varones de la Nueva Granada, porque antes de los trece años deben estar preparados para los grandes retos formativos universitarios porque los anteriores retos casi invisibles se han dado en el hogar y con maestros expertos. Hay tiempo para que Pedro empareje, porque si algo ha sido provechoso es relacionar todo lo vivido con esta nueva experiencia. También lleva entre sus dudas si la presencia de Fray Pedro en ese día de excursión botánica permeó la mente de Atanasio y estará pensando en los hábitos religiosos para buscar en esa senda encontrar a Dios en la naturaleza.

Por estos mismos caminos que transita la caravana han pasado sabios y brutos, pero a Louis le encantaría que algún día recordaran a su gente como personas sabias porque decidieron romper el estoico modo de vida por la aventura de un porvenir ciudadano, en una tierra que bien sabe esconde muchas desigualdades, pero no han sucumbido a rebeliones; ha sido el carácter férreo de la gobernanza y la sensatez de los alzados lo que ha permitido que las aguas del río Magdalena y los caminos reales solo muestren una pujanza comercial y escondan relaciones de poder que afectan a muchos. En el tema familiar Louis y doña Marta están insertos en el modelo civilizatorio colonial donde los hijos son el epicentro de las relaciones internas y sin ellos la vida pareciera que fuera poca e injusta. La resultante de la educación que procuran en la familia para sus hijos es que las relaciones con el entorno sean amigables y menos peligrosas. Entonces, Louis conjetura que este debe ser uno de esos argumentos para tener a Pedro cerca y de ser posible juntos.

El clima ha cambiado, la insolación ha disminuido, el cielo está encapotado y la ropa fresca requiere apoyarse en otra que ayude a soportar el frío intenso que no habían percibido como grupo familiar. La servidumbre también siente el frío y piden un descanso para calentar su cuerpo con algo que los

cubra mejor, unas cuantas gotas dispersas de lluvia o de rocío prematuro incitan al descanso. Han calculado que en una hora o tal vez hora y media estarán entrando a Facatativá. Louis ordena traer la mula que carga los botellones de aguardiente que compró en la Villa de Honda. Vienen envueltos en ropa que ha sido usada durante el trayecto para evitar se rompan con el bamboleo de la carga. Con calma, saca uno de esos contenedores y lo destapa quitando un taco de madera que impide al aguardiente filtrarse pero no impiden que la fragancia del aguardiente se cuele y llegue a las narices de la gente que tiene frío. Para los niños hay pan con queso, para los adultos también hay pero después de un trago seco, sin derecho a repetir. Las mujeres se miran evadiendo las ganas de un trago, pero Comadrona no aguanta la tentación y con voz baja le dice a Louis que ella quiere un sorbito.

Esta caravana es otra, la de tierra caliente se quedó atrás; ahora cada quien con su ruana tiene otro aspecto, parecen vecinos de Cundinamarca, han dominado el frío y las fuerzas de continuar están intactas y se aproximan a Facatativá, donde las campanas de una iglesia llaman a la misa de la tarde y también esas campanadas parecieran saludar a los viajeros. Es la parroquia de Nuestra Señora del Rosario que comenzó a construirse en 1594, y en medio de omisiones, corrupciones y terremotos apenas logró estar en buen estado hace cuatro años, y en el año anterior rompió un hito al concelebrar el mayor número de matrimonios de la región, ciento cuarenta en total. En efecto, cuando la caravana se aproxima, unos músicos están tocando para los recién casados que salen de la iglesia y en un coche tirado por caballos se dirigen a una finca donde hay suficientes fanales para que la velada pueda llegar a la media noche.

Facatativá, la villa que recibe a los Girardot Díaz y demás acompañantes es el poblado con mayor auge en las proximidades de Santa Fe de Bogotá, por allí pasan los principales caminos reales con diferentes direcciones, pero en especial se jactan de ser un punto estratégico para la unión de Bogotá

con la Villa de Honda. La gente mira la caravana con el mismo interés que a las personas que van invitadas a la gran fiesta de matrimonio. Es el momento para que Louis pregunte donde podría hospedarse y a la vez obtener el cuidado de la recua y su servidumbre. Un hombre de unas mejillas sobresalientes en tamaño y quemadas por el frío fue el más atento. No solo les indicó el camino, sino que los acompañó a un hostel normalmente muy concurrido entre semana cuando los viajeros en sentido hacia Honda son frecuentes, pero este domingo esas instalaciones están solitarias y salvo las habitaciones donde pernoctarán dos invitados a la fiesta, no hay limitaciones para alojarlos. Lo demás fue igualmente fácil, el propietario es también dueño de unas caballerizas y pastizales próximos. Louis que venía pensando en tomar un baño que le quitara el cansancio acumulado hasta ahora, cambió de parecer y se hará una limpieza francesa con un trapito húmedo porque el frío puede resfriarle. En tanto la familia acomodó sus cosas en las habitaciones, allí el clima pasó de frío intenso a fresca benigna.

El dueño del hostel tiene prisa porque va al matrimonio, pero antes ordena las mejores atenciones para esa gente que viene a radicarse en Santa Fe de Bogotá, que dista apenas seis leguas. Esta vez pernoctarán dos días, como sucedió en Guaduas porque el dueño del hostel les sugirió ver algunas ruinas que son parte de la historia y que la prisa, enemiga del conocimiento, impide que la mayor parte de los viajeros conozca. Louis está hablando diferente, cuida su lenguaje y hace reverencias de finura, le ha contado al dueño que es francés de origen y le ha adelantado que ha tenido suerte en la Nueva Granada como comerciante de oro en la provincia de Antioquia.

No tardó el dueño del hostel en contar la novedad a los invitados al matrimonio. La mañana siguiente, varios hombres todavía olorosos a vino y a otras bebidas espirituosas estaban en una sala de espera con deseos de conocer al francés y a su familia. Dos de ellos habían trabajado con oro, pero las

penurias eran muchas para cambiar este clima fresco por el clima cálido de Santa Fe de Antioquia; así qué se presentaron ante Louis e intercambiaron muchas experiencias concretas de la minería y del comercio del oro. Para ellos el mensaje que les quedó era que Louis era un portentado y que se había salido cuando sus cuentas eran favorables, en tanto ellos regresaron con muchas deudas que ya han sido saldadas y ahora tienen a su cargo esclavos e indígenas libres que hacen agricultura para abastecer varias ciudades, incluida la capital del virreinato.

Atanasio ha estado escuchando con atención y esperó que fuese su padre quien lo presentara como primogénito y con muchas ganas de estudiar en el Colegio Mayor del Rosario cuando sea el tiempo y haya resuelto lo del dominio del latín y el griego. Vecino también se acercó al grupo y la conversación se animó. De repente, casi corriendo llega el dueño de la posada porque había olvidado el compromiso de llevarlos a pasear por las afueras de la Villa de Facatativá. El grupo creció, Louis, Vecino, Atanasio, el dueño del hostel, y tres amigos nuevos van a caballo a conocer lo que no se puede ver a simple vista. Esta vez es el dueño del hostel quien sale con una canasta tejida de mimbre, una garrafa de vino y unos panes rellenos con embutidos de cerdo hechos en la villa.

Están saliendo tarde, pero no hay de qué preocuparse, las mujeres descansarán e irán a la iglesia cuando abran sus puertas. La servidumbre que fue a las caballerizas está bien atendida, y Louis les envió un recado simple: *¡Pueden terminarse la botella de aguardiente que comenzamos ayer!*

Los caballos avanzan por la planicie y en la distancia una montaña imponente marca el espacio, a los lejos una cordillera de menor porte es como una guirnalda que produce agua para la villa, y entre pastizales y vegetación mediana unas piedras imponentes pareciera que fueron arregladas allí para algo. Se detienen y el dueño del hostel comienza a hablar de un cacique muy valiente que se opuso a la conquista y que fue muerto en extrañas circunstancias, saqueadas sus

vestimentas adornadas de oro y su cuerpo quedó abandonado; luego, recogido por los indígenas, su cuerpo yace en algún lugar de esta zona que alguna vez fue sagrada para ellos.

Avanzan a pie unas cien yardas y se topan con una cueva de piedra donde hay unas figuras hechas por los indígenas, entre los dibujos hay ranas, cuyo significado no se conoce, es algo como el santuario de las ranas que sirven para llamar las lluvias a la planicie. Atanasio, está maravillado y Louis pensó en ordenar el discurso del viaje, cuando llegue el momento esta noche, comenzando por decir que en Facatativá han sido recibidos como hijos de esta planicie. Atanasio siguió mirando los petroglifos y sorprendió la mala memoria del dueño del hostel con una sencilla pregunta:

—¿Cuál era el nombre del cacique, por favor, su merced?

—Este, este, este... ¡A ver, que cabeza la mía!

—Tisquesuza, —dijo uno de los nuevos amigos—, zipa Tisquesuza.

—Claro, claro —dijo el dueño del hostel.

—Abra esa botella de vino que es hora de comer algo.

Fue entonces cuando debajo de un arbusto se sentaron a escuchar como en estos tiempos los facatativeños ven el futuro de su villa. Vivirán del tránsito de gente por los caminos del virreinato y de esas reliquias de los antepasados.

De regreso a la villa, la amenidad marcó la tarde de todos excepto por la cara de Atanasio que con una sola pregunta bastó para que Louis lo mirara con severidad para quitarle la impaciencia. Entrando nuevamente en Facatativá, se detienen y el dueño de la posada señala varios sitios que marcan la historia de una tragedia. Todavía existe bochorno por la ofensa de colocar las partes del cuerpo de José Antonio Galán, uno de los líderes del movimiento comunero, que tuvo éxito en la toma de la villa en mayo de 1781 y en la destrucción de la ofensiva de las tropas realistas, y que luego de incumplidas las promesas de la Capitulación de Zipaquirá suscrita en presencia del arzobispo del virreinato Antonio Caballero y Góngora, se alzó nuevamente en armas y fue capturado,

sentenciado a muerte y otras ofensas más, como descuartizar su cuerpo y enviarlo a exponer en esta tierra donde obtuvo mucha solidaridad y triunfos militares. El arzobispo fue luego ascendido a virrey por su contribución a la paz en la Nueva Granada. Allí, en aquella calle de entrada principal que da a la plaza mayor, la cabeza ensangrentada de Galán fue colocada sobre una vara que clavaron al suelo como escarmiento a todo aquel que ose enfrentar la Corona. Luego la llevaron a la Plaza Mayor, donde cundió el pánico, porque los gusanos habían colonizado la cabeza de un héroe para unos y un traidor para otros.

Jamás en la vida, un discurso tan cruel había sido escuchado por Atanasio. Louis era otra persona ante la narración. Se crio en Europa donde los castigos por ofensa a un Rey son crueles y mortales. Luego de esta narrativa, siguieron a trote suave hasta llegar al hostel, pero el niño se veía perturbado y solo cambió de rostro cuando los hombres, que eran empleados de la administración del virreinato, les propusieron que cuando quisieran podrían venirse a vivir a esta villa, donde lo único malo que ha pasado en 300 años ha sido el asesinato del zipa Tisquesuzá y el cuerpo mutilado de Galán. Lo demás es trabajo, diversión, frío y gente pasando por la villa hacia varios destinos.

Así terminó este encuentro grato y útil para entender que hay cosas que todavía faltan por saber sobre el funcionamiento de la vida en la capital del virreinato.

Nuevamente el frío hace mella en los viajeros, pero está el compromiso del atardecer, hablar del viaje a Bogotá y de la forma en que llevarían las conversaciones con los nuevos amigos que harán. La mente de Louis sabe que estos dos casos que le presentaron tienen dos lecturas, son hechos aislados, por una parte, muy distanciados en el tiempo, aunque crueles. La segunda conlleva la advertencia que desde siempre los ejércitos, las leyes de indias y la institucionalidad de la justicia están hechas para hacer trizas a los facinerosos que retienen al reino. Pero algo no está suficientemente claro ¿Dejará el

futuro cercano conflictos en la Nueva Granada? Lo mejor es arrancar eso de la mente de Atanasio, testigo presencial de la descriptiva insana de una venganza política.

Así, cuando llega el crepúsculo tímido detrás de la inmensa montaña, Vecino, su esposa, doña Marta, Atanasio y Louis se han sentado algo retirados del movimiento de otras personas y todos escuchan a Louis.

—Hemos tenido un viaje inolvidable, creo que todos hemos aprendido algo que resumo brevemente; aprendimos a abrir nuestra amistad a otros, creímos en ellos y no nos defraudaron, creímos en Paisano, Patrón, nuestra servidumbre, en Comadrón; hemos sido bien tratados en cada lugar que hemos pisado. El río Magdalena con sus historias es una maravilla, y después de pasar por allí encontramos a Fray Pedro para decirnos que eso vale más oro que todo lo que se ha extraído desde que los conquistadores españoles se plantearon la leyenda del Dorado. Todos los momentos nos llenaron de fe y de esperanza por la nueva vida que tendremos en Santa Fe de Bogotá. Louis tomó aire y prosiguió: Hemos adquirido el compromiso de regresar a Facatativá, cuando sea el tiempo, no para vivir, sino para compartir con esa grata gente.

—Papá ¿y lo de hoy? —Preguntó Atanasio.

—Eso lo vamos a revisar cuando regresemos a visitar Facatativá, por los momentos no se usará en ninguna conversación —respondió Louis.

Nadie quiso opinar, las descripciones del viaje quedaron abiertas y solamente quedaba restringido la narrativa y las apreciaciones sobre la muerte de Galán. La reunión fue sumamente corta por cuanto lo concreto de Louis y la convicción de Vecino que el tema vedado era necesario, no daba para estirar los recuerdos.

Anochece, es necesario cenar algo que le han ofrecido en el hostel a buen precio. Luego, todos sentados bordeando una mesa rectangular de tablones gruesos e impecables hacen una oración por lo bendito de lo transcurrido y las buenas expectativas de las próximas seis leguas. Vecino y Louis se deleitan

con una bebida gratis preparada con aguardiente donde han sumergido algunas especies importadas traídas desde muy lejos, que calientan el cuerpo como una gruesa colcha de lana. Dormir es lo más próximo que tienen por hacer y mañana será un día muy largo.

Ese amanecer anunciaba un día muy frío y con probabilidades de lluvias, según los conocedores del clima de Facatativá. Un desayuno frugal con pan, chocolate caliente y unos pedacitos de queso blanco que alguien recomendó sumergirlos en el chocolate para disfrutar ese mestizaje alimenticio que despierta y da energías para continuar el gélido andar. El camino real está muy bien trazado y no hay lugar a confusión alguna. Los hombres y la recua de mulas están aguardando a la vera del camino la llegada de Louis, quien ufano quiere ir de primero como muestra del arrojo para lanzarse a buscar una nueva vida con mujer, cuatro hijos en persona y otro en el pensamiento. Recuerda que en la emoción y ganas del cerrar el día anterior olvidó tratar con doña Marta el caso de Pedrito, que está enterado por sus mensajes que su padre va rumbo a Santa Fe de Bogotá. Es el momento para detenerse en la pequeña población de Serrezuela, solo unos breves minutos, a descansar el trajín. Louis invita a doña Marta a pasear tomados de brazos, a estirar las piernas. Es solo un pretexto para hablar con ella el tema diferido de Pedrito. Con solo empezar a hablar doña Marta le adelantó que ese caso lo trae en la mente desde que salieron de la Villa de Medellín y que lo mejor es asentarse en la nueva vivienda y con calma escribir a la madre del niño, que podría vivir con la familia, sin ninguna objeción de su parte. Un suspiro de agradecimiento recibió doña Marta, pero también recibió una amenaza tierna.

—*De esta noche no paso sin rendirme en tus brazos y recibir el calor de tu cuerpo.* —Louis se acercó tanto al oído de su esposa que su piel grifa aceptó ese compromiso nocturnal.

Así, el viaje sigue en armonía y la única preocupación del momento es que el café no es una bebida preferida en Santa Fe

de Bogotá, para algunos es totalmente desconocida. Es difícil hallar y adquirir café, salvo que algún mulero lo haya traído desde muy lejos a negociar en las tiendas de abarrotes. Viene una segunda estación para un corto descanso y nuevamente continúan en su trayecto hasta Cuatro Esquinas, ya próximos a la meta. Ahora, lo importante es acicalarse y lo hacen en una pequeña tienda de muy variados productos, donde venden unos dulces locales muy sabrosos. También disponen de chocolate caliente para todos los de la caravana y Louis paga con soltura. Ahora, las mantas que fueron revisadas, sacudidas y vueltas a colocar sobre el cuerpo, lucen de estreno. Unos sombreros aguardan por la cercanía para mostrar la elegancia de Vecino y Louis.

Finalmente, están en la entrada de Santa Fe de Bogotá, la imaginan preciosa, la esperan señorial para que el sacrificio valga la pena. En la entrada hay un servicio de agua gratuito donde los vecinos vienen a llenar sus jarrones y los aguateros hacen el trabajo que otros no quieren o no pueden hacer; llevan en sus mulas acondicionadas grandes jarrones que entregan a domicilio. Es uno de los trabajos más útiles de la ciudad, comenta alguien; mientras Vecino y Louis se colocan sus elegantes sombreros. Están en una plaza pública llamada San Victorino, muy nombrada porque se considera la puerta de la ciudad, por allí entran y salen los que toman rutas hacia diferentes coordenadas de la Nueva Granada. Esta primera impresión siempre la guardarán los Girardot Díaz como compromiso de vida, porque el lugar donde se vive se debe amar, y no como algunos visitantes y funcionarios de la corona, que vienen por poco tiempo a conocer este mundo, y se van en murmuraciones porque la ciudad no llenó sus expectativas.

Un pequeño mapa de la ciudad dibujado por un comerciante de oro que le frecuentaba en Medellín, le indica el camino hacia su nueva morada. La gente murmura que ese rubio de ojos azules debe ser un rico por su apariencia, la de su familia y por la servidumbre que le acompaña. En pocos minutos se sabrá en toda Santa Fe de Bogotá que tendrán nuevos

vecinos, porque en Bogotá de inicios del siglo XIX, todas las ventanas tienen ojos y todas las paredes oídos. Nada mejor para el rumor que Santa Fe de Bogotá, y eso le agrada a un comerciante.

Atanasio va muy atento a todo cuanto acontece; su sueño de estudiar formalmente está más cerca de lo que llegó a imaginar.

Capítulo IV

Santa Fe de Bogotá es otra cosa

En la fuente de agua de la plaza de San Victorino, un aguatero se ofrece gratuitamente a abastecer de este líquido a la caravana completa; Louis accede y de una vez lo compromete para los suministros ocasionales de agua a su vivienda y le dicta la dirección que hasta el presente ninguno de los viajeros, salvo él, conocía. Ese secreto bien guardado lo mantuvo durante dos años cuando negociaba oro con dos orfebres que llegaron por casualidad a la Villa de Medellín buscando dos cosas, la primera una fuente de suministro de oro regular y la segunda, que al precio le dedujeran los gastos personales de quien iba a buscar el oro cada dos o tres meses. Alguien en Medellín contactó estos bogotanos con Louis y se abrió un espacio de negociación muy interesante. Fue cuando Louis les preguntó sobre la vida en Santa Fe de Bogotá y estos endulzan su ciudad natal. Sin embargo, le dan detalles de algunos descendientes de españoles que han migrado a España, han preferido quedarse allí y algunas casas están vacías, en camino al abandono y la ruina. Louis los escucha atentamente y les sugiere que averigüen por una vivienda que pueda disponer de una caballeriza y que quepa una familia grande, porque en sus visiones no se ve viviendo con menos de seis hijos. Así, cada cierto tiempo, los capitalinos regresaban a Medellín con la discreción casi religiosa, propia de los bogotanos. Hasta que en uno de esos viajes le describen una casa de una sola planta, con cuatro grandes ventanales al frente, un zaguán de entrada, de unos ocho pies de ancho que lleva a un pasillo que circunda la casa interiormente, situado frente a las habitaciones y servicios de la vivienda. Tiene un jardín hermoso y un

aljibe o pila con agua fresca, que requiere algunas mejoras; en la parte trasera hay una caballeriza discreta para unas seis bestias y termina en una pared de acceso por la parte posterior, con un portón de madera que tiene tallado, al igual que la puerta principal el escudo de armas de la familia que abandonó Santa Fe de Bogotá, pero ese escudo puede ser removido por un buen ebanista. El apoderado de la familia pide doce mil pesos y da facilidades de pago. Louis escuchó atentamente y les propuso otorgar un poder para negociar en su nombre y pagar en tres años el monto total, si este fuese algo menor y cercano a ocho mil pesos o quizá hasta diez mil pesos. Así se procedió, los compradores de oro regresaron con su carga de oro escondida a Bogotá para hacer alhajas que triplican lo que pagan por el oro bruto en Medellín. Ellos comienzan a negociar la vivienda y logran cerrar el trato por nueve mil pesos habida cuenta del riesgo de daño de una vivienda desocupada. Poco a poco, parte del pago fue abonado a cuenta del negocio del oro, y a la presente, Louis trae una parte final del pago. Se incorporarán a la vida como propietarios, que es una clase privilegiada en la zona mejor urbanizada de Santa Fe de Bogotá.

Ahora, Louis con un mapa en la mano va al frente de la caravana y avanza sin perderse en dirección hacia el centro de la ciudad, y luego gira unas cuadras a la izquierda, hasta encontrar la vivienda donde una persona contratada por los orfebres habían limpiado todo con esmero para cuando llegaran los Girardot Díaz; todo salvo el aljibe o pila de agua, que requería de manos expertas que lo limpien, saneen y habiliten su uso.

Doña Marta está sorprendida por la habilidad para orientarse de su esposo, en una ciudad que al menos ella cree no conoce lo suficiente. Al fin en casa, giran la calle para encontrar el portón trasero que da a la caballeriza y observa que hasta heno tienen disponible los animales; y un barril grande tiene maíz partido para suplemento. El espacio no da para

tantos animales, pero ha previsto con Vecino que podrá llevarse unas mulas cuando retorne.

Por su parte Doña Marta revisa las habitaciones y el área de cocina, que está impecable y ordena a la servidumbre que traigan parte de los utensilios que no quiso dejar en la casa de Medellín. Así comienzan a movilizar carga hacia los pasillos de pisos de terracota, sin pretensión de ordenar algo, porque el hambre y el sueño acosan a los viajeros. En poco tiempo las cuidadoras, con las indicaciones de Comadrona, ubican las niñas en una habitación amplia y de buen gusto. Al varón de diez años de edad, le asignan una habitación con una pequeña biblioteca de libros anticuados y religiosos. La habitación matrimonial está preparada para apagar el fuego de la pareja que convinieron una primera noche en Santa Fe de Bogotá pagana, completamente sensual y erótica. Comadrona se instalará en una habitación individual, y así se fue tomando la casa, hasta llegar al personal de servidumbre, que también parecía en exceso y se les asignó una habitación para todos, donde los anteriores propietarios guardaban sus implementos de trabajo, con la idea de luego acondicionar un espacio en el traspatio.

Vecino y su pequeño séquito se despiden y van a la casa de sus familiares y quedan a encontrarse de cuando en cuando para hablar sobre negocios con gente de la Villa de Medellín.

Llega la noche, la comida ligera y una garrafa de vino son llevadas al cuarto matrimonial junto con dos copas francesas que siempre han servido de alchahuetas a las invenciones sexuales de la pareja. Esta noche es el desquite después de casi un mes de restricciones, entre preocupaciones y viajes que han impedido el contacto. Y todo sucedió como se planeó.

Temprano, en la mañana siguiente, Louis sale a caminar para localizar a sus amigos orfebres y entregar el faltante que se adeuda de la casa. Cuando los localiza constató el dominio artesanal de esas manos para hacer prendas. Un trapo rojo de seda importada sirve para colocar diversas cadenas, zarcillos, anillos, gargantillas y otras prendas elaboradas a partir

de oro traído desde la Provincia de Antioquia. Eso lo anima a continuar enlazando sus pedidos con sus suplidores amigos de aquellas tierras, por tanto será una preocupación menos, sabe que continuará con el negocio del oro. Ya los orfebres habían cancelado la deuda y el título expedido sobre la vivienda estaba tal cual se convino a nombre de Jean Louis Girardot Bressant. Esta orfebrería será por muchos años un espacio de amistad que visitará con regularidad.

Siguiendo las recomendaciones de los orfebres utiliza parte de la mañana para caminar por la ciudad, esta vez mas acucioso se percata que no habrá dificultad para que Atanasio vaya al colegio cuando le corresponda. El sol ha salido y calienta su cuerpo más de lo esperado, pero no sabe qué hacer con el sobretodo negro que le recomendaron usara porque si algo es común en Bogotá es la ropa oscura. Va caminando hasta la plaza de San Victorino por donde llegó ayer, y cambia de dirección hacia otra calle, observa que los comercios están dispersos en las diferentes zonas de la ciudad pero concentrados a su vez en cada zona. Observa que muchas casas, una de cada cinco, son de dos pisos, otras como la que él adquirió son mayoritarias, pero también notó que en la periferia hay pobreza escondida. Es entonces cuando unas mujeres con porte de monjas y enfermeras lo abordan para advertirle que en esa zona ha aparecido un pequeño brote de viruela, le aconsejan cambiar la ruta y le sugieren pasearse por la zona Catedral, que es de instituciones y con actividad comercial. Acepta la recomendación y se dirige hacia allá y se le repite la secuencia de un grupo de casas de doble piso, esta vez más numerosas que en San Victorino. Es cuando consigue una tienda de abarrotes abierta y con muchos compradores compulsivos llevándose lo que consiguen. Son muleros que practican el comercio en pequeñas comunidades en las afueras de Santa Fe de Bogotá, y todo lo compran por arrobas. Cuando les tienen preparados los pedidos, traen sus mulas, cargan y parten. Eso le recordó que Vecino va a trabajar con esa estrategia pero con cosas de mayor valor que los alimentos, sobre todo ropas,

lujos y excentricidades, donde caben algunas piezas de orfebrería de oro y plata.

Muy cerca de allí, a mano derecha subiendo hacia el cabildo hay una tienda de lujo que tiene objetos traídos de Europa, bien por encargo o porque sus antiguos dueños los han empeñado en algún momento de dificultad económica y terminan dándolos en propiedad al dueño de la tienda. Decide entrar allí y consigue una mantilla finamente lograda, que servirá para adornar la cabeza y los hombros de su esposa cuando vaya este próximo domingo a la misa, para lo cual deberá solicitar permiso y evidenciar que es una familia de blancos, de europeos y criollos, la que desea estar en esa misa. Luego de eso, será posible conseguir un puesto identificado con los nombres de los esposos, a cambio de un compromiso de contribución monetaria con la parroquia.

—*Ha sido suficiente por hoy*—dice para sus adentros Louis quien emprende su retorno a casa, sacando las cuentas de las calles a tomar y los cruces necesarios.

Por el camino hace un balance de su día y todo salió perfectamente, revisa en cada cuadra caminada el regalo que compró para su gran amor, su esposa Marta. Cada vez que lo hace le gusta más. Este próximo domingo exhibirá a su esposa; posiblemente recurrirá al párroco para que le presente alguna gente de bien, como se le dice a los matrimonios estables. De repente se frena y exclama: *¡Oh la viruela!* Esta vez habló solo, para sus adentros, como en Medellín. Dos damas que caminaban muy juntas se alarmaron y le preguntaron por qué dijo eso.

—*Verán respetadas damas, es mi primer día de caminata por Santa de Bogotá y me han alertado que en unos bohíos cerca de la Plaza de San Victorino se presentan unos casos de viruela, de solo pensarlo entré en pánico.*

—*Tenga usted fe, por esta época siempre aparecen casos aislados. ¿Cómo nos dijo que le llaman?*—Dijo la de mayor edad pero tan bonita como la otra que ha debido ser su hija.

—*Monseiur Jean Louis Girardot Bressant, soy un nuevo vecino que llegue ayer con mi familia desde la Villa de Medellín.*
—Esta vez dejó que saliera su acento afrancesado.

La jovencita de las dos mujeres le da con el codo suavemente a su madre, y esta entiende que con desconocidos no se habla y menos en Santa Fe de Bogotá.

—*¡Au revoir Monsieur Girardot!*

Louis continuó rumbo hacia la casa que sería su hogar; fue luego que supo que esa a quien saludó era la viuda más codiciada de Santa Fe de Bogotá, que había heredado una inmensa fortuna cuando su esposo de retorno de un viaje a Cádiz, murió en un naufragio. Ahora en casa, Louis le entrega el regalo a su esposa y esta se coloca la mantilla en el pecho denotando el agrado que le ha causado el obsequio y el gesto de su esposo. Observa que la casa es otra mejor que la de ayer tarde, hay orden y limpieza y desde ese momento comienza a entender que el hogar bogotano en los primeros años del siglo XIX es eso, mucha interacción dentro de la casa, mucha permanencia de la mujer ocupada dando instrucciones para que todo esté bien arreglado, que no se pierdan los gustos por los detalles; y todos los familiares y la servidumbre deben permanecer impecables. La formalidad es la clave. Quien sale a la calle con frecuencia es Louis y detectó como visten los diferentes tipos de personas que se movilizan por la ciudad.

Es el atardecer del primer día ulterior a la llegada y Louis recuerda lo de la viruela. Lo que conoce de Francia y de España, es una enfermedad indigna porque aparece como pústulas horribles sobre el rostro y diferentes partes del cuerpo, causa fiebres y dolores, pero sobre todo causa aflicción que lleva a la muerte. Hasta donde sabe, no tiene cura inmediata y es luego con limpieza de la piel y muchos cuidados que desaparece dejando algunas lesiones cicatrizadas en la piel. Mucha gente muere porque así es la vida, entran en una fiebre aguda que los hace delirar hasta la muerte. Todo eso lo ha contado a su esposa para que lo administre con Comadrona

y esté alerta con las niñas. El hablará personalmente con Atanasio sobre este riesgo.

Atanasio estaba sentado escribiendo lo que fue su compromiso personal de relatar su viaje desde Medellín hasta Santa Fe de Bogotá, lleva varias páginas escritas sin tachaduras, bien hiladas, coherentes. Ha pedido a su madre que le permitan estar a solas mientras escribe, pero no contaba que su padre regresaría tan temprano para importunar sus reminiscencias. Ese es su padre y formador, y tiene ese derecho. Sin tiempo que perder le cuenta lo que hizo con el día y privilegia hablar sobre el caso de la viruela, le detalla todo lo que sabe de ese mal. Pronto ambos deben salir a la calle y las precauciones deben ser las necesarias para no traer la enfermedad a casa. Por los momentos Louis saldrá solo a conocer otras facetas de la ciudad y tener claro que está pasando en Bogotá con la viruela. Atanasio queda estupefacto ante la amenaza y se resigna a quedarse durante una semana lejos de todo contacto con el exterior, es cuando le solicita a su padre papel para continuar escribiendo un ensayo sobre el día que salió a ver plantas y a comer guayabas con Fray Pedro. Hablaron casi una hora, eso sí, Louis no le contó que conoció una bella mujer adulta.

En las casi seis horas que Atanasio dedicó a recordar y escribir, trazó toda la ruta de lo significativo para él. Lo que escribe lo ha programado para que lleve títulos y al final pueda ensamblar todo en un compendio de recuerdos.

Así, hay dos obsesionados en casa, uno tentado a escribir sobre el reciente viaje y otro empeinado en saber más de la viruela, porque su familia está en el medio de mucha confusión. De tanto preguntar en sus paseos le cuentan que existe un curandero muy famoso, Domingo La Rosa, que conoce el arte de tratar la viruela con abluciones diversas para la parte externa del cuerpo, usando hisopos de lienzo que contienen algunas sustancias como sebo con polvo de quina caliente, agua, jabón aguardiente y otros fomentos; y para las pústulas internas tiene sueros preparados por el propio curandero,

agua de quina y frescos de tamarindo. Así ha salvado muchas vidas, incluida la de un anciano que estaba pestilente de tanta infección cutánea. Eso llevó a Louis a conseguir en diferentes tiendas de Bogotá, por separado cada uno de esos posibles remedios. El miedo lo consume, no se imagina a su esposa e hijos, y menos él, llenos de pestilentes pústulas. Esa primera semana transcurrió en el conocimiento de esa realidad, refrescó en la memoria que la viruela no se había ido para siempre. Indagará y creará su propia versión.

Logra de un vecino una cartografía muy general donde se presenta la división de la ciudad en ocho zonas bien urbanizadas, por donde llegó llamada San Victorino, subiendo al lado derecho hay dos zonas muy exclusivas, El Palacio, La Catedral y en la bordura de la ciudad está Santa Barbara con viviendas adecuadas para las circunstancias. Del lado izquierdo, se encuentra San Jorge y Príncipe, y detrás de estos, Nieves Occidental y Nieves Oriental. Louis hace su plan de reconocimiento por la ciudad advertido como está que hay un brote incipiente de viruela, pero de mucho riesgo. Las personas que le han aceptado conversación han sido muy deferentes y han soltado la lengua. Han dicho que esta ciudad se la está llevando el diablo, la indiada forastera aparece como una casualidad durante los mercados de fin de semana y luego no quiere marcararse, algunos hacen en un santiamén una vivienda rústica y se censan como pobladores pobres; luego algunos consiguen trabajos de mucho esfuerzo y poca paga, otros andan por las calles como mendigos, pero siempre escondiéndose de los gendarmes que los capturan, los investigan y deportan a sus tierras de origen. Los amenazan con enviarlos a las costas de Cartagena donde los indios son vilmente explotados. La gente tiene la convicción que la mala vida del indígena, su rechazo a la fe y su poca actividad en el trabajo los conduce al peor de los pecados que es el abandono de su salud, al desaseo y es cuando sobreviene la enfermedad.

—*¡Que pena que yo le diga todo esto!* —Le dice uno de sus interlocutores.

—*No sienta preocupación ni remordimiento por decirme lo que siente en estos momentos cuando amenaza la viruela,* —le contestó Louis con muy buenos modelos y prosigió su camino.

Ahora sabe que Santa Fe de Bogotá es otra cosa diferente a la imagen que se creó antes de venirse a vivir definitivamente en la capital del virreinato. Esta ciudad guarda muchos secretos, y el peor es la gran diferencia de clases sociales y el odio mayoritario hacia una minoría que no representa más del siete por cien de la población de Santa Fe. Le llaman forasteros y eso le molesta, porque es un forastero venido allende el mar y nunca ha sentido ninguna repulsión ni cree que la sentirá, por su porte, su acento y la zona donde vive. Sus amigos los orfebres lo han registrado como habitantes formales a todos los de su casa, salvo a la servidumbre mestiza. Los Giradot Díaz están censados como blancos de la ciudad, él como europeo, su esposa como blanca criolla y los demás como criollos descendientes de europeos.

Louis visita la Catedral con fines de obtener puesto para la misa del domingo y contribuyó con las obras de la iglesia para la reparación de unas paredes que cada cierto tiempo, cuando se recuerda la muerte cruel del líder comunero José Antonio Galán, en 1782, bañan algunas paredes de la catedral con tinte rojo que emula sangre, porque la gran traición de ese movimiento vino del arzobispo Caballero y Góngora que, le recuerdan, luego fue virrey. Parece ser que nada de ese movimiento ha sido olvidado en Santa Fe de Bogotá, como también lo constató en Facatativá.

—*Absténgase de ir a la periferia donde hay viviendas que son antros de prostitución, fábricas de mestizos, cuna de la pobreza, de todas las miserias posibles y de la viruela,* —le ha dicho el sacerdote que le solicitó una pequeña descripción de su linaje y el de su familia para presentarlo como nuevo vecino, en la misa del domingo próximo.

—*Así será, somos cristianos y respetuosos de los mandatos de la Corona y de la Iglesia.*

Ese mismo sacerdote le contó que la Iglesia tiene su prédica sobre el pecado y la viruela, para nosotros los cristianos. Le cuenta que la memoria escrita de la iglesia refleja que cientos de familias quedaron en la inopia, abundaron los huérfanos, las mujeres viudas que luego sufrieron las penurias de la viudez, cadáveres sin sepulcro pudriéndose en las afueras de la ciudad, calles desoladas como se están empezando a ver ahora, los alimentos disminuyeron y hubo hambre y carestía.

—Precisamente, estoy oteando unas palabras escritas por nuestro Arzobispo de esa época, le hablo de 1782, le hablo de su eminencia arzobispo Caballero y Góngora...

—Dígame Su Merced, ¿qué dicen esos escritos? —Preguntó Louis.

—Es un razonamiento muy claro sobre el pecado y la enfermedad, advierte que en momentos de crisis se quiere conseguir que el Dios de iras y venganzas, tan merecidas por los pecados de las gentes y los escándalos públicos, se manifieste como Dios de la salud y la misericordia.

—Es una severidad respetable dicha por alguien con sabiduría teológica, yo a veces no entiendo mucho esos momentos de dificultad... ¿Qué hacer, que no sea acudir a Dios?

—Su percepción es correcta pero cada quien recibirá según sus pecados, —le contesta el sacerdote.

Fue entonces cuando le cuenta que esa historia de los comuneros y de las capitulaciones de Zipaquirá coincidió con la peste de la viruela, lo cual deja claro que disentir del Rey y de la Iglesia, trae consecuencias graves y remató:

—Pues estamos enterados que existen reuniones secretas donde algunos ilustrados reviven con periodicidad esos desencuentros y la viruela vuelve a sus andanzas.

Louis fingió un sobresalto para dejar claro que es un recién llegado y piensa que no tiene mayores pecados que sus amores furtivos antes del matrimonio con doña Marta, y sus pensamientos lujuriosos con la viuda que conoció hace unos días.

Con esa idea de dar lástima, el sacerdote lo despide diciendo:

—Si tuviera chocolate le brindara, tampoco tengo pan ni ...

Este día ha sido muy largo, pero tiene a su favor que no se ha encontrado con alguien que esté contagiado de viruela, y no es su costumbre acercarse mucho a la gente cuando conversa, salvo que sea de negocios. De regreso a su casa adquiere unas cuentas de pan que tienen fama de sabrosos. Ahora Santa Fe es algo que genera contradicciones entre lo que se percibe y lo que se oculta, pero eso no será parte de las conversaciones en casa, salvo en privado cuando se tenga organizada la visita a la catedral. Había olvidado adquirir el papel que requiere Atanasio, pero llegó justo antes del cierre de la tienda. Cuando regresa a casa, la puerta principal está cerrada y le aplica unos golpes suaves a una campana pequeña y es Comadrona quien le recibe. Nota algo extraño en la puerta, el escudo de armas de la anterior familia que habitó la casa ha sido borrado por expertos ebanistas, usando escofinas y otras herramientas, ahora pareciera que el escudo nunca estuvo allí.

Entonces, los Girardot Díaz están en el lugar indicado en el momento indicado, porque aún con los miedos al brote de viruela, pareciera que la ciudad ya entiende algunas vías para que ese mal no se convierta en sacrificios humanos, asunto que en las pequeñas villas de Antioquia no estuviera en ese nivel de solución, y también porque conoce que en Europa existen áreas donde la gente ha evitado que se propague la enfermedad, por unos métodos casi mágicos que la nueva ciencia europea denomina vacunas, y que para otros es una forma de frenar las infecciones sin tener explicación de un porqué, razón por la cual esas posibles vacunas son un arrebatado divino, hastiado Dios de escuchar tantas peticiones de salud. Todo eso fue lo que Louis le contó a sus principales oídos de su hogar, doña Marta, Comadrona y Atanasio.

Dicho esto es cuando les presenta los otros puntos que ha recogido, aquella cabeza sangrante de Galán, tiene para

Facatativá el significado de un instrumento del miedo, que deben sentir quienes se atrevan a retar el poder del Rey y de Iglesia; de un Rey ungido por Dios para gobernar soberanamente, sin tener que preguntar a tantos que debe hacer para resolver los asuntos prácticos que atañen de los gobernados. Les dice lo que ha visto y le han dicho, esa situación que tuvo su epicentro político en Santa Fe, sede del virreinato, se originó en otro virreinato, el del Perú, y como un torrente de agua, como cuando llueve recio, esas aguas llegaron a la Nueva Granada y prosiguieron hacia las provincias de Venezuela.

—*He escuchado muchas voces nativas de Santa Fe de Bogotá y todas coinciden en que existía un malestar que se acumuló hasta 1781, cuando se hizo incontrolable y comenzó una ola de peticiones para mejorar la vida productiva de todos y no de unos pocos. También coinciden que para tener poder político no era suficiente ser blanco, porque los blancos criollos solo tenían acceso a cargos de poca responsabilidad.* —Así lo dijo Louis, claramente.

Pues ese malestar sigue, pero después de veinte años, es menos pasional como actitud contra el mal gobierno y es más profundo hacia el interior del alma. *No habrá*, dice Louis, *o me imagino no habrá otro movimiento impetuoso como la revolución comunera.* Entra Louis en explicaciones, unas fatuas y otras con sentido común, porque si algo ha rendido frutos es la ampliación de las libertades al conocimiento libre y universal del despotismo ilustrado que el rey Carlos III favoreció para que sirva a la universidad y las reuniones de sus súbditos, para ayudar a pensar mejor lo que debe ser el reino de España en estas tierras, donde se ha ampliado por casi trescientos años. Esas libertades que parecen un premio tienen algo de desdicha porque muchos libros de la ilustración yacen escondidos prohibidos por el Santo Oficio...

—*Tengo entendido* —aclara Louis—, *que nuestro Atanás muy pronto sabrá más de esto que todos nosotros.*

—*Pues prefiero que mi hijo no tome partido por causas que nos traigan desgracias,* —señaló tajante doña Marta.

—Lo cierto —responde Louis—, es que aquí en Santa Fe, existe un erudito, sabio, lector empedernido de todo cuanto llega libre o prohibido, casi devora los libros a la luz de un fanal y de acuerdo al contenido, genera opinión y crea expectativas para que la gente siga leyendo... espera que entendamos que el mundo no es Santa Fe de Bogotá, ni la Nueva Granada...

Después de un rato, sacó un nombre de su mente y le pidió a sus allegados que no lo olvidaran, pero no lo repitan a nadie.

—Se trata de don Antonio Nariño, dicen que tiene más libros en su casa que todos los colegios juntos. Hasta donde me enteré, es un preso de conciencia, se lo llevaron por manejar información que el Santo Oficio considera sediciosa y pecaminosa.

Para ese momento el citado Antonio Nariño es un hombre de 30 años, que ha traducido del francés, el texto Aprobado por la Asamblea Nacional de Francia y que es conocido como la Declaración de los Derechos del Hombre. Lo ha impreso usando un papel que no era común en Bogotá pero sí en España, de manera que digan que vino de allí. Utiliza la imprenta de su propiedad con denominación comercial “La Patriótica” y su cómplice es Diego Espinoza, su impresor de confianza que un domingo de finales de 1793 hace la impresión en ese papel vetusto sin saber por qué no escogió un mejor papel. Es así como en 1794, circula clandestina esa traducción y se hace efervescente en la cabeza fresca de los jóvenes de la época, asunto que es imperdonable para el virrey del momento, quien estando de paseo por Guaduas es informado que esa declaración ha sido colocada como un pasquín pegado a muchas paredes de Santa Fe, y lleno de furia emprende su regreso, ordena allanar la residencia de Nariño y lo lleva a la cárcel. Después de un juicio muy peculiar Antonio Nariño, no consigue abogado defensor, todos se eximen de defenderlo por temor a las consecuencias políticas. Finalmente un abogado es obligado para actuar como defensor. Hay un testigo alcohólico que dijo haber visto a Nariño repartiendo esos papeles un domingo después de la misa. La primera medida contra

Nariño que sucede es el embargo sus bienes, pero lo doloroso es el embargo de la mejor biblioteca de Santa Fe, la suya.

El juicio prosigue después de un estado de enfermedad transitoria y aflicción del encausado que da tiempo para que los blancos criollos se organicen y entren en acción para desfigurar en las calles la acción de la justicia. La defensa de Antonio Nariño alega que no hay nada dañino y subversivo, y este presenta unos cien alegatos que exceden la paciencia del tribunal. No es eximido de culpa por cuanto juró que publicó unos doscientos ejemplares de esa Declaración, pero habiendo entrado en razón de sus posibles consecuencias, prefirió perder el esfuerzo y el dinero, e hizo con las hojas una hoguera, cuyas cenizas estaban en un corral de su propiedad, solo dejó dos ejemplares que consignó al tribunal. Siendo así, declarado culpable se dictan providencias sobre el remate de sus bienes, sobre todo se confisca la imprenta y es sentenciado a sufrir el extrañamiento de por vida.

Pero la justicia le tenía otra sorpresa, lo acusan de malversar fondos bajo su custodia, propiedad de la Iglesia, y con eso manchan su hoja como Tesorero de Diezmos del Arzobispado. Algo interesante sucede en su viaje a la cárcel y destierro, cuando se aproximan a Cádiz, Nariño observa que no está en la lista de viajeros, parece que algunos colegas de la masonería se encargaron de borrarlo; al llegar a Cádiz se evade y finalmente termina en Francia y logra reunirse con un venezolano que luego será conocido como Precursor de la Independencia, el general Francisco de Miranda.

En Francia, se esconde como puede de las persecuciones del Santo Oficio, redactores de parte de la condena: *pena extraordinaria de diez años de presidio en uno de los de África que Su Majestad eligiere; al extrañamiento para siempre de sus dominios de América y confiscación de todos sus bienes y utensilios de su imprenta para la real cámara; y a que el libro original de donde se sacó y tradujo su impreso, igualmente que el alegato de contestación a la acusación fiscal con todas las demás copias comenzadas que se recogieron a mano real sean quemadas en la*

plaza mayor de esta ciudad por mano del verdugo.” Los verdugos no dejan evidencias de la defensa del procesado.

Ricaurte, apellido del infortunado abogado defensor de Antonio Nariño, que había asumido la defensa porque varios abogados nombrados por Nariño habían escogido las peores e increíbles excusas para no comprometerse, al final del juicio le confiscaron sus bienes y una noche tenebrosa de persecuciones políticas le apresaron sorpresivamente y lo enviaron a reclusión en Cartagena. A Espinosa, el impresor del documento, lo apresaron y terminó también en Cartagena, ambos, Ricaurte y Espinoza perdieron la salud en ese calor húmedo, y en Santa Fe la gente los olvidó.

Aquí en Santa Fe se recuerda y se extraña a Nariño. La coacción política no detiene las tertulias sobre temas vedados por el poder imperial. Todo lo que huele a Francia, a la revolución francesa, todas esas historias de un pueblo enardecido por encima del poder fáctico del ejército real francés, es el cuento épico que cada quien construye a su manera y lo traslada a la vida. Para la gente de Santa Fe de Bogotá que no evadió las anteriores facilidades formativas de Carlos III continuadas por Carlos IV, seguir leyendo y pensando sobre el futuro de la monarquía es importante. De allí que la percepción sobre Antonio Nariño además de militante de la ilustración es considerado un “preso ilustrado”.

La discreción de los bogotanos es un don para silenciar asuntos, la mayor parte dice que no sabe nada de la vida de las andanzas de Nariño, pero en realidad están enterados de su regreso clandestino en 1797 a la Provincia de Coro que forma parte de las Provincias de Venezuela, de allí con pasaporte falso logra viajar a Cartagena y luego a Santa Fe de Bogotá. Delatada su presencia, en esos días hubo mucho acoso a la familia de Antonio Nariño para que cantaran el paradero de este prófugo, hasta que finalmente se entrega y en un ardid buscando el perdón, reconoce que ha conspirado para derrocar al virrey, pero todo fracasó. Nuevamente le envían a prisión de la cual escapa periódicamente con ayuda de sus

carceleros para mantener reuniones secretas, conciliábulos para interpretar el otro mundo posible, lo hace y regresa sigilosamente a su celda.

—*Eso sí, todo esto que os cuento son comentarios de varias personas, algunas vinculados al poder imperial; pero cuanto hiciera por toparme con ese “preso ilustrado”.* —Así cierra Louis su interpretación de esta semana sobre Santa Fe de Bogotá, que es otra cosa diferente a lo que conocía.

—*Padre, ¿podrías ilustrarme sobre la revolución francesa?* —Preguntó inocentemente Atanasio y un rubor apareció en la cara de Louis, Atanás lo puso al descubierto, su padre sabe más de lo que dice. Entonces Louis se aproxima y le habla muy cerca.

—*Con gusto, no hay misterios, pero será después de merendar pan con chocolate y queso.*

Louis se interesa por los escritos de Atanasio que aguardan por un lector, no de la ilustración, sino del placer de conocer como un niño percibe el viaje desde Medellín hasta Santa Fe de Bogotá, aprendiendo a amar a las tierras de la Nueva Granada. Y con esa idea lo acompaña hasta su habitación donde cree que puede hablar de esos escritos y dejar de lado el tema de la revolución francesa. No fue posible, porque los escritos de Atanás pueden esperar. Entonces Louis le cuenta que Patrón que siempre ha estado en esas lides de subir y bajar en el río Magdalena ha guardado una colección de papeles que tiene en una alforja de cuero y los cuida con celo para que la humedad no los deteriore. Él logró verlos, y otearlos en una de esas noches a la luz de una lámpara. Lo que él conocía de boca de otros, simplemente se ratificaban con estas lecturas y aunque fuesen noticias viejas para el mundo europeo eran nuevas para Louis.

Louis no huye a las preguntas de Atanasio, y le describe con detalles como la monarquía poderosa de Francia se ocupó de ganar prestigio entre sus iguales de Europa; creó toda una serie de privilegios para pocos, descuidando las grandes mayorías representadas por desposeídos, los explotados por los

señores feudales, los artesanos y demás personas con laboriosos oficios considerados innobles, de la plebe. Todo eso crea un movimiento de varias connotaciones, desde lo político, lo social, lo económico, lo ideológico; es el entramado de todas esas relaciones de poder que hacen perder la paciencia del Pueblo y se produce una ruptura cruenta con la monarquía. Eso comenzó en 1789. Louis le cuenta que él ya no estaba en Francia, estaba acá en la Nueva Granada. *Hasta donde van las cosas, pareciera que esta revolución va para largo*, llegó a decir Louis, *todavía está en proceso*. Louis no sabe ni lleva cuenta de cuantos miembros de su familia pudieron haber muerto durante la revolución francesa, *si me hubiera quedado allá, querido hijo, no existieras*.

—*Todos estos asuntos que hemos hablado son el lado oculto de la sociedad del virreinato de la Nueva Granada. Presiento en Santa Fe cierta efervescencia, discrepancias, odios raciales, y algo de descuido, pero no interferirá lo que vinimos hacer.*

—*Y que no hemos comenzado, Padre.* —Atanasio aprovechó esta intimidad para reclamar los maestros que debe conseguir antes de presentarse a estudios avanzados.

—*Lo sé, lo sé. Lo tengo en la lista de la semana próxima.*
—Fue la respuesta de Louis.

Este viernes Santa Fe ha estado muy concurrida, parece que es asunto de dos días por semana, cuando muchos forasteros vienen a adquirir y vender productos, y las calles quedan algo sucias. Sin embargo, ya en el anochecer de los sábados, la ciudad queda impecable y aguarda las campanas que llaman a la misa, el domingo.

Esta primera misa a la que asisten en Santa Fe es muy especial, tanto así que su esposa se ha vestido a la usanza española y lleva sobre su cabeza una mantilla negra con hilos dorados y unos flecos que ayudan a tapar, pero también retar a los mirones que quieren saber más de esa esbeltez que con cuatro hijos y menos de treinta años, es la persona comentada al aparecer en las puertas de la Catedral. Ella camina tomando delicadamente del brazo a su esposo, con pasos lentos de

boda llegan hasta los puestos que ha apartado, con la gracia del sacerdote oficiante y por las contribuciones para eliminar las manchas rojas que deslucían las paredes de la Catedral. Algunos gestos de cortesía mientras avanzan son la evidencia de la novedad, un poco antes de llegar a la fila que le correspondió, la bella mujer, la viuda que por casualidad conoció, les miró fijamente mientras avanzaban, y Louis se sonrojó.

Con el anuncio del inicio de la misa por una campana griposa, entra el oficiante que invita a sentarse. Es entonces cuando hace votos por la pareja de nuevos vecinos de Santa Fe de Bogotá, don Jean Louis Girardot Bressant y doña Marta Josefa Díaz del Mazo y Hoyos; informa que tienen cuatro hijos antioqueños bautizados, pero que es la esperanza de esta ciudad católica que los acoge, que otros nazcan aquí para el bien de la ciudad y de la Nueva Granada. Hace una apología corta y luego entra formalmente en los rituales de la Santa Misa.

A la salida de la misa, son varias las parejas que se les acercan a saludarles, la viuda y su hija pasan por el frente de ellos y solamente hacen un giro de cortesía con sus cabezas, pero repentinamente se regresan a saludar porque la joven quiere tocar la mantilla de doña Marta. Con mucho respeto pide permiso para hacerlo y doña Marta accede. La joven bogotana se imagina que seguro esa mantilla la compraron en algún viaje a Andalucía y dejó escurrir unas finas lágrimas, porque ese era un encargo que le hiciera a su padre, cuando viajó a España, y sabemos naufragó en su retorno. La madre explica las razones de su tristeza y doña Marta le ofrece que, si algún día llegara a necesitar la mantilla, con gusto se la facilitaría, pues sabe que estaría en buenas manos. Doña Marta ignora el rubor de Louis y de regreso a casa, le dice:

—*Realmente bellas esas dos ...*

—*Parecen replicadas, esculpidas* —contesta Louis en forma natural y agrega—, *así serán nuestras hijas, una copia de tu belleza.*

—*¡Ay Louis, que galante eres! Me derrites cuando me alabas así. Y no te ruborices, que esta noche yo llenaré las copas de vino.*

Mientras caminaban inclinaron hacia los lados las cabezas hasta darse un tope suave de cariño y recordaron que esta tarde la comida será típica bogotana, de eso quedó encargada Comadrona, que obtuvo el permiso de unos vecinos para que una de sus cocineras les enseñara algo. No han querido contratar a alguien extraño por el asunto de la viruela, traer a alguien desconocido a casa es un riesgo, pero la familia vecina vive tan encerrada como ellos mismos.

La alimentación de la época ha consolidado el mestizaje entre productos originarios y otros que progresivamente vinieron con los conquistadores, colonizadores y hasta en los baúles de los empleados del virreinato, como quesos y vinos exquisitos, luego el contrabando permite llevar a la mesa especias diversas traídas desde lugares remotos. La pasión por los dulces se ha fortalecido, lo mismo que por el chocolate que es la bebida del compartir en una tarde fría y de una celebración especial. Los embutidos, como chorizos, morcillas, pernils ahumados, y otras delicadezas se consiguen en las tiendas de abarrotes para la venta al mayor y al detal. Así, la familia tiene los ingredientes para cocinar algo sencillo de preparar, pero bogotano. El otro requisito de la comida de Santa Fe de Bogotá en los primeros años del siglo XIX era la abundancia. La mesa del domingo se servía en una mezcla de derroche y placer. Louis estaba de acuerdo con el placer, pero nada de permitir el derroche. Ese día el menú fue un exquisito guiso de carne de res, papas cocidas salpicadas con sal de Zipaquirá, se sirvió una bandeja de chorizos de cerdo frito en su propia grasa, algunas legumbres adquiridas en el mercado el día anterior permitieron componer una ensalada de vegetales, a la cual le dieron un toque de cerdo, con un salpicado de la grasa que quedó en el caldero y no faltó el pan de trigo. Y la sorpresa del día fue la chicha comprada cerca de la iglesia, y colocada en una vasija de barro. Cada porción de chicha corresponde a una unidad de medida que llaman totuma. Se compraron tantas totumas como los comensales adultos que estarían en la mesa familiar, pero Louis ordenó que fueran de

inmediato a comprar chicha para la servidumbre, que comía alejados de ellos.

La joven cocinera con rasgos indígenas estaba satisfecha de su desempeño y del buen trato que recibió. Atanasio ha comido más de la cuenta y antes de probar la chicha bostezó de sueño. Comadrona repitió vegetales, las niñas siempre han sido de buen apetito y han comido sin dejar caer ni una miga de pan en la mesa o en el suelo. Louis comió discretamente pero siempre opinando sobre el delicado gusto de cada plato que probó. Y doña Marta, después de tantas flores sobre su belleza que ha recibido este domingo, se prefiere esbelta que gorda, y no cayó en la tentación de sobrealimentarse. Además, sabe que si come mucho el sueño la vencerá y ella debe llenar las copas de vino esta noche como recompensa a Louis por este gran domingo. Comadrona va a la cocina en busca de la joven cocinera y cuando llega a la mesa, todos la aplauden. Es cuando les dice que está enfriando al ambiente un dulce de guayabas traídas de Guaduas, para deleitarse luego cuando el sol comience a apagarse. Finalmente, el día cerró con ese exquisito dulce de guayaba electivo, pero nadie dijo que no quería.

Louis se dirige a la habitación de Atanasio y ve su obra culminada y decide, salvo otros usos que se guarde como un gran recuerdo de su infancia. Es posible que los próximos maestros le pidan evidencia de su escritura y redacción y allí despertará ese pequeño compendio de historias de un viaje. Louis, lo separa porque lo guardará en sus documentos preciados, no sin antes leerlo junto a su esposa.

Pero el tema que les atañe es otro ¿Por dónde empezar la vida en Santa Fe de Bogotá? ¿Qué tipo de educación aspira recibir su hijo? ¿A qué se dedicará luego de sus estudios? ¿Aspira ir a Europa? Todas esas preguntas se van desenrollando como pergaminos ya escritos. Louis que se ha interesado tanto por esta ciudad comienza a describirle lo positivo, cuando hace varias décadas el rey Carlos III facilitó el crecimiento intelectual, con ciertas limitaciones, pero con la condición que aquello sirviera para mejorar las condiciones de vida

en la Nueva Granada. Y por razones de buen entendimiento comenzó a gobernarse con criterios absolutistas pero en armonía con la ilustración, para esto un virrey llamado José Manuel Ezpeleta que gobernó entre 1789 a 1797 se comportaba como uno de los vecinos de Bogotá, recibió la información de todas las calamidades de esta urbe y sin preámbulos dictó políticas que supervisaba con mucho celo para cuidar el agua de los dos ríos que atraviesan la ciudad, que sus aguas se mantuvieran puras, que las aguas servidas de los hogares pudieran drenar y subsumirse en la tierra sin correr por las calles, y estas debían mejorar su empedrado para que los carruajes pudieran abundar en la ciudad; también organizó las escuelas que llegaron a ser siete o más; y los estudios avanzados también fueron su prioridad. Se habilitó un convento para jóvenes de la alta sociedad, y creó una biblioteca pública provista de una imprenta, que editó un periódico llamado “Papel Periódico de Santa Fe”. Trajo el teatro como diversión literaria de altura y creó un círculo de pensamiento donde los jóvenes debatían temas para mejorar la gestión del virreinato. Este virrey pensaba que sería recordado por su buena gestión, pero ya lo olvidaron; quedó su obra, transformó la ciudad que ahora aloja el doble de las personas que tuvo bajo su mando y nuevamente hay una crisis de ambiente, porque llegó hasta donde podía llegar y hacen falta personas que ilustradas sirvan para que vean el otro futuro. Así se expresó Louis, porque siempre pensó en su hijo ejerciendo una licenciatura reconocida, y como no era muy propenso a la vida que llevan los religiosos, sin familias, encerrados en ellos mismos, le recomienda piense en el ejercicio de las leyes que buenos abogados gradúan. Intencionalmente Louis obvió la pérdida de prestigio de los defensores ante la ley cuando fue imputado don Antonio Nariño, porque más de quince juristas se negaron a defenderlo y quien lo defendió terminó en la prisión de Cartagena. Toda esta descarga la recibió Atanasio sin el menor asombro, y respondió:

—Pues en verdad no tengo nada que decir del sacerdocio pero no es lo que quiero para mí, también sé que los hombres de leyes son muy bien vistos, al igual que los militares al servicio de la corona. Mi madre me dice que en su casa paterna hay pinturas de sus antecesores con mucha gala militar, oleos coloridos.

—Atanás me haces reír, tu imaginación da para verte en nuestra casa, en tu ausencia, colgando de una pared con gala militar.

—Yo también me sonrío a veces cuando me imagino con so-tana —contestó Atanasio.

—Vamos al grano entonces, primero las lenguas clásicas, luego la formalidad de una escuela, y luego pensemos en los colegios mayores San Bartolomé o el Rosario, de los cuales solo tengo las referencias y espero reconozcan mis aportes que ordené desde Medellín.

Lo importante y urgente ahora es la educación, ya los estudios dirán a donde viajará para terminar su formación, para cualquier parte menos para la convulsa Francia, a pesar del dominio del idioma que tiene Atanasio.

—Entonces mañana lunes será otro día, y el mejor día para hacer las gestiones previas. El martes y el jueves me harás compañía.

Louis había planificado sus actividades mercantiles y otras para cuatro días en la semana, los viernes y sábados cuando tantos forasteros caminan por las calles prefiere eximirse hasta que la viruela haya sido controlada. Con un beso en la frente se despide del primogénito y le repite el beso, porque en su mente también está Pedrito.

Se ha hecho tarde, ya las luminarias del pasillo se han derretido, una tenue luz emana de la habitación matrimonial, Louis entra suavemente, y consigue a su esposa despierta vestida con una dormilona transparente, sobre su cabeza lleva la mantilla que él le regaló, la que llevó a la misa; y entre sus manos hay dos copas servidas con vino para que Louis elija. En ese momento se apaga la vela de la lámpara de mesa y solamente el resplandor de los fanales de la calle, dejan ver

la silueta de ambos que brindan desnudos para luego dejarse caer sobre la cama con cobertores tersos como la misma piel de doña Marta. Se ha cumplido la promesa y ahora falta que las sorpresas sigan ocurriendo como sucedió en las tierras antioqueñas.

Más tarde de lo normal para levantarse, la puerta de la habitación recibe tres golpecitos suaves de parte de Comadrona que pregunta:

—¿*Qué pasó con vosotros hoy?* —Cuando Louis sale apurado y ella entra a saludar a doña Marta, ve las dos copas vacías, algo de vino en el suelo, y la garrafa sin el tapón y en confianza le dice—: *¡Aquí hubo guerra!*

—*Atiendan a Louis, que no se vaya con el estómago vacío, yo me quedo otro tiempito aquí.*

Louis se aseó, se vistió, se untó en el cuello y detrás de las orejas una fragancia de lavanda y limoncillo y salió corriendo a resolver sus asuntos.

Lo primero que hizo Louis fue visitar la única escuela para niñas, recomendada por los vecinos, y pareciera que lo estaban esperando. Después de tantos años de fundada, todavía las familias preferían formar a sus hijas en casa, aprendiendo a ser esposas, madres, sensibilizarlas por las artes, especialmente por el canto lírico y la música de piano, que por cierto en la casa que adquirió dejaron uno que requiere ajustes, pero funcionará. Él de inmediato dio los nombres de sus hijas y se comprometió a llevar la fe de bautismo, *mañana mismo*, dijo. De inmediato fue a la Iglesia Catedral que permanece cerrada los lunes, pero funciona el despacho del sacerdote porque siempre llegan donantes, que no pueden dejarse ir, por aquello de los costos tan altos de mantener toda esa construcción. Allí lo recibe un joven sacerdote y da cuenta que el vicario no está, por ahora; pero le escucha sobre la urgencia del tema del latín y del griego. Parece ser que resulta muy fácil para los niños, que lo toman como juego, luego lo enserian y terminan leyendo la Biblia en latín y “*La Odisea*” de Homero, en griego.

—*Eso toma dos o tres años* —dice el sacerdote.

—*En verdad no es el tiempo lo que importa ahora sino con quien contamos* —respondió Louis con cara triste.

—*Conmigo su merced, cuenten conmigo.* —El sacerdote hizo que Louis se colocara las manos sobre su pecho denotando agradecimiento.

De manera que lo que se atrasó para salir de la casa lo compensó la suerte, así son los asuntos en Santa Fe, unas veces no se consigue solución y otras son tan fáciles de resolver que a un recién llegado le causa mucha satisfacción. Mañana vendrá con Atanasio. El día transcurre con otras diligencias mercantiles y toma un pedido de los orfebres, que puede cumplir con algo de su reserva en oro.

Al cierre de 1801, la familia Girardot Díaz tiene un padre de 49 años, una madre de 27 años, Atanasio entró en los 11 años, la niña mayor, Micaela tiene 9, Manuela Mercedes de 7 añitos, Joaquina tiene 2 y va para 3 añitos. En la casa de los Girardot Díaz hay alegría porque doña Marta ha dicho que presiente está embarazada; Louis admite que deseaba otro hijo, y que esta vez no fue una sorpresa.

La natividad de Jesús es la principal celebración católica del cierre del año, genera un ambiente acogedor en la ciudad, la viruela sigue causando daño, pero esta vez se ha focalizado en las áreas donde la pobreza y los flujos de migrantes son mayores. El inicio del nuevo año presagia felicidad familiar, buenos negocios, claridad sobre el estudio y la formación para enfrentar la vida en la Nueva Granada, y a mediados del nuevo año tendrán una compañía, que será otra hembra y se llamará Bárbara.

¡Qué Santa Fe de Bogotá sea otra cosa diferente a lo que Louis pensó cuando salió de Medellín es cierto! Pero, en el imaginario de este francés, sí hay amor por las letras, las artes y la libertad esta ciudad será una nueva París.

Capítulo V

Personajes y tensiones

En la Nueva Granada, esos niños nacidos a partir de 1780 en adelante hasta la primera década del siglo XIX, se criaron en la inocencia, con mucho contacto con la vida en espacios abiertos, con paseos donde algún maestro o experto les mostraba y detallaba los secretos de la naturaleza; pero, también se divertían jugando en los patios de sus casas donde habían caballerizas para alojar los animales consentidos de sus padres y zaguanes amplios donde era posible recrear un juego que involucraba piedras pequeñas recogidas del río próximo, hacer una raya con carbón vegetal y apostar cosas simples, como un pedazo de panela de caña de azúcar o algunas galletas preparadas por las abuelas y madres para consentir a sus descendientes. El ganador era aquel cuya piedra lanzada quedara más próxima a la raya trazada con una destreza de geómetra. Los niños están preparados para recibir educación intensa en el mismo seno de la familia hasta lograr las conductas de jóvenes disciplinados, que sin haber salido nunca de los límites de Santa Fe de Bogotá, se convertían en una mezcla prematura de un adulto que se procura el conocimiento y los modales exigidos por la sociedad. Esto, sin descartar las conductas propias de los infantes que siempre tienen cosas sencillas que hacer y para eso no tienen reparos de ensuciar su calzado y su ropa.

Pero no todos los niños eran iguales frente al conocimiento, la exclusión social fue un obstáculo para las ideas de Carlos III y Carlos IV que en forma consecutiva pensaron que el Reino de España, en sus tierras lejanas de América, la educación, la ilustración podrían servir para lo que sería un

imperio muy potente en lo económico, militar y religioso. A los descendientes de Girardot, Atanasio y sus hermanas y hermanos, les correspondió parte de esa sencillez, pero también de ese rigor por destacarse en el conocimiento. De allí que Atanasio muy tempranamente tenía tanta información como un estudiante avanzado de los Colegios Superiores, pero con el compromiso que esa información sobre la situación general de Santa Fe no se incluyera en las interacciones con sus amigos.

Atanasio está feliz por varias razones, Dios le ha traído una nueva hermana, lo ha protegido contra la viruela, ha hecho amigos de su edad, dos de sus hermanitas están asistiendo a un colegio de niñas, sin que por ello evadan la formación en asuntos del hogar, su padre ha conseguido un músico con habilidades en ajuste de pianos y ha comenzado a reparar el vetusto piano de su casa; y anoche temprano el pianista se sentó en un taburete inapropiado e hizo llorar el teclado con sus delicadas manos; Atanasio también se siente satisfecho por sus avances en latín y griego. Louis le ha regalado la Biblia en latín que obtuvo en la casa parroquial a un módico precio, con la ayuda del sacerdote amigo. Y en una tienda de variedades ha conseguido La Ilíada y La Odisea, obras de Homero, ambas escritas en griego, versionadas por una editorial madrileña.

Ahora Atanasio goza de libertad para salir de casa a encontrarse con sus amigos y disfrutar de juegos simples que mantienen activa la mente y el cuerpo; todo eso es posible porque ha escuchado con atención las injustas pero inviolables valoraciones de lo que sucede en la periferia de la ciudad, habitada por indios y mestizos segregados por sus hábitos de salud, su libertad sexual, su amor por el ocio y el desmedido consumo de bebidas fermentadas. Esa periferia es la cuna de la viruela, que gracias a los avances de la ilustración, esta vez se han podido acordonar las salidas de los sitios donde hay brotes, controlar la entrada de forasteros de otras villas que según algunos la han traído desde la costa atlántica, donde

vierte sus aguas el río Magdalena, en un contagio sucesivo entre embarcaciones, y transportadores de mercancías, hasta llegar a Bogotá. La viruela está cediendo y la atención médica reconoce que los afectados que sortearon la enfermedad pueden servir de apoyo a la medicina para ayudar a tratar a otras personas contagiadas.

—*Lo mejor para todos, Atanás, es distanciarse de esos espacios*, —le dijo Louis, su principal maestro, una especie de sifón humano que busca conocimientos afuera y los trasvasa a su hogar.

—*Ten fe, padre, ten fe* —es la mejor forma de decir Atanasio que está de acuerdo.

Con trece años cumplidos, se han completado siete hermanos de padre y madre, y Pedrito Girardot García del cual se dice anda por Santa Fe de Bogotá y no ha tenido valor ni ganas de visitarles. Los nuevos en esa lista larga de hermanos son Miguel, muy parecido a Atanasio según recuerda doña Marta y Pablo que es el más rubio de la casa, quien ha sido el único que los ha hecho trasnochar con fiebres nocturnas recurrentes que le quitan el apetito y se está amamantado con dificultad. Todas esas alegrías de Atanasio se desvanecen con la enfermedad de Pablito que finalmente muere siendo un niño sin destetar. La casa se siente triste; por unos días las clases de piano para las niñas mayores están suspendidas. La noticia que el niño menor de la familia Girardot Díaz ha muerto, vuela con la brisa por la vecindad. El sacerdote ha anunciado en una misa la tristeza que les embarga y las campanitas roncadas de la puerta de entrada principal avisan una visita inesperada, es Pedro Girardot García, un joven apuesto como Atanasio que se presenta porque le ha conmovido la noticia de la muerte de su hermano menor. Hay tristeza pero no hay luto obligante como en la muerte de los adultos. Todos confían que ese angelito está contento acostado sobre las nubes algodinosas del cielo. Pero una cosa es lo que se dice y otra lo que se siente, esa navidad habrá que esconder los

regalos que se tenían para Pablo, hay uno menos en casa y se siente su ausencia, sus llantos.

La dicha que acompaña algunas tragedias, ha traído a Pedro, que si bien no vivirá con ellos, se convertirá en visita permanente y pronto será tan amigo de Atanasio, que tendrán recíprocamente, un escucha y un confidente. Por su parte, Louis está deprimido y no es solo los viernes y sábados que permanece en casa, ahora no quiere salir por ningún motivo. Atanasio y Pedro ayudan a Louis con algunos mandados, como mensajeros a sus clientes. Él está en su habitación bien atendido, Comadrona le lleva infusiones sedativas que las toma ávidamente y solicita que nadie entre a su aposento. Todos saben que además de la tristeza lee incansablemente y no es la Biblia, son libros prohibidos por la Santa Inquisición, que siempre amenaza con visitas domiciliarias para incautar literatura perniciosa.

En septiembre llegó un nuevo virrey de la Nueva Granada, hubo festejos por todos lados porque el anterior no calzó los puntos que esperaba la gente, y siempre en cualquier cambio de gobierno, surgen nuevas y mejores expectativas. Pero esta vez, el hombre que llega se ve fuerte por fuera, tiene buen aspecto para sesenta años y poco desgaste para tantas responsabilidades. Don Antonio Amar y Borbón Arguedas y Vallejo de Santa Cruz, caballero de la Orden de Santiago, teniente general de los Reales Ejércitos del España, virrey, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada; presidente de la Real Audiencia de Santa Fe, superintendente general de la Real Hacienda, y además esposo fiel aunque no feliz de la virreina María Francisca de Villanova y Marco, sobre quien, desde Cartagena, comenzaron los rumores del carácter fuerte de esta mujer, que dominaba sobre su marido, y que tenía una temible amistad con la riqueza fácil, donde estuviera. La gente dice que parece que la virreina sabe de negocios y estará donde hay muchos, en el corazón político de la Nueva Granada. Un año duraron estos personajes entre su designación y su arribo a América. Llegaron a Santa Fe por

asuntos del destino, porque en realidad habían pedido enca-ricidamente al Rey cuyo linaje representaban, que los enviara a gobernar en la Provincia de la Plata, al sur de América. No fue posible, como tampoco fue posible que la pareja tuviera descendencia porque según sus críticos detractores *Amar nunca amó a su esposa* y lo recíproco también es cierto, fue un matrimonio muy conveniente para ambos, pero eso de dejar tiempo para la heredad no iba con ellos.

La familia Girardot Díaz no celebró esta bienvenida que calurosamente le brindaron a los virreyes, pero en la cortesía estuvo enviar una esquela al Palacio disculpándose por su ausencia en el público habida cuenta que sus sentimientos están volcados al recuerdo de su hijo menor recientemente fallecido. Esto era lo recomendable. En el palacio laboran muchos soplones que tergiversan asuntos y le dan connotaciones políticas innecesarias. Mantenerse en funciones cerca del virrey significa crear mitos que les ubica entre leales informantes en caso de peligros y también durante el día a día. La nota llevada por Louis acompañado de Atanasio y Pedro, fue entregada a las puertas del Palacio.

Con el nuevo Virrey no tardó mucho en develarse lo que se sabía, se encontraron ciertos asuntos que martirizaban al sexagenario. Antonio Nariño ha sido recapturado y le corresponde a aquel inexperto en el caso asumir las riendas de un nuevo juicio, pero sabe que no puede haber una severidad extrema, como la muerte porque es un ser amado y respetado en Santa Fe de Bogotá. Consulta con juristas y autoridades de justicia, decide colocarlo en la sombra de las llamadas bóvedas de Cartagena. Ese es el corrillo general de esos primeros meses de gobierno. La virreina que está más enterada del caso que su esposo, le ha sugerido un juicio severo porque siendo autoridad fresca en la Nueva Granada, vale la pena arriesgar para conseguir respeto inmediato a la autoridad de la Corona Española.

—Tenga cuidado vuestra excelencia, porque esta es una madeja de conspiraciones que viene desde mucho antes —así,

tajante, hablo doña María Francisca que no logró convencer a su esposo.

—*Se habrá dado cuenta doña Francisca que si leer o editar los derechos fundamentales del hombre es un delito, yo sería un reo. Leo poco, pero en España tuve ese documento paseando conmigo mientras defendía al Rey Carlos IV ante los agravios de sus enemigos.*

—*Es solo una advertencia, no diga luego que nunca opiné.*
—La virreina salió molesta porque ella quería sangre y hubo cárcel solamente.

El año cierra y la tristeza reboza en el hogar de la familia Girardot Díaz. En todas las misas desde el 15 de diciembre, conmemorando la natividad de Jesús, Louis y doña Marta estuvieran allí y se topaban con miembros de familias muy reconocidas por sus afectos al gobierno colonial como los Peyes, Baraya, Moledo, Pardo, Gómez, Herrera, Azuero, Gutiérrez, Carbonell, Ricaurte, Camacho y otros tantos, Los vecinos sabían bien quienes eran ese francés y su familia; reconocían a primera vista la mantilla de doña Marta que curioseada por las asistentes a misa, era el ícono de la envidia de muchas mujeres. Como siempre la viuda y su hija no dejaban de saludarlos para tentar a Louis.

En ese ambiente pesado del luto saben bien que las iniciativas de relacionarse entre familias nacen de los matrimonios que se planean para perpetuar el poder y la fortuna. En estos ritos, el patriarcado marca la pauta exterior y las madres son las que impulsan o rechazan una relación. Atanasio está muy joven para un matrimonio, así que lo que resta de esa temprana juventud es compartir con los que siendo de su generación tienen sus mismas limitaciones para pensar en bodas, pero pueden inventar muchos juegos y paseos para recrearse. Y en eso, ambos padres están de acuerdo para que olvide la tragedia de su hermanito con quien compartió esos difíciles días de agonía. Le quedan pocos años para esas aventuras juveniles; Atanasio huele a estudios universitarios y ya tiene la formación para comenzar. Le han sugerido darse vueltas

por esos recintos de los colegios mayores para que al menos pueda constatar de qué se trata esa parafernalia escolástica, cómo funcionan tanto el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario como el Colegio Mayor de San Bartolomé, y observar cómo se comportan los estudiantes en esos centros del saber.

Varios amigos han decidido visitar primero al Colegio Mayor de San Bartolomé que ha sido diseñado para aquellos que por sus inclinaciones aspiran estudiar para incrementar la fe y la capacidad de servicio a la Corona Española. Los profesores y el estudiantado, todos varones, visten con rigor de acuerdo a los reglamentos, algunos caminan por sus pasillos como si estuvieran en un convento, los profesores reposan antes de entrar a un ambiente a compartir con los discípulos leyendo un libro de actualidad permitido. Los estudiantes emulan en sus gestos y aislamiento a sus ductores. El ambiente general de este colegio mayor es impoluto y todos, estudiantes y profesores se sienten muy agradados que se les reconozca como *Bartolinos*. La posibilidad de entrar en una conversación con alguien allí parece imposible para los tres jóvenes que se aventuraron a ir donde no les estaban llamando. Cuando están decididos a salir del recinto, casi de inmediato, una figura avanzada en años, pero posiblemente también avanzada en conocimiento les ordenó detenerse. Ellos aguardaron con nerviosismo por ese viejo vestido con la indumentaria religiosa pero menos intrigante que los otros que han visto.

—*Bendito sea Dios, les dijo, teníamos largo tiempos sin que los curiosos entraran al colegio. No se perturban, al menos yo amo la curiosidad, viví para curiosear, soy Fray Celestino.*

—*Bendito sea Dios, contestó Atanasio, él es Pedro mi hermano, mi otro amigo es Antonio y yo soy Atanasio. En realidad entramos porque quisimos ver el ambiente y saber algo del claustro de los Bartolinos.*

—*Pues andan por buen camino, yo llegué tarde a mis vestimentas religiosas, era médico, me recluí en un monasterio para*

curiosear y me quedé allí. Extrañamente recluso encontré la libertad que tanto anhelé, ahora le rindo cuentas solo a Dios.

—Cada persona tiene su vocación y capacidad para servir
—le contestó Antonio a Fray Celestino.

—Eso es indiscutible, replicó el Fraile. A ver, ¿cuáles son esas vocaciones vuestras?

—Los tres queremos estudiar leyes, ser abogados y litigar
—respondió Atanasio.

—Aquí podrían formarse en leyes, pero sería para servir dentro de las instituciones del virreinato o de la corona, poco se discuten los asuntos de los laicos, salvo las responsabilidades que tienen con Dios y el Rey. Caminen conmigo... —Fray Celestino los llevó hacia una pequeña plazoleta interior del Colegio y allí les contó que sus hábitos le han permitido dirigir la Expedición Botánica por todo el territorio de la Nueva Granada y en forma simple les explicó en qué consistía.

Atanasio tenía los ojos más abiertos que de costumbre, había llegado al mismo punto que escuchó en Honda mientras estaba de compras con sus padres. Imaginó que este anciano que tiene a su lado ha debido ser el mismo que por esas tierras recuerdan y debe ser el mismo Celestino Mutis que Fray Pedro nombró varias veces cuando caminaron a observar plantas en las afueras de Guaduas. En esa informalidad Atanasio cuenta a su hermano Pedro, a su amigo Antonio y a Fray Celestino Mutis que conoció a Fray Pedro quien le dijo que el verdadero dorado de la Nueva Granada son sus animales, la vegetación, sus aguas, sus montañas.

—Fray Pedro es uno de mis pupilos que trabaja, canta y nunca tiene menos que una sonrisa para ver la vida —señaló Celestino Mutis y le increpó— *¿Cómo fue ese encuentro?*

Atanasio le dio todos los detalles, se alargó en su cuento y hasta cantó la corta estrofa que aprendió en Guaduas. Le explicó que tanto le impactó que al llegar a Santa Fe de Bogotá proveniente de la Villa de Medellín se dedicó a escribir según las recomendaciones de Fray Pedro, la aventura que vivió cuando apenas tenía 11 años. Parecía que quitar tanto tiempo

a esta eminencia era un pecado, se disculparon, y se despidieron, no sin antes escuchar de Celestino Mutis que “*si en algo puede ayudar, no se preocupen, vengan y veré en que puedo*” ayudarles, en todo caso les dijo que los requisitos de ingreso aquí son extremos, pero las excepciones ya parecen la norma de ingreso. Luego les explicó que este Colegio está próximo a cumplir doscientos años desde su fundación, así que en 1805 estaremos de fiesta bicentenaria. También les contó que fue creado por necesidad de la iglesia donde habían curas que no sabían latín para leer la Biblia y algunos no sabían leer absolutamente en ninguna lengua. *No se podía crear un imperio con un clero ignorante.* Con esto el sabio Mutis que tantos aportes hizo a la ciencia botánica se despidió de ellos. Luego les dijo, *donde más les puedo ayudar es en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde soy catedrático, aquí soy un invitado permanente para analizar la belleza natural a la luz de las santas escrituras.*

Los tres jóvenes se marcharon de regreso a sus casas y solamente Antonio, cinco años mayor que los hermanos Girardot, manifestó que iría pronto a continuar estudios a ese colegio, sería un Bartolino, que sus padres, antes del fallecimiento de ambos, cumplieron como era costumbre, adelantar todos los trámites, desde la certificación de la pureza de sangre blanca y demás requisitos de alcurnia de los cuales no habló Mutis, o trató de decirlo con aquello de las excepciones, porque pensó que ninguno de los tres visitantes al colegio tenía esos requisitos tan extremos. En todo caso Ricaurte estuvo cuatro años estudiando allí y salió como bachiller en filosofía. No ha podido optar a la continuidad por la difícil situación económica que atraviesan actualmente, dependiendo de otros familiares para subsistir. Les ha dicho a los Girardot que de no ser posible regresar formalmente al Colegio Mayor de San Bartolomé, las bibliotecas de sus familiares son tan amplias que las utilizará para completar su formación con su propio esfuerzo. En principio, este joven Antonio Ricaurte

les ayudó a orientar sus vidas, sin darse el postín de ser un bartolino.

La mañana siguiente van al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se evidencia que este colegio es menos estricto que el Colegio Mayor de San Bartolomé, la gente se muestra conversando ávidamente, debatiendo, asintiendo y negando con sus cabezas cuando otro habla; hasta hace poco tiempo eran idénticos en su planes de formación; se enteran que con la permisividad de la ilustración, hubo cambios sustanciales para sustituir los pensamientos dogmáticos carentes de aplicación práctica a la compleja vida de las colonias españolas; por esto, el estudio de la filosofía es fundamental y el método de discutir cada libro en profundidad es una estrategia que se mantiene, pero lo demás, todo es sometido a las dudas que la propia filosofía recomienda. En el Colegio Mayor del Rosario los requisitos de fortuna familiar son eximidos, los nobles pobres pueden ingresar y muchos costes los cubren las arcas del virreinato.

De ese colegio egresó un hombre muy nombrado en Santa Fe de Bogotá de la época, Francisco José de Caldas, reconocido por su erudición y como tal, formado como Rosarino. Es un abogado muy independiente con sus métodos y formas de administrar sus conocimientos. Los tres quisieron conocerlo o hablar con él pero estaba de viaje, había partido molesto con Celestino Mutis porque no le dio crédito a sus aportes cuando participó evaluando la flora de la planicie de Bogotá. Su inquietud lo llevó a relacionarse y partir con el barón Alexander Von Humboldt a Quito, pero nadie sabe como la está pasando. En general los aires que soplan por el Colegio Mayor del Rosario son de contradicciones sobre todos los temas posibles, incluidas las disputas políticas. Es el único sitio de Santa Fe de Bogotá donde se nombra a Antonio Nariño sin bajar la voz, sin preocupación, porque además de ser un espíritu innovador en la formación sobre la base del debate, en este momento es nuevamente víctima de la tiranía, es el *preso ilustrado*, y como tal un tema de conversación.

Cuando regresan a casa, ya los Girardot tienen recomendación para su padre; por muchas razones el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario es donde existe la amplitud con la cual fueron criados y es el que guarda mejor relación con el pensamiento de su padre que informado de todo lo que sucedió en Francia, lleva por dentro un partisano. Lo otro es que será menor presión económica para Louis que ya hizo mucho aportando durante trece años para los estudios de sus hijos. Atanasio y Pedro tienen claridad en lo que aspiran y pronto estarán muy cerca de catedráticos calificados, y contagiándose de esas ganas de saber tanto como sea necesario para cambiar, aunque todavía no sepan cual es el orden de las cosas a cambiar. También han discutido que toda la familia debe abocarse a los estudios de los restantes hijos según su edad y sexo, porque las opciones de Santa Fe de Bogotá son como su padre lo predijo muy superiores a las de la Villa de Medellín. Hay suficientes ayos de pupilos que pueden servir como formadores directamente en el hogar; hay maestros pensionarios que reciben niños en sus casas pero hay que pagar por ese servicio; también dado el agravante del crecimiento de la ciudad y la complejidad de la vida, existen maestros de las primeras letras para los más pequeños nacidos en Santa Fe de Bogotá; y hace tiempo un virrey ordenó se instalara una escuela de primeras letras en cada barrio. Las niñas tendrán otras opciones a la escolaridad, incluida la formación en piano, vocalización y otros instrumentos.

En cuatro años en Bogotá la familia Girardot Díaz está asentada y la tristeza por la partida de Pablo ha sido tratada con ayuda de la religiosidad o de la fe. Los dos hijos mayores de Louis, Atanasio y Pedro han cambiado su voz infantil e irán a los estudios superiores hablando grueso aunque de cuando en cuando desentonan, que es normal a esa edad.

El brote de viruela no ha desaparecido pero se ha atenuado en Santa Fe de Bogotá; la familia Girardot Díaz ha asumido como propias todas las recomendaciones existentes para evitar el contagio, incluidas unas muy antiguas escritas por el

médico Celestino Mutis. Al cierre del año, el 17 de diciembre el pueblo sale a la calle a curiosear, una caravana larga lleva a la cabeza a un hombre de apariencia madura pero de aspecto desgastado, como si su esfuerzo por estar vivo lo estuviera cobrando la misma vida agitada. La gente aplaude, hay mucha algarabía, posiblemente mayor que en la llegada del último virrey conocido y su esposa. La gente va tras la recua dando vivas al Rey de España, pareciera que no hay egoísmo en esos gritos, por fin lo increíble apareció de sorpresa. Esta caravana trae muchos niños y ha sido interceptada por el ejército real en la plaza de San Victorino para resguardo de la seguridad, pero también para ganarse el saludo del pueblo llano, que tiene una percepción desfavorable pues casi siempre actúan reprimiendo al pueblo. Los saludos de los forasteros los recibe el propio virrey cuando llegan al Palacio a requerirle apoyo. Es la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna contra la viruela, cruzada para la erradicación de la viruela en la Nueva Granada y en otras regiones de América, mediante un novedoso método ideado en Europa, rápidamente aplicado allá y luego viendo sus buenos resultados se organizó una gran expedición para proteger a las nuevas generaciones de ese terrible flagelo.

Carlos IV ha ordenado esta expedición después de la muerte de una de sus hijas a consecuencia de este mal. El jefe de la expedición se llama Francisco Javier Balmis, un médico que después de muchos intentos convenció al rey de esta cruzada humana. El segundo al mando de la expedición es José Salvany y entre ambos idearon la forma de cubrir con la vacuna todo el territorio bajo dominación española en América. Y quien va a la cabeza de la caravana no es Balmis que va por otras rutas es José Salvany, a quien le correspondió llegar a Cartagena donde sufrió un naufragio que se robó varias vidas pero no agotó su ánimo para seguir adelante con los planes, que no eran otros que aplicar la vacuna para lo cual se requería que niños pobres y expósitos sirvieran como portadores sanos leves de la enfermedad. De España salieron 22 niños

que permitieron mantener el inóculo activo hasta arribar a América, y a pesar que el compromiso era llevarlos de regreso, fueron quedando esparcidos por diferentes lugares por donde pasó la expedición.

Amar, el virrey, está entusiasmado con la noticia del propósito de la expedición y su esposa cree que es posible cobrar algo por ese servicio sanitario. Amar le habla al oído y ella se retira molesta porque entiende que las instrucciones son que cada gobernante asuma los costos de las arcas públicas, pero al final terminó haciendo buenos negocios cuando sugirió mejorar la vestimenta del personal que recién había llegado y eso estaba disponible en sus tiendas. Algo ganó doña Francisca de esa acción filantrópica. En todo caso Salvany solicita apoyo de médicos con disposición a trabajar intensivamente y esa necesidad es urgente. También pide apoyo para cambiar algunos de los niños pobres y expósitos que están exhaustos y han perdido mucho peso con el ajetreo, también han perdido las pústulas de donde se extrae el líquido que sirve de inóculo de la vacuna. La idea es conseguir esos niños en la periferia de Santa Fe de Bogotá donde habita ese siete por cien de gente pobre y mal vista, y donde normalmente ocurren las epidemias de viruela. También exige Salvany un censo actualizado de los habitantes de la capital y de las villas contiguas. El virrey llegó a pensar que tenía un nuevo jefe hasta que terminada la lista de obligaciones, Salvany le dice que el éxito de esta expedición depende de la autoridad del virrey. A todas estas algunos de los curiosos frente al palacio están convencidos que por su casa pasarán próximamente y quedarán protegidos contra ese mal. A la familia Girardot Díaz los mata la curiosidad y preguntan a unos vecinos sobre el tema y estos les recomiendan que vayan a alabar al rey y al virrey por tan loable iniciativa. Así lo hicieron. Louis, Atanasio y Pedro caminaron hasta el palacio y se dejaron ver por la comunidad.

Cuando comienza el trabajo de vacunación la gente observa que hay una sintomatología muy leve, algo de malestar

y fiebre que se cura en pocos días. En el pasado quedaron esos rostros y cuerpo marcados donde hubo pústulas. Todos en la casa de la familia Girardot Díaz recibieron el inóculo atenuado y en muy poco tiempo Salvany estaba en condiciones de marcharse a seguir como un expedicionario de buena voluntad.

Ya esa absurda idea de considerar a la minoría autóctona y su descendencia como la cuna del mal de la viruela en Santa Fe de Bogotá y el degredo de la plebe, es inaceptable en el mundillo político que subyace al reino, que está en las calles, en las reuniones secretas, en los días de mercado público, en los compartires familiares y en las tertulias universitarias. Los tomasinos universitarios han llevado el tema del bien común más lejos de lo que el propio virrey podía imaginar. De cuando en cuando, estudiantes avanzados del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, hacen visitas de campo a la periferia de la ciudad, les resulta perturbador el ambiente en general y además pareciera que en un sistema donde el privilegio de los blancos peninsulares es tan grande y desproporcionado, que será casi imposible superar este abandono social. Todos los santafereños son proclives a contraer la viruela, es la conclusión del análisis político, y de allí que la buena voluntad para cooperar con Salvany en la vacunación es humana e inaplazable.

—*¿Es un acto político o sanitario que muestra el avance de la ciencia médica española que permea ahora mejor la sociedad?*
—Se preguntan en el palacio del virreinato.

—*Ambas dos* —contesta el virrey Amar quien ha mejorado por breve tiempo la percepción política de su gobierno.

El gran ganador es el Rey Carlos IV a quien le escriben loas lisonjeras tantos los servidores públicos como los que sacarán provecho de esta cruzada sanitaria. Los otros, los opositores sensatos a la corona usan un verbo favorable a esta expedición, sin olvidar la crueldad con la cual se consiguieron en el pasado cuando las medidas de control de la viruela eran un freno a la movilización entre Cartagena y Santa Fe de Bogotá,

al punto que algunos considerados favorables a otras causas diferentes a la corona, se les regresaba evitando, no que trajeran esa peste, sino que trajeran algo peor, el discurso de la disconformidad.

Es casi al final de la campaña que Salvany reconoce el esfuerzo temprano de Celestino Mutis por su “*Método general para curar las viruelas*”, con el cual pudo, si no erradicar, controlar los brotes de viruela en la Nueva Granada. En ese lapso, mientras Salvany desarrolla su estrategia sanadora, Vecino aparece por Santa Fe de Bogotá y recibe el tratamiento anti viruela. Es cuando Louis en presencia de Atanasio y Pedro, rechaza la tesis del arzobispo Caballero y Góngora sobre ese Dios iracundo que castiga con enfermedades a los pobres.

—*El Dios de la bondad ha permitido ese descubrimiento.*

Ninguno objetó esa posición firme de Louis, por el contrario continuaron hablando de la fe que ayuda a curar, tal cual lo explicaron los médicos que vinieron a su casa con los niños necesarios para el tratamiento y con una lista de recomendaciones a seguir por unos siete días. Para estos, y en secreto lo que está en juego es un problema humano, no de clases sociales, la viruela fue vencida y atenuada por mucho tiempo. Louis, hombre de cifras, especula que el 75 % de la población indígena fue eliminada de la faz de la tierra por esa terrible enfermedad inexistente a la llegada de los colonizadores españoles, Atanasio y Pedro cabecean, dándole la razón. Pero ahora las cifras son buenas, todos los niños y jóvenes desde Cartagena hasta Bogotá han sido vacunados, algunas juntas de la vacuna se han constituido en otros territorios como la Provincia de Antioquia, la gente está feliz por estas cifras que se discuten en el Colegio Mayor del Rosario como positivas, pareciera ahora a finales de marzo de 1805, que lo único preocupante es la salud de Salvany que viene en declive desde que en la ruta del río Magdalena perdió la visión por un ojo, y ahora vive con muchas dolencias, unas infecciosas y otras sin explicación mayor que su desafío a la vida con un exceso de trabajo, pésima alimentación y mucha mística que no

ha permitido distracción alguna. Algunos le han dicho al doctor Salvany que se divierta para sanar, que el barón Von Humboldt quien anduvo por acá muy agotado tomó rumbo a Quito porque allí la gente no le huye al placer, como en Santa Fe de Bogotá.

Salvany y la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna dejó más de 140 mil vacunados en los territorios de la Nueva Granada, pero además quedó la práctica médica para que en lo sucesivo se aplicara en su ausencia. Mucho tiempo después se supo en Santa Fe de Bogotá que Salvany murió en Cochabamba, sin visión por un ojo, tuberculoso, con la muñeca de una mano dislocada, flaco por desnutrición, a la temprana edad de 33 años, *la edad de Cristo*, dijo alguien.

En el ambiente político, la presencia de la Expedición Filantrópica ayudó a la imagen perversa del virrey Amar y de eso estaban claros los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, pero sería un desatino atacarlo por esta razón, todavía hay muchos problemas en la Nueva Granada para dedicarse a estudiarlos y buscarles salidas.

Hasta la presente Vecino ha venido a Santa Fe de Bogotá en varias oportunidades y en algunos viajes ha coincidido con los proveedores de oro para Louis, tal cual lo habían prometido. Las mulas otrora de la familia parecen recordar a sus antiguos amos porque han pasado algunos días en las cabañerías con las otras que quedaron en Santa Fe, y pareciera que departen al reencontrarse. Vecino mantiene informado a Louis de los avances de la Villa de Medellín que sigue creciendo sin límites. Trae los saludos de sus amigos y en especial de Paisano quien sirvió de apoyo para la movilización de la recua de mulas hasta la Villa de Honda.

—No hay novedad pero si hay novedad —ha dicho Vecino—, allá en Medellín se hacen algunas reuniones para analizar el descuido del virrey Amar con esas tierras, parece que todo lo quiere para Santa Fe de Bogotá. Algo extraño se cocina y no son frijoles.

Vecino tiene ganas de hablar, de decir lo que siente y Louis lo escucha con atención. Le molesta de sobremanera que algunas tiendas que antes le daban descuentos y hasta crédito, ahora tienen una nueva propietaria, la virreina doña Francisca que en su afán de lucro ha adquirido las mejores tiendas comerciales y ha generado un proceso de acumulación de dinero poco antes visto en el sector comercial de la ciudad, claro está, también ha diversificado las mercancías que ahora están acordes a los gustos de los españoles peninsulares y de los blancos criollos ricos. Eso posiblemente le obligue a disminuir los viajes lucrativos que antes fueron, porque sus costos se incrementaron. Louis no lo desanima, sino que le sugiere que pruebe con esos gustos que *la gente por lo novedoso deja hasta de comer*.

Vecino y Louis deciden conversar mientras caminan por la ciudad. La idea de Louis es quitarle esa enervada posición que puede llevarle a cometer errores cuando esté negociando, inclusive referirse a la esposa del virrey en términos que llegue a sus oídos y pueda ser procesado por injurias graves. Después de una larga caminata, vecino cede a su pasión y dice comprender que la rabia puede inducirlo a decir lo indebido, así sea cierto.

—*Me declaro un bogotano ocasional que se mucho de lo que aquí pasa, pero no lo comento*. —Con eso cierra la conversación Vecino y sigue su marcha hacia la vivienda de sus familiares, ahora desafectos al virreinato pero sin evidenciarlo.

Unos días más tarde Vecino apareció por la casa de los Girardot Díaz buscando las mulas porque estaba preparando la salida para pernoctar en Facatativá y Louis aprovechó para enviar una corta carta de agradecimiento al dueño del hostel, diciéndole que en cualquier momento le visitará.

En ese mismo tiempo, cierto día en la casa de los Girardot Díaz una tierna mano juvenil toca a la puerta. Es una niña bien trajeada, de cara conocida para doña Marta. Es una gran sorpresa, es Pola o Polita Salavarrieta, aquella que dijo en Guaduas *¡Nos vemos en Santa Fe de Bogotá!* Pero su rostro y su

cuerpo revelan que se ha desarrollado, es una jovencita bella, tanto como su hija mayor. De inmediato afloran los recuerdos, en Guaduas siendo una niña muy cordial conversó con sus hijas y les divirtió sacándolas del aburrimiento de aquel largo viaje. A doña Marta no le quedó otra forma de drenar su alegría que gritar:

—*Hijas vengan, recibamos todas a Pola y a sus padres, nuestros amigos.* —Doña Marta imagina que el hombre es el esposo de la madre de Pola que tanto esperó para sacarlas de Guaduas.

Las niñas, incluida la pequeñina bogotana Bárbara salieron a cordializar y abriendo la puerta principal de par en par, entraron todos como si fuese una fiesta, un gran acontecimiento. Pedro y Atanasio estaban preparando algunas asignaciones del Colegio, se asomaron y se prendaron de tanta belleza y soltura juntas, y ambos coincidieron que es una niña todavía. Pola habla desenvuelta como si esta no fuese apenas la segunda vez que se consigue con la familia Girardot Díaz, sino como una vieja amiga recurrente a esa casa. Las niñas ríen sus cuentos y le pide a su amiga contemporánea en forma sencilla si puede complacerla con algo en el piano. Comadrona está sorprendida y agradada por la visita, y les ha ofrecido algo muy común de Guaduas, un dulce de guayabas. Así pasaron la tarde, entre piano, recuerdos y conversaciones agradables de niñas bien criadas. El padre de Pola que creyó esa visita era solo de un rato, pidió permiso para regresar a sus oficios y dejó a la madre de Pola encargada de cualquier novedad. La tarde se desvanece, después de mucho conversar y en el preciso momento de organizarse para dejar la visita, entra a la casa Louis que trae chocolate y queso para preparar algo para todos. Claro, no sabía que tenía visita y cortésmente les saluda. Hay algo de mutismo por unos segundos y es doña Marta quien le refresca al personaje central de la visita:

—*Es Polita, la niña que conocimos en Guaduas y su madre.*

—*¿Están bien atendidas? ¿Conocieron a Atanasio y a Pedro?*

—Pregunta Louis.

—*Estamos agradadas Su Merced* responde Pola, *pero a quienes nombró no les he visto la cara.*

—*¡Pola!* —dice su madre

—*Madre me han preguntado y respondí, en todo caso pido disculpas por adelantarme a mi madre.* —Señaló con cordura y modelando la crianza de la obediencia y el respeto.

—*No ha pasado nada* —dijo Louis y se acercó al dormitorio de sus hijos mayores y les invitó a saludar.

La impresión de doña Marta fue que esos jóvenes estaban aguardando el momento para salir a derrochar físico, puesto que estaban bien vestidos y acicalados, solo visto en los atardeceres cuando van a las tertulias universitarias y hoy no es día de tertulia. Luego de una corta salutación los jóvenes regresaron a la habitación y concluyeron que Pola era una niña traviesa. Terminada la visita, los esposos Girardot Díaz, la niña mayor nacida en Santa fe de Antioquia, Atanasio y Pedro, acompañaron a Pola y su madre a una casa cerca del perímetro de la ciudad. Se despidieron y quedaron a compartir en otras oportunidades.

Para esos momentos históricos Santa Fe de Bogotá disponía de dos imprentas, una que fue incautada a los curas jesuitas cuando fueron expulsados del territorio español en América, anticuada pero todavía opera con restricciones de capacidad en la extensión de los textos, y la otra también fue confiscada, en este caso a Antonio Nariño cuando su editorial “La Patriótica” fue proscrita y su bienes transferidos al virreinato, en un juicio público que se le siguió y que le seguirá mientras viva, porque Nariño era ya objetivo político de la corona española. Esa capacidad editorial la hereda el virrey Amar, pero también hereda algunos círculos literarios como aquel que además se catalogaba de científico y artístico, y era conducido por una matrona de la ciudad llamada doña Manuela Santamaría de Manrique, que amaba la poesía y tenía como epicentros su hija e hijo que se exhibían recitando las letras de poetas españoles. Se llamaba el Circulo del Buen Gusto y todo lo que allí ocurría era para la alcurnia

santaferense. El otro círculo dependía del virreinato, era para los amantes típicos del rey de España, allí se leía poesía que se generaba en las esferas de la nobleza española y tenían la posibilidad de publicar sus reuniones, poemas y anecdotarios en el *Papel Periódico*, órgano oficial del ideario realista; y el tercer círculo literario, fue el fundado por Antonio Nariño, un revolucionario que desde muy temprano lo utilizó para informar y debatir sobre los nuevos ideales que afloraban en Europa y donde las ideas republicanas eran el epicentro de las discusiones. Con Nariño reo de la justicia, sus actividades continuaron a escondidas, simulando tertulias emotivas, con abundancia de tabaco y bebidas espirituosas, como estrategia para evitar las dudas sobre el verdadero propósito. Se dice que en algunas oportunidades los carceleros de Nariño le permitieron algunas salidas nocturnales que el citado usaba para asistir a esos encuentros, pero con gente de mucha confianza y lealtad política. Todo hasta que descubrieron su jugada y fue enviado como preso a Cartagena. Algunos avanzados estudiantes del Colegio Mayor del Rosario, exponían allí sus tesis políticas y filosóficas, aunque sometidos como estaban en Santa Fe de Bogotá, habían desviado su formación humanista hacia las ciencias naturales, como lo hizo entre otros el sabio Caldas, quien ha regresado de Quito muy disgustado con el barón Alexander Von Humboldt porque este le ha cedido su espacio a un quiteño amante de las parrandas y de las mujeres de vida licenciosa, y Caldas no quiso nunca salir de sus estudios de la naturaleza para buscar prostitutas con Humboldt.

En lo que ha transcurrido del siglo XIX el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ha servido al estudio de la democracia, la república, las revoluciones, el despotismo, el tiranicidio y ha permitido que se siembren muchas dudas sobre el poder borbónico y sobre las debilidades de sus gobiernos para la Nueva Granada. Ese centralismo borbónico hace que cuatro generaciones de egresados se solapen para enfrentar los ideales del coloniaje Español. De algo ha servido

la filosofía de Santo Tomás y otros filósofos que creen en la utilidad del poder para servir a los demás.

Es Septiembre de 1808, el tiempo ha pasado y Celestino Mutis, un sabio importado fallece y deja un sobrino encargado del legado de su obra. Caldas, con su fama de sabio, se ve muy afectado porque estima que él hubiera sido un mejor sucesor de Mutis que aquel sobrino; pero, ya Caldas tiene mérito propio ha sido editor de una revista científica y ahora anda en algo casi desconocido para muchos, se ha convertido asiduo a las tertulias iniciadas por Nariño y es allí donde los dos jóvenes Girardot lo conocen cuando diserta sobre el laboratorio de astronomía a su cargo y sobre los impactos de las investigaciones de los criollos en el conocimiento de la gran riqueza vegetal de la Nueva Granada.

El Colegio Mayor del Rosario está de luto, *ha muerto un hombre de otros tiempos, del futuro*, dice la gente. No hay recato en mostrar al anciano entre las cinco paredes de un modesto ataúd que el mismo ordenó a unos carpinteros de Santa Fe de Bogotá, construido con maderas de fácil digestión para las polillas del suelo de manera que su cuerpo fuera consumido por la naturaleza; su alma inmortal vagará por los cielos buscando flores de nuevas especies. Ha sido una muerte romántica porque en su aturdimiento agónico solo citaba plantas por su nombre científico, latinazos conocidos por muchos abogados, filósofos y otros estudiosos rebeldes como él que para evadir el control de los virreyes cambiaron sus profesiones y hoy son naturalistas de vocación. La gente llora, es un velorio de muy pocas damas y muchos jóvenes varones estudiantes y egresados rosarinos.

Louis no estuvo presente, ni cerca de estos acontecimientos. Estaba en Facatativá a disgusto de doña Marta que quiso ir de compañía pero él esgrimíó que era un asunto muy confidencial. En efecto lo era. Diversas reuniones en los atardeceres bogotanos han permitido conocer lo que está ocurriendo en Europa con las diferencias entre Carlos IV y su hijo y sucesor Fernando VII. La situación política en la

península es calamitosa y nadie mejor que Napoleón, ahora Emperador de Francia, lo sabe. Esa debilidad ha puesto a flote grandes diferencias y enfoques políticos que van desde las monarquías constitucionales, la república y la continuidad de la corona española, pero no con Carlos IV como su rey, sino con Fernando VII. Sucedió que cuando pidieron un voluntario para ir a Facatativá a reunirse con unos revolucionarios de todos los tiempos, formados con paciencia desde que les colocaron la cabeza desprendida del cuerpo de Galán, en su mejor espacio público, él se ofreció. Le han emitido una especie de credencial secreta, masónica. Su contacto será aquel que le ofreció facilidades para vivir allí, el dueño del hostel. Allí llegó, en su caballo renovado, porque su viejo caballo sigue vivo pero es un adorno en la caballeriza y solo sale de paseos cortos para que estire la poca musculatura que le resta. El dueño del hostel lo reconoce al llegar y hablan en secreto después de estrechar sus manos y evidenciar con ese saludo secreto, que son masones. Cambian de espacio, tardan algunos minutos en hacer confianza y finalmente Louis le muestra esa especie de pasaporte de lealtad que le dieron en Santa Fe y que deben destruir tan pronto estén en contacto y hayan organizado la reunión de la sociedad secreta que allí existe, como las hay en Bogotá. Así fue.

Dueño, habiendo entendido el compromiso, cambia de tema y dice que hay una familia de Bogotá que va de salida para Cartagena y luego van a España a rescatar unos bienes que tienen tiempo en manos de un familiar que quiere rendir cuentas de su administración y quitarse esa responsabilidad. Louis dice que parece conveniente que no le vean, pero al llegar a la entrada del hostel están allí dos bellas damas, la viuda y su hija. Pareciera un milagro que alguien con esos encantos esté de salida y sea él quien mejor les haga su despedida. El dueño del hostel viendo esa confianza, le da una habitación próxima y hasta duda de la casualidad de ese encuentro. Louis se despide de la dama y le dice discretamente que vino a asuntos de negocios y que tendrá una reunión al atardecer,

pero que al llegar hará algo de ruido en el pasillo y esperará un rato, por si puede seguir hablando con ella.

La reunión estuvo candente, se quejaban los facatati-veños que tenían tiempo sin recibir una nota de Santa Fe de Bogotá, exceptuando la que Louis envió con Vecino hace unos años. Louis tomó la palabra y relató lo que se veía venir, esa confusión en la monarquía nos deja atónitos, y si bien el afecto sobre el Rey sigue intacto, hay mucho de ánimos contra el virrey Amar y su esposa, que se puede decir es la dueña de Bogotá entera. En dos horas acuerdan cerrar la reunión hasta el día siguiente a la misma hora, para evitar dudas en la población en general. Louis entonces regresa al hostel y cumple lo prometido a la viuda, se tropieza con un mueble, dice un impropio de bajo tono, y trata de hacer ruido con la puerta de su habitación que en la tarde estuvo ruidosa y la han aceitado para evitar esos chirridos molestos. Cuando cree que nada funcionó, se abre lentamente también la puerta de la habitación de la viuda y sin esperar se abalanzan, uno sobre otra e ingresan a la habitación de Louis y allí comparten algo de vino en un solo vaso. La viuda le ha sacudido los recuerdos de su mocedad, era fuego volcánico inextinguible. Así estuvieron hasta unas horas antes del amanecer. A eso de las cinco y media de la mañana una campanita fue tocada en las puertas de la habitación de la viuda y esta se asomó para decir que casi están listas, Louis escuchó, se levantó de la cama que tenía la fragancia del perfume de la viuda, se acicaló y salió rápidamente antes que la caravana de su amor fortuito partiera, a ella no le importó darle un ósculo simple cerca de la boca, lo miró fijamente y se retiró a montar un caballo tan dócil como ella cuando va a la misa de los domingos.

Esas reuniones secretas continuaron y el compromiso fue que para informar algo que requiera de inmediato conocimiento, se nombre un enlace permanente que vaya y venga a traer las novedades. Todos allí en Facatativá sabían que el éxito parcial de Galán, cuando el movimiento de los comuneros tuvo su auge, fueron las emisarias, mujeres muy discretas de

quienes nadie dudaba, y el ejército de la corona las respetaba, sin mayores interrogatorios. Así que esa estrategia también será presentada en Santa Fe de Bogotá, pero no será una sino tres mujeres, de manera que pueda evitarse toda sospecha.

Louis regresa y lo primero que hace es reunirse con sus dos hijos y explicarle las razones de su viaje. Les exige discreción y mucho cuidado con soltar información que pudiera revertirse contra ellos. Todo en Santa Fe de Bogotá está pendiente de un hilo, hay conspiraciones dentro del palacio, un joven talentoso que es amanuense del Virrey lo vigila para saber lo que está tramando y reporta a un tío de su esposa. Se trata de Antonio Ricaurte que pasa desapercibido de un virrey arrogante que no quiere pensar que hay crisis en la Nueva Granada. Así como está infiltrado Ricaurte, hay muchos funcionarios blancos criollos de confianza horadando el poder. Lo insignificante que eran esas funciones de los muchos criollos, son ahora relevantes porque ellos son los que manejan la información escrita fidedigna. Pueden revisar la correspondencia entre el virrey con los jefes militares de las provincias de la Nueva Granada y con otras provincias de la América colonial; conocen los vericuetos del Palacio, sus lados vulnerables, las rotaciones de la guardia del palacio, los vicios y trampas de los que duermen cuando deben estar vigilantes, y los que cobran por dar alguna información favorable. Todo el poder del virreinato está analizado, pero faltan algunos engranajes que no han podido logarse, siendo el principal que alguien reconocido por su lealtad a la corona, siendo militar, se ponga del lado de los conspiradores revolucionarios.

El duelo por la muerte reciente de Celestino Mutis da para organizar un encuentro en su memoria, pero es restringido, convocan a pocas personas de una comunidad secreta que opera desde hace mucho tiempo, que fueron jóvenes impetuosos y hoy son personas entradas en años pero muy vigorosas y estudiosas del momento político que se vive en la Nueva Granada, pero que es común a lo que está sucediendo en muchos lugares a la vez, en América; también fueron

invitados hombres de generaciones más recientes que hablan contra el absolutismo y el tiranicidio. Los egresados de los Colegios Mayores están metidos en estas lides conspirativas hasta la coronilla, son parte de la revolución que se fragua. Los mayores en edad y muy estables económicamente no son menos impetuosos que los más jóvenes. Se puede decir ahora que son cinco generaciones interactuando, la primera de Ignacio José Rentería, Manuel Antonio de Campo, José Domingo Duquesne, Eloy Valenzuela, Fernando Caicedo, Fray Diego Padilla y Fray Santiago de Buenaventura; en la segunda hay figuras claves como Camilo Torres, Andrés Rosillo y José Felix Restrepo; en la tercera generación está el muy conocido Francisco José de Caldas, José del Castillo y Rada y José María Cabal; la cuarta cuenta con los liderazgos de Vicente Azuero, José María Estévez, Elías López Tagle y Joaquín Mosquera, Francisco de Paula Santander; y la quinta generación es la de los fogosos jóvenes recién egresados o que están próximos a egresar donde está Atanasio Girardot y otros más.

Los más jóvenes han contactado al capitán Antonio Baraya, el enlace que hacía falta, sobre la posibilidad de formar parte del ejército de la corona española, y algunos jóvenes se han enrolado bajo sus órdenes como tenientes con mando de tropas. Baraya es la carta escondida de años de análisis sobre la situación de la Nueva Granada, se le considera en secreto un libertario, harto de tanta ignominia, tiene en su haber una conducta ejemplar y un don de mando militar superior al virrey Amar y su esposa.

El encuentro comienza con una oración fúnebre por Celestino Mutis, un hombre cabal, estudioso, sin parangón en la historia de la botánica sistemática de la Nueva Granada. La apología sobre el personaje ausente la hace el Sabio Caldas, otro eminente científico que ha superado las diferencias con el difunto y lo enaltece, diciendo que con mil hombres como Mutis se construye un “Imperio del Conocimiento”. Luego de eso algunos dejan el recinto, y los que quedan saben que es otro el tema, de la segunda parte.

El diagnóstico de la situación de Nueva Granada es triste y algo fatalista. Los tiempos en que se alababa la gestión de Ezpeleta finalizaron hace más de una década, ninguna de las gestiones ulteriores le dio continuidad a esas ideas innovadoras, salvo honrosas excepciones como la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, casi nunca ocurre algo que llame la atención, pero crecen los mares de las lamentaciones. La conclusión es que la situación se está saliendo de las manos del virrey Amar. No hay tiempo para esperar y alguien extenuado por el agite en que se viven estos tiempos, que han roto con la aparente calma en Santa Fe de Bogotá, se pregunta:

—¿Dónde carajos tienen a Nariño?

Esa pregunta no parece tener respuesta, este hombre que en 1794 tuvo la osadía de mostrar públicamente que el mundo europeo iba por un lado, a velocidad de centella, en tanto América seguía desnutrida de palabras alentadoras que indicaran un camino. Pero, la situación está peor, la inacción es una característica de este momento. La América entera está impávida, no consigue como darle la vuelta a la tortilla española, salvo algunas incitaciones y logros efímeros del pasado durante la lucha contra el poder español que actuaba para privilegiar la clase de los peninsulares y de los funcionarios de la Corona Española en la Nueva Granada, y que finalmente terminaban en el cadalso, en festines de sangre y otras formas horripilantes que persona alguna puede concebir e imaginar para una muerte digna. Desde esa vez, en que publicó esas hojas sueltas sobre *Los derechos fundamentales del hombre*, su vida fue catastrófica, con 29 años apenas, su vida se llenó de obstáculos, cárcel y exilio, faltó coraje entre los abogados para su defensa, luego hubo enfermedad, pobreza y el olvido de los muchos pobladores de Santa Fe de Bogotá; y del olvido total en el resto de la Nueva Granada. El recuerdo de Nariño se mantiene en la gente ilustrada, activa en la academia de los principales centros de formación, entre bartolinos y rosarinos, la que podía asumir algunos riesgos por la libertad que existía para tratar los temas con las anuencias de la filosofía

tomasina, y porque estaban emparentados de variadas maneras con el mismo poder que aspiraban combatir.

Los que recordaban a Nariño en esos últimos años del primer decenio del siglo XIX, conocían su fatalidad, ese escarmiento que convirtió a un hombre rico en pobre por confiscación de todos sus bienes, a un hombre amado por gentes de todas las esferas sociales, en un hombre peligroso para la estabilidad de otros, de un hombre lleno de proyectos para seguir mostrando a su tierra la sapiencia cultivada con tesón, en un hombre en una frustración propia del cautiverio, del tiranicidio de las ideas. Antonio Nariño, según sus discípulos y sus contertulios, hizo de su vida una entrega, porque quien ama, todo eso sale de su interior y se traslada al del amado, en este caso es toda la gente de la Nueva Granada.

Con estas expectativas la gente sigue preguntando:

—¿Dónde carajos tienen a Antonio Nariño? Hace tanta falta.

Alguien que estuvo en las audiencias contra Nariño hace ya 13 años les recuerda: Su defensa fue asumida por él mismo, con ayuda de un Abogado de apellido Ricaurte. Hace la redacción de un extenso texto en el cual evidencia que haber publicado los derechos fundamentales del hombre no es un delito por cuanto es tema comúnmente tratado, abiertamente discutido, incluidas la prensa y las cortes españolas; sin embargo en su prédica hizo señalamientos fuertes que retan al virrey, como aquellos que si un gobierno va contra el pueblo imponiendo la represión y la tiranía, este terminará por rebelarse, y sustituirá ese gobierno. Eso dolió, el virrey lo sintió en lo profundo de su corazón porque se consideraba amado por la gente de Santa Fe de Bogotá, porque Ezpeleta había llenado de obras tangibles la ciudad y porque había fomentado la imprenta y las discusiones científicas y literarias. Y además los fiscales le han recordado la aparición de un pasquín aparecido en 1792 a favor de la liberación de unos presos de conciencia y arremetían contra el virrey y contra el rey, a quien le advertían de perder sus dominios en América. Con esa carga de odio contra Nariño, es para no volverlo a ver.

—*Pero, donde carajos, anda Nariño*, —pregunta por tercera vez el insistente asistente a una reunión secreta porque los tiempos no aguantan más su ausencia.

Nadie quiso hablar. Parece que este hombre, Nariño, como muchos otros de esos tiempos son por ahora imprescindibles y hay que saber donde están. Después de un breve silencio se dijo que estaba en Cartagena, aquejado de fuertes dolores en las piernas, está abandonado a la suerte de que llegue la muerte para aliviar su condena. Sin embargo, su forma de ser lo favorece, los carceleros nuevamente lo ayudan ante la fatalidad. Se preguntaron ¿Cómo llegó allí después de su fuga? Después de muchas conversaciones en España, Francia, Inglaterra, Venezuela, llegó con un pasaporte falso y con algunos recursos que le permitieron medir la situación política, pero fue denunciado, alguien lo vio vestido humildemente a lomo de mula recorriendo el sur de la Nueva Granada. Estuvo en el Socorro donde fue el epicentro del movimiento comunero, se percató que algunos líderes de ese movimiento siguen vivos y ahora son aliados del gobierno español, entonces prefirió no conversar con ellos; así transcurrieron varios meses hasta que llegó Bogotá y con la ayuda de su amigo el arzobispo de la Nueva Granada, negoció su entrega al virrey del momento, Pedro de Mendinueta, quien antes de recibirlo le envió un cuestionario que le permitiera saber qué tanto de peligro existe en concederle un perdón.

Una de sus respuestas es contundente. Escribió Nariño: *La enfermedad del pueblo entiendo que es grave; considero que para ello es necesario un serio remedio, y que lo indico en la reforma de la administración ... no es para que lo medite un hombre angustiado, encerrado en una prisión, lleno de sobresaltos y temores, y desprovisto de todo auxilio para poder formar un juicio cuando no acertado, a lo menos racional y con algún fundamento.*

Todos estos asuntos son de gran utilidad porque evidencian que el proceso que se gesta es muy complejo, inclusive alguien toma la palabra y hace alusión a *Un plan*

de Administración en el Nuevo Reino de Granada, que preparó Antonio Nariño desde la prisión para buscar el perdón. Una de sus pautas es que *ningún país o reino avanza así la naturaleza sea rica, si el pueblo está en la inopia*.

Entre tantos perplejos por la densidad de la discusión histórica están los dos más jóvenes, criollos y con buena formación, Atanasio Girardot y Antonio Ricaurte. Y cuando nuevamente se preguntan dónde está Antonio Nariño, se supo que luego, estando en prisión, varios personajes influyentes en el gobierno colonial intercedieron a su favor, se recomendó observar a los prisioneros, Nariño, Ricaurte y Espinoza; ordenaron además que preparen una liberación con el deber del virrey de observar sus conductas, y decidir cualquiera otro castigo o gracia ulterior según las conductas de los beneficiados. Solamente salió de la cárcel Antonio Nariño, porque los otros dos fallecieron en la inclemencia de la soledad y el abandono de ese presidio en Cartagena. El virrey Amar fue contundente con Nariño cuando sigilosamente llegó a Santa Fe y se presentó en el Palacio:

—*A la menor sospecha de conspiración se regresa a Cartagena. ¿Entendió?* —El virrey habló recio y sin adornos.

—*Cuente con mi silencio como se acordó.* —Llega así otro encierro largo adentro de su hogar, con su familia y con las mejores armas para lo que vendrá, su biblioteca y sus libros clásicos sobre las artes de la política por otros medios.

La sociedad secreta buscará la forma de contactarle sin perturbar la libertad que le han concedido, sin afectar el proceso de la devolución de sus bienes, aunque saben que la imprenta no será devuelta. El virrey y su esposa no son tontos para dejar la mejor de las artillerías de las nuevas circunstancias, en manos de un potencial facineroso.

Ya Atanasio conoce detalles de catorce años de la vida accidentada de Antonio Nariño, los discute en privado con su padre que conocía la historia antes de hablar con su hijo sobre el tema. Sus sentimientos hacia ese hombre crecen favorablemente, ruega a Dios que en este convulso 1808, lo dejen

tranquilo con su familia; tanto sufrimiento por los derechos del hombre, que ahora son tema obligatorio en las clases de leyes, donde se lee el documento y se discute hasta el agotamiento. Toda esa triste historia comenzó cuando apenas Atanasio tenía tres años de edad cumplidos y se desarrollaron mientras el creció hasta ser el rosarino que ahora es. Por otra parte, Antonio Ricaurte sigue haciendo su trabajo en el palacio, el virrey disfruta de las riquezas confiscadas y su esposa sigue haciendo negocios turbios.

Capítulo VI

La vida entre un preso ilustrado, dos sabios y una conspiración

En 1808, la situación en la península ibérica está muy complicada, y aunque en la Nueva Granada varias generaciones están pendientes de lo que allí suceda; algunos liderazgos pudieran considerarse excepcionales para orientar el que hacer de una colonia española que tiene escondido en el corazón, el escozor de la independencia, sentimiento potenciado por la gestión deprimente del virrey Amar y su esposa, que además de corrupta en todos los sentidos está abierta a los negocios de cualquier tipo para incrementar la fortuna familiar. En el palacio, donde Amar cree que todo lo tiene controlado, llegan noticias de las dificultades de España en estos momentos, pero también el funcionariado, tanto peninsular como criollo tienen claras las dificultades en esta tierra santafereña donde la calma es una ilusión de armonía, pues las diferencias entre los españoles europeos y los descendientes criollos, siguen como en los tiempos del movimiento comunero. La diferencia con aquel tiempo es que los criollos ahora son una clase instruida, formada en los colegios mayores, pero también en la clandestinidad, bajo la luz de las velas y una literatura proscrita.

Este funcionariado criollo tiene acceso a documentos que llegan lacrados para el conocimiento exclusivo del virrey, quien cree que esa información es falsa y tendenciosa, como muchas otras que circulan en el reino de España, desde que el débil de carácter Carlos IV, asistido por su favorito ministro Manuel Godoy, también favorito sentimental de la reina, ha colocado a España al borde de la ruina dadas las inversiones bélicas en las confrontaciones contra Inglaterra y Francia,

aunadas a la baja recaudación de impuestos que crean una crisis fiscal incontrolable porque la aristocracia vive de exenciones y fiestas palaciegas, en el creer que el pueblo llano debe sufragar los gastos del reino. Los últimos reportes que han llegado al virrey Amar dan cuenta de una gran crisis económica al cierre de 1807, y advierten que es de urgencia aplicar correctivos en el virreinato para garantizar la suplencia de metales preciosos y otros productos que mejoren la situación en la península. Esto, lejos de generar preocupación hacia su familiar Carlos IV, crea en el virrey la idea de engrosar su fortuna porque de regresar a España lo hará con las arcas personales felizmente repletas. Cuando acontecen los hechos que logran la destitución del favorito del rey Carlos IV y amante de su esposa, la reina, América entera está en una efervescencia escondida y pasiva; los blancos criollos estiman la magnitud de las tendencias de los acontecimientos, pero no vislumbran el desenlace.

Es luego de la muerte del sabio Celestino Mutis, que las generaciones de criollos blancos se informan con mayores detalles de los acontecimientos de Aranjuez que provocan la abdicación de Carlos IV y la entrega del poder a su hijo sucesor que asume como Fernando VII. Ha sido tanto lo acontecido que entre el 17 y el 19 de marzo de 1808, que al rey en funciones no le queda otra que soportar la traición de sus antiguos amigos de la aristocracia a quienes tanto benefició, en perjuicio de toda España. Es un golpe suave de Estado. Fernando VII se ha marchado a Madrid y la *Gaceta de Madrid* presenta la información de la llegada del joven rey como una apoteosis, donde el amor es un río crecido en las calles, los vítores son cantos inolvidables y el futuro es lo mejor que puede esperarse para el reino de España. En cada casa de la aristocracia y del pueblo se dice que abdicar fue la decisión de un rey enfermo de tanta penuria. Carlos IV en funciones ha escrito que los achaques que padece no le permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno.

Por este camino de la enfermedad huye el rey depuesto, sin hacer alusión alguna a las conspiraciones de la que ha sido objeto por parte de su hijo sucesor, tal cual lo evidencia un ejemplar de la Gaceta de Madrid del 25 de marzo del 1808, que sin saber cómo, en dos meses estaba en La Guaira, principal puerto de la Capitanía General de las Provincias de Venezuela, y en Cartagena, principal puerto del virreinato de la Nueva Granada. Pero, cuando esto se conoce aquí, en Santa Fe de Bogotá, el virrey se alegra porque tiene ahora otro amado familiar en funciones de dominio en los reinos de España. Sin duda que ese brindis organizado con prisa, causó una buena impresión en el palacio del virrey, por cuánto ha sido la caridad cristiana la que adelantó la abdicación, y no otro asunto.

No habían terminado de celebrar la transición a Fernando VII, cuando el virrey y su esposa, reciben un nuevo parte en un sobre lacrado que llega desde España. Es el anuncio que en Bayona, el 5 de mayo, Napoleón que impone el poder en Europa ha reunido a los reyes saliente y entrante, Carlos IV y Fernando VII, y los ha hecho abdicar a su favor, para luego el transferir ese poder a su hermano José Bonaparte, que asume como José I, pero rápidamente le desprestigian su reinado con el remoquete de “Pepe Botella” por sus inclinaciones al exceso de alcohol en su cuerpo. Entre tanto, el silencio sepulcral fue la base de este año de gobierno en Santa Fe de Bogotá, silencio aparente, porque todo se sabía según llegaban reportes, lo demás es cuestión de la capacidad inventiva de los santafereños.

Para la magia de la política de este lado del mundo, esos acontecimientos en España y en Europa en general, la suerte está echada, la misma vida de Mutis, leal siervo de la Corona, destapó muchas mentes otrora dedicadas a una literatura casi estúpida de idolatría al rey, a otra de amor a la naturaleza que es la principal riqueza de la Nueva Granada. Ya los eventos de las sociedades no son clandestinos para la ciencia, la prosa y la poesía, en cuyos encantos aparece de cuando en cuando el

virrey, tratando de constatar personalmente de que tratan todos esos movimientos. Ante el acoso, lo político tiene ahora un espacio en el Observatorio Astronómico dirigido por el sabio Caldas. Allí, varias veces se reunieron las cabezas más lucidas y calientes de varias generaciones a ver el mundo desde otra óptica, decidieron darle otra interpretación a la vida en estas tierras de América. Esa perspectiva anti dogmática, esa nueva visión de soberanía, esos discursos centrados en el rigor de la ciencia, y ese futuro esplendoroso que el sabio Mutis propagó, no eran migas de pan, son parte de la esencia revolucionaria a finales de 1808, pero los muertos no saben si tienen la culpa de haber propagado algo perturbador.

En la casa de la familia Girardot Díaz el cierre del año es aparentemente normal y cálido, aun en la gélida Bogotá, pero existe una relación cada vez más estrecha entre Louis y Atanasio. Doña Marta no imagina qué trama o cual es el secreto, solo que una de esas noches decembrinas salieron rumbo al Observatorio Astronómico a contar estrellas con la ayuda del sabio Caldas, la mejor excusa que se puede dar cuando se trata de saber hasta dónde han llegado las informaciones recibidas desde España. Cuando regresaron Doña Marta dejó caer con cierta severidad una pregunta reclamante.

—*¿Pudieron hablar con las estrellas o estaban dormidas?*

—*Madre, respondió Atanasio, nunca imaginé que brillaran tanto como ahora.*

—*Estamos tan acostumbrados a la oscuridad que cuando queremos ver la luz, el mejor momento es la noche estrellada* —agregó Louis.

Doña Marta había ordenado a Comadrona que tuviera cerca de un fuego ligero la cena de su esposo y su hijo mayor, que prefieren ver estrellas que comer, y eso se está haciendo muy frecuente.

Este tipo de reuniones cada vez incluía a mayor cantidad de gente confiable, aunque no se hablaba ni con ofensas, ni con planes; las ofensas cada quien las hacía hacia adentro

como cuando se ora y los planes los preparaban una pequeña parte de precursores como José Miguel Pey, Camilo Torres, Acevedo Gómez, Joaquín Camacho, Jorge Tadeo Lozano, Antonio Morales y Francisco José de Caldas, pero cada día que pasaba de 1809, la lista se engrosaba, eso sí, sin dejar de lado las nuevas generaciones, que en caso de un movimiento partisano serían la vanguardia, la fuerza de la fuerza.

Las alusiones frecuentes a los movimientos comuneros, al sufrimiento de Antonio Nariño siguió su curso, eran recuerdos indetenibles de la forma como estaban los españoles peninsulares preparados para frenar cualquier intento que menoscabara sus privilegios. Este año se intensificaron los enfrentamientos verbales, las críticas soeces, los malabares de la palabra para demostrar con elegancia la gran diferencia de trato del virreinato entre peninsulares y criollos. Han transcurrido 28 años del atroz crimen contra José Antonio Galán y nadie lo ha olvidado. Pero esta vez los ánimos están caldeados y algo ha sucedido. La Catedral amaneció el primer día de febrero de 1809 con manchas rojas en recordatorio al asesinato de Galán, y en Santa Fe de Bogotá, ese incidente se riega como semilla que germina en recordatorio de esa infausta fecha, cuando ya se creía que parte de los puntos considerados en la capitulación de Zipaquirá serían letra viva de las nuevas relaciones entre España y sus súbditos en la Nueva Granada, pero al descalificarla, desconocerla y anularla, es por siempre letra muerta.

Por otra parte, en los Colegios Mayores, los bartolinos y los rosarinos se han contagiado de esos discursos revolucionarios que se va construyendo en la medida que los acontecimientos en España son más conocidos, no vale la pena ser gobernado por quienes no tienen gobierno, esa era la tesis del estudiantado. Es en este contexto como varias veces los ambientes del claustro aparecen con pasquines pegados a las paredes y los estudiantes hacen fila para leerlos, otros leen en voz alta el contenido para varios estudiantes. Las primeras veces aparecen contenidos sobre el mal gobierno, que ha sido

la base histórica de la reclamación política a las autoridades virreinales; pero esta vez aparecen los pasquines incitando a la captura y presidio de algunos franceses que han osado salir a darle vítores a Bonaparte en la puerta de entrada de la ciudad, en San Victorino. Atanasio lee el pasquín y se hace el despreocupado, sus compañeros saben de su conducta pública intachable frente a la autoridad del virrey y el recurrente gesto de su padre Louis por señalar que no es francés sino una mezcla de antioqueño y santafereño, inimitable.

Todo esto viene de un contagio político de las ideas del gobernador de Cartagena que atribulado por la alta presencia de franceses en ese puerto, ha querido controlar en demasía sus actuaciones, para lo cual hace citaciones, registros de viviendas y detenciones preventivas, sin que haya evidencia alguna de una conspiración a favor de Bonaparte. Conocida esta reacción por los estudiantes, Atanasio le recomienda a su padre, darse una vuelta por los lados del Palacio y dejar claro que es afecto a Fernando VII, independientemente de sus cuitas actuales. Así lo hizo Louis, y alguien le dijo que si lo decía por aquello de los pasquines aparecidos en los colegios mayores, eso son muchachadas alentadas por alguien dentro de los colegios. Esa imagen que se quiere formar de algunos que pueden estar a favor de Bonaparte, muta más tarde en contra de quienes ostentan el gobierno de las colonias españolas en América.

Es entonces que el Ayuntamiento de la capital de la Nueva Granada asume la responsabilidad de analizar las circunstancias políticas actuales en varias sesiones para que al final de las deliberaciones extensas se elabore un documento dirigido a la Suprema Junta Central que representa los intereses de Fernando VII en España *manifestando que cuando se asocian en la representación nacional los diputados de todas las provincias de España, no se hace mención ni se tienen presente los vastos dominios que componen el imperio de Fernando en América...* Esto, antes que un reclamo es una advertencia del abandono literal en que se encuentra la América española

según la cual, no son menos interesadas en el bien que se quiere hacer y en los males que se quieren evitar.

Los cabildantes no han dejado escapar la posibilidad de formar parte como diputados en esos cuerpos representativos de los derechos de Fernando VII y ser unos y otros, españoles y americanos, parte de una unidad inquebrantable e infranqueable a cualquier intento de hacer cenizas el imperio español. El cabildo en pleno refrenda el consejo al soberano Fernando VII, para que evite el error de Inglaterra que quiso legislar desde allí a sus provincias en América, lo que derivó en una escisión de algunas, a ese imperio. Reclaman a la Suprema Junta Central que siendo la Nueva Granada casi el doble en población de algunas provincias españolas, que siendo casi cuatro veces el tamaño de España, es inconcebible que no se consideren estas dimensiones para ocupar un sitio honorable en esa Suprema Junta Central. Todo evidencia que la fisura entre España y la Nueva Granada, está lo suficientemente grande para llegar a la escisión, aun cuando la estrategia completa se desconozca.

Pero, toda la discusión conlleva a incluir en un texto, otros problemas como los flujos de riqueza desde la Nueva Granada a España, que no se sabe a dónde fueron a parar, porque alumbrados por lo fácil no cuidaron esos tesoros y hoy los tienen en su poder otros imperios poderosos. También se critica que la ilustración haya sido condicionada en profundidad, inferior a lo que se discute en filosofía, en Europa. Y así después de tantas deliberaciones, y de una lista de errores y dificultades se atreven a escribir en concreto lo que han dicho en estas palabras: *¡Don Fernando VII, no os temáis!*

Así estaban los ánimos en Santa Fe de Bogotá; su ayuntamiento al unísono alzó la voz y recomendó que Camilo Torres redactara la síntesis de esas reuniones, que se conocen con el simple nombre de *Memorial de Agravios* pero protocolarmente se denominó *Representación del Cabildo de Santa Fe, Capital del Nuevo Reino de Granada a la Suprema Junta Central de España* y a decir de muchos es el texto que nunca salió a su destino,

pero es la fuente del pensamiento conciliador entre los blancos criollos americanos para la lucha por la independencia en la Nueva Granada, donde había que tener una organización enraizada en esos sentimientos, y tejida como la mejor telaraña conocida para salir de las palabras a los hechos, y esos hechos eran enfrentar y capturar al virrey Amar.

Esas deliberaciones llegaron a los oídos del virrey que siempre subestimó a los blancos criollos y sometió a duda todo lo que en el Cabildo se dijo; más su insidiosa esposa cada vez que pudo hasta esa fecha finales del 1809, le repitió lo mismo.

—*¡Haced vuestra excelencia lo que debéis hacer o lo lamentaréis!*

—*No habrá nada que lamentar, esos señores son amantes fieles de Fernando VII y que hay de malo en que quieran tener su nombre presente en estas difíciles circunstancias.*

—*En la cárcel deben estar todos esos hombres que serán nuestra ruina* —replicó doña Francisca.

—*Si hiciera caso a vuestras recomendaciones todos los ilustrados de Santa Fe, estarían enclaustrados en su casa como Nariño lo está. ¿Con quién me entendería en los temas difíciles del virreinato? ¿Con la indiada? ¿Con la juventud que asiste a los colegios mayores y son realmente una preocupación por su beligerancia en la palabra? No, doña Francisca.*

—*¡No tenéis otra vez para escuchar estos cuidados!* —dijo doña Francisca en tono amenazante.

—*Vuestra Merced, no se vaya así, ayudadme a dictar una instrucción a Cartagena exigiendo un reporte sobre la situación allá.*

El virrey estaba muy bien vestido, con todos sus galardones porque haría una visita al ayuntamiento, solo como cortesía. Allí, fue recibido con cordialidad, evitando levantar sospecha alguna sobre el informe preparado con ideas de todos los cabildantes, por Camilo Torres.

Este año Louis Girardot ha preparado otra visita a Facatativá y esta vez lo acompaña Atanasio, su bisoño hijo universitario y con vena patriota que ha logrado hilvanar una

historia sobre todo esto que ocurre en Santa Fe de Bogotá, pero que pareciera no ocurre. A esa edad tiene claro que vivir en Santa Fe requiere mucha prudencia, tacto, darse por desentendido, esperar que le llegue la información sin mostrar interés, y luego construir un discurso sólido que debate en el secreto de su habitación con su padre. Louis ha enviado con antelación una esquila diciendo al dueño del hostel que para la fecha indicada estará allí con su hijo, para terminar de conocer esas bellas tierras. Así sucedió.

Al llegar a Facatativá se enteran que el amigo y dueño del hostel se embriagó durante la celebración de un matrimonio y se le ocurrió gritar:

—*¡Viva Fernando VII, abajo el mal gobierno del virrey Amar!*

No tardó en amanecer cuando las fuerzas militares lo buscaron en el hostel y lo llevaron a dar un paseo por las afueras de la villa. En realidad la embriaguez le impide recordar el suceso de ese grito desaforado, pide disculpas, se las conceden pero acuerdan llevarlo de manos atadas por la villa hasta un retén donde pasará varios días descansando y comiendo bien, no solo él, también sus carceleros disfrutaron esos pocos días de buena comida y buen vino.

Louis y Atanasio fueron a visitarlo y en clave les recomendó hacer la reunión igual a la vez anterior, pero esta vez el sacerdote cedería un espacio acogedor donde recibe con frecuencia a las mujeres bellas de la villa que son parte de una especie de cofradía de Hermanas de la Virgen María. La reunión es un hecho cumplido; Atanasio hizo una síntesis sobre la percepción de una agudización de las diferencias entre el virrey y los blancos criollos. La mañana siguiente regresaron por el camino real a Santa Fe de Bogotá y se encontraron con una brigada militar que iba con destino a San Miguel de Guaduas a reforzar esa villa porque se dice algo está por ocurrir, o se sospecha de varias personas de allí.

Mientras cabalgan, Louis recuerda a la viuda, en ese viaje a Facatativá, aquella hermosa mujer que partió a reclamar sus propiedades en España pero sobre quien nadie en Santa Fe de

Bogotá tiene noticias ciertas, solamente elucubraciones, algunos dicen que se casó con un acaudalado aristócrata protegido del rey abdicado Carlos IV. *Esos son hechos circunstanciales*, piensa Louis, y su mirada se pierde en la lejanía. Su verdadero amor, doña Marta, lo aguarda como siempre, con vino y dos copas misteriosas, que le suben la libido al infinito. Su Atanás, hijo primogénito, soltero y de 18 años ha sido su compañero y amigo, en estos misterios que se viven en Cundinamarca, donde nada sucede pero todo sucede, donde la arbitrariedad y el miedo son los motivos para que no explote el pueblo entero, y para que una cúpula usurpe el poder en desmedro de la gran mayoría, incluidos los criollos, como sus hijos.

Louis gira su caballo y se aproxima al que monta Atanasio, coloca las riendas en posición libre para que su nuevo caballo camine marcando la ruta por su propia cuenta, quiere hablar, tiene temas pendientes que ha pasado por alto, como si no importara. Pedro ha descuidado sus estudios, trabaja duro para que su madre no tenga limitaciones en las adquisiciones del día a día, y por más que Louis cubre algunos de sus gastos, especialmente los educativos, este quiere otra vida, aspira un noviazgo relativamente estable con una joven que lo cautivó y que solo habla de un futuro matrimonio, al cual se oponen sus padres, por las obvias preguntas del que van a vivir y cómo van a vivir dignamente.

—Es sobre Pedro que quiero hablar, Dice Louis, entiendo el amor y entiendo también sus cuitas. No es la primera impresión la que hace la vida placentera, yo me apresuré en mi primer matrimonio, y una desgracia me salvó el resto de la vida. Mi primera esposa fue totalmente diferente como esposa que como prometida. Y es lo que quiero, que hables con Pedro y sin experiencia cierta en estos asuntos, le convenzas que no se apure, que cuenta conmigo para organizar su vida. Yo no veo claridad en nada de lo que está sucediendo en Santa Fe, si el virrey amenazante atizado por su esposa doña Francisca, toma represalias, hasta nosotros iremos a parar a Cartagena e ir confinados a esas celdas húmedas y calurosas sería nuestra muerte. No dudo que Pedro podría

también ser recluso por cuanto ama no depender de España y menos de esta España que nadie sabe que gobierna y ha desperdiciado toda la riqueza que salió de estas tierras. Así que no se trata solo del amor, se trata también de saber esperar lo que parece próximo e indetenible. Esto último lo puedes obviar.

—Padre, yo he hablado ya estos asuntos con Pedro, mi querido hermano. Creo que me atiende y tiene claridad. No creo que siga y termine los estudios jurídicos, como bachiller en filosofía, puede navegar en el conocimiento del pasado y en el que vendrá. Me ha dicho que quiere ser la cabeza de una familia de muchos hijos, como la nuestra. Veremos hasta cuándo aguanta sus ganas de matrimonio. —Atanasio habla como un adulto, como en efecto son los jóvenes a esta edad que no pierden mucho tiempo en convites de alcohol, tabaco y mujeres sin prejuicios.

—¿Qué más ha dicho Pedro? —Increpa Louis.

—Quiere ser militar y eso lo hablará con Su Merced, pero no me dijo cuándo.

La conversación se extendió como la propia sabana de Bogotá lo hizo en millones de años, y es cuando Louis procura tocar el tema candente de la filosofía de estos tiempos tiránicos, el miedo. Esa sensación individual y colectiva para enfrentar los desafíos que exige la Nueva Granada, la verdadera y “nueva”, es un asunto que se discute poco, *lo que he aprendido data de los tiempos previos a la revolución francesa, los males se fueron acumulando y el miedo evitaba tratarlos con las autoridades y cuando algunos lograron hacerlo terminaron confinados a la oscuridad, la mala alimentación y las plagas de esos encierros, otros se ganaron la muerte.* Louis agrega una idea común en los libros: *“Las luchas por la libertad fueron sostenidas por los oprimidos, por aquellos que buscaban nuevas libertades en oposición con los que tenían privilegios que defender”.* —Louis narra y compara lo que está pasando en la capital de la Nueva Granada y sabe que no es diferente a lo que sucede en sus provincias. Está claro que superar los miedos tiene un precio que puede ser la vida y un trofeo que puede ser la libertad. No tiene idea cuánta sangre podría correr si no se

enfrenta a Amar y al amorfo sistema en el cual están envueltas las colonias americanas, porque parece poco probable que sigan siendo colonias, como en efecto han analizado en algunas reuniones secretas, que ahora se sabe no son tan secretas; han sido penetradas por gente afecta al virrey, que escuchan los análisis de connotados empleados del mismo virreinato, eso sí, no hay ofensas a Dios, ni al virrey o su esposa, ni al rey difuso Fernando VII, es decir hay análisis pero no hay delito. Eso posiblemente lo asuma el virrey como deseos de ayudar antes que perturbar. El resultado, al final de los miedos, es la rebelión que exalta el coraje, glorifica la vida y enaltece la muerte por las causas justas.

Louis sigue con su monólogo sobre el miedo por largo rato y cuando está agotado y cerca de un expendio de dulces y chocolate caliente, último descanso antes de llegar a Santa Fe de Bogotá, se apea del caballo y exclama:

—*¡El miedo es el mal de estos tiempos y al contrario de lo que dicen muchos, que el miedo es gratis, yo digo que se paga muy caro!* —Así cerró Louis, o creyó que cerró.

Después del descanso, Atanasio dice no tener miedo:

—*Padre, de esto hemos hablado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; allí no parece haber miedo, lo que hay es una rabia contenida, que ahora migra hacia otros rumbo, hacia el qué hacer, cuándo y dónde.*

—*Pues allí están mis miedos, no te veo imprudente, ni atrevido y menos agresivo. Hay que pensar en una estrategia sensata, piensa en formar parte del ejército, donde hay generales que son sensatos en estos tiempos, y que se sabe quieren la libertad y algo que ahora llaman soberanía en forma amplia, mejor a la soberanía que siempre han tenido los reyes y los papas. En eso, tanto el ilustre preso Antonio Nariño, como el connotado pensador Camilo Torres coinciden.*

En el viaje de retorno la proximidad a Santa Fe los enmudece, en la entrada de San Victorino todo parece en calma la calle principal hasta el palacio del virrey tiene poca gente para la hora, la catedral sigue con sus manchas rojas, y

desde alguna ventana alguien susurra *¿De dónde vendrán los Girardot, padre e hijo?*

A propósito de Nariño se comenta en Santa Fe de Bogotá que se ha tornado muy cauto con lo que dice y a quien lo dice, sabe que la esposa del virrey, doña Francisca, vende cargos del virreinato para usufructo personal de las coimas recibidas; aunque hay pocas vacantes, ha sugerido a los activistas que los compren para gente afecta a la emancipación.

Aunque el virrey ignore la vida de Nariño, Nariño no ignora a ese militar de pacotilla. No lo cita a ningún evento luego de su presencia en Bogotá, tampoco sus amigos lo frecuentan. El ostracismo es una estrategia de algunos intelectuales que rápidamente pueden mover grandes masas, pero en su momento, no en esta fase de desencantos acumulados contra el virrey, pero con sentidas emociones de la población en general hacia el rey Fernando VII, que está en su peor momento de desprestigio, pero aquí es una víctima. En Europa, ahora los ejércitos ingleses están a favor del rey Fernando VII pues temen que hasta Inglaterra llegue el poder napoleónico, si no lo frenan antes.

A finales de 1809, el virrey está tomando cartas en el asunto de una posible conspiración, le ha hecho caso a su esposa. Después de traer preso al Canónigo Rosillo y a un escribidor de la Villa de La Mesa, próxima a Bogotá, se les tilda de conspiradores, pero el canónigo aturde al virrey pidiéndole que ante tanta gravedad en España, se autoproclame “Rey de la Nueva Granada”, asunto que puso a trastabillar la mente de este borbón que se negó a cometer ese suicidio político, sabe que puede darse una reacción opuesta a él por la gente que ama al rey en apuros, Fernando VII. En su lugar envía al canónigo Rosillo a reunirse con su esposa y son tantas las ideas que sugiere, que doña Francisca lo considera desquiciado, porque a su saber es falso que el pueblo adora al virrey y a ella, no hay evidencia más que una cordialidad ficticia; y lo mejor es tener a Rosillo a buen resguardo, pero sin que se vea como una pérdida de su libertad. Pero inusitadamente, el escribiente

doctor Crisanto Valenzuela, al servicio del virreinato pero militante de la causa emancipadora, consigue hablar con Rosillo y le sugiere huir, a la lejanía que le sea posible. El canónigo sale en mula disfrazado desde Bogotá con destino al Socorro, donde se dice que hay efervescencia emancipadora, pero al llegar allí lo vuelven a capturar y lo reenvían a Santa Fe de Bogotá, esta vez es hospedado con grilletes. El ambiente esta enrarecido, todo el mundo es sospechoso de algo; otro sacerdote es preso, con poca diferencia de la huida de Rosillo.

La iglesia está preocupada porque son muchos los sacerdotes que han sido señalados como parte de una conspiración para levantar los ánimos de los criollos y de la gente común, pardos y diversos mestizos con capacidad de liderazgo. Los peninsulares desacreditan a los sacerdotes que osan enturbiar el gobierno colonial señalándolos como hombres de mala vida que frecuentan tabernas y tienen mujeres ocasionales que les resuelven la vida sexual. Algunos se hacen voceros de estas mezquindades pero otros se enfurecen e incrementan las desavenencias entre criollos y peninsulares. Para los peninsulares, todo conspirador en esencia es un enajenado a los ojos de Dios, representado por el virrey.

El ambiente es muy pesado porque la desinformación sobre el envío de tropas para ayudar a los presuntos sediciosos desde diferentes localidades, sobrepasa con creces las fuerzas del virrey, que ve con agrado el arribo de la soldadesca de refuerzo enviada por la provincia de Cartagena.

Ahora viene el desquite de doña Francisca:

—¿Cuántas veces le dije a su excelencia que esta gente de Santa Fe no es de fiar, y cuántas veces sentí su reproche? No sé que nos aguarda, un exilio o un cadalso.

—Amada mía, no sientas miedo que todo está controlado, el arzobispo ha puesto orden a la curia, y nosotros los militares pondremos orden a los intentos de sedición. En tantos años de casados era la primera vez que el virrey Amar trataba a su esposa con esa bondad que denotaba le estaba haciendo caso a sus peticiones, aunque parezca tarde.

Fue entonces cuando el sobreseído de una causa injusta, don Antonio Nariño se encontraba en Bogotá, encerrado en sus lecturas personales, escribiendo y enviando mensajes muy bien planificados en la forma de entregar a sus amigos de causa; era de noche cuando tocaron a su puerta para invitarle a reunirse con el virrey Amar, lo aguardaron mientras se vistió para la ocasión, pero la guardia que lo custodiaba cambio de ruta y lo llevó directamente a un ambiente militar donde estaban la tropa que llegaron de refuerzo al virrey, desde Cartagena. En esa noche a Nariño lo mueven hacia otras dependencias, hasta que al final le dicen que está acusado de sedición y será llevado a Cartagena, a la prisión de Boca Chica, donde la gente muere de mengua. Alguien le ha dicho que la esposa del virrey le quiere podrido en una cárcel y que su cuerpo lo hagan comida de tiburones. Sin dinero en sus bolsillos, sin ropa adecuada para un viaje tan largo, sin comida, sin caballo partirá junto a otro sospechoso, un oidor del virreinato acusado por la misma razón, en esta madrugada. Han aceptado que un caballo prestado sea utilizado por el reo, también le han permitido cierta cantidad de dinero aportado por su esposa, y la compañía del hijo mayor, hasta llegar al sitio de reclusión.

Desde la Villa de Honda, van aguas abajo del río Magdalena hasta que una tormenta los obliga a detenerse, la tropa y el militar al mando son peninsulares con desconocimiento de este río caudaloso y peligroso a la vez, no así el comandante del champán que les dice que esas tormentas son ocasionales, pero hay que temerles. En ese desconcierto, una pequeña embarcación sin ocupantes que está cerca del champán militar tiente a Antonio Nariño y a su hijo. Cuando los truenos y los relámpagos son abundantes y la lluvia parece un diluvio, estos dos, padre e hijo toman la embarcación pequeña, sueltan amarras y se van río abajo movidos por la furia de la naturaleza. Al cesar la tormenta, el militar al mando no pensó en menos que la muerte de ambos, en las aguas donde era frecuente morir, navegando de noche, sin experiencia en

navegación, y en esas condiciones climáticas. El caso es que a finales de 1809, los dos hombres que sortearon la corriente, se encuentran en Santa Marta, asilados en la casa de un sacerdote. Nuevamente una delación permite su captura y son enviados ambos a prisión en Cartagena. Nuevamente el ilustrado Nariño está pagando su ilustración. Nadie en Santa Fe de Bogotá imagina esta situación, pero en los colegios mayores hay preocupación por la suerte de Antonio Nariño, especie de guía espiritual de todo aquel que piensa que la emancipación en un proyecto loable.

Entretanto, se observa que los criollos blancos no son un partido uniforme, algunos creen que es importante contactar a las clases desposeídas e informarles de la situación, sin más ánimo que estén alertas. Uno de esas personas que piensa en los de abajo, es conocido como José María Carbonell, hombre culto, egresado del Colegio Mayor de San Bartolomé, pero con una sensibilidad muy alta por las clases necesitadas de Santa Fe de Bogotá, por eso siempre camina por los barrios periféricos, en especial por San Victorino, habla con la gente, es amigo de aquellos que hacen oficios claves para la sociedad, como los tenderos, mercaderes, yerbateros, los aguateros, las mujeres que preparan y venden chicha que alegra la vida de la gente, a estas las ubica siempre cerca del palacio de gobierno, los panaderos, los carniceros, todos aquellos que tienen oficios que los relacionan con muchos otros santafereños. Lo saludan con deferencia y le hacen preguntas sobre la situación que se siente en la ciudad. El aclara lo que dice saber, y les pide paciencia. Otros criollos militantes de la emancipación, le tienen desconfianza a Carbonell porque es querido de los humildes, que para nada están considerados en los planes, e imaginan las complicaciones que podrían surgir con Carbonell cuando llegue la hora de las acciones. Pero este hombre, tiene paciencia para aguardar, y solamente les dice a estos seres visibles en la economía de la ciudad: *Si algo ocurre yo los busco y cuento con ustedes.*

Carbonell ha sido becario del Colegio de San Bartolomé, y logró ser parte de la Expedición Botánica desde la temprana edad de 15 años, porque tenía habilidades para el dibujo y una perfecta ortografía que le ganaron el aprecio del fallecido sabio Celestino Mutis y luego de su sobrino Sinforoso Mutis a quien le unen nexos políticos, por eso Atanasio lo reconoce como también reconoce a Valenzuela y a Caldas, cada quien diferente del otro, pero todos unitarios con la causa de demostrar el gran potencial natural de la Nueva Granada, esa riqueza oculta que aunque no se crea, está a la vista de todos. A los tres los vio llorar a mares el día del velorio de Celestino Mutis. Atanasio ha visto a Carbonell cerca de las ventas de chicha compartiendo con algunos de los acostumbrados bebedores de esa bebida fermentada, y se percata que le insisten en saber que pasará en Santa Fe. Él como siempre, les dice: *Si algo ocurre yo los busco y cuento con ustedes.*

Atanasio aprovecha el momento de la casualidad, en casa han querido tomar chicha en el almuerzo porque a Comadrona le gusta y de cuando en cuando él, su bebé de ocho libras al nacimiento, la complace. Ese cariño y respeto por los demás, por los pobres y débiles en la vida, lo heredó de su padre. Ha comprado una jarra de barro de casi seis tommas, y espera que sea suficiente. Carbonell lo reconoce porque estuvo allí, todo el día en el velorio del sabio Mutis y además estuvo en la reunión nocturna sobre el clima político en la Nueva Granada. Atanasio inclina su cabeza en son de saludo, y Carbonell se viene a hablar directamente con él. Le dice que conoce a su padre, porque varias veces se han topado caminando por San Victorino y Atanasio se sonroja, pues llega a pensar que su padre ha estado en esas reuniones de franceses a favor de Bonaparte. Carbonell disimula y le llama aparte y le dice:

—*Lo que pensamos que pasará es indetenible, sigan con sus estudios, estén atentos, si algo ocurre yo los busco y cuento con ustedes.* —Carbonell es repetitivo cuando se trata en disponer de aliados para circunstancias difíciles.

—*Pues Doctor Carbonell, los rosarinos de estos tiempos hemos estado alertas a ese momento, o a esos momentos. Espero mi grado para mediados de año.* —Atanasio, huele a egresado, y no quiso decir que esa es su prioridad, sino que contarán con un ilustrado de la última generación para lo que sería un desenlace loable de la situación ambigua en la que se encuentra la Nueva Granada: Unos franceses que quieren gobernar estas tierras y un rey acosado que gobierna por interpuestos, entre otros, un virrey que ni le va ni le viene, y ahora solo piensa en el momento de partir de regreso, rico y aprendido para otras posiciones políticas una vez Fernando VII retome el poder.

El compartir de ese momento fue inolvidable para Atanasio, especialmente para los momentos en que ocurrió el desenlace, el año siguiente.

Al despedirse de Carbonell, Atanasio fue parco y conciso: *¡Cuente conmigo!*

Carbonell regresó a conversar con las mujeres que venían chicha, que eran además cordiales y muy jocosas; le atribuían a la chicha atributos que potenciaban a los hombres en sus encuentros de amor. Esa era la razón de tanta concurrencia masculina por esos lados, la gente estaba agarrando fuerzas, con el poco alcohol que contenía la bebida fermentada.

Al llegar a casa, Atanasio habló con su padre y le contó de su encuentro con Carbonell, y Louis reconoció que en efecto se han conseguido a menudo, porque él ha dejado claro ante las autoridades que nada tiene que ver con esos tres franceses que por culpa del vino lanzaron improperios contra el gobierno del virrey. Y además, esa zona por donde ellos entraron cuando se vinieron de la Villa de Medellín, le trae muy gratos recuerdos.

—*Ha sido una buena conversación con don Jesús María Carbonell, le dice Atanasio a su padre, pero cuánto pido a Dios que me permita otra igual con el Sabio Caldas.*

—*Persevera Atanás, ese sabio es un hombre muy ocupado,* —le contesta Louis.

El sabio Francisco José de Caldas siempre fue un hombre de muchas ocupaciones, su amplitud del conocimiento en geografía, astronomía, botánica, su afición por el periodismo científico, su dominio de las leyes, de la filosofía, de los aspectos básicos de la matemática y de la física, amén de ser ambicioso de espacios para evidenciar su sapiencia, ha recibido el impacto de la muerte de Celestino Mutis con la distinción de un apóstol, si bien todavía recuerda que su amigo Sinforoso, sobrino de Mutis fue seleccionado por este para continuar su obra, pero esto no melló su ímpetu y desarrolló su estrategia para hacer visible el conocimiento logrado por gente de la Nueva Granada, tarea que hubiera resultado muy difícil, si la desconfianza sobre su persona pasara por los pasillos del palacio del virrey Amar y Borbón; pero lejos de eso allí en ese ambiente gubernamental lo que se decía de Caldas era que la providencia lo había hecho íntegro, leal e inteligente, al punto que la esposa del virrey siempre estuvo de acuerdo con favorecerlo en sus iniciativas, y que mejor aval que ese. La experiencia mostraba a una mujer mandona influyente en ese tipo de decisiones, y las veces que leyó correspondencia de Caldas para su esposo, se gratificaba que un sabio se expresara con tanta bondad y cierta lisonja tolerable, pues eran defensas a sus ideas por seguir buscando la verdad de la naturaleza creada por Dios. De manera que el virrey que ya tenía decisión sobre el apoyo irrestricto al sabio Caldas dejó ver a su esposa que le estaba complaciendo con las facilidades para que el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* no tuviera ningún obstáculo en su edición, *lo que sea que haga falta va a cuentas del gobierno*.

Bastante aprendió Caldas de Mutis y de Humboldt, sin financiamiento e ideas concretas es imposible construir fama y capacidades para aportar al conocimiento. A la muerte de Mutis, su semanario es todo un éxito, ha estado abierto a las ideas sobre geografía, botánica, agricultura y comercio, entre otras. Así, recuerda que durante el velorio, la gente lloraba por el sabio Mutis y felicitaba a sabio Caldas, quien ahora en

materia científica era el más encumbrado de los habitantes de Santa Fe de Bogotá. Atanasio que estuvo allí triste como la mayor parte de los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se acercó al sabio Caldas y apenas pudo intercambiar algunas palabras porque la gente que quería saludarlo y felicitar su éxito editorial era mucha. En todo caso, ese atardecer hubo una tertulia, que como sabemos fue una de esas ideas traídas desde inicios del siglo, copiada de los franceses, donde se compartían muchos conocimientos, se hablaba de artes, algunos llevaban sus poemas y otros contaban los argumentos de algunas obras para el teatro, y se libaban buenos vinos, llevados por los participantes. Las ocupaciones del sabio son tantas que solo una mente organizada puede cumplir a cabalidad. Y a un hombre tan ocupado le resulta imposible incursionar en la política ramplona del día a día.

En el Semanario hay un mensaje redundante, la geografía bien entendida es parte de lo que puede ser un buen gobierno y en eso el gobierno del virrey Amar y Borbón está en deuda, puesto que hay grandes desequilibrios entre provincias, ciudades, villas y pequeñas comunidades para enfrentar los retos de la economía y los temas concomitantes. Amar y Borbón estaba claro de aquello que se conocía; la Nueva Granada era casi cinco veces el tamaño de España, por eso la geografía de la que habla el sabio Caldas es tan complicada para entenderla, en estos momentos. Lo mejor sería que cada gobernador de provincia la entienda para mejorar esos territorios de acuerdo a sus riquezas y problemas. Es así como el Sabio enfrenta la política, con ideas que cada día le permiten formar tienda aparte del virrey y ser parte de aquellos que hacen la política del día a día, por muy poco atractiva que le parezca.

De esa misma forma actuó durante 1809, pendiente de sus publicaciones, del Observatorio Astronómico, de sus obligaciones con sus discípulos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, pero también pendiente de las dinámicas políticas en España, de los errores de la gestión del virrey, de la organización para lo que vendrá, si es que viene, y analiza

cómo podría ser útil a la causa patriota. Durante esas festividades del adviento y en plena fecha de Natividad, publica el penúltimo número de 1809 del Semanario que enumera 51, lo que evidencia el esfuerzo editorial del año. En este momento expresa sus deseos por contribuir a enaltecer al jefe del Reino, y a dar luces a la ilustración pública, sin embargo se muestra sentido con sus detractores que no logran conocer el alcance del esfuerzo y sugiere que aumentará las temáticas atractivas, para que la suscripción pueda cubrir los gastos y mantener el ánimo por el esfuerzo que realiza. Ha reconvertido el Semanario para 1810 en unas memorias seriadas que se denominan *Una Continuación del Seminario del Nuevo Reino de Granada: Memoria*. Mientras la gente celebra la natividad, el sabio Caldas, revisa lo que ya está circulando. Las fiestas del virrey no lo alcanzaron para nada, desde el mismo 25 de diciembre comenzó a trabajar en el número 52 que saldrá el 31 de diciembre de 1809 y donde una *Oda a la Noche* engalanará el fin de año.

La oda a la noche fue escrita por José Luis Madrid y es propicia para un cierre del año, tanto como el editorial escrito por el sabio Caldas que trata sobre el uso del tiempo para el bien personal y del prójimo.

¡Oh sabio autor de tantas maravillas
del universo augusto soberano!
¡Qué dulce llanto inunda mis mejillas
al contemplar las obras de tu mano!
Suavemente agitado y sorprendido
mi corazón palpita enternecido.

El sabio Caldas se despide del año 1809 listando sus principales colaboradores que no son otros que aquellos que profesan el partido de la emancipación, una forma elegante de decir con quienes comparte su visión de mundo. A todas estas, a Atanasio se le ha dificultado hablar en privado con el sabio Caldas.

Finalizando el año, alguien que ha llegado de Cartagena informa que no han conseguido el cadáver de Antonio Nariño y su hijo, que fueron arrastrados por una tormenta en el río Magdalena; eso se corre por la ciudad, algunos se santiguan y otros dudan que estén muertos. Atanasio está consternado, recuerda que hace unos meses, motivado por su encuentro con Carbonell, tomó la decisión de presentarse en la casa de habitación de Antonio Nariño, y solicitó hablar con él. Su esposa salió a atenderlo y se disculpó porque a su esposo no le está permitido recibir visitas, salvo las autorizadas por el virrey. Ella con cierto desánimo le dijo: *y menos visitas de estudiantes después de tantos pasquines publicados contra el virrey*. Atanasio se disculpó por su atrevimiento y le repitió su nombre para que se lo hiciera llegar al reconocido ilustrado santafereño.

Al palacio ha llegado correspondencia urgente. Es un sobre lacrado entregado en las manos del virrey que cuenta la verdadera historia de la fuga de Antonio Nariño y su hijo, fueron recapturados en Santa Marta, y seguirán con las instrucciones de mantenerlo alejado de otros presos y siempre atado de grillos. El virrey ordenó divulgarlo para complacer a su esposa obsesionada con el castigo para ese preso ilustrado, y el nuevo mensaje dio la vuelta en sentido contrario a la propagación del rumor de la muerte de Nariño y su hijo. Cuando se enteró Atanasio, pensó que Dios lo había escuchado porque *en estos momentos es mejor estar preso que muerto*. Así era Santa fe de Bogotá.

El primer decenio del siglo XIX está feneciendo, la sociedad bogotana acrecentó en diez años la importancia de la religión para su vida, una gran parte del tiempo se invertía en oración, en contacto con sacerdotes y en actividades propias del tiempo litúrgico. Jesucristo era el personaje central de la mayor parte del año, su nacimiento, vida, obra muerte y resurrección. Todo acto civil o militar implicaba una acción religiosa, y en estos momentos el virrey y su esposa creen que hay tantos pecados en Bogotá que la natividad de Jesús

es un buen momento para expiar esos pecados, así que programan festividades que sean bien vividas por las gentes de Santa Fe de Bogotá y que esa alegría debe manifestarse con buena comida, se permiten las fritangas y se incrementan los permisos para expendio de chicha; y la guardia del virreinato dejará pasar por alto algunas bebidas espirituosas que se sabe se están produciendo pero no están pagando la renta del aguardiente. El virrey quiere que el adviento sea olvido, que la navidad sea el motivo para reencontrarse con los conspiradores y convencerlos que están equivocados, y esa equivocación se llama pecado. La mayor parte de las casas santafereñas están de fiesta, muy pocas estaban tristes, entre algunas, la casa de Nariño estaba cerrada, sus puertas se abrían solo para cortas visitas de amigos de siempre. Las iglesias estaban repletas de gente, y en las áreas periféricas la gente conversaba temas elementales. El virrey pedía reportes de las actividades religiosas asociadas a la navidad y lo que le llegaban eran adulancias, todo de maravilla, la gente está feliz, la gente ha pedido a Dios que perdone los excesos de aquellos que lo ofenden desdeñando al Rey Fernando VII.

Algunos ebrios son llevados a sus casas por los militares que sin descuidarse patrullan las calles para evitar cualquier disturbio propio del exceso de alcohol; no temen a disturbios políticos para esta época.

En la casa de los Girardot Díaz la navidad es abundancia, comida, vinos y para darle nota criolla, compraron suficiente chicha que rebosa con su fermentación una vasija de barro inmensa. Son varias las veces que han ido a misa como familia, los padres, sus hijos y Comadrona. Todos los hijos hablan de sus logros educativos, las chicas de mayor edad hablan de algo que algún día vendrá, sus matrimonios. Louis escucha, ríe pero también frunce el ceño cuando piensa que está llegando el tiempo de las separaciones necesarias y convencionales. El primer egresado universitario de la casa vendrá con el nuevo año. Pedro está allí, ha conversado con su padre

de la posibilidad de una boda pronto, pero no dice cuando es pronto.

Aunque la iluminación en las calles es muy tenue, la gente ha dejado de lado la tacañería y ha reabastecido los fanales. Mucha gente camina, de un lado a otro, unos cantan otros hablan fuerte, y algunos están en el observatorio viendo las estrellas que acompañarán al niño Jesús a descender sobre Santa Fe de Bogotá. En San Victorino van poco a misa, bailan, beben y se enamoran furtivamente. Se espera que los hijos de la navidad comiencen a nacer al finalizar agosto del año próximo.

El virrey y su esposa están contentos, han sobrevivido al más difícil año desde que están casados y esperan que el venidero año 1810 sea mejor que el año viejo que se despide.

Sus opositores también desean lo mismo para los cambios que se proponen.

Capítulo VII

Un florero encendió la chispa

Enero de 1810 ha comenzado con la epifanía de la llegada de Jesús, se ha prorrogado la natividad, y la gente parece que en cierta forma, y como sucede al principio de cada año, hay expectativas por mejores tiempos que los ya vividos. Cuando alguien dice esto públicamente, en Santa Fe de Bogotá se mira hacia atrás, hasta una gestión política bastante reconocida, la del virrey Ezpeleta, con mano dura y muchas obras públicas, e inmediatamente comienza a reaparecer el pesimismo, porque quien ejerce el mando formal ahora es el virrey Amar y sobrepuesta a su gestión está su esposa doña Francisca que le tiene envenenada la cabeza con conspiraciones que el virrey no detecta, pero algo de verdad debe existir ante tanta insistencia de su esposa; por su culpa, Antonio Nariño está nuevamente en prisión y con lesiones en las piernas debidas a los grilletes, con la suerte que algunos afectos a la Corona Española, viejos amigos de Nariño han logrado cubrir los gastos indispensables para resolver su alimentación como presidiario o tendría que comer la basura que ordenó doña Francisca, hasta su muerte en ese calabozo estrecho donde huele a carne fétida de otros prisioneros que han muerto y se han descompuesto en el piso. No hay razón para limpiar esos depósitos de gente condenada a muerte lenta por inanición y enfermedades que allí contraen. El hijo de Nariño ha sido liberado y actúa buscando apoyo para su padre, el preso ilustrado. Nariño escribe y reclama justicia y le han dicho que es justicia la que se ha tomado con la prosecución de la vieja causa de 1794.

Después de la destitución del gobernador de la Provincia de Cartagena por su pésima gestión y a pedido de los

habitantes, quien respondía directamente sobre el caso de Nariño ante el virrey y a su esposa, la presión carcelaria de Nariño disminuyó, fue trasladado a otro sitio de reclusión, evitando con eso el extrañamiento de la Nueva Granada. Pero Nariño insistió en la libertad y fue concedida bajo fianza, con soporte de amigos que de alguna manera militaban en los cambios que Nariño en secreto divulgaba cuando le visitaban en una prisión controlada por la Santa Inquisición, donde finalmente fue a parar, y le trataban como un católico a toda prueba.

Ahora, Nariño está libre en Cartagena pero con prohibición de salir de esa provincia. Es entonces un hombre libre, pobre, solo y adolorido por la injusticia. En todo caso el río Magdalena es su aliado para que desde allí partan los mensajes a la gélida sabana de Santa Fe de Bogotá y viceversa, se cuente lo que está sucediendo, que no es poca cosa. Los enfrentamientos verbales entre españoles peninsulares y descendientes criollos fueron incrementándose progresivamente. Los criollos al servicio del virrey seguían haciendo su trabajo de sacar información sobre las noticias escritas que llegaban de España o las conversaciones que se daban en el palacio, tratando el delicado tema político.

En las calles de Santa Fe, la gente es escurridiza a la hora de opinar, pero en los sitios de venta de chicha, la gente suelta la lengua sin ningún miramiento, eso sí, sin nombrar personas, todo queda para que la gente especule y de esta manera, los rumores comienzan a propagarse. Tantos fueron los rumores que una trifulca fue provocada por esas injurias levantadas entre unos y otros, en el ayuntamiento. Allí se notó el quiebre real de las visiones de los peninsulares y los criollos blancos. Y ese sentimiento de adversidad era muy difícil de controlar en el seno de las familias, que siendo los padres españoles europeos, sus hijos estaban militando a favor de cambios, que hicieran más incluyentes a los criollos blancos. La situación fue de desencuentros dentro de las familias y entre familias. Siendo este enfrentamiento la distracción

de la ciudad, los mestizos, los pobres no contaban para absolutamente nada, en esas perspectivas de cambios que se conversaban.

La mayor parte de la juventud criolla blanca estaba a favor de estos cambios que se proponían aun siendo difusos en su presentación. El mejor documento que citaban fue el Memorial de Agravios escrito el año anterior por Camilo Torres, del cual no había copia pero la gente le inventaba contenidos, no constatados pero que tenían mucho de verdad. Es casi imposible que en la penuria de un rey destronado en España, lo que se esté formando como organización política en su defensa subestime la participación de las colonias; pero otros rumores entran en juego, en el virreinato, los que detentan el poder, están a flor de piel coqueteando con los franceses napoleónicos. Y estos supuestos son un barril de pólvora que explota por toda la Nueva Granada. Es así como los reclamos, los alzamientos, el descontrol se amplía por todos lados, hasta en recónditos y apacibles parajes.

Entre esos jóvenes se encuentran Atanasio y Pedro Girardot, ya mozalbetes de diecinueve años de edad, con un bozo incipiente, la voz definitiva de adultos que la engrosan para darle mayor seriedad a sus diálogos con los demás compañeros militantes en la causa de las transformaciones necesarias en la Nueva Granada. En los Colegios Mayores el ambiente no es tenso porque la gran mayoría milita en los cambios impostergables que ellos han discutido con mayor profundidad. Pero hay algo que les molesta y sienten vergüenza, el tiranicidio ha hecho gala de sus mejores crímenes al mostrar las cabezas de dos jóvenes que fueron fusilados y decapitados en los llanos del Casanare, y las cabezas han sido traídas a Santa Fe para amedrentar a la juventud que ose levantarse contra el virrey. Las han colocado en astas en la Plaza Mayor y toda la sociedad santafereña está conmovida, más que sorprendida, porque saben hasta dónde puede llegar la maldad de quienes creen que su poder se tambalea. Los estudiantes abuchean a los custodios de esas cabezas

inofensivas de la muerte; la juventud se convierte en una cruzada de desagravio por toda la ciudad, no hay casa que les cierre la puerta a los estudiantes furibundos que defienden la dignidad de los mártires Vicente Cadena y José Rosillo. Bogotá hierve de rabia, algunos han informado a los pueblos vecinos de este horrible acto del cual responsabilizan al virrey y a su esposa. Aturdido por el desencanto causado, creyendo que la gente aplaudiría que se sacrificaran jóvenes, como en el pasado sucedió con el movimiento comunero, el virrey buscó el apoyo de los capellanes para darle sepultura a las cabezas de Vicente y José, e incluso él mismo anunció un redoble de campanas de tristeza y duelo por tan inusual castigo. Esa última condolencia no la creyó nadie.

En el ambiente hay situaciones que han cambiado drásticamente, la primera es que se ha perdido la discreción para tratar temas políticos por el común, ahora todo el mundo habla del crimen y de la nefasta gestión del virrey y su esposa; también los jóvenes y no tan jóvenes, estudiantes, egresados y profesores de los Colegios Mayores saben que los rumores han dado la posibilidad de compartir entre clases sociales muy diferentes de la sociedad santafereña, pero otros saben que esa es una arma muy importante para los tiempos que se acercan a un desenlace, sobre el gobierno de Amar y Borbón. Se ha creado una categoría social y política cuyo fin es mantenerse alerta para lo que venga y sus cabecillas se llaman chisperos, los que ponen la chispa para que el barril de pólvora en que se ha convertido el virreinato, explote.

A todas estas, la condición de ciudadano francés de Louis lo hace ser uno de los pocos discretos que camina de paseo por la ciudad, explorando con sus ojos la situación. No quiere que Atanasio se la cuente y él no tenga nada que decir al respecto. Pero esta vez Atanasio, evita hablar más de lo necesario sobre lo que sabe está pasando en Santa Fe: esos miedos de la decapitación convertidos en desánimo, el desánimo convertido en preocupación, y la preocupación transformada en esperanza de cambios. Esa ha sido la síntesis corta antes de entrar en

otro tema. Atanasio ya tiene pocas obligaciones estudiantiles, está muy próximo a su grado académico, pero lo que otrora eran fiestas previas, algarabías de pasillo, ahora lucen un ambiente apagado, pareciera que el propio virrey hubiera ordenado el cese de toda celebración, ante tantas complicaciones. Atanasio le comenta a su padre que es posible que el grado se retrase dependiendo del desenlace político. Ya los rumores son que el virrey Amar y Borbón debe dar la cara a la sociedad, definir su posición sobre el rey Fernando VII y sobre su posición frente al poder napoleónico. Va casi un mes en ese tira y encoje político. Pero el virrey en uso de sus facultades, dice que no está para que lo convoquen. Con cada día del mes de julio crece el desencanto con la autoridad y aumenta la esperanza por la solución.

La gente se agolpa en la plaza a consumir chicha, que parece inagotable, es ahora el mejor negocio de Santa Fe, han aumentado los expendios con y sin permiso, la gente está estimulada por ese ligero tono alcohólico de la bebida y comparten la euforia sobre lo que podría ser un final del gobierno de Amar y Borbón.

—*Ese hombre es una calamidad, refiriéndose al virrey, en vez de Vicente y José, las cabezas que han debido estar en la Plaza Mayor son la de otros.* —Eso lo dice Carbonell, la persona con mayor compromiso social en estos momentos difíciles y lo dice frente a su amiga la expendedora de chicha que sabe que debe aguardar por alguna señal que le dará, si las circunstancias que se presentan lo ameritan.

—*Estoy de acuerdo con usted, doctor,* —contesta otro que está cerca.

—*Yo también estoy de acuerdo, eso es lo peor que he visto en mi vida,* —replicó otro hombre.

Y así sucesivamente, se encendió una chispa que se fue regando por todos los barrios de Santa Fe, pero el discurso fue cambiando y en la última casa de San Victorino donde alguien habló sobre lo que la gente decía frente al palacio fue:

—*Parece que el virrey va a huir porque le piensan cortar la cabeza, a él y a su mujer.*

Cuando el Virrey se entera de tanto comentario en su contra discretamente comienza a ordenar sus pertenencias de valor y su esposa procede igual, están en una desventaja enorme, noventa de cien, de la gente santafereña los detesta. En el Palacio cada día que transcurre del mes de julio hay desertiones, y al virrey le quedan muy pocos aliados, todos los demás no son de fiar y menos los últimos que ingresaron a trabajar, cuando se compraron los cargos que ofreció la corrupta esposa del virrey, y Nariño en esa oportunidad recomendó adquirirlos para poder penetrar el poder desde las entrañas de la fiera imperial.

El 20 de Julio de 1810 fue un día largo y agitado. Cuenta Caldas explícitamente a sus amigos ubicados en el lugar donde iba a realizarse el cabildo abierto, que esta chispa la incendió don José González Llorente, *español y amigo de los ministros opresores de nuestra libertad, quien soltó una expresión poco decorosa a los americanos y esta noticia se difundió con rapidez y exaltó los ánimos ya dispuestos a la venganza.* Aparentemente, se necesitaba decorar una sala para una reunión muy importante con motivo de la visita del comisario real Antonio Villavicencio, un criollo nacido en Quito y de eso encargaron a varias personas pero en especial a Luis de Rubio un criollo que sentía desprecio por los peninsulares. El virrey estaba enterado de esa reunión y su propósito de instalar un gobierno local provisional cuyas características no se conocían o serían objeto de la reunión. El virrey tenía su plan para esa reunión, de instalarse los haría prisioneros y se acabó la conspiración. Enterados los patriotas, se dirigen al Observatorio Astronómico y delinean el plan para subvertir el orden usando el mal carácter y el odio hacia los criollos de González Llorente a quien deciden visitar en su reputado negocio, donde Louis compró la mantilla para su esposa. La estrategia era solicitar en préstamo un costoso florero para impresionar al ilustre visitante, a sabiendas de la posible

reacción de Llorente. La solicitud la hicieron personalmente algunos criollos y le explicaron las razones de la urgencia. Llorente hace sus análisis mentales y piensa que esa reunión es para seguir colocando madera sobre el fuego que ya existe y responde que el florero que requieren es muy costoso y difícil de reponer, y continua excusándose cada vez con más rabia, hasta que llega a las ofensas contra los blancos criollos allí presentes, y su cara es cruzada por un certero golpe del puño de uno de los solicitantes. Afuera del negocio, un chispero se encarga de vociferar que *Llorente ha agredido por razones políticas a uno de los nuestros*. De allí en adelante la ciudad entera se volcó hacia esa calle donde está el negocio de variedades, que por cierto González Llorente nunca lo quiso vender a doña Francisca la esposa del virrey. Ahora está en riesgo, lo pueden destruir para vengar la ofensa. Pero lo que realmente se quería era un motivo y se logró; la furia de la lengua de González Llorente fue tan implacable contra los criollos blancos, que quienes le escucharon comenzaron a propagar su descontento, y así, ese florero salvó el día escogido para hacer un Cabildo Abierto.

Los vecinos de Santa Fe de Bogotá caminan por las calles en grupos que convergen en la calle Real, rumbo al Palacio y algunas palabras gritan contra Llorente cuando pasan frente a su tienda y este muestra su rabia por el incidente y su odio hacia los americanos de cualquier raza que pasaban movilizadas y con ganas de cambios, pero hasta donde iban las circunstancias durante la mañana, ningún furibundo correligionario de la corona española, blanco peninsular había osado frenar la avalancha de gente con improperios. Algunos están animados a llevarlo preso para algún lado no específico y si continuaba con esas irreverencias había que sacarlo del camino; y sobraba gente ofendida que hubiera hecho el sacrificio de liquidarlo. Pero siempre hubo aquellos que no perdieron la serenidad y evitaron poner una mancha de sangre previa a los eventos que tendrían que darse, porque así lo habían planificado.

El propio alcalde ordinario don José Miguel Pey, que no sabía de qué se trataba todo esto, se dirigió al tumulto y con sanas palabras logró aplacar la muchedumbre y salvar la vida de este español. Fue una maniobra circense para llevarlo falsamente preso cuando lo que estaba era otorgándole protección. Ese florero rebasó las expectativas. Ahora se habla de la patanería de ese peninsular que se ha atrevido a ofender a las mayorías.

Que nadie se quede en casa, que vengan a acompañarnos a un Cabildo Abierto, eso es lo que se propaga por cada una de las ocho zonas de Bogotá. Posiblemente donde la gente se dio por desentendida fue en las periferias humildes tapizadas de chozas insalubres donde una mestiza entrada en años frenó la salida de su hija con un grito: *Usted no va a ninguna parte, ese es un lío entre blancos*. Pero llegado el momento, Carbonell activó el mensaje, *¡Es ahora o nunca!* Cuando la madre de la joven se entera del mensaje prometido, si las circunstancias estuvieran dadas para algo especial, se retracta de sus palabras, llama a su hija y le dice: *¡Mija, es ahora o nunca!* La madre también se retocó su cara con unos cosméticos artesanales y partió gritando la consigna. La gente de las zonas miserables de la periferia de Santa Fe, fueron a caminar hacia el Palacio, toda esa área estaba repleta de gente con apariencias muy diversas. Quien tenía amigos abundantes afuera del ayuntamiento era Carbonell, porque adentro lo consideraban imprudente y apresurado.

Pero, así están los acontecimientos. Desde la casa de los Girardot Díaz, tres hombres avanzan con otros vecinos rumbo al Palacio, se trata de Louis, Atanasio y Pedro. Luego se mezclan en el tumulto y finalmente tratan de estar lo más cerca posible de los acontecimientos y actores relevantes de estas últimas semanas de conspiraciones. La gente comienza a agotarse, algunos regresan a su casa, unos se quedan a descansar y otros toman las armas que disponen y llegan armados al Palacio. Nadie se ha atrevido a lanzar el ejército contra el pueblo. Y al parecer eso tiene sus implicaciones y

explicaciones. Las implicaciones son que en ese momento un pueblo organizado puede acabar con las tropas regulares y los refuerzos que ha recibido el virrey; y la explicación es sencilla, los blancos criollos habían penetrado el ejército y tenían tantos o más afectos que el virrey. El discurso de defender los derechos de Fernando VII era atractivo, mucho más que uno de independencia inmediata. De manera que la gente está segura que no será atacada por estar allí, respaldando el pedido de un Cabildo Abierto, al cual el virrey no quiere acceder.

Comadrona ha logrado que doña Marta acepte que ella lleve un cesto de comida para los tres Girardot que están de espectadores en algo que les concierne pero que no son parte del liderazgo, o queda mejor comprendido, *si el pueblo es el líder de esta insurrección, entonces todos los que están allí, son imprescindibles*. Comadrona se cuele entre tanta gente de buen vestir pero enojados; en esos casos parece que sobra carácter para esos ropajes. Cansada de buscarlos entre tanta gente, divisa a un joven que ha ido de visita a la casa de los Girardot, ella recuerda su cara pero tiene olvidado su apellido, se le acerca y le pregunta por Atanasio, su amigo y este los ubica. Comadrona entrega la cesta y ellos le piden que regrese a casa e informe que están bien. Antonio Ricaurte era ese joven que se une al compartir de alimentos, sin ser festejo, sino faena larga.

—*La noche se acerca y los ánimos parece que toman nuevo valor con las tinieblas*, —le dice Caldas a su amigo Camacho y continúa hablando—: *Observa esas olas de pueblo armado vienen de todas partes a la plaza principal, se agolpan en las afueras del Palacio y no se oye otra voz que Cabildo Abierto... ¡Cabildo Abierto! Y ese virrey parece que no tiene ojos ni oídos.*

—*Ese es un viejo cascarrabias que llamándose Amar no ama y teniendo mujer no ejercita su fuerza*, —contestó Camacho.

—*Es un absurdo terminar la vida política como ese hombre, eso pienso* —contestó el Sabio Caldas, hasta hace poco endulzado por el virrey con elogios y responsabilidades.

La noche comienza sin que el virrey Amar y Borbón acepte las peticiones que varias personas, incluidas algunas muy allegadas a él; le han solicitado que asuma el riesgo, que acepte la convocatoria, y de ser posible que se exponga con su autoridad formal a poner orden y llamar a la calma, a ofrecer cualquier tipo de arreglo que no menoscabe su autoridad, y que proponga que no irá luego contra nadie, por todo lo que ha significado este día. Entre esa gente de confianza del virrey está el oidor de la corte don Juan Jurado, quien ha analizado la situación y le recomienda que acceda a la petición, porque no se sabe cuánta sangre y de quienes, va a correr por Santa Fe de Bogotá. Harto de tantas súplicas, decide dar paso a un Cabildo pero sin la connotación de Abierto que se instala sin su presencia y lo preside el oidor Juan Jurado. La gente se entera y en la confusión de los fines de este movimiento llegan a gritar *¡Viva el virrey!*

Enterados de la decisión del virrey, un grupo importante de personajes de las familias santafereñas, no dudaban en coincidir que esta noche será para siempre memorable. A las seis y media de la noche quiso el pueblo tocar intensamente las campanas de la catedral, y en todas las iglesias para llamar hasta la última alma de esta tierra. Eso lo había logrado Carbonell y sus chisperos. Ahora dos hombres son claves para que el movimiento siga en paz. Don José Olmedo ha garantizado el cuidado del patrimonio estructural, oficinas, Casas Consistoriales, la plaza mayor, la catedral y al propio pueblo que está en la calle; y Antonio Baraya, militar y militante del movimiento con grado de capitán cuidará que ninguna arma toque el pueblo. Ya se sabía que terminado este proceso, Baraya asumiría el mando militar con el grado de Teniente Coronel del Batallón de Voluntarios de la Guardia Nacional, él tiene la formación y la disciplina para ir contra cualquier foco anti-revolucionario que se pudiera formar en estas difíciles situaciones. Quien se muestra sorprendido por el giro de Antonio Baraya es el virrey, le consideraba su pupilo, pero no

lo ascendió a grados superiores, con ese recurso demagógico que usan los déspotas: *Te amo pero te quedas quieto*.

La noche se hizo larga, quizás nunca Santa Fe pasó una jornada tan extensa con tanta gente en las calles, atenta a los resultados que iban siendo presentados filtrados del hemisiciclo de reuniones para el conocimiento de los presentes en el exterior del edificio. Ya se sabe que se ha constituido una Suprema Junta Defensora de los Derechos de Fernando VII; además el coronel don Juan Sámano que estaba preso porque se pensaba iba a actuar a favor del virrey es liberado y juró fidelidad absoluta ante la Junta Suprema, en ese amanecer del 21 de julio de 1821. Todo sale tan bien que la gente se mira sorprendida.

Caldas, experto en llevar registros escribió en sus notas históricas: *El Parque de Artillería era lo que más inquietaba al Pueblo, y sobre lo que mostró más energía. El cabildo mandó una diputación al virrey, a fin de que la artillería estuviese a las órdenes del pueblo: se denegó. Una segunda diputación volvió a pedir lo mismo; se denegó: otra tercera pidió que el patriota don José de Ayala, una de las víctimas de 1794, fuese con paisanaje a neutralizar las fuerzas en el parque, se concedió, y todas las armas quedaron en las manos del Pueblo.*

Es irreversible la voluntad de los patriotas de la Nueva Granada que han asestado este descalabro al poder imperial y aunque el espíritu colectivo está alegre y confiado en las buenas consecuencias de este triunfo algo hace falta; no hay otra capacidad de informar al pueblo que utilizar los recursos de la imprenta y los inventarios de papel para hacer llevar la verdad sobre lo sucedido el 20 de julio. La verdad escrita se tergiversa menos que la oral. Dos personas con una intachable hoja de servicios al reino, pero que han escuchado el clamor de las gentes hartas de la ignominia, se colocan a disposición de la Suprema Junta: Francisco José de Caldas y José Joaquín Camacho. Atanasio en sus andanzas formativas les conoce, y los considera intachables y muy objetivos, como científicos, y así han de ser como políticos.

Caldas el sabio, ese apacible catedrático, filósofo, astrónomo, científico a toda prueba, que ha vivido buscando verdades en el mundo natural y que tiene la experiencia de editar una revista divulgativa del conocimiento y José Joaquín Camacho, amigos y colaboradores de la Real Expedición Botánica, ambos apóstoles científicos de Celestino Mutis, fallecido dos años atrás, se proponen para dirigir el proyecto de editar un *Diario Político de Santa Fe de Bogotá*. Ambos habían sido entusiastas con una anterior publicación científica divulgativa del conocimiento que se logra distante a las esferas del poder imperial español y de las élites letradas de Europa, pero alineada con las pautas del virreinato de la Nueva Granada, conocida como *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Camacho tenía fresco el triunfo en un concurso cuyo premio era la publicación en extenso de sus opiniones científicas sobre una enfermedad que había tratado de comprender y analizar aun siendo abogado, se trataba de un discurso sobre el bocio o coto, protuberancia que da mal aspecto y peor salud a quien la padece. Ambos, impetuosos pero de una claridad tan cristalina como la más pura agua que se pueda beber, disponen de pocos recursos para ese emprendimiento editorial, e imaginan que ese Diario va a causar furor por la lectura. La Junta le ha otorgado un adelanto de dos mil pesos y ellos en sus cálculos estiman difundir el Diario tres veces a la semana y a un costo irrisorio de medio real. Antes de establecer las suscripciones, ya Louis Girardot se ha anotado para recibir lo que se publique, como venga, tiene a dos hijos que podrán leer el diario sin desembolsar nada, además doña Marta no quiere que le cuenten a retazos lo que está pasando en Bogotá, se quiere enterar mediante esa publicación.

Cuando sale el primer número, se muestra el tuétano del hueso revolucionario. El imaginario social de los lectores posibles, son todos aquellos que sintieron directa o indirectamente el despotismo de la dominación española. Como era de esperar ese primer número se vendió completo y no hubo tiempo para reimprimirlo por cuanto el compromiso de

aparecer tres veces por semana era agotador y las letras de la imprenta no daban para tanto. En todo caso el primer número cumple su cometido, han logrado dejar el mensaje de su propósito que no es otro que *difundir las luces, instruir a los pueblos, señalar los peligros que nos aumentan y el camino para evitarlos, fijar la opinión, reunir las voluntades, afianzar la libertad y la independencia, que solo puede conseguirse por medio de la imprenta.*

Ese discurso transcurre emotivo y Louis está emocionado desde el primer momento y espera la pronta llegada de sus hijos Atanasio y Pedro para su deleite. Louis continúa leyendo y repasa varias veces esa idea de un *Nosotros, que el día 20 de julio de 1810 conquistamos nuestra independencia, nosotros, que formamos una Junta en quien depositar la autoridad...* Y Louis llega al éxtasis literario cuando los editores Caldas y Camacho se expresan así: *Ya se acabó este tiempo de silencio y de misterios.* Todo debe ser llevado a la gente común de la forma más sencilla y verídica para que el Diario tome fuerza y sea un verdadero difusor del pensamiento libertario. Atanasio y Pedro que leyeron juntos la primera edición del *Diario Político de Santa Fe de Bogotá* quedaron marcados por estas palabras... *si calláis en estos conflictos sois traidores a la Patria, como lo es el soldado que guarda su espada al tiempo de dar una batalla.*

Estos dos jóvenes han sido formados con el ejemplo, han llegado a estos tiempos difíciles del lado correcto de la historia, al lado también de quienes han sido sus amigos de esa temprana juventud y han compartido en la literatura prohibida los encantos de la emancipación, pero también de sus riesgos. En su compartir de hermanos reconocen a su padre Louis como un patriota neogranadino, con acento francés, que ignora los intereses napoleónicos y sublimiza el esfuerzo por la independencia de España; admiran el coraje y el sufrimiento de un Nariño que está ausente en esta fecha del 20 de Julio, pero saben que es una ausencia física, que debe estar lamentando la distancia y las circunstancias que lo alejaron de estos primeros días de independencia; Mutis, el sabio

naturista dejó huella en sus mentes al valorar la riqueza de un pueblo de otra forma; el Sabio Caldas polifacético ha penetrado en otras letras, más allá de lo científico, esa relación con la sociedad donde el conocimiento puede ser de utilidad para las transformaciones que vendrán, sobre todo por su visión geográfica con enfoque político; también recuerdan con claridad a Carbonell que funciona como un cemento entre la ilustración y el pueblo, que hizo de la chicha el punto de encuentro para vociferar contra el tiranicidio; al sintético Camilo Torres que tiene la fama de haber escrito un documento que en pocas páginas ha descarnado la realidad de una impostergable necesidad de cambios fundamentales.

Recuerdan a tanta gente, y listan las familias que darán lo que esté a su alcance por hacer de esta Suprema Junta un asidero para avanzar hacia un más allá que será recordado. Pero, también recuerdan el tránsito de al menos cuatro virreyes, con sus formas particulares de comportarse con el resto de la sociedad. Personajes severos, arrogantes, altivos, decididos a mantener los nexos de estas tierras americanas con España. Pero, Amar y Borbón fue un cataclismo, arrojó en defectos a los demás y su esposa sin sentimientos maternos, le importó poco la infancia abandonada, nacida en situaciones económicas muy difíciles de superar y plagadas de enfermedades propias de la pobreza material, contagiosas en ambientes insalubres. Estos dos jóvenes, Atanasio y Pedro hacen planes, Atanasio es soltero y sin compromisos, Pedro es soltero comprometido, pero ninguno de los dos dejará de lado algo que no sea por la patria nueva. Les ha salpicado la idea de ser militares y buscarán apoyo para incorporarse a las órdenes del nuevo gobierno. Eso lo van a conversar con Louis pronto, antes de cualquiera gestión que han previsto realizar. Saben que Ricaurte ha dejado las oficinas burocráticas del palacio y se ha unido al ejército bajo el mando de recién ascendido teniente coronel Antonio Baraya, vínculo de lo militar con el pueblo.

Los dos jóvenes, Atanasio y Pedro Girardot, quieren saber y ver con sus propios ojos las circunstancias que ahora mueven la vida de esos personajes nefastos del virreinato que se está extinguiendo. ¿Qué será de la vida del virrey, su esposa, los oidores y otros lisonjeros del imperio español? Esa es la pregunta que quieren resolver antes de hablar con Louis sobre sus intenciones militares. En tanto han transcurrido los días de julio de 1810.

El depuesto virrey Amar y Borbón y unos cuantos de sus fieles seguidores fueron apresados; igualmente sucedió con la esposa del virrey. Pero, la Suprema Junta estaba constituida por parte de connotados ciudadanos que tenían en su pasado las relaciones armoniosas con las autoridades del virreinato, algunos habían ocupado altos cargos y otros habían cumplido misiones de interés para España, dentro y fuera del territorio de la Nueva Granada, y era improbable que su actitud revolucionaria estuviese en condiciones de descartar el perdón y facilitar el extrañamiento de estos ex gobernantes.

La protección del pueblo, como la protección de las anteriores autoridades fue facilitada por los revolucionarios militares José Moledo y Antonio Baraya, el primero fue premiado a ser parte de la Junta Suprema en condición de vocal y el segundo fue ascendido convertido en el hombre clave para muchos propósitos que vendrían después de ese glorioso 20 de julio. Ni una sola gota de sangre tiñó las calles de Santa Fe de Bogotá, en su lugar las calles se llenaron de discursos a favor de la independencia y en la mente de la gente está el recuerdo de aquellos chisperos que dieron la batalla de la información oportuna, entre otros, varios sacerdotes y connotados ciudadanos. Algunos en las calles están muy agradecidos de los chisperos que consideran que sin su presencia, los calmosos miembros del anterior Cabildo y de la actual Junta, hubieran flaqueado en el propósito de anular la figura del virrey. La gente estaba preparada para mayores acciones, tenía armas, habían logrado controlar todas las capacidades militares del ex-vicey y sus aliados, pero había que

darle forma progresivamente a un gobierno que unificara a un país que se estaba desmoronando. Por diferencia de visiones sobre el deber ser de esta primigenia libertad, las ambiciones personales y geográficas territoriales hacían mella en los propósitos, aunque un mayor desgaste hubiera sido derramar sangre detestable de los lacayos del ex-*virrey*, en nada contribuiría a solucionar los verdaderos grandes problemas de esta sociedad.

Hubo un desborde del perdón contra los tiranos y eso no fue del todo bien visto por los jóvenes patriotas que esperaban juicios contra aquellos que mancillaron familias enteras, les quitaron propiedades para su peculio, ordenaron cárcel y extrañamiento de ciudadanos que nunca más se volvieron a ver o a saber de ellos, en algún lugar del mar fueron lanzados al agua, vivos o muertos. El tiranicidio no tuvo culpables y eso afecta a muchos de los participantes que están entre el público general de estos acontecimientos. Finalmente al ex-*virrey* y su séquito de rufianes los exiliaron y salieron por donde siempre partieron los tesoros de estos territorios; esta vez la patria exporta lacras, que se llevan una historia que contar en la Península Ibérica, la contarán a su modo como víctimas de una usurpación del poder por personas que desconsideraron las condiciones de lo que llamaban la Madre Patria.

Algunos patriotas, entendieron con prontitud que el tema central de estos momentos es solucionar lo que está sucediendo. ¿Cómo enfrentar las diferencias? ¿Cómo informar al mundo lo que pasó en la mayor parte del territorio de la Nueva Granada? ¿Cómo gobernar con un marco jurídico prestado de la colonia? ¿Cómo enfrentar el despertar de aquellos realistas que quieren regresar al pasado, como sea? Los discursos de Caldas y Camacho en el *Diario Político* sirven para dar alicientes, pero en la práctica política hay errores que pesan mucho.

Antonio Nariño quien tiene varios meses en libertad condicional sin derecho a abandonar la Provincia de Cartagena es ahora un hombre totalmente libre, pero sus canales de comunicación con el nuevo factor de poder sufren de extrañas

decisiones, la primera es que hay una especie de negativa a apoyar su viaje hasta Santa Fe. Su situación económica es de suma pobreza, y le condicionan una ayuda como hubieran podido dársela a otra persona, sin el talante político y sin la trayectoria de preso ilustrado y eterno del imperio español. Ha tenido dieciséis años de coacción, malos tratos, presidio, confiscación de bienes, separación familiar, todo por ser el precursor de esa idea de libertad que ahora fluye y la representan otros, que en su momento no abogaron por su inocencia. Finalmente han accedido a una ayuda reembolsable, cuando se rescaten sus bienes que los poderosos del virreinato tomaron como suyos. Le han ofrecido, sin percatarse de la magnitud de la oferta, una especie de exilio voluntario en Estados Unidos para que represente un proceso revolucionario del cual no tiene todos los detalles, ni cree que puede sostenerse en el tiempo sin hacer rectificaciones. En medio de tales circunstancias, Antonio Nariño prepara viaje para Santa Fe de Bogotá, eso se sabe, se difunde por los chisperos y se espera con alegría para muchos, sobre todo para los jóvenes rosarinos y bartolinos que se han tomado muy en serio sus compromisos con la patria naciente; pero otros saben que Nariño viene a ayudar a conformar un poder más sólido e incluso podrá ser una opción política ante la ingenuidad ya demostrada con el desbordante perdón del cual gozaron sus carceleros. En lo que no tiene duda Nariño es que lo mejor fue que ni una sola gota de sangre cayera al suelo producto de la violencia, y no de la aplicación de la ley, y en eso desde la lejanía coincide con otros pensadores que están en Santa Fe, como Caldas y Camacho.

Tres meses antes del arribo de Nariño a Santa Fe de Bogotá, Atanasio y otros colegas son graduados en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el egresado tienen varias aptitudes para que el nuevo funcionariado le pongan la vista, viene con un buen record académico y es reconocido de profesores que dominan las leyes, tiene fama de escribir sus ensayos con profundidad crítica, tiene un carácter formal que

da la idea de estar frente a un militar, no hay duda que su base familiar es muy sólida, y Louis Girardot, su padre lo presenta ante muchos de los revolucionarios del momento, pero en especial hacen una visita al teniente coronel Antonio Baraya quien le dedica varias horas, le muestra las potencialidades bélicas, y le aclara el concepto de guardia nacional que se está utilizando para captar nuevas fichas para la defensa del proceso político. Le ha dicho Baraya que *lo difícil es disponer de una oficialidad con capacidad de mando, arrojo y lealtad*. Por lo visto, esta es la primera oferta de trabajo que ha recibido, la consultará con su familia y hablará con Pedro su hermano, quien tiene esas mismas virtudes que Baraya vio en el joven Atanasio.

En muy poco tiempo los chisperos, que resultaron ser muchos, son sometidos a descrédito con la creación de rumores de insubordinación, les acusan de hacer comentarios atrevidos sobre los miembros de la Suprema Junta y parece imperdonable que continúen azuzando al pueblo con sus arengas, habida cuenta que ese pueblo responsable de la producción de alimentos y de otros bienes esenciales, parecieran no estar en los planes del nuevo gobierno, o *no hay gobierno*, como dijo Carbonell exaltado a unos miembros de la Junta Suprema. La Nueva Granada no tiene una Constitución y la desbandada territorial sigue. Muy temprano, a mediados de agosto de 1810, Carbonell fue apresado sin mayores razones, y luego fue puesto en libertad. Las intrigas entre los patriotas eran tales que los sacerdotes chisperos fueron acusados de mala vida, por su lógica condición de gozar de algunos placeres de los cuales no podían renunciar, estas acusaciones fueron levantadas por miembros de la iglesia todavía con la resaca política de haber perdido la protección del virrey depuesto. La parte curiosa de estos hechos donde participaron los chisperos, es que algunos habían sido parte de la expedición botánica, incluido el sobrino de Mutis, y no había de dudar que el Sabio Caldas, también ex miembro de la Expedición Botánica, entendía a sus colegas, pero también se

debía a su papel de formador de equilibrio como se comprometió desde el primer número de *Diario Político*.

Todas estas situaciones se siguen analizando en privado en la casa familiar de los Girardot Díaz y para eso el mejor insumo es el *Diario Político de Santa Fe de Bogotá*.

—*Cerca de la Casa Consistorial unos hombres hablaban del nacimiento de una patria boba, incapaz de ir al meollo de los problemas que dejaron los españoles peninsulares, —les dice Louis al grupo familiar.*

—*No hay patria boba, riposta el joven abogado Atanasio, es posible que algunos patriotas se comporten como bobos, sin ver las complicaciones de las diferencias, que son más fáciles de solucionar que lo que ya se hizo.*

—*Veremos que trae de nuevas don Antonio Nariño, que se ha dicho llegará en cualquier momento, pero se hace tarde.* —Louis era un chispero en su propia casa.

Empezando diciembre de 1810, un emisario que actúa de correo, entra a Santa Fe de Bogotá a todo galope con la buena nueva que Antonio Nariño, el bartolino que cuenta ahora con 45 años, viene en camino, ha dormido en Facatativá donde la gente le ha recibido con mucho cariño y algunos se han ofrecido para acompañarle hasta su destino. Motivo suficiente para que una gran parte de la población saliera a esperarle en las afueras de la ciudad, y previendo cualquier atentado, se organizaron para llevarlo hasta su casa, sin que nadie tuviera contacto directo con él antes de encontrarse con su familia. Era el ídolo de los chisperos, pero en especial era el ídolo de los hombres de gran dominio de la palabra escrita; también era el ídolo de los jóvenes de quienes estuvo escondido por la fuerza imperiosa del gobierno depuesto, y ahora era el ídolo de aquellos que requerían mejores decisiones e impulsos, pues en el atraso, todavía no se tenía un cuerpo constitucional que creara una república que considerara los derechos fundamentales del hombre como enfoque fundamental de los nuevos derechos sociales y políticos, olvidaba decir que era el ídolo de la casa de los Girardot Díaz, con Pedro incluido.

De manera que Nariño pasó de largo hasta su casa donde la aguardaba la familia, se veía algo descarnado y con cierta palidez propia de ostracismo al cual estuvo sometido y con la tensión que le generaba la ausencia en el seno familiar. Abrazó con mucha fuerza a su amada y fiel esposa, sufrida y maltratada por unos y otros, pero que por su perseverancia logró enviarle fondos a su esposo para el retorno. El frío de Santa Fe le hacía falta. Entre familia, se quitó la ruana, tomó un gustoso chocolate, y compartió en el grupo como acostumbraba hacerlo antes. Digno y querido, la familia le pondría a comer con gusto esos platos de tierra fría para lo cual está toda la logística preparada. Al anoecer la pareja se mereció un descanso y un premio que podemos imaginar. Así fueron los siguientes días, siempre había que recibir cartas, propuestas, saluciones, invitaciones y de todo eso se encargaba su hijo mayor. Con autorización respondía discretamente y sabiamente las razones que tenía, siempre familiares, para rechazar invitaciones. Hasta que un día una comisión del Congreso en formación se dignó a visitarlo y le ofrecen un cargo como Secretario que compartiría junto a otro patriota connotado, Crisanto Valenzuela. De esta manera se reinserta en la vida pública, con mejor peso corporal y mejor semblante.

Los jóvenes Girardot, que se han enrolado en el ejército, son tenientes, tienen tropa a su mando, todos los días están presentes ejercitando su cuerpo y preparándose en tácticas de guerra, vestidos con uniforme militar, tocan a la puerta de los Nariño y la misma señora que hace un año y medio les negó ver a su esposo por las restricciones impuestas por el virrey Amar, les ha dado permiso de entrar. Ellos le hacen honores al verle y entablan una agradable conversación de la cual Nariño se siente satisfecho, porque en estos jóvenes ve las enseñanzas que siempre quiso se tomaran de su vida. Manejaban con soltura la literatura europea sobre la república como alternativa a la monarquía. Tenían consciencia de lo que debía ser una nueva institucionalidad republicana. Después de un rato de grata plática, los jóvenes se despiden, no sin antes decirle

que el teniente Coronel Baraya es por lo momentos su superior y en cierto modo ductor. Entonces, Nariño hace una nota dirigida a Baraya a quien considera un hombre de principios, que varias veces le facilitó su salida a escondidas para acercarse a su casa o alguna reunión secreta. Cuando Baraya leyó la nota se sonrojó: *amigo de siempre, ahora no hay temores, ambos estamos del mismo lado de la historia.*

El año 1811 transcurre lento. El Congreso delibera con excesiva sensatez, mucho tacto, con temores a crear malestar entre antiguos vasallos de la corona, la calma mata la urgencia, no logran convocarse para que unánimemente se declare la separación de España, y se sabe que el desorden territorial es grave, y los síntomas de un renacer realista son evidentes en muchas partes del amplio territorio de la Nueva Granada. En el ambiente hay la sensación de una copia constitucional de la experiencia de los Estados Unidos, no hay creatividad. No hay respuesta sobre la clase de república que se aspira y surgen unas primeras discrepancias de enfoques. Camilo Torres, teórico concreto de esta rebelión ocurrida hace ocho meses, promueve un enfoque federalista, para integrar la desbandada de estados nacientes en los territorios anteriores de la Nueva Granada, que incluso están avanzando en ausencia de una constitución que marque la pauta. Por otra parte, el recién regresado Antonio Nariño prefiere un enfoque centralista ya que habiendo recibido informaciones de diferentes partes del país, sabía que el federalismo podría aguardar hasta tanto pudiese concertarse una unidad de criterios que permitieran continuar con el proceso de independencia. Esas fisuras entre centralistas y federalistas se mantendrán hasta que sea la misma vida desperdiciada que los lleve a deponer los extremismos en la visión de un nuevo país.

La sensación que se tiene es de anarquía, se constituyen estados soberanos que se dan su gobierno, han pensado en una entidad que agrupe esa organización naciente, pero Cundinamarca quiere marcar la pauta, sin llegar al centralismo imperial que dejó abandonada las provincias. Las

informaciones que llegan es que en algunas regiones han regresado a gobiernos afectos a España, algunos cuentan con ejército y quieren avanzar a ampliar sus áreas de influencia. Antonio Lozano que ha sido investido como presidente no logra ensamblar la uniformidad de pensamientos que se requiere en estos momentos de dificultades, pero tiene las facultades y las lealtades entre los militares para combatir el desorden y la amenaza española. Es entonces cuando a Baraya le dan la orden de avanzar a controlar a un realista que tiene un ejército regular y es relativamente peligroso, si no es derrotado.

Atanasio ha sido informado de la situación, va a su casa a despedirse, inmediatamente partirá bajo las órdenes de Baraya. Monta un caballo que su padre adquirió y atraviesa la ciudad pensando en ese tránsito de niño, desde Medellín hasta el río Magdalena, de allí a Honda y luego a buscar las sabanas frías de Cundinamarca. Con estas instrucciones se consolida el paso de niño a adulto, de niño visionario a abogado y militar. El ejército del cual forma parte va en busca de la primera batalla en el ambiente de la independencia y la gloria se presente.

Capítulo VIII

¿Unión o guerra fratricida?

Bogotá, el campo de la labranza de los muiscas, es un territorio de grandes condiciones para la vida humana, tiene agua abundante, tierras de buena calidad, gente discreta, buen clima. Su nombre viene de Bacatá transformado luego en esa palabra que acompañó por siempre a Santa Fe. En 1810 Bacatá es un territorio diverso en número y clases de personas; con un predominio del poder de los blancos peninsulares, pero las demás condiciones naturales siguen siendo similares, con potencial para disponer de una sociedad menos desequilibrada que la existente, la que en un principio al pisar esa tierra imaginaron los Girardot Díaz, más ilusión que realidad. Esa parte social desdice de su potencial para la época; los menos privilegiados cargan con el peso de las dificultades, como la viruela de hace unos años, con estadísticas muy controladas, llegó a provocar la muerte en más del 10 % de la población, especialmente en personas de la periferia social.

En años pasados, los barrios periféricos sufrieron lo peor de los efectos de la viruela, ahora en 1810 están repoblados, favorecidos por el ambiente económico que van dejando como nuevos pobladores a migrantes que vienen a hacer negocios agrícolas. Después de la Filantrópica Expedición de la Vacuna, hay dos climas para Bogotá, el ambiental que sigue siendo agradable con algunos días de enero con temperaturas muy bajas, y otros en marzo y agosto también fríos. Pero, el clima social es dinámico, cambiante, los pobres de la Bogotá ciudad, hijos de otras localidades de la Bacatá territorio, sienten el desprecio de una sociedad que ha sido tomada de rehén por unos pocos españoles peninsulares, algunos venidos solo

a gobernar como el virrey Amar y su esposa. Los otros, los blancos criollos hasta hace poco aliados del poder español, se han rebelado, han creado la Suprema Junta, el mejor ardid para respaldar los derechos de un soberano preso, sin estar en sintonía con lo que podría ser una recuperación del poder por Fernando VII en España. La base popular de Bogotá supera la mitad de la población, de esos apenas siete de cien son indígenas y mestizos despreciados, tratados de mala forma en comunicaciones que han sido mostradas por los chisperos a esa gente, para que entiendan que su lado en la historia está en respaldar un cambio radical en el sistema de gobierno. Ellos, los chisperos hablan de república, algo desconocido por todos, incluso por sus proponentes. Es muy difícil que el pueblo llano entienda o quiera entender esto cuando de 1808 a 1810 van más de cinco intentos fallidos, en los cuales el virrey ha ganado en las escaramuzas diseñadas para sacarlo del poder y ¿cuál sería la razón para ahora creer que va a ser diferente? Esta vez, los chisperos muestran las evidencias de lo diferente, hubo presidio para la gente que imponía su poder en el gobierno del virreinato, evitaron aplicar la pena de muerte, y la sustituyeron por el extrañamiento que la gente quiere que sea por siempre.

Los días que transcurren después del 20 de julio de 1810, son también diferentes, ese vacío de contenidos basado solo en la literatura leída durante muchos años, requiere que sea traducido a la realidad, no de Santa Fe de Bogotá, la capital, sino a al vasto territorio de las provincias y todas cuentan para esta nueva dimensión política. Antioquia, Cartagena, Chocó, Guayana, Pamplona, Pasto, Cauca, Popayán, Santa Marta y Tunja son la otra parte de la Nueva Granada, donde también han sido depuestas sus autoridades y cuando no se ha logrado, ha sucedido otro fenómeno, los relictos de poder español se han envalentonado y quieren dar la pelea a los facinerosos de Santa Fe o de otras provincias y corregimientos.

Toda esa información comienza a compilarse y analizarse, de allí que la fuerza militar heredada del ahora ex virrey

Amar, la ubicada en Bogotá, es la base para pensar que la defensa del nuevo orden se dará con ese ejército que ha jurado lealtad a las nuevas instituciones, que todavía no tienen contenido propio, pero que al menos son categorías que la gente mayoritariamente reconoce, como la Suprema Junta. Ven con apremio salir a defender lo que ha sido esta gesta emancipadora primigenia, antes que se pueda lograr una declaración que desvincule la Nueva Granada de España.

Es por eso que, la operación pautada primero en secreto y luego evidente al momento de la partida de un ejército bien armado, incluye muchos voluntarios que es un buen síntoma revolucionario, con adecuada logística alimentaria y con un sistema de información basado en postas con jinetes que son capaces de romper el corazón de sus caballos mientras galopan a grandes velocidades y que antes que esto suceda, saben dónde conseguirán el remplazo del caballo para continuar sin descanso hasta otro lugar donde otro jinete espera ansioso la llegada del emisario; se saludan y siguen llevando y trayendo información. Así, el clima ambiental ha sido un milagro para la primera parte de la operación pautada. En un ambiente de frío en la madrugada, con mucha niebla sobre las calles, los curiosos no logran detectar quienes avanzan a esa hora y menos imaginar hacia donde van. Un hombre montado sobre un caballo que la niebla esconde preside el paso por la calle principal rumbo a la Plaza de San Victorino, nadie se atreve salir a saludar o averiguar qué está pasando; pero, son cientos los hombres movilizados. Allí van militares con experiencia, pero muy importante, van noveles militares detrás de ese hombre que pareciera forjado de bronce, los primeros van a caballo, luego se ven filas de soldados caminando, muy ordenadas y cada cierto trecho hay hombres a caballo, especies de sargentos de regimientos.

*—Amor, no veo bien a la gente que va hacia San Victorino; pero puede ser lo peor o lo mejor que nos pueda suceder. —*Esto lo dice un hombre de origen peninsular que se ha levantado

de su cama cuando escuchó los pasos acompasados de los caballos y personas.

—*Mira quien va allí, es el señorito de los Girardot, Atanasio, el abogado* —fue la expresión de una vecina que conoce a ese joven, pero no sabía que ahora es un militar que va a la guerra.

—*Entonces son para bien esas tropas* —contestó el hombre e invitó a su mujer a seguir durmiendo mientras él se quedó celando desde la ventana cualquiera otro evento que pudiera presentarse.

No sucedió nada adicional, pero en Santa Fe de Bogotá esa mañana los vecinos madrugaron a hacer compras, a visitar amistades y familiares, y otros pretextos, cuando en realidad querían averiguar que sucedió esta madrugada. Los chisperos, atentos a la posibilidad de que algún esbirro español todavía activo y añorando su pasado, recabe información que pueda enviar a los alzados en armas a favor de España, propagan que son entrenamientos para nuevos militares y voluntarios, a campo abierto. Y con eso se conformó la gente, porque sabían que la estrategia de un gobierno civil con fuerte apoyo militar, se estaba consolidando y era motivo para que las provincias hicieran lo propio y así evitar las amenazas de algunas otras provincias donde todavía gobernaban los españoles. También sabían que quien iba a la cabeza, como líder, era Antonio Baraya, el ahora coronel y hombre de mayor confianza entre los miembros de la Suprema Junta y de los políticos que han entrado en el juego del poder en estos momentos de dificultades.

—*No se toma el poder para luego despreciarlo* —dijo uno de los vocales de la Suprema Junta que sabe mucho de poder militar, y se contaba entre los buenos amigos del virrey depuesto.

Los estrategas de esta incursión armada no saben lo que van a encontrar pero si saben a dónde ir, van al macizo de la cordillera de los andes donde algunas ciudades están en la mira de posibles acciones, como Neiva, La Plata, Cali, Popayán, Pasto y Quito, donde han residido por mucho

tiempo las capacidades políticas y militares del imperio español, con Santa Fe incluida. Así que será un viaje agotador con muchas expectativas, y la comunicación con los aliados resulta muy importante. La parte inicial del avance es muy simple para ese ejército pero luego vienen caminos difíciles, siempre topándose con quebradas y ríos que deben cruzarse, con la ayuda de personas que conocen la mejor forma de vadearlos, sin riesgos. En las pequeñas localidades por donde pasa este ejército son aplaudidos, son héroes tempranos, antes que algún evento militar ocurra. Eso es un buen presagio.

Todas las informaciones que Baraya está recibiendo le permiten asumir que hay que llegar al valle del caudaloso río Cauca, y ahora tiene pensado hacer una reunión con sus oficiales, de la cual formará parte Atanasio. En efecto, la Junta Provisional establecida en el Cauca, con puño y letra de Joaquín Caicedo y Cuero, pidió apoyo al gobierno establecido en Santa Fe para que acudan en ayuda a las villas que unidas con el propósito libertario quieren escapar al denuesto del gobernador de la Provincia de Popayán, ese personaje adusto llamado Miguel Tacón y Rosique, que según se ha conocido quiere incursionar en el territorio para rescatar y anexar más pueblos a la otra causa, la de España y la lesionada corona española. Hace pocos meses, el Cauca se separó de Popayán y formó gobierno con una Junta que reconoce la Regencia Española y los derechos de Fernando VII, una variante de lo que sucedió en otras partes de la Nueva Granada. Eso es intolerable para Tacón quien cree que debe restituirse el virreinato, y a lo mejor presume de ser un candidato a virrey. Así, surgió este viaje de respaldo militar y su importancia es redundante, esas áreas que se han desligado de los gobiernos españoles deben ser protegidas, como otras que se desvincularon de Popayán y de su adusto gobernador Tacón.

En el largo camino, Atanasio recuerda que se despidió alegre de sus padres y hermanos, también de comadrona y como era habitual conversó con personas de la servidumbre, revisó su caballo personal que puso a disposición del

ejército y lo usará mientras tenga que desplazarse largos trechos, en otros casos andará con su tropa como un soldado más a la hora de luchar y un teniente a la hora de dar órdenes. Recuerda a Louis, su padre lleno de orgullo, aunque este viaje inesperado entra ahora a formar parte de su colección de miedos. Atanasio recuerda ese abrazo de su padre y el momento cuando le muestra lo que guarda como un trofeo, sus escritos sobre el viaje desde Medellín hasta Bogotá, cuando era un niño vivaz. Emotivo, Atanasio dejó caer también unas lágrimas por ese esfuerzo de su padre al guardar algo tan personal e insignificante durante nueve años. Los recuerdos siguen en la mente de Atanasio:

—*Esto para mi es parte de la vida nuestra* —dijo entre sollozos Louis.

—*Vea Padre, cuando regrese escribiré sobre los lugares por donde pasaré, me dicen son hermosos, mucha serranías, valles y ríos, unos tras otros.* —Atanasio calmó a Louis con esta promesa.

—*Así será hijo. No habrá misa de domingo en que no oremos por tu regreso* —dijo Louis y agregó— *¡vivo y sano!*

Sin mirar atrás, Atanasio montó su caballo y partió; le han ofrecido arneses militares para su caballo y esta noche dormirá en la cuadra hasta la hora que decida el coronel Baraya. En esa madrugada se designa segundo al mando al comandante de artillería José Ayala, otro de los que tempranamente se unió a la causa libertaria. Baraya y Ayala que saben el destino final; solamente le han dicho a la tropa que son unas 110 leguas de viaje, es decir dos viajes de ida y vuelta a Honda. Atanasio saca sus cuentas, descartando los días de descanso intermedios, son unos veinte días, tal vez menos si ordenan redoblar la marcha, pero estos caballos y el ejército, no pueden llegar exhaustos al lugar de los acontecimientos, que no sabe dónde es pero, su padre le ha dicho que los problemas están en el sur, y eso mismo lo ha declarado abiertamente el Sabio Caldas. Pero, el sur es muy lejano y llega hasta Quito.

Baraya ha escrito en su libro de notas: *El 15 de noviembre de 1810 salimos las tropas de Santafé. En nueve días, el 24 de noviembre llegamos a Ibagué, los soldados están muy alegres, para unos es la primera vez que dejan sus casas.* Ese primer tramo del movimiento de tropas fue informado, según se había planificado con apoyo de soldados expertos en galopar grandes extensiones y acortar los tiempos de información. En Ibagué la comunidad se siente protegida y anexa voluntarios al ejército. Baraya sabe que si la respuesta de Cali es la correcta, tendrá tantos o más soldados que Tacón. Reinicia la marcha el 5 de diciembre y en 8 días está entrando a la villa de Cartago, sucede lo mismo que en Ibagué, muchas felicitaciones, curiosidad y jóvenes dispuestos a luchar, que él no menosprecia, confía en Ayala para que, durante el desplazamiento arengue la tropa con inducción militar, sobre todo obediencia y ojos abiertos en la lucha cuerpo a cuerpo. El 20 de diciembre parte de Cartago rumbo a Cali donde llega el 26 de diciembre. Hasta donde las circunstancias lo han llevado, esa es la ciudad objetivo para operar desde allí, hacer los planes e ir contra Tacón. En ese trayecto nada faltó a las tropas, alimentos, buen trato, mucha curiosidad por conocer, se sienten felices, y ha nacido un profundo sentimiento de amor por la patria nueva.

Atanasio está muy interesado en lo que sucede desde la llegada a Cali, lo relevante es el creciente apoyo a la incursión contra el enemigo que ya está identificado por todo el ejército, que no es una persona, como se ha creído, es un monstruo que habita en Tacón que quiere derruir el esfuerzo de cientos de villas a lo largo del territorio del sur que ansían la libertad, y para eso ha confundido a las gentes de Popayán redimiendo a un rey invisible. Han transcurrido 36 días sin ninguna escaramuza con el enemigo, pero en la reunión de instalación de las Villas Confederadas del Cauca, realizada en Palmira, no hay representación de Tuluá porque estaban coqueteando con el gobierno de Popayán. Y trece días después se consuma esa traición, jurando las autoridades de Tuluá fidelidad al rey

invisible, antes que a una causa viva que anda procurando libertad y la independencia.

Todo eso se trasmite a la tropa, y la soldadesca siente furia y piensa que la hora de demostrar ese valor está cerca. Atanasio no se queda atrás y está claro que será la vanguardia de lo que vendrá; al coronel Baraya le gusta este joven por su inteligencia innata en asuntos de guerra, su valor y la capacidad de fijar criterios en momentos de dificultades, todo eso lo ha palpado en sus conversaciones con la oficialidad, asunto que el segundo comandante Ayala, avala sin mayores comentarios. Esa fuerza interior y moral de las tropas que ha reunido Baraya se ha conocido en Popayán; las tropas de Tacón son tristes, apáticas, aun cuando cuentan con mejor posicionamiento del terreno y se conocen al dedillo la región. En tanto, Baraya cada día que transcurre es informado de nuevos auxilios que vienen en camino desde sitios muy lejanos. Los pocos cientos que salieron de Santa Fe ahora son los muchos que se requieren, las cuentas son que 1.000 hombres están prestos al combate, cuando ordene las operaciones aquel coronel nacido santafereño y que tuvo la suerte de ser bautizado teniendo como padrino a José Celestino Mutis, a quien recuerda y reverencia en sus conversaciones con la oficialidad.

Tacón juega a la guerra y planeó acciones con pocos hombres contra una pequeña población; él mide tiempos de respuesta y se equivoca, porque fue muy inmediata por parte de unos refuerzos patriotas que estaban cerca. Tacón soberbio analiza y cree que los patriotas que habitan en Popayán están enviando información a Baraya, los reprime, apresa algunos, les confisca dinero y bienes materiales para la guerra y lejos de aumentar el sentimiento favorable de la tropa hacia el rey invisible, sienten repulsión y malestar. Pero no tiene otra alternativa que estar preparados para un enfrentamiento, que parece estar próximo. y para eso Tacón le otorga la libertad a muchos esclavos, con el compromiso de defender la bandera española.

Mientras esto sucede en el Cauca y Popayán, en Santa Fe se ha recibido gratamente al Canónigo Madariaga, aquel que entusiasmó al pueblo caraqueño a gritarle a Vicente Emparan, Capitán General de las Provincias de Venezuela *¡No lo queremos!*, para que atónito respondiera *“Yo tampoco quiero mando”*. Madariaga se ha reunido con los revolucionarios y les ha explicado lo que él cree son las grandes debilidades venidas después de los éxitos del 19 de abril de 1810. La desunión, los comentarios despectivos contra algunos patriotas, el exceso de perdón, la fiesta permanente de celebración, cierto descuido en formar un ejército regular, y la desconexión de algunas provincias al proyecto de independencia, entre otras. Los cabildantes y diputados escuchan con atención y llegan a pensar que Madariaga lo que está diciendo son las cosas que le contaron que están sucediendo en la Nueva Granada, pero entienden al final que es una experiencia y hay que subsanar los errores. Esto no parece tan fácil, las disputas entre federalistas y centralistas, continúa.

Hace falta un Presidente que ponga orden en Cundinamarca, y se ha decidido que Jorge Lozano asuma estas funciones y a su vez prepare un proyecto, que para los entendidos, debe parecerse al texto que dispone en el momento los Estados de la Unión del Norte de América. Las expectativas son muchas y las preocupaciones también, los correos van y vienen, y están aguardando por resultados, pues ya se sabe que la tropa ha crecido, que no hay duda de la dirección del ejército y de los oficiales venidos de otros lados a apoyar a Baraya y Ayala.

Ignacio Torres, nativo de Popayán, un familiar de Camilo Torres el furibundo federalista y político con formación intachable, ha aportado caballería al ejército y tiene apoyo de los agricultores prósperos de la región para enviar tropas adicionales, posiblemente sus jornaleros y esclavos. Cerrar el paso a Popayán fue una de las primeras medidas de Baraya, pero eso resultó imposible así que desplazó sus tropas a la localidad de Corrales y desde allí planifica la toma de Popayán. Esa es su

meta y ese es el compromiso que envía en los correos que deben estar entrando en pocos días a Bogotá. Así que la toma del gobierno por Lozano y el avance ordenado por Baraya, ahora con 1.200 hombres, casi coinciden en fechas.

Baraya sueña despierto, los planes muestran en el mapa que han trazado muchos ríos y caños; para él, un hombre de tierra gélida, este espacio del territorio de la Nueva Granada, parece ser ideal para vacacionar o para hacer ejercicios militares con sus tropas, pero no es así. Se trata de la guerra que por vez primera tiene nombre propio y propósito compartido: Desplazar a Tacón de Popayán, si antes no se rinde. Un primer movimiento es enviar la caballería al mando de Ignacio Torres hasta encontrarse con el río Piendamó y preparar el cruce de este, que por razones naturales casuales bajaba crecido y dificultó la operación. Pero los muchos soldados de caballería crearon un paso, especie de puente, en poco tiempo. Del otro lado del río se inició el mapeo del territorio, los lugares estratégicos, los posibles sitios donde pudieran estar los realistas. Mientras aguardaban por más refuerzos de otras localidades.

Baraya no duda en darle obligaciones directas a Atanasio Girardot, su pupilo. Irá al frente, en la vanguardia, la posición más peligrosa de un avance en la guerra, lleva 190 hombres a su mando y detrás de ellos viene el resto del ejército que ha fermentado, ha crecido como la chicha santafereña, ahora son suficientes para enfrentar al opresor Tacón. Esa vanguardia avanza con instrucciones hasta la margen alta del río Cofre, sin encontrar resistencia. Entre tanto el grueso de la tropa se fue al campamento preparado por Ignacio Torres, cruzando el río Piendamó por el puente construido recientemente, pero tomando las precauciones de hacerlo en grupos pequeños para la seguridad de la tropa; todavía no hay guerra y no se quieren muertes por ahogamiento en ese caudaloso río.

Tacón está preocupado por la desinformación, le han dicho que las tropas de Baraya están estacionadas, cuando están en movimiento, así que decide salir de las trincheras que

resguardan Popayán y avanzar hacia territorios del Cauca, por cosas de la vida y por intuición, las instrucciones dadas a Atanasio Girardot son rebasadas, este no encuentra tropas enemigas, ninguna resistencia o sospecha de la presencia de enemigos, y avanza un trecho mayor, atraviesa el río Cofre y se aproxima al río Palacé, detecta el puente sobre esas corrientes de agua, importante estructura para la movilización de tropas y lo toma sin alguna resistencia. Pero, Tacón es informado y se prepara para el combate contra esta vanguardia patriota. Girardot ha enviado información a su superior Ignacio Torres, y este de inmediato y por la lejanía ordena la urgencia de aproximarse a la zona donde se encuentra Girardot y su vanguardia. Por otra parte, Tacón ha organizado la artillería y dos culebrinas están listas para descargar sobre las tropas patriotas. Mientras ese puente sobre el río Palacé esté tomado, será muy difícil para Tacón mover sus soldados contra Baraya. El fuego inicia a las 12:30 h del 28 de marzo, y se intensifica de manera tal que el aire movía la fuerza del fuego de artillería y de fusiles por todo el territorio; hasta que los patriotas se van al combate cuerpo a cuerpo con furia y valor indescriptible, y la soldadesca enemiga acobardada huye dejando abandonados artillería, pertrechos, y documentos de gran valor.

Cuando Baraya le pide un parte a Atanasio Girardot, después de una reprimenda privada por haberse excedido en sus instrucciones, este escribió: *En el momento crucial de la Batalla del río Palacé llegamos a usar las bayonetas y los enemigos viendo tanto valor por parte nuestra se acobardaron y empezaron a huir. Ellos serían, por lo que ahora sabemos, cerca de 2.000 hombres y los nuestros no llegaban a 900; pero con todo se intimidaron y huyeron dejando un pedrero, una culebrina y otras dos piezas de artillería que botaron al río y no pudieron rescatar; fusiles, algunas lanzas y algunos cajoncitos de pertrechos son ahora nuestros.*

El combate se prorroga hasta las cinco de la tarde, cuando la caballería patriota entra en acción y desplaza de sus

posiciones a los realistas, estos se repliegan hacia Popayán. En la noche Baraya y la oficialidad revisan lo que vendrá, la toma de Popayán; por los momentos los análisis revelan que de haber llegado Tacón al puente antes que Girardot, sin obstrucciones, hubiera sido difícil que el ejército patriota cruzara los ríos Cofre y Palacé, en su ruta preestablecida hasta Popayán.

Los muertos han sido contados, ocho soldados y dos oficiales patriotas han fenecido, se han contado cerca de setenta realistas caídos en combate, y es posible que adelante cuando se avance contra Popayán se consigan más muertos realistas tirados en los matorrales, esos que huyeron sangrando, heridos a fuego y bayoneta.

La noche oscura y fresca invita a la reflexión de Atanasio, siente que no es el rosarino emperifollado que va a sus clases, elegante en presencia y vocabulario. Su traje muestra sangre ganada con coraje, alguna salpicada de sus tropas, otra de sus enemigos. Su verbo en algunos momentos fue vulgar, necesariamente vulgar para que la furia no lo abandonara ni se escapara de las mentes de sus soldados. Sintió a Baraya como un padre imponente, que entendió que fue lo mejor que pudo hacer cuando vio que ese puente sobre el río Palacé, no había sido contemplado como altamente estratégico y estaba tan cerca; de no tomarlo antes podría haber significado una derrota para los patriotas. Él, aun inexperto, no consideró ese gesto como valentía sino de sentido común, y en eso si era un rosarino típico, en el análisis de situaciones complejas, como lo enseñaron sus maestros que quedaron en Bogotá, ayudando a pensar.

Agotado, Atanasio pregunta a algunos de la caballería por su caballo, lo ubican, se acerca y lo acaricia: *¡Está bien cuidado!* dice y regresa al lugar donde se encuentra la tropa de la vanguardia. Siente las diez muertes patriotas. El valiente Miguel Cabal, capitán de la caballería murió mientras avanzaba al caer la tarde, cuando ya casi estaban reducidos a pocos los aislados realistas, escondidos entre la vegetación.

Atanasio sabe que en la guerra es muy difícil llorar tanto por la muerte, pocas lágrimas y un compromiso de continuar con los mismos ideales, es mejor. Allí, en medio del desorden que provocó la batalla en ese paraje idílico, duerme y piensa en mañana.

Al amanecer el parte de guerra está preparado para ser enviado a Santa Fe de Bogotá y a otras provincias que aportaron tropas, para lo que fue la primera batalla entre patriotas y realistas en tierras de la Nueva Granada. Se resalta la diferencia de bajas, el coraje frente al miedo, y algunas confidencias no se escriben. Luego se supo que en Santa Fe los gobernantes habían recomendado antes que un enfrentamiento, negociar la rendición de Tacón, su perdón y su envío de vuelta a España, pero ahora no hay otra forma de proceder, la guerra marcará la pauta en la lucha por la emancipación del todo el territorio de la Nueva Granada. No hay vuelta atrás, el movimiento de las tropas comienza nuevamente, hasta ir progresivamente acercándose con cautela a Popayán. En su avance, las tropas amplían su radio de acción, la vanguardia va de frente hacia donde están los soldados realistas en mayor densidad, camuflados en las trincheras que han abierto para contener la caballería. Atanasio nuevamente va al frente, esta vez cauto, pero también más sereno, espera la orden de ir a la pelea cuerpo a cuerpo. Baraya ha medido todas las posibilidades y conoce que Tacón tiene preparado como plan auxiliar, huir con parte de sus tropas vía Pasto territorio que se convierte en un bastión realista. Ordena el ataque y las trincheras se llenan de sangre enemiga, hay patriotas valiosos fallecidos y todos los muertos son honrados después de entrar triunfales a Popayán, fueron cuatro largos días de operaciones militares desde la Batalla del río Palacé.

Enhorabuena, el cabildo de Popayán enalteció las tropas con medallas recordatorias que fueron colocadas en las banderas de las diferentes tropas representadas en estas acciones. En ese momento abundaban las alabanzas al ejército patriota. Baraya se paseó por la ciudad formalmente con

algunos oficiales y su regimiento, tenía el uniforme salpicado de sangre de sus propias heridas, no eran graves pero delataban su coraje como comandante general de estas acciones bélicas. Las informaciones de la toma de Popayán fueron enviadas inmediatamente a Santa Fe. Allí, la Suprema Junta esparce como ráfaga de viento la información por toda la ciudad y por las demás villas de Cundinamarca. Es el momento de los ascensos militares. Baraya asciende a brigadier general, Ayala su segundo al mando es ahora teniente coronel, Atanasio asciende a capitán y el alférez Cancino es subido de grado a teniente; a toda la demás oficialidad le autorizan utilizar un brazalete tipo escudo con la Leyenda “*Vencedores de Palacé*”.

Ahora Popayán es una provincia aliada a la causa emancipadora. Se ha designado un nuevo gobernador y ha sido considerada punto de encuentro de las ciudades confederadas para seguir avanzando en la construcción de la unidad política, aunque se sabe que en Santa Fe de Bogotá las diferencias entre centralistas y federalistas siguen su curso es desmedro de esa unidad ansiada. En estas circunstancias Tacón tiene tiempo para armar un nuevo ejército en el territorio de Pasto. No hay duda que en cualquier momento reaparecerá con sus ideas realistas a tratar de ocupar territorios patriotas. Ese ir y venir de la guerra, no se sabe cuánto durará, todo dependerá de la política y de las capacidades para que los bastiones pro España depongan su actitud reaccionaria y acepten la emancipación de la Nueva Granada. Por los momentos, a finales de 1811, el clima tenso entre patriotas le resta resplandor a la inmensa luz que brilló en Palacé y Popayán.

Mientras los militares y las milicias populares se enfilan a la guerra, en Santa Fe de Bogotá suceden asuntos interesantes. Lozano es el presidente y quiere sacar del juego con elegancia a Antonio Nariño, quien sigue gozando de una gran popularidad, casi tan inagotable como el tamaño de los deseos de construir una república centralista. Para esto, nada mejor que ofrecerle un cargo que lo mantenga ocupado pero

lejano al poder real de la Nueva Granada. Como corregidor de Bogotá, Nariño estaba en la tercera línea de gobierno de la ciudad, para él estas funciones eran como perder su valioso tiempo, aunque también sabía que la disciplina y la lealtad caminan tomadas del brazo en estos tiempos difíciles; es cuando recuerda que Carbonell ha sido muy leal, pero muy indisciplinado, y el no quiere caer en esas tentaciones. Algo tendría que hacer o mejor, haría lo que sabe hacer, escribir, usar la imprenta como voz de una palabra que se escucha, si se escribe.

Por los momentos Lozano y la mayor parte de los políticos santafereños o de otras plazas pero asentados en Bogotá, hacen gloria con los resultados de Baraya y Atanasio. Incluso, la gente tiene pendiente que al regresar las tropas debe darse una gran fiesta como han sido las celebraciones en Caracas; esto lo dicen algunos que tuvieron contacto con el Canónigo Madariaga, en Bogotá. Por dentro de la política real, las diferencias entre Nariño y Lozano son tales, que Lozano termina presentando su renuncia al cargo de presidente producto de tantas presiones y la imposibilidad de detener el movimiento federalista.

Mientras unos están en la guerra, otros han aprobado la Constitución de Cundinamarca, risible para unos, necesaria y transitoria para otros. Se considera que este documento es una alabanza lisonjera a Fernando VII y todas las instituciones que existen en España, en su representación. Las manos de la iglesia católica están allí retratadas en ese lienzo de volver atrás cuando aprueban su participación histórica en los siguientes términos: *Se reconoce y profesa la Religión Católica Apostólica Romana como la única y verdadera*. Este punto no tuviera objeción en este momento de 1811, si se tratara de otra forma de Estado, no monárquico. Así que Nariño arde de rabia, pero a la vez le causa hilaridad tanta ironía; además piensa en ese joven que fue a visitarle y que le dieron el honor de ascender a capitán, Atanasio Girardot, quien puede ser

presa de la muerte mientras estos lisonjeros de Fernando VII, quieren regresar atrás.

Así que Nariño crea *La Bagatela*, un semanario simple, una mezcla de buen discurso político y humor satírico, donde prácticamente escribe en solitario sus opiniones y la gente está ávida en leerlo cada semana. Usa herramientas literarias, como un juego de cartas escritas, bidireccionales, *Cartas del Filósofo Sensible a una Dama, su amiga* y la *Contestación de la Dama al Filósofo*. Ahora el *Diario Político* de Caldas y Camacho quedó para la historia reciente, y cuando alguien quiere saber qué paso en esos primeros tiempos de la gesta emancipadora busca esos periódicos que están guardados secretamente en algún lugar de las casas de las familias de Bogotá, y lee cuanto se quiso hacer y en consecuencia, compara por dónde van los resultados. En *La Bagatela* Nariño desenmascara a un federalista presidente de Cundinamarca que apoya una constitución inconsecuente con las ideas emancipadoras. Fue por esto que el presidente Jorge Lozano soportó 7 u 8 números de *La Bagatela* y no aguantó el número 9 para dimitir al cargo, hastiado de la presión política y del ridículo que le tocó jugar en este momento de transición política, y que nunca comprendió.

Pero ahora, a finales de año, a la noticia de la renuncia de Lozano se une la aprobación de la constitución federalista que respalda la creación de un Estado denominado Provincias Unidas de la Nueva Granada, cuya Acta se suscribe en noviembre de 1811; si bien Nariño no comparte esa iniciativa percibe que es un mejor documento que la anterior redactada por Lozano para Cundinamarca, y que en cierta forma se quiere mantener la unión inter provinciana que es el lema de *La Bagatela: Pluribus Unium*.

Nariño lee y relee ese texto constitucional para la creación de un Estado federado, percibe la unión pero no la sobrevivencia política e integral del territorio, porque los enemigos tratarán de anexarse poco a poco cada provincia, hasta destruir el poco tiempo de libertad lograda. Analiza y concluye

que estos textos difieren realmente de la anterior constitución impulsada por Lozano: El título de esta confederación será: *Provincias Unidas de la Nueva Granada... Son admitidas y parte por ahora de esta confederación todas las provincias que al tiempo de la revolución de la capital de Santafé en veinte de Julio de mil ochocientos diez, eran reputadas y consideradas como tales, y que en continuación y en uso de este derecho resumieron desde aquella época su gobierno y administración interior, sin perjuicio no obstante de los pactos o convenios que hayan hecho o quieran hacer algunas de ellas y que no se improbarán en lo que no perjudique a la Unión....Lo serán asimismo aquellas provincias o pueblos que no habiendo pertenecido en dicha época a la Nueva Granada, pero que estando en cierto modo ligados con ella por su posición geográfica, por sus relaciones de comercio u otras razones semejantes, quieran asociarse ahora a esta federación, o a alguna de sus provincias confinantes, precediendo al efecto los pactos y negociaciones que convengan con los Estados o cuerpos políticos a quienes pertenezcan, sin cuyo consentimiento y aprobación no puede darse un paso de esta naturaleza.* Nariño repasa este texto y se rasca la cabeza con su mano izquierda, no es piquiña lo que tiene, son nervios agudizados por el avance del federalismo que puede llevar todo al fracaso. Muchos gobiernos pensando y haciendo no es un buen signo en estos tiempos donde la unidad debe ser de criterios y no de facciones. El entiende que la unidad voluntaria de ejércitos de diferentes provincias ayudó a ganar en Palacé y Popayán, que esos ejércitos ya sintieron el valor de la unidad para derrotar los intereses recalcitrantes por recuperar lo que fue el Nuevo Reino de Granada, por parte de los relictos adeptos del Imperio Español. Agotado en la lectura, Nariño siente la felicidad por la negación de firmar esa Acta y así queda expresado: *Negáronse a firmar el Acta de Federación los diputados de Cundinamarca y Chocó, don Manuel de Bernardo Álvarez y don Ignacio Herrera, por considerar inconveniente el sistema federal adoptado.*

—*Todavía hay gente que ve lo mismo que yo veo*, —le dice Nariño a su esposa.

—*¡Ay Antonio! ¡Ay Antonio! lo único que no viste fue que por estar publicando tantas cosas al final la cárcel vino casi perpetua*. —Su esposa está preocupada por la ansiedad de Nariño contra el federalismo.

Nariño no objeta la inclusión de la Iglesia Católica como parte de la cultura en esta Acta que crea la Federación de las Provincias Unidas de Nueva Granada. Pero, por alguna razón, reconocido como buen católico, tanto por ser un bartolino, como por el apoyo que recibió de la Inquisición cuando lo resguardó en su prisión de Cartagena, evitando su extrañamiento, acusa a la curía de la Iglesia Católica de estar pactando con España a escondidas para retrotraer los vínculos coloniales con la Corona Española, hoy en pena. De ser posible un pacto político con la iglesia sería con los sacerdotes que han estado formando partido con la causa emancipadora, desde antes de todos estos acontecimientos actuales.

Sin duda, esta posición ayuda a que el arzobispo enviado por España desde 1804 en conocimiento del Papa, y que demoró siete años en llegar a su destino, arribe a Cartagena donde fue capturado cuando en su viaje a Bogotá, hacía una escala en Mompo, después de un recorrido por el río Magdalena; y fue devuelto a la costa, donde oficia en una pequeña villa patriota que por desgracia su cura enfermó, y ahora fue suplido por un arzobispo con nombramiento, pero sin reconocimiento del gobierno de la Nueva Granada. Ese hombre era un furibundo realista que hizo caso omiso a su designación siete años antes y ahora se presenta con los sermones en contra la independencia de estas tierras. Allí, se formó una escaramuza que trascendió y Sacristán como era el nombre del citado arzobispo usurpador de un cargo que existió antes, para representar a Dios y al Rey, cayó en desgracia.

Nariño se ocupa que el gobierno no le acepte las credenciales. Todo eso genera una consternación en Santa Fe, donde un miembro del cabildo, religioso, enfrenta a Nariño por su

posición radical de impedir que el presunto arzobispo asuma el cargo vacante por la muerte del anterior. Los realistas trataron de sacar provecho a estos temas religiosos, pero la gente estaba clara que un arzobispo que dirija la iglesia y no el Estado vendrá a su tiempo o nunca vendrá, estas fueron las palabras de alguien que coincidía plenamente con Nariño, actuando en su defensa frente a otros patriotas.

La Bagatela fue el espacio de Nariño para atacar y defenderse; en menos de dos meses de trabajo político, la sociedad santafereña, lo reconoció como su auténtico líder y sacan del poder al presidente Lozano y a su vicepresidente. Le resultó imposible transigir a la calamitosa forma de gobernar de Lozano en tiempos agrestes como estos, *así no se gobierna ni en la calma del cielo*. Ahora Nariño tiene un frente político complejo. Camilo Torres ha tomado fuerza y controla la mayor parte de las provincias, con la buena suerte, que el ejército que marchó al sur no sintió estas desavenencias entre centralistas y federalistas; y los centralista Baraya, Ayala y Atanasio compartieron muy bien con el primo de Camilo Torres su arrojo y desprendimiento para salvar la patria entera en este primer enfrentamiento. Nariño ve en esto una lección aprendida, *en los momentos que vendrán esa unidad debe ser mayor o se hace pedazos la Nueva Granada*.

Cuando Nariño es investido como Presidente de Cundinamarca, mantiene su posición frente al prelado que por siete años nunca se interesó por sus fieles, pero ahora se interesa por la política. Finalmente logra el apoyo para deportarlo a Cuba. Nariño nunca sintió que estaba procediendo contra la fe católica sino contra un enemigo de la emancipación. Pero, este fue un episodio simple para un hombre de una mentalidad que pudo detectar esa estrategia de penetración en base a la fe de un pueblo. *La unidad nunca será para tontos útiles, si fuese necesario un arzobispo, el mejor sería ese miembro del Cabildo que opina sobre mis convicciones y pensaba que Sacristán debía asumir el arzobispado*. Y eso llegó a suceder.

El año 1811 está muriendo y la gente que maneja la economía de la Nueva Granada está contenta porque este año, lo primero en que han coincidido los federalistas y los centralistas es en la suspensión de los estancos que vienen haciendo daño a la población, especialmente a los productores agrícolas, desde antes que en El Socorro, pequeña localidad situada al nororiente de Bogotá, pasando el territorio de Tunja, se formaran los movimientos comuneros por la supresión de los estancos, en 1781. Nariño se ha propuesto que le recuerden como presidente de Cundinamarca, si esto sigue así, es posible que no se reviertan los logros de julio de 1810, piensan algunos. Pero, el tema del centralismo y el federalismo es la pasión que mueve los liderazgos. Acusado como ha sido Nariño de usurpar el poder, se legitima en diciembre, poco antes de terminar el año, y le dan por encargo eliminar de la Constitución de Cundinamarca todo vestigio de lo que fue o será de España, así como ordenan que incorpore los derechos fundamentales del hombre y del ciudadano al nuevo texto constitucional. Con esto se cierra un año, pero no se curan las heridas políticas.

Empezando el año 1812, Nariño responde una solicitud de apoyo de la comunidad de San Gil, una pequeña población que en el pasado fue muy aguerrida y que se siente acorralada por la Villa del Socorro, profundamente federalista; quieren ser parte de Cundinamarca y esto le agrada al presidente Nariño. Ordena al coronel Joaquín Ricaurte que acuda en su ayuda, sin medir las consecuencias. El Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada considera un abuso de Nariño pasar tropas por su territorio, un exceso que puede desmembrar la Unión. Esta situación crea una crisis en Cundinamarca que Nariño cree solucionar con su renuncia, pero no es aceptada. No se sabe cuánto tiempo va a persistir esta situación de tensión entre unos y otros, dentro de las mismas filas revolucionarias.

Dos territorios colindantes unidos por la naturaleza y por sus ansias de independencia, Cundinamarca con sus grandes

extensiones de planicies y Tunja con sus montañas, valles y cordilleras con grandes elevaciones, donde la gélida tierra es un monumento natural para contemplar, sienten ahora las diferencias de enfoque sobre la filosofía de la república a construirse sobre las ruinas de la colonia. En Cundinamarca no piensan en abandonar su herencia de haber sido escogidos por mucho tiempo para gobernar el resto del territorio de la Nueva Granada y en Tunja creen que lo mejor de estar cerca de Cundinamarca es evidenciar que en estos momentos los federalistas son mayoría, y sus hermanos y vecinos deben aceptar esas pautas, sin mayor condición que ser iguales frente al nuevo Estado que ha nacido recientemente y que ya se ha deslastrado de la relación con España; en tanto, Cundinamarca sigue suavizando la transición y no decide borrar de todo documento o reunión aquel concepto de actuar de acuerdo a los derechos de un rey preso. En Tunja saben que ese no es el pensamiento de Nariño, que su propuesta centralista es también independentista, pero no hace mayor esfuerzo por lograr esa declaración, esa ruptura radical.

Tunja es paso obligado para los propósitos de Nariño, de ir a enfrentar a los españoles que están haciendo ejercicios de penetración en la zona colindante con las Provincias de Venezuela. Nariño consulta a sus asesores y estos le recomiendan que sea el brigadier general Baraya y sus mejores oficiales y tropas quienes acudan en auxilio de la villa de Cúcuta, donde el coronel realista Ramón Correa tiene pretensiones de establecerse en su amplio y cálido valle por un largo tiempo. Se han tomado notas de las informaciones llegadas desde las Provincias de Venezuela donde un hombre de mar, partió de una provincia desafecta a la revolución de independencia, a cumplir con el encargo de sacar a los patriotas de Caracas y rescatar esas provincias para la corona española. Este hombre, por casualidad obtiene varios triunfos tempranos, y desde ese momento le halaga la idea de ser el líder de una república en crisis, que ha abjurado contra España por todos los medios, pero han hecho de esos dos años un desorden

de gobierno y un festín. Este hombre, capitán de fragata Domingo Monteverde, cambió un barco por un caballo y ha ordenado a Ramón Correa, un realista nacido en África que tome los valles de Cúcuta, todas esas poblaciones circundantes dispersas y la ciudad.

Así que Nariño ordena al brigadier general Baraya, héroe temprano de la guerra de la independencia de la Nueva Granada, que vaya en auxilio del capitán Joaquín Ricaurte, que superado el impase de San Gil va a Cúcuta a luchar contra Correa. En esas instrucciones va cifrada toda la confianza y la amistad que Nariño siente por el brigadier general Baraya, orgullo de los santafereños. Pero, Baraya que ha llegado a Tunja habla con los gobernantes y miembros del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Han sido reuniones muy intensas y finalmente se convence que el federalismo es la mejor opción y se coloca la casaca de los federalistas, y con él sus oficiales que al principio no entienden la razón de este cambio de opinión diametralmente opuesta a su amigo y jefe Nariño. Por lógica, la obediente tropa acepta estas instrucciones porque no entienden de centralismos y federalismos, imaginan una sola Nueva Granada. Para Nariño este fue un duro golpe, sabe de la integridad de Baraya y sus oficiales, incluido Atanasio Girardot, pero no tiene como reclamar lealtades en esta hora de enfrentamiento entre hermanos. Sabe que Pedro Girardot, hermano de Atanasio es un oficial que se mantendrá a su lado, y ha dicho que no entiende esa situación de su amado hermano, lo imagina meditando lo que ya fue una decisión.

Bajo estas circunstancias Nariño queda con poco ejército regular y convoca un reclutamiento de mayores de dieciséis años. Conoce bien el reconocimiento que sobre su persona tienen en Santa Fe y convence a la gran mayoría de pobladores a estar atentos, porque siempre existirá la tentación de invadir Cundinamarca desde Tunja, y así cada hogar tiene algo que donar para la defensa. Los Girardot Díaz están muy preocupados porque su hijo que los llenó de gloria en la batalla

del Bajo Palacé ha cambiado de bando. Al igual que Pedro, no tienen explicación. Cuando fueron a preguntar si había gente que llenara los requisitos de reclutamiento, Louis Girardot se ofreció y fue rechazado porque tiene dos hijos en la guerra, y además es mayor de 45 años; el menor de los Girardot todavía no llega a la mínima edad de reclutamiento. Lo preocupante por ahora es que en Tunja han olvidado el auxilio que ha pedido Cúcuta. Otros planes tendrán en mente.

Nadie entiende la estrategia de Nariño, en cada negociación truncada para armonizar entre federalistas y centralistas, él coloca la renuncia, se la niegan y ahora lo han investido de poderes absolutos, dictatoriales que le aumentan la capacidad de maniobra, así ha enmendado la constitución monárquica que dejó el ex-presidente Lozano. Todo pareciera indicar que es muy difícil en estos tiempos exista un entendimiento directo entre Nariño y Camilo Torres. Por esta razón las nuevas negociaciones se hacen con comisiones donde estos dos líderes antagónicos están ausentes.

Cuando todo el reclutamiento ha concluido, se crea un ejército improvisado que Nariño moviliza hacia Tunja a sabiendas que Baraya y el ejército federalista están en El Socorro, toma Tunja y se establece allí. Ordena una movilización del ex- alcalde Pey que fuere impulsor de los hechos del 20 de Julio de 1810, ahora mutado a militar con rango de brigadier, con poco brillo y astucia, para que enfrente a Baraya en Paloblanco, localidad del Estado de Tunja. Baraya lo derrota fácilmente, esos heridos y muertos entre hermanos nadie los quiere contar, es sangre de la misma sangre y lo mejor sería negociar un tratado que permita entregar las armas por ambos ejércitos al Congreso de las Repúblicas Unidas de la Nueva Granada, para evitar derramamientos de sangre y que se pongan en uso cuando se tenga un proyecto conjunto entre centralistas y federalistas para ir contra los españoles que siguen recuperando parte del territorio. Maravillosa idea, excelente idea, enhorabuena, amén. Son las palabras que se escuchan entre la oficialidad, la soldadesca y la gente común.

Pero Baraya no se ha creído este desenlace, se le nota hablando discretamente sobre lo que será el Tratado de Santa Rosa. Nariño regresa con ese resultado, la toma de Tunja, la derrota frente a Baraya y con un ejército de muchos jóvenes desarmados a Santa Fe, donde en medio de tantas tensiones nuevamente renuncia y se marcha a su casa hasta que una población que lo ama, también lo aclama y asume nuevamente con facultades extraordinarias.

Ahora el rumor que corre es que el brigadier general Baraya se está preparado para invadir Cundinamarca y Nariño se adelanta con un débil ejército a invadir Tunja. Cuando está cerca, en el sitio denominado Ventaquemada, a unas seis leguas de Tunja, Antonio Ricaurte lo intercepta, recibe el apoyo de Atanasio Girardot que viene de Samacá, otra población del Estado Soberano de Tunja, próxima a Ventaquemada y se plantea una batalla que obliga a Nariño a ordenar la retirada y regresa a Santa Fe con la tropa que le queda, entre heridos y desmoralizados soldados. Atanasio sabe que sus superiores Baraya y Torres están hartos de Nariño, de su insistencia, del innecesario agotamiento del esfuerzo entre hermanos.

Baraya acepta una reunión con Nariño, y le exige una rendición sin condiciones; le insiste que tendrá que ser así e irá a un juicio por sus proceder. Nariño no imaginaba esa tensión entre su amigo y hasta hace poco su subalterno político.

—*No hay entonces ninguna posibilidad de un avenimiento* —le dice Nariño a Baraya.

—*Ninguna*, —contesta lacónico Baraya.

—*¿Cuál es entonces la determinación?* —Pregunta Nariño

—*Invadiremos Cundinamarca y usted será el responsable de las consecuencias* —fue tajante la respuesta de Baraya.

Se despiden cordialmente, aunque por dentro son dos fieras heridas. Ambos aprendieron en esa vida santafereña a no mostrar sentimientos y a ser galantes en las dificultades. Nariño tiene el peor fin de año de su vida, se está cerrando el año, falta apenas un día para llegar a 1813 y su amigo le ha conminado a entregar el poder.

En enero, la gente acostumbrada a prepararse para la epifanía de la llegada de los Reyes Magos, escucha detonaciones de fusiles. El responsable de un ataque de advertencia es Atanasio Girardot quien ha pasado la noche anterior meditando sobre la triste realidad de la lucha entre hermanos. Prácticamente no durmió imaginando a su padre Louis, despertando con el fuego de los fusiles provocados por su hijo que fue enseñado a distinguir claramente el enemigo, que fue formado para no equivocarse a la hora de defender el lado correcto de la historia que habrá de construirse, que sus enemigos son los españoles que han ostentado el poder por más de trescientos años y son los responsables de esas míseras condiciones de vida que se tienen en la periferia de la ciudad, donde viven los que despiertan temprano para salir a buscar sus sustento. Su cabeza gira como una zaranda impulsada por las incongruencias en las cuales se da este ataque sorpresivo. Pero ya no hay posibilidad de arrepentimiento, sin que sea sometido a un juicio militar.

Así, una incursión de las tropas de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, al mando del comandante Atanasio Girardot ha tomado la zona de Monserrate y el peligro es inminente para la población, tanto que Nariño ofrece una capitulación; Atanasio consulta y es denegada por Baraya. Es entonces que sucede algo inesperado. Nadie sabe de dónde salió tanta gente, hombres, mujeres y niños armados con cualquier artefacto, cuchillos y palos, herramientas de trabajo, costales de piedras cosechadas de los ríos y avanzan a las posiciones de Baraya en las afueras de Santa Fe, cerca de San Victorino. Baraya se equivocó o fue prudente, no se sabe, pero cuando se percató era tarde, esa poblada ha provocado el descalabro de la tropa invasora federalista de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. No hay una explicación para este hecho insólito. ¡El pueblo salva al pueblo! Imposible que Baraya ordenara fuego frente a esa inmensa poblada, hubiera sido una carnicería reprochable por ambos lados políticos en conflicto.

Baraya retrocede tristemente derrotado sin que se hubiese disparado una sola bala, y una buena parte del ejército es capturado por la población. Abundan los prisioneros y abunda la buena fe de Nariño, que le ofrece buen trato a casi mil soldados y al gobernador de Tunja que está entre los prisioneros. La gente que capturó esa tropa adversaria en la política interna, gallardamente cocina para que esos soldados hermanos en el propósito independentista, no pasen hambre. Atanasio es un prisionero de lujo, se le permiten libertades de moverse por la ciudad, se sabe que fue impulsor de una capitulación que hubiera dado los resultados contrarios logrados por la poblada.

—*¡Qué confusión qué confusión!* —Le dice Louis a sus dos hijos que se reencuentran en medio de esta extraña situación.

Ambos bajan la cabeza en señal de aceptación del regaño recibido.

En marzo llega a Cundinamarca el coronel José Felix Ribas, un venezolano nacido en Caracas y pariente del brigadier general Simón Bolívar, cuya gesta militar en la limpieza del río Magdalena de tropas realistas ha sido reconocida, pero ahora es un héroe que con astucia militar logró poner en carreras a Ramón Correa, el realista al cual no se le prestó atención por estar en esas desavenencias entre centralistas y federalistas. Correa abandonó tropas reclutadas en Cúcuta para el ejército realista, y un arsenal con el cual no contaba Bolívar. Se inició una persecución a todo galope en unas cinco leguas y viendo que la ruta escogida para la huida por Correa era propicia para emboscadas, se detuvieron. Entonces Bolívar regresó a Cúcuta con sus tropas y ahora necesita varios apoyos urgentes, el primero que se autorice la invasión a Venezuela desde la Villa Redimida de San Antonio, territorio venezolano, donde ha causado emoción patriota y le han aportado 175 hombres, uno por cada casa existente en ese valle estrecho, entre un río cristalino y las montañas por donde escapó Correa, pero además requiere apoyo económico y militar. Todo este petitorio no lo pueden resolver por sí solos, ni

el gobierno de Cundinamarca, ni el gobierno de las Provincias Unidas de la Nueva Granada; en este momento tienen la posibilidad de actuar en conjunto.

Nariño reacciona y ordena a algunos de sus oficiales partir en apoyo a ese hombre joven e infatigable que procura una segunda oportunidad para su patria, y además ordena que se otorgue la libertad a los militares prisioneros que quieren y desean ir a ayudar al brigadier general Simón Bolívar. Los otros asuntos los discutirá y compartirá con el gobierno establecido en Tunja. Y así, José Felix Ribas inicia su regreso con un ejército de neogranadinos que olvidaron estuvieron enfrentados, y que por asuntos de la vida lleva entre sus miembros destacados oficiales, como Luciano D'Eluyar, Antonio Ricaurte, Atanasio Girardot...

—Vayan por la gloria, vayan neogranadinos a ayudar a los venezolanos, vayan a luchar junto a Bolívar, vayan a rescatar la República perdida en esa tierra hermana. —Así habló Antonio Nariño y esa arenga llegó hasta donde debía llegar, hasta Tunja a quienes les correspondía tomar otras decisiones sobre las solicitudes de Simón Bolívar.

Nada está escrito sobre lo que vendrá en la política entre centralistas y federalistas, lo que se especula es que en Francia, Napoleón y Fernando VII están negociando y es posible que el Rey depuesto regrese a sus funciones; pero, lo que está confirmado es que mientras estos desencuentros entre patriotas se incrementan, las tropas realistas reorganizadas han comenzado a hacer de las suyas en lo que ellos siguen llamando el Nuevo Reino de Granada, y ese descuido es una fatalidad histórica.

Capítulo IX

Los neogranadinos respaldan a Bolívar

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios ha llegado a Cartagena con pasaporte legal expedido en Curazao junto a José Felix Ribas, un pardo familiar muy apreciado por su capacidad de relacionarse con la gente de todos los estratos sociales. Allí estaban otros venezolanos que aguardaron poco tiempo en Curazao y ahora tienen relaciones políticas que son importantes para todos los que ahora están frente a las tibias aguas del Caribe y cerca de la boca caudalosa del río Magdalena, testigo eterno de la muerte en la Nueva Granada, en toda la historia.

Los venezolanos han sido recibidos afectuosamente en Cartagena, esta ciudad amurallada no tiene obstáculos a quienes viene huyendo de las terribles garras del imperio español que ha destruido la naciente república vecina. Las atenciones son de hermanos que comprenden la fatalidad y son el paño de lágrimas de estos inmigrantes. Los primeros meses fueron difíciles para adaptarse al cambio de ciudad, pero luego el olor a mar los bañó de esperanza. Todas las relaciones políticas y militares han permitido validar los rangos que tenían antes de partir de Caracas, llegando primero a Curazao. Algunos merecidamente han sido reconocidos como coroneles del ejército del Estado Soberano de Cartagena.

La suerte de Bolívar y Ribas es doble, unos caraqueños importantes para cualquier gobierno que se establezca en Caracas logran que Monteverde les perdone la vida y emita un pasaporte de salida de las provincias de Venezuela. No tardó Bolívar en hacerse ver en Cartagena, con la ingrata sorpresa que allí se encontraba Pierre Labatut, un furibundo amigo

leal de Miranda que tiene mando militar y acciones concretas para desalojar los reductos de realistas que en Santa Marta quieren seguir haciendo fiesta con el encantamiento del rey preso Fernando VII. Bolívar es reconocido también con grado de coronel y lo colocan a las órdenes de este francés que recuerda sus desavenencias con Miranda y que sabe llegaron al punto álgido de aquellos sucesos en la Guaira que terminaron con el precursor Miranda preso, antes que muerto, a consecuencia de la Capitulación pactada con Monteverde, un hombre de mar que como dicen sus contrarios nunca había montado un caballo y ahora está en Caracas, a donde llegó triunfante montado en un alazán y actúa como jefe político y militar, respaldando las instancias creadas en España a favor de Fernando VII.

Ahora los coroneles Bolívar y Ribas están a las órdenes de Labatut y este les da la tarea simple de cubrir un puesto militar en las orillas del río Magdalena, con bajo impacto en lo que pudiera ser el avance de la guerra contra los españoles. Bolívar asume esta tarea en Barrancas sin mostrar perturbación alguna, aunque por dentro hervía de rabia por lo pequeño del encargo. Es entonces cuando decide publicar la famosa capitulación que suscribió Miranda y Monteverde, que significó la caída mortal de la república en Venezuela. Se trataba de dar a conocer estas circunstancias a toda la Nueva Granada ahora sumergida en la discordia entre centralista y federalistas, y advertir que los enemigos son los realistas, y para superar el encono la única esperanza es la guerra, *solo esta puede salvarnos por la senda del honor.*

Ningún barco llegado al puerto de Cartagena había calado tan profundo como estas palabras; creció así tempranamente, la militancia indignada por los acontecimientos en Venezuela. Pero no se quedó allí el joven Bolívar, de veintinueve años cumplidos. Desde el mismo momento de embarcarse para Curazao comenzó a tejer el discurso de la pérdida de la república, sus razones y sus implicaciones. Llevaba en su mente la idea de conseguir apoyo de la Nueva

Granada para sus planes de retorno. Comienza a escribir sus ideas en Curazao y las termina en Cartagena, en el contexto de lo que ha aprendido sobre el acontecer político en la Nueva Granada y es entonces cuando decide la publicación que se leyó en todo el territorio de la Nueva Granada, tanto por centralistas como federalistas: “*Yo soy granadinos, un hijo de la infeliz Caracas escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas...*”

Se trata del impactante documento conocido como el Manifiesto de Cartagena que conocido por el Presidente de La Provincia de Cartagena, fue enviado inmediatamente al Congreso de la Unión de las Provincias de la Nueva Granada, con sede en Tunja, pero también le fue enviado al célebre Antonio Nariño, muy apreciado en Cartagena, por su sufrimiento inconcluso, que ahora se encuentra presidiendo el gobierno de Cundinamarca. La descarga de situaciones que condujeron a la pérdida de la república en Venezuela era una alerta a los neogranadinos para que no hicieran lo mismo, no cometieran los mismos errores, en razón a un apresurado federalismo sin propósito, a una inocencia y capacidad de perdón excedida a las escrituras bíblicas, y una lucha entre hermanos, cuando el enemigo está claramente distinguido. La elegante y conmovedora prosa hizo su trabajo en la mente de los patriotas neogranadinos, y él humildemente asumiría esas funciones pírricas que le han encomendado para evidenciar el sacrificio que está en condiciones de hacer para disciplinar la lucha contra los españoles.

Camilo Torres y Nariño, por siempre enfrentados en estos tiempos donde la unidad era imprescindible solo dijeron por separado: ¡uhmmm! Y siguieron en sus respectivas posiciones encontradas.

Bolívar continuó en sus humildes encargos en Barrancas, hasta que pensó que no podía quedarse estancado allí. Entonces escribe a Labatut sobre un plan para tomar Tenerife, una fortaleza realista ubicada en las costas del río Magdalena, y se le niega, pero la información llegó tarde. Bolívar al mando

de unos cuantos venezolanos y neogranadinos ha desalojado a los realistas de Tenerife. Con pocos hombres Bolívar logró capturar artillería valiosa y varios buques armados de los realistas, pero su desgracia reaparece cuando Labatut quiere pasarlo a tribunales militares para que le castiguen por desacato a sus órdenes. El prodigio del éxito no puede opacarse con los recuerdos del pasado, el joven Bolívar logra con poco esfuerzo que los resultados, le entreguen responsabilidades sin que medie Labatut. Su tarea es limpiar las aguas turbulentas del Magdalena de todo vestigio de realistas, de sus ejércitos, sus embarcaciones, de su cultura expoliadora de los pueblos ribereños al caudaloso río de los muertos.

No hubo descanso para las tropas, día tras día una batalla triunfal, día a día una arenga sobre el valor de la guerra y la libertad, cada amanecer les deparaba la huida de los enemigos o la sangre enemiga. Las naves capturadas sirvieron para avanzar con menores dificultades con el armamento abandonado, ahora al servicio de los patriotas. El ejército creció favorablemente, son aproximadamente 500 hombres, con estos avanzó sobre toda la costa oriental del Magdalena barriendo el enemigo, sobre Mompox, Guamal, Banco, Puerto Real, Talamenque; y luego en tierra firme pasó a Ocaña. Bolívar y los patriotas fueron ovacionados, aplaudidos, ungidos todos de la mayor pasión patriota. La tropa ese día comió mejor que nunca, también bailaron, algunos tuvieron la suerte de encontrar un amor furtivo, y el coronel Bolívar, hace bajar su hamaca de una mula que lleva encima sus enseres, en la que pernoctó y revisó sus días de gloria en el río Magdalena. Quiere, no dormir, sino batirse al viento suavemente mientras piensa en lo que sería la continuidad de estas acciones bélicas.

En Ocaña, comienzan las interacciones con el joven militar cartaginense Manuel del Castillo y Rada, que no por falta de valentía sino por sentido común cree conveniente que Bolívar le apoye en su incursión a Cúcuta, donde el temido realista Ramón Correa ha tomado la plaza, gobierna

con mano dura, y los cucuteños han sentido tanto respeto a sus fechorías que cree que el pueblo abraza con fidelidad la causa realista. Esos correos llevados por emisarios veloces y confiables, con adecuados sistemas de contraseñas, hacen de la relación entre Bolívar y Castillo una gran amistad, ambos coinciden que juntos es mejor, y de esa manera se le preparan solicitudes al Congreso de la Provincias Unidas de la Nueva Granada, reunido en Tunja; y Bolívar por su parte, escribe a Antonio Nariño de quien tiene las mejores referencias de boca de dignos patriotas de Cartagena. Bolívar no descuida tratar con finura las discrepancias entre centralistas y federalistas, él sabe que ambos son necesarios para la libertad plena de la Nueva Granada, para evitar el peligro que significa Correa con la estratégica ubicación en Cúcuta, para ambas, la Nueva Granada y Venezuela. El obstáculo de Correa para penetrar a rescatar a Venezuela, solo es posible eliminarlo con apoyo de los neogranadinos. Así que, la hamaca le funcionó. Con la mente puesta más en el futuro que en el pasado de gloria cercano, considera que es el momento de cortejar y hacer de la hamaca otro espacio, ya no de la guerra sino del amor.

Mientras esto sucedió con Bolívar en el largo trayecto del río Magdalena hasta Ocaña, el otro admirador de ese río, Atanasio Girardot está en Santa Fe y pudo en medio de la confusión política y militar de principios de año despedirse de sus familiares, menos de Pedro que andaba con el ejército patriota y ahora está recién casado. Atanasio no pudo estar en su boda que fue en la parroquia de Santa Bárbara en Santa Fe de Bogotá, pero los demás de la familia lo acompañaron en medio de la confusión reinante en aquellos días de febrero de 1813. En la casa de los Girardot Díaz, crece la angustia por el futuro de ambos, Atanasio y Pedro, porque están en la guerra. Atanasio ha tenido la mala suerte que esta última parte de su vida fue para combatir a sus compatriotas independentistas separados por la política, sin entrar en razón que la patria es primero. De Pedro sabe que está asignado a los ejércitos que van al sur contra los las fuerzas realistas, irreductibles hasta

la fecha. Atanasio mira con cariño a su hermanito Miguel que apenas tiene 11 años y cultiva el amor inculcado por su padre por la independencia. Le coloca la mano sobre la cabeza, le dice que vaya lento, que en poco tiempo la guerra se habrá ganado y no tendría que ser militar sino abogado, otro rosarino.

En cierta forma Atanasio se comporta ante su familia como un teniente coronel obediente y se siente internamente conforme con la decisión impulsada por Nariño y luego también avalada por el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada de ir en auxilio del brigadier general Simón Bolívar que se encuentra en Cúcuta después de haber derrotado a los realistas comandados por Correa el 28 de febrero pasado; y que también, obediente a las jerarquías políticas y militares aguarda por el permiso para avanzar sobre las provincias de Venezuela y rescatar la república perdida, ahora en manos de Domingo Monteverde. Le han informado que el coronel José Félix Ribas estará al mando de la misión de llevar hasta Cúcuta no menos de 150 jóvenes neogranadinos, bien formados en la educación y también en los primeros escarceos de la guerra interna y contra los realistas.

Atanasio ha hablado con su padre en privado, le ha dicho que siente la dicha de haber sido formado con su disciplina y su coraje, que hasta donde va, su imagen de padre le da la valentía que asume cuando las balas y la bayonetas silban y brillan buscando sangre. Sabe de lo errático de la guerra, que una culebrina puede romper muchos cuerpos antes de percatarse de la trayectoria de sus fierros, o detrás de él puede estar el arma de un enemigo que puede llevarlo al más allá. Salpicado por sangre de la batalla en el Bajo Palacé, ha sido bautizado como hombre de la guerra por su coraje. Él sabe que hasta dónde va la guerra lo ha hecho bien y ha pedido a su padre que hagan sus oraciones porque va a otras tierras, y con otro mando. Le ha adelantado a Louis lo que se dice de Bolívar; *ese ser recibe solo elogios, y lo ven como un predestinado a curar pueblos de los realistas* como lo hizo y se confirmó luego, limpiando el Magdalena de esbirros de España.

—Padre, creo que recuerdas a Antonio Ricaurte, Luciano D'Eluyar, Hermógenes Maza, Antonio Paris, José María Ortega, Manuel Samper, Francisco de Paula Vélez, han sido mis amigos y vamos juntos a Cúcuta y luego a donde diga el brigadier Bolívar.

—A unos los recuerdo más que a otros, pero lo importante es que actúen como neogranadinos, dejando el alto el nombre de esta tierra, —dijo Louis dando recomendaciones.

—En eso no tengo dudas, aunque pienso que allá encontraremos algunos militares que no querrán avanzar con el Brigadier Bolívar.

—Eso ¿lo piensas o lo sabes? —Preguntó acucioso Louis.

—Realmente es lo que se dice, porque parece una distracción salir a salvar otras tierras de los españoles. ¿Y la nuestra?

—Y que piensa mi hijo teniente coronel de eso —apunta con precisión Louis.

—Cumpliré a cabalidad las órdenes superiores.

—Entonces anda, sigue con Ribas hasta donde te lleve la vida y que sea Bolívar quien marque la pauta. Aquí en esta casa que tanto disfrutamos juntos, nos inundaremos de oraciones a Dios por tu salud y tu vida. —En ese momento Louis comenzó a sollozar como un padre que tiene muchas dudas sobre los tiempos por venir.

Atanasio lo abrazó fuertemente y le entregó una carta que preparó para su hermano Pedro en la cual lamentaba su ausencia en la boda y le deseaba una vida larga y lleno de hijos, como una vez se lo dijo en privado. Se paró completamente erguido y comenzó a caminar buscando la salida de la casa, pasó saludando a toda la familia, y recibió de Comadrona un dulce de guayaba, preparado por ella cuando le informaron que vendría a despedirse. El tomó el envase de barro cocido y lo entregó a un oficial asistente que le acompañaba, dio media vuelta y se dirigió a la calle donde lo aguardaban otros militares. Nadie lo vio llorar porque los valientes cuando hay público lloran hacia adentro.

El punto de encuentro de los elegidos para partir con Ribas al mando fue Tunja. Antes de llegar allí, en un

descanso, tomó su vasija con dulce de guayaba y sacó un pan santaferño que adquirió en la salida de San Victorino. Esa merienda fue una descarga de placer. Ricaurte también recibió una parte de esa delicia. Al llegar a Tunja, una arenga muy recia sobre la guerra fue recibida por los neogranadinos. La leyó el líder federalista Camilo Torres, y Ribas la escuchó con atención con serenidad aprendida de estas lides. Luego, cuando asumió el mando solamente, grito: *¡Síganme valientes hijos de la Nueva Granada!* Y comenzó la travesía.

Han de ser unas 200 leguas, cuando menos de recorrido hasta llegar al encuentro con Bolívar, pero se viajará y se harán planes. En uno de los descansos nocturnos, Atanasio soñó con su viaje de infancia por el río Magdalena, recordó en el sueño a Patrón y su dominio de esa naturaleza exuberante entre las aguas tórridas y la vegetación que ahora aparece en los sueños con un verdor resplandeciente y salpicada de sangre. Cuando despierta piensa que nunca hubiera imaginado en la infancia el valor estratégico del río Magdalena, y ha sido un hombre venido de otras tierras quien ha hecho el trabajo que no se había podido hacer por las diatribas internas de los neogranadinos. No tiene idea del hombre que va a conseguirse en Cúcuta, pero quienes alguna vez lo han visto dicen que es difícil conversar con él sin sucumbir a su ambición libertaria. Atanasio ha extrañado que Ribas mencione poco a Bolívar y prefiera ensalzar a ambos líderes granadinos, Camilo Torres y Nariño, los irreconciliables. Para ambos hay palabras melíferas, agradecimiento y los mejores deseos para que puedan superar sus desavenencias, *antes que estemos de vuelta para acabar con esta plaga*, ha dicho Ribas, refiriéndose como tal a unos realistas que fueron capturados cerca de la población de San Gil, y que han jurado que están en ese partido por engaño.

Ribas le ordena a Atanasio que analice que hacer con los prisioneros y al cabo de un rato, después de observarlos se percata que son hombres nacidos y criados en estas tierras y que lo mejor será sacarlos de este lugar y llevarlos a Cúcuta como parte de la tropa. Ribas los juramenta y de allí en

adelante, viven agradecidos de Atanasio. Haberlos fusilado por portar un uniforme equivocado hubiera sido contradictorio y hasta peligroso por los efectos políticos en sus lugares de procedencia. Luego de eso, algunos familiares vinieron a ver a los nuevos soldados patriotas y algunos se ofrecieron para avanzar hacia Cúcuta, y Ribas les tomó la palabra como cierta.

Han recibido información que hace días pasó por esta zona un coronel de apellido Briceño, con un grupo de hombres que portaban dos banderas, la venezolana y otra diseñada por unos franceses bajo su mando. Hablaban con mucho desprecio a los españoles y la población sintió miedo. Ribas, se dirigió a los oficiales y les dijo que era probable que ese hombre fuese Antonio Nicolás Briceño, quien no tiene capacidad de perdón por la infamia de haber perdido la república mientras era fiscal militar. No se ha separado de su familia desde que salió de Caracas vía Curazao, y lo probable es que le acompañen en este azaroso viaje de retorno. No sé cuanto podrá ayudarnos Briceño si no controla ese odio desmedido.

—*¿Cuántos de ustedes son hijos de notables españoles que aman la libertad de la Nueva Granada? No me respondan, no es necesario.*

—*El único odio y repulsión que he sentido fue en las batallas contra los realistas en el sur hasta llegar a Popayán. Luego, en la friega entre centralistas y federalistas he sentido dolor de enfrenar a mis propios hermanos.* —Atanasio habló así, con ese sentimiento profundo y Ribas le pasó la mano por el hombro.

—*Esas heridas se van a curar en las batallas contra nuestros reales enemigos,* —señaló Ribas y los miró uno a uno, con cara de padre, pues a algunos de estos jóvenes les llevaba veinte años de diferencia en edad.

De allí en adelante las aproximaciones a los pueblos por donde debían pasar se hacía con mucho celo, una pequeña vanguardia analizaba el territorio y generaba alertas. En una de esas tareas el teniente Antonio París, advierte un grupo de enemigos en una posición privilegiada que podrían

impedirles el paso y le sugiere a Ribas que dada su ascendencia española y que como tal puede hablar con ese acento, podría usar, si existiese un traje militar español, fingir que es un correo que le ordena a esa tropa que ocupen una posición en el pequeño valle, pues algunos independentistas vendrán por allí. Lo que ha sugerido Antonio París es muy riesgoso pero Ribas lo acepta. Lo ayudan a cambiar de ropa por la de un soldado de su talla, de aquellos que juraron pasar al partido de los patriotas, le dan un caballo de unos de los jóvenes correos apercibido para tales lides y se lanza a toda carrera hacia la loma ocupada por los realistas. Llega allí y entrega el mensaje oral que preparó con Ribas. El capitán realista al mando tiene sus dudas, y Antonio París, le solicita si puede escribir la respuesta definitiva, a nombre de un coronel realista que está preso en Tunja y el capitán no lo sabe. Es entonces cuando el capitán le dice que le diga al coronel que *cambiaremos la ubicación y que esperamos nuevas instrucciones*. Los realistas movieron su tropa y Ribas hizo el trabajo de organizar la batalla. No quedó uno vivo. Quedaron expuestos totalmente a los patriotas que pudieron de esta manera continuar avanzando sin dificultades. Atanasio dirigió el combate y no dejó heridos de gravedad para sus tropas. Ribas observó y constó la valentía y el arrojo con el cual estos jóvenes hacían la guerra y ordenó que sepultaran los cadáveres del enemigo, con absoluto respeto.

Esa noche Atanasio sintió la diferencia con la situación cuando tomó sorpresivamente Monserrate, a inicios del año y no pudo ordenar un solo disparo contra su propia gente, igual que le sucedió al Brigadier Baraya, a quien una poblada con armas rústicas lo derrotó cerca de Santa Fe de Bogotá. No se le podía ganar un combate sangriento a su propia gente. Pero esta vez, a pesar que ninguna sangre derramada da satisfacción moral, la sangre de los otros ha sido la vida de los suyos, y es la esperanza del hombre que les espera con angustia, en Cúcuta.

Bolívar inquieto camina desaforadamente por Cúcuta buscando voluntarios y haciendo amistades; es un ser bienvenido y bienamado en esa tierra que se baña con las aguas del río Zulia, un caudaloso cauce que nace en las cordilleras andinas de la Nueva Granada y que discurre en la lejanía hasta unirse al río Catatumbo que vierte sus aguas al gran lago de Maracaibo. La curiosidad lo lleva a preguntar la razón del nombre del río Zulia, y cada quien en una misma casa le da una versión, pero le agrada una: en la medida que baja de las montañas con cauces bien definidos llega al valle de Cúcuta, donde se derrama cuando hay crecidas, y zulía significa en lengua indígena que se desborda. Esa explicación le maravilló, porque aguas arriba cuando hubo de atravesar con el ejército el río, después de San Cayetano, para dirigirse al valle, sintió temor por la suerte de los soldados que lo vadearon por un tramo donde pudieron atravesar con menor riesgo. Nunca encontraron esa facilidad y se lanzaron con cuidado las cuatrocientas veces que fue necesario para que todos pudieran ser observados durante su travesía. Bolívar tenía fama de buen nadador, su estatura pequeña la compensaría, si el río lo arrastraba, nadando hábilmente hasta la otra orilla. No llevaban artillería pesada por los momentos, esa la tenían los realistas asentados en Cúcuta. Todos estos recuerdos eran sus temas de conversación, había que demostrarle a la población que valió la pena el sacrificio de recorrer el río Magdalena, salirse luego a buscar la forma de contactar a Manuel del Castillo, hasta la presente su amigo.

Bolívar cuenta como logró llegar a esa loma en la cual se divisa el enorme valle del río Zulia, y la pequeña población de Cúcuta inserta entre las márgenes del río y la cordillera árida. Gracias a informantes locales, en especial de mujeres revolucionarias que todo lo sabían, conocían que Correa no faltaba a misa de los domingos. Ramón Correa experto militar nacido en África y al servicio del ejército español al escuchar los estruendos de una batalla salió de misa a ordenar el combate, protegió el acceso a Cúcuta por la vía donde ingresó Bolívar

con el ejército neogranadino, en pocos minutos de su arribo se prende la batalla en esa área distante de la ciudad y en ese fragor de la batalla un niño cucuteño, todavía fuera de la edad de reclutamiento, cruza las líneas realistas y lleva agua a los combatientes patriotas, hecho que Bolívar utiliza en sus diálogos con la población para entusiasmarlos por la idea de la libertad eterna, no la que proporciona una batalla. También recuerda Bolívar el valor e inobjetable apoyo de esa valerosa mujer, Mercedes Ábrego de Reyes, quien envió los mensajeros con las posiciones del momento de las tropas realistas, sus movimientos, sus armas y el poder de fuego de la artillería. Para él, esos datos fueron de mucho valor, aunque fueron sometidos a constatación, porque en la guerra desde un primer momento, la desinformación comenzó para hacer cometer errores. Comprobada la información se planificó la toma de Cúcuta.

Bolívar cuenta a la gente, al pie de la letra, lo que ha escrito: *A pesar del vivo fuego que por todas partes nos llovía, así de artillería como de fusilería, avanzando paso a paso; y cansado ya de cuatro horas de combate, entramos a la bayoneta, por habérsenos casi acabado las municiones de caballería.* La gente queda absorta en el cuento y es entonces cuando reconoce que la mortandad entre los realistas fue muy grande, tanta fue que erróneamente le reportaron que Correa había sido encontrado gravemente herido; lo que si confirmamos es que entre los muertos y el miedo quedó abandonado mucho material de guerra que ha sido rescatado para la protección de la ciudad.

Bolívar narra a la población la persecución a Correa hasta donde fue posible, se escapó por las montañas de San Antonio de Venezuela, pasando el río Táchira, tan cristalino y fresco que le incitó a bañarse desnudo en unos pozos naturales. Todo esto porque no había peligro, unos 50 hombres realistas fueron capturados dispersos en su huida y regresados a Cúcuta para que la gente opinara sobre sus aberraciones y proceder al merecido castigo. *Impecable*, dice Bolívar, *entré*

a la Villa redimida de San Antonio de Venezuela y proclamé su libertad.

Fueron varias las veces que Bolívar habló con su tropa sobre sus apreciaciones militares de esta batalla que apenas dejó para los patriotas dos muertos, entre estos un valeroso teniente de la Unión de la Nueva Granada y unos 14 heridos, que están siendo atendidos y con la ayuda médica y de la providencia, *estarán pronto listos para cualquier combate que nos plante el enemigo.* Y a sus oficiales les ordenó recordar todos los días las circunstancias de esta batalla desde que llegaron a la Villa de Ocaña. Lo demás era pulir y repulir el armamento, patrullar las calles angostas y empedradas con ayuda de las piedras extraídas del río Zulia, hacer las guardias de cuartel, las incursiones a poblaciones cercanas incluidas varias veces la visita de San Antonio de Venezuela, y sobre todo proteger la ciudad desde las mejores posiciones, divisando desde lejos todo lo que en la ciudad acontece. Bolívar, además reconoce la valentía de varios militares, incluido el jefe de la plaza de Pamplona, que bajó de ese gélido lugar para este valle cucuteño de un calor insoportable para la gente de tierra fría, y también reconoce el valor de la “Compañía Libres de Ocaña”, que le acompaña desde el triunfo del pasado enero, cuando desalojó los realistas de esa tierra que lo hospedó con mucho amor e incluso le endilgaron un título del cual no se creía merecedor: *Libertador de Ocaña.*

También en sus conversaciones dice que las tropas de Mompox se portaron como verdaderos valientes. En algunas reuniones cuenta como los Ocañeros fueron a informarle que la plaza estaba entregada, que el miedo de los realistas los hizo partir y que le tenían una gran sorpresa, de discursos y entrada triunfal con bellas mujeres presidiendo el desfile y una joven muy elocuente dando un discurso sobre la libertad.

Todas esas conversaciones las cerraba Bolívar con algo que tenía escrito en un papel que cargaba consigo: *Jamás el enemigo logró hacernos retroceder un solo paso, no obstante sus ventajas en artillería, caballería y posiciones dentro de la villa.*

Compartía el café con las familias que le invitaban y con gran amabilidad saludaba al despedirse.

Ahora, Bolívar envía a dos jóvenes Ocañeros que tienen la reputación de haber comenzado muy temprano a movilizarse, desde 1810, en pos de la independencia a que contacten a Ribas y los neogranadinos que vienen en camino y les adviertan que la ruta escogida es entrar por Ocaña que allí les atenderán como a sus propios hijos, todo está debidamente organizado. Tienen la ventaja que Ribas los conoce y no dudaría de sus instrucciones, además las llevan escritas y autenticadas con su firma. Esa impaciencia de Bolívar es necesaria. Necesita pulsar directamente con Ribas sus percepciones sobre el ambiente en Santa Fe de Bogotá y en Tunja, tierras de desencuentros. Hasta el momento Bolívar no conoce el tamaño del ejército, ni las virtudes de los que vienen con Ribas.

El tiempo siempre pasa como un celaje y pareciera que se hace tarde, en unos meses entrará la lluvia y las operaciones militares serán más difíciles, pero también piensa que esas dificultades las han vivido y las vencerán. Su nerviosismo lo ha magnificado el paso de Antonio Nicolás Briceño, su primo lejano y esposo de una de sus primas favoritas de Caracas, con quien hace algunos años estuvo próximo a batirse en un duelo por asunto de unas tierras cercanas a Caracas. Pero ese fue un tema superado, ahora ambos andan tratando de buscar la libertad de Venezuela, cada quien con su estilo.

—*¿Cual es la prisa de declarar un estado de guerra a muerte si esa es una consecuencia de las guerras? Verdad que no entiendo,* —le dice Bolívar a su segundo al mando Manuel del Castillo, que estuvo atento a la forma de Briceño manejar el arte de la guerra.

En efecto, Bolívar está impaciente en Cúcuta, la fase de encantamiento con el coronel Manuel del Castillo y Rada está terminando. Este envía correos a Tunja malponiendo a Bolívar, pero su estrategia no funcionó. A Bolívar lo han designado brigadier general y tendrá la potestad, en lo

sucesivo, para determinar el mando de todas sus tropas, las que trajo desde Cartagena y las que trajo Manuel del Castillo desde Tunja, cuando vino a ocupar el gobierno de Pamplona. Pero, Bolívar procede con inteligencia y mantiene a Castillo a su lado, le consulta, le conversa sobre muchos temas de la guerra, le cuenta todos los esfuerzos de sus tropas en el río Magdalena y como logró deslastrarse de Labatut, quien parecía un filibustero en tierra firme, ganando y saqueando. En algún momento Bolívar le insinúa que allá, en Cartagena hace falta gente como él. Bolívar imagina que el coronel Castillo puede resultarle una carga pesada si parte en la campaña hacia Caracas, pues querrá estar informando unilateralmente y una ruptura en plena campaña puede significar que tropas de la Nueva Granada regresen a su origen.

—*Eso no puede ser* —dice repentinamente Bolívar.

—*¿Qué no puede ser brigadier Bolívar?* —Preguntó de inmediato Manuel del Castillo.

—*¡Oh! hablaba para mí mismo* —ripostó Bolívar—, *pero delatado como estoy quiero contarle algo.*

Fue cuando le comentó que Antonio Nicolás Briceño estará pronto a Cúcuta, con 75 hombres con los cuales partió de Cartagena, entre otros, varios franceses que les encanta el ambiente de la guerra, y otros que se le han unido en el trayecto hasta Ocaña, La situación va ser difícil, porque Briceño es un renuente a tener mando por encima de sus propósitos.

—*Tengamos paciencia, él siempre dice que es un incomprendido, y en verdad a mi me ha costado entender su forma de actuar, con rango pero sin rigor militar. Le escucharemos, le escucharemos y seré yo quien le responda.*

—*Le advierto Brigadier Bolívar que lo que se dice que ofreció en Cartagena fue una declaración de guerra total contra todo español o canario, sin arrepentimientos y sin perdones. Ha hablado de un plan para retomar Venezuela y en este momento no sé cuánto de afinidad existe entre lo que propone Briceño y lo que usted está solicitando.* —Manuel del Castillo es un extraño militar que cree en una guerra dentro de la frontera de la Nueva

Granada, porque allí hay gobierno y confianza en métodos menos crueles que los propuestos por Briceño.

—Le repito coronel que en su momento, yo seré quien habla con Briceño. Usted será mi testigo de esa conversación.

En marzo, cuando el tropel de caballos se escuchaba cerca del comando militar, Bolívar sorbió lo último de una infusión de hojas sedativas que quedaba en un pocillo de greda, que solo él usaba por razones de seguridad. Esperó a que le dieran el parte de la llegada de Briceño y con sus nuevas preesas de brigadier general salió a su encuentro. En un principio, Antonio Nicolás Briceño lo tuteó en nombre de la familia, pero se dio cuenta que el coronel a su lado estaba sobrio y con una evidente contrariedad ante su presencia. Por la mente de Briceño y de Castillo pasan los recuerdos de sus estudios compartidos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Santa Fe de Bogotá y cuando le correspondió a Castillo darle las atenciones a su llegada como exiliado en Cartagena. Esos recuerdos son para ambos importantes y en la mente de Briceño hay agradecimiento por tantas atenciones, inclusive las gestiones para validar el grado de coronel que Briceño ostentaba antes que Monteverde tomara Caracas.

A Bolívar le agrada que se hayan conocido antes, pero el protocolo es presentarlos militarmente, con rango y funciones, luego pasan a un despacho discreto pero ordenado donde existen unos muebles tapizados con telas españolas rescatados de los gustos de Correa. Se sientan exclusivamente los tres militares que sostendrán la reunión y Bolívar felicita su presencia indicándole que por disposición del Congreso las Provincias Unidas de la Nueva Granada, todo ejército en esta área está bajo su mando, así que no podrá existir más que una sola idea sobre la independencia de Venezuela. Briceño entiende el mensaje y asiente, sin embargo con pausa y como en los tiempos previos, antes de entrar en esa fase de odios profundos derivados del ejercicio violento del poder por parte de Monteverde, le explica que no hay contradicciones y que su práctica militar es cónsona con la historia de los vejámenes

sufridos por mucha gente en los años anteriores a las declaraciones de la independencia, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada. Les cuenta que se ha dado la tarea de asentar en un libro la lista de vejaciones a las comunidades y sus integrantes por parte de los ejércitos realistas, y que en cualquier momento se las mostrará como evidencia para sustentar una nueva forma de acción.

Luego Briceño describe cual ha sido su proceder y Castillo lo mira fijamente sorprendido pero ignorado por el hablante. Sabe que jurídicamente hay violaciones a la prédica de los derechos del hombre que tanto respaldan los miembros del Congreso y el presidente de Cundinamarca. Pero ante la ausencia de un texto jurídico lo mejor fue aplicar esta proclama que muestra y dice: *resarcir la muerte y abusos de los españoles y canarios en su paso por diferentes poblaciones.*

—*No ha habido villa por donde pasamos que no haya entendido nuestra proclama, que la guerra es a muerte.* —Dijo Briceño y agregó:— *Estoy convencido que la gran mayoría de las tropas acantonadas en Cúcuta dirían que tengo razón en la forma de accionar contra la afrenta realista.*

—*Pues aquí, en este salón de tres de esas tropas, dos pensamos que la realidad impone pensar en la forma de hacer la guerra que viene; no existe una única convicción ni un solo pretexto para enfrentar a los ejércitos españoles. Son muchos asuntos a la vez. Algunos de nuestros mejores oficiales provienen de familias peninsulares, y los prefiero de este lado que del otro.* —Bolívar habla y Briceño escucha con atención sus argumentos.

—*Brigadier Bolívar, en principio acepto su mando y le sugiero que mis tropas avancen hasta San Cristóbal, una villa situada a unas ocho leguas desde Cúcuta, y en un próximo encuentro continuamos revisando la situación.*

Bolívar asiente y su segundo al mando también, sin evidenciarlo en su rostro; pero, le establecen un conjunto de responsabilidades que serán poco a poco implementadas como será el mando de la villa de San Cristóbal, para protegerla de Correa o de otros realistas ubicados en Barinas y

Apure. También se modifica ese escrito sobre el cual se basan los castigos y la recompensa por los españoles y canarios muertos. Toda ejecución se debe sustanciar legalmente y debe ser verificada por Bolívar, y entre otros temas todo esto comenzará a implementarse tan pronto resuelva otros asuntos, como es el resultado del viaje urgente de Ribas a Tunja y Santa Fe. Cuando Bolívar nombra a Ribas, a Briceño le entra un fresquito en el alma por cuanto Ribas es muy proclive a estos procedimientos.

Con el mando de San Cristóbal Bolívar confirma que prefiere lejos a Briceño; en Cúcuta puede distraer la atención centrada en aumentar los sentimientos de libertad e independencia. Es entonces cuando Bolívar se levanta suavemente de la silla y les invita a saludar las tropas que suma Briceño, que incluyen a Jacinto Lara, segundo al mando y garante del traslado de documentos valiosos que Nicolás Briceño ha compilado, incluido su plan de liberación de Venezuela y una bitácora donde anota los desmanes de los españoles y canarios, soporte de sus ejecuciones previas, antes de llegar a Cúcuta.

Bolívar los observa con detenimiento y detecta que vienen en relativamente mal estado, de bajo peso y con una presencia personal desordenada, pasa revista con los ojos y detecta a los franceses que apoyarían en las posibles batallas que se entablarán en el avance hacia Caracas, cuando sea aprobado. Es entonces cuando les habla y les describe lo que fue la batalla de Cúcuta y también les describe como el ejército ha crecido en número de personas, en armas, pertrechos, en alimentación y en higiene. Les refuerza el sentimiento de la guerra, siempre presente en los mensajes de Bolívar, desde su estadía en Cartagena. Los invita a compartir la comida que se ha preparado para celebrar su arribo y les aconseja que antes de cruzar hacia las provincias de Venezuela hay un río cristalino para zambullirse y disfrutar de su frescura, los quiere acicalados y de buenos modales con la población.

Luego de estos protocolos llama aparte a Briceño y le pregunta por la familia y el gustosamente le dice que María Dolores está muy bien y en breve tiempo llegará con una pequeña retaguardia, además le comenta que Ignacita está bellísima y le hizo mucho provecho el aire de Cartagena. Es entonces cuando Bolívar lo invita a aguardar en el campamento el tiempo necesario por su esposa a quien quiere saludar y le pide que ordene al segundo al mando que después de la comida mueva la tropa a la villa redimida de San Antonio de Venezuela, como en efecto sucedió. *Luego iremos a saber de ellos.*

Días más tarde, cuando llega su prima perteneciente al jardín de flores de los Aristiguieta, Bolívar se va en afectos familiares con ella e Ignacita y Briceño está feliz por la acogida; su soberbia evidenciada en el rostro al entrar a Cúcuta ha desaparecido, está feliz y les han preparado una habitación confortable en la ciudad, alejado de las tropas. En la mañana siguiente lo escoltarán junto a su familia y los que son la menguada retaguardia de sus desplazamientos. Así sucedió, Bolívar está enterado que en los planes de Briceño está en dejar a su esposa e hija con una familia que ha sido contactada en San Antonio. Es muy difícil que les acompañe cuando no se sabe que ha hecho Correa en este tiempo. Esas precauciones no se tomaron con tanta cautela durante la movilización de Cartagena a Cúcuta porque sabían que Bolívar y su ejército habían dejado impecablemente libre la ruta de españoles y canarios desafectos a la independencia.

Inmediatamente se despiden, Bolívar ordena a su Secretario informe la presencia del coronel Antonio Nicolás Briceño en Cúcuta con destino a las Provincias de Venezuela y que ha aceptado su mando. Fue una jugada genial porque Manuel del Castillo también informó sobre la situación pero con términos despectivos, solo que el correo de Bolívar hacia Tunja salió antes de llegar el coronel del Castillo con su misión y el próximo envío será la semana subsiguiente.

Bolívar está interesado en la impresión que dejó Briceño en Castillo:

—Diga coronel, ¿cómo vio al coronel Briceño?

—Primero, es de nuestra generación y ha sido formado como rosarino, es un intelectual; Segundo, en las conductas que se le atribuyen es un “chispero” como el famoso Carbonell de Santa Fe de Bogotá, pero creo que usted lo ablandó; y tercero, creo que tiene su plan y no lo detendrá.

—Muy atinado coronel, usted es como yo, un buen observador. Me agradecería que el punto tercero no se haga realidad. Entonces Bolívar volvió a los asuntos de Cúcuta y hoy le tienen una sorpresa.

Ha pasado más tiempo del previsto y el ejército enviado para reforzar el avance sobre Venezuela no aparece. Bolívar entra en esa preocupación, los dos hombres enviados a encontrarse con Ribas y las fuerzas militares de la Nueva Granada, no han reportado absolutamente nada, inclusive en el correo del día que trajo los sucesos en Ocaña, nada aparece. Pero, son asuntos de la mente del brigadier Bolívar que tiene unos mapas sobre las tareas en curso, es una mente activa en todo momento. En eso entra a todo galope un correo donde indican que las tropas al mando de José Felix Ribas, siendo el segundo al mando el Atanasio Girardot, están en Ocaña en espera de instrucciones, entre tanto, es indudable que estén disfrutando de la hospitalidad inolvidable que recibe todo afecto a la independencia, en esa tierra maravillosa.

Cuando fue propicio y se resolvieron otros asuntos sobre la estadía de Briceño en San Cristóbal, Bolívar ordena a Ribas avanzar hasta Cúcuta y allí son recibidos con una gran hermandad, son 150 jóvenes que parecen niños, todos sobre 16 años, muchos apenas sobre 20 años y solo uno con 28 años, Antonio Ricaurte. Todos habían pasado la amarga experiencia de luchar entre hermanos, por las diferencias políticas entre centralistas y federalistas y todos dudaban de la necesidad de salir a luchar fuera de la Nueva Granada, cuando el enemigo español está tomando nuevos espacios después de

haber sido desalojados. Lo que no contaban era el recibimiento en Cúcuta. La gente salió a las calles y daba vítores a estos refuerzos, aplaudían y las mujeres de tierra caliente, algo atrevidas les floreaban con palabras como *¡Qué bellos ojos!* *¡Regálame un mechón!* *¡Te queda muy bien ese bozo!* *¡Si te vas sin una cucuteña en tú lista no sabes lo que te perdiste!* Y una chica que se prendió de la estampa de Atanasio le gritó *¡Quisiera ser tu caballo!* Todas las demás chicas se taparon la boca para no mostrar su risa porque pensaron que eso se completaba “*para llevarlo montado todo el día*”.

Nuevamente la parafernalia de la guerra está en resaltar el heroísmo del ejército y del pueblo cucuteño, y en eso Bolívar era el genio que en algo más de una hora describió la estrategia y la táctica de la batalla. Terminada esta parte del recibimiento, Bolívar ordena una reunión urgente y convoca a los coroneles Castillo y Ribas, al teniente coronel Girardot y al mayor Francisco de Paula Santander, un joven estudioso de las leyes nacido en una pequeña población entre Cúcuta y San Antonio llamada la Villa del Rosario. Durante el tiempo que Santander ha estado en Cúcuta ha sido relegado al manejo de tropas, pero sabiendo Bolívar de la amistad creciente con Castillo, lo incorpora porque sabe que comparte las diferencias de la presencia de Nicolás Briceño, por estos lados. Precisamente ese es el tema de la reunión.

Bolívar en presencia de Castillo narra los acontecimientos trágicos de dos víctimas de la guerra en San Cristóbal por órdenes de Briceño, son dos hombres mayores a los cuales Briceño acusa de ser los inductores de la muerte de un hombre en San Antonio que fue masacrado por los españoles en años recientes por ser partidario con la causa independentista. También los acusó de reunirse con adversarios políticos y enviar información sobre lo que acontece en San Cristóbal, a los realistas en Barinas donde estos tienen una base de operaciones con casi 3.000 hombres y además los acusó de burlarse del decreto que dictó según fueron las conversaciones con Bolívar y Castillo a finales de Marzo. Sin embargo,

se extralimitó y envió las cabezas de las víctimas en sendas cajas de madera para Castillo y Bolívar.

Bolívar habla largo y luego concreta:

—Traté de evitar la trascendencia de este acto cruel invitando al coronel Manuel del Castillo a suspender la comunicación cruzada con el coronel Briceño, quien ha abandonado la plaza a su cargo y ha salido anticipadamente a buscar batalla con los realistas de Barinas. Todo esto, con los detalles ha sido informado a las autoridades de las cuales dependo y entiendo el estupor que una circunstancia como esta pudo generar en la población de San Cristóbal. Ordené primero la convocatoria del coronel Briceño a Cúcuta y no la aceptó y luego ordené su captura, pero no fue posible. Si la conducta de este ser que se llama a si mismo incomprendido se hace común habremos perdido la posibilidad de llegar a Caracas, así que ratifico las instrucciones de mi mando emanadas del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y les participó que ya está aprobado el ingreso a Venezuela, según los planes trazados. ¿Quiere decir algo coronel Manuel del Castillo?

—Sí Señor, su narración está ajustada a toda la verdad, mi incomodidad no fue resaltada y es el momento de decirles que me indigné con esas fatídicas acciones del coronel Briceño, pero el tiempo borrarán estas cicatrices y establecerá la verdad.

—Así sea coronel, eso es todo por hoy, animen a sus tropas que hay un largo camino hasta Caracas. —Bolívar se levantó de la silla y fue directo a tomar agua de un tinajero que filtra el agua y le aporta una frescura inimaginable.

Desde que las tropas patriotas llegaron a Cúcuta, el calor parece que ha arreciado, hay días tan soleados y cálidos que parte de las tropas es enviada cerca de los ríos y quebradas a guarecerse del sol inclemente, en una movilización programada para que se mantenga el aseguramiento de la ciudad. En esos parajes, los militares se bañan plácidamente en grupos, mientras otros cuidan el armamento. El ambiente general del valle es seco, poco arbolado salvo en las galerías de los ríos, donde siempre hay algo de brisa que alivia el calor, si están

debajo de un árbol frondoso. La gente cucuteña sabe vivir en ese calor, hay horas en que solo se divisan los soldados del ejército patriota cuidando las calles que son arboladas, por esfuerzo de los vecinos; las demás almas están en sus casas con ropas frescas, con las puertas abiertas para que penetre la brisa. En la periferia de la Villa de San José Cúcuta existe una agricultura que se ayuda con agua llevada por caños hasta los sitios de producción.

En las tropas llegadas de Cundinamarca y Tunja predominan las personas blancas acostumbradas a climas frescos o fríos. En Cúcuta han sentido el sofocante calor y aunque no han reclamado ni sugerido nada en particular, Bolívar y Castillo han sugerido a Ribas y a Girardot que presenten una propuesta transitoria para ubicarlos en una zona fresca o al menos cerca del agua, donde puedan estar menos trajeados y como siempre con los ojos abiertos ante la amenaza siempre latente de una incursión a Cúcuta de tropas realistas acantonadas en los llanos orientales de la Nueva Granada. Ribas que nació en el clima fresco de Caracas, que desde octubre anda moviendo su cuerpo por zonas cálidas en comparación con ese clima le parece una buena idea y Atanasio Girardot que tiene los pómulos enrojecidos por el calor inicia las averiguaciones y con la ayuda de militares de la región consideran que pueden regresar hacia áreas más altas, donde el río Zulia es más caudaloso y encausado, que coinciden con los sitios del ingreso de las tropas para derrotar a Correa. Van a ser pocos días de descanso pero esta estrategia sirve para que se corra la voz que Cúcuta es inexpugnable por donde se le mire.

Hasta este momento la situación personal entre el Brigadier General Bolívar y el coronel Manuel del Castillo no son las mejores, durante dos veces previas que estuvo acompañándolo en San Antonio, le ordenó que avanzara sobre la población de La Grita, y este asesorado por el abogado y mayor Francisco de Paula Santander, le contestó que no podía exceder sus acciones al mandato de las instrucciones del gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada.

Finalmente accedió cuando creyó que todo estaba explícito en el permiso dado a Bolívar para rescatar a Venezuela de las garras de Monteverde. De manera que sin ninguna limitación de tropas y armamento Manuel del Castillo obedeció y partió hacia La Grita, superó toda duda y en ese trayecto incrementó la relación con el mayor Santander. En ese viaje a La Grita, una parte pequeña del apoyo llegado desde Tunja es indispensable y Atanasio Girardot forma parte del ejército que va tras Correa.

Allí, en esas operaciones militares, Atanasio aprendió de la experiencia de la planificación de la guerra, el mando planificó los movimientos con tal precisión hasta que finalmente el coronel realista Correa es nuevamente derrotado. La noticia le llega a Bolívar que se encontraba en San Cristóbal; se organiza para informar de este avance tan relevante al Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Terminada esta parte de la formalidad partió a encontrarse con los triunfadores en La Grita. Alabó el coraje y el método de la guerra, habló con los militares al mando y con la tropa. Luego regresó a Cúcuta acompañado de un pequeño ejército, donde estaban Ribas y Girardot, a finiquitar otros asuntos formales; en su retorno estaba algo preocupado por cuanto sintió la impresión de una trama complicada entre Santander y Castillo, que habría de resolver luego, al menos eso se lo dijo francamente a estos dos militares a quienes les tenía unos encargos cuando avanzaran sobre Mérida.

El agua drenó a favor de Bolívar y el lunes 10 de Mayo se presentó ante el Cabildo de la Villa de San José de Cúcuta a prestar juramento de obediencia a las autoridades de las provincias Unidas de la Nueva Granada, pero antes había organizado la vanguardia, las tropas centrales y la retaguardia. Ribas y Girardot serán la vanguardia y están saliendo anticipadamente hacia la Villa Redimida de San Antonio de Venezuela sitio de partida de la campaña dentro del territorio venezolano, pues Cúcuta es el sitio de partida de toda la

campaña y será tierra a cuidar con esmero o se pierde nuevamente la plaza.

Juramentado Bolívar pasa en su caballo recogiendo un precioso regalo por la casa de doña Mercedes Abrego. Es una casaca que él ha recibido con cariño y la usó en su primera entrada en San Antonio, pero esta vez Mercedes ha querido mejorarla y entallarla, ahora con sus verdaderas medidas.

Bolívar la toma con calma, ya sabe que Manuel del Castillo hace planes para renunciar y regresar a Cartagena y también conoce que en el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, una propuesta así será bien considerada, puede ser conveniente en estos momentos de fricción, así que con poco tiempo de diferencia ratifican el mando de Bolívar sobre las tropas de la Unión y él pone orden a la inmerecida forma de comportarse de Santander, quitándole toda posibilidad de regresar a Cúcuta con tropas a su mando que son indispensables para continuar el avance hacia Caracas. Algunos dicen que le amenazó de fusilarlo si contravenía la orden pero es improbable que hubiera sido así, habida cuenta no sabía cuántos contactos tenían Manuel del Castillo y Santander entre la oficialidad, y lo mejor fue entrar en la etapa de los elogios a las tropas. Estos regresan a Cúcuta con sentimientos encontrados, después del merecido triunfo en La Grita.

El otro tema sobre el cual nunca conciliarían fue la guerra a muerte planteada por el coronel Briceño, ahora en ruta hacia los llanos. Así transcurrieron unos días de tensa calma, pero el coronel Manuel del Castillo entró en férreas contradicciones con Bolívar al punto que confirmó su renuncia y fue aceptada, luego regresaría a su tierra natal, Cartagena de Indias, como Bolívar se lo sugirió hace poco tiempo.

Manuel del Castillo y Santander avanzaron ese pequeño tramo de la Campaña Admirable dieron demostraciones de coraje en la batalla de la Garganta de la Grita donde batieron al ejército del realista Correa, y el camino hacia los andes está

abierto. Las noticias parecen buenas aunque siempre se esperan sorpresas.

Atanasio Girardot ha estado enterado de cada una de estas dificultades, y siempre recuerda aquello que su padre le dijo cuando fue a despedirse para ir al encuentro con las tropas de Bolívar en Cúcuta: *“Entonces anda, sigue con Ribas hasta donde te lleve la vida y que sea Bolívar quien marque la pauta”*.

Por su parte Bolívar ha conocido en detalle la valiosa personalidad de cada uno de los oficiales neogranadinos que le acompañarán, unos son excelentes retaguardias y otros son vanguardias muy capaces, y *ese joven Atanasio Girardot es muy formal como militar y bizarro para la guerra*.

Capítulo X

Atanasio vanguardia por la libertad

De las altas montañas andinas descienden por las vertientes las aguas que conforman el río Táchira, por donde en este momento el joven teniente coronel Atanasio Girardot y su compañero de vanguardia coronel José Félix Ribas cruzan la línea de agua sobre la que Bolívar tenía dudas: *¿Ese río está allí para unir o desunir dos naciones?* En este momento los guerreros no tienen posibilidad alguna de responder a esa preocupación. Sin embargo, Bolívar siempre fue detallista de ese curso de agua y recomendaba detenerse en ese río casi siempre cristalino, de agua muy fresca y dulce, antes de entrar al pueblo colindante que les aguarda. Ribas que estuvo allí en la primera incursión de Bolívar recuerda que esa vez al pisar la tierra fronteriza, por donde comienza Venezuela, se pudo enterar de lo desmanes de los españoles a consecuencia de la historia rebelde de la Villa Redimida de San Antonio de Venezuela como incidentalmente la llamó, sustituyendo una parte del nombre del beato San Antonio de Padua, a quien debe su nombre. La gente de este pueblo es hospitalaria y muy emprendedora, tuvieron la oportunidad, en esos inicios de marzo, conocer una fábrica de carbón, otra de adoquines, y varias pequeñas empresas familiares relacionadas con la producción de las vasijas artesanales de greda, material que abunda en esos suelos que rodean la villa.

Mientras los caballos descansan y los soldados les ayudan para que tomen agua fresca, Ribas y Girardot conversan gratamente. Girardot le ha dicho que irá con este ejército hasta donde Dios lo lleve y que tiene un gran reconocimiento por el brigadier Bolívar. No son lisonjas de Girardot a sabiendas

que Ribas es un familiar cercano de Bolívar, y que fue José Felix quien le enseñó asuntos de la vida de los hombres que se aprenden poco a poco, y que además estuvo muy pendiente de los acontecimientos de los cuales en principio Bolívar estuvo relegado, en abril de 1810, para luego nutrirlo de información completa y detallada de la situación. Girardot aprovecha la conversación y lamenta la conducta huraña de Manuel del Castillo quien le propuso apenas conociéndolo que lo mejor sería devolverse pronto de esa incursión a Venezuela y que Dios es testigo de su lealtad y la de sus compañeros que recorrieron ese largo camino: Bogotá, Tunja, Ocaña hasta Cúcuta. *No fue para ver lo que ya pasó, sino para dar las nuevas batallas que el brigadier general Bolívar ha pedido al gobierno de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, le ayuden a darlas, y aquí estamos.*

—*¡Cómo es la vida de la guerra! Desde que llegamos a Ocaña, antes de la Batalla de Cúcuta, cualquiera con sentido de la escritura puede narrar una bella historia; hemos vivido de todo, la apertura de los pueblos, enamoramientos, discrepancias, angustias, cientos de correspondencias, proclamas, y sobre todo ha crecido la esperanza por recuperar Caracas.* —Ribas cree que esos pocos meses han sido de muchos aprendizajes, sobre todo en la política.

—*Cierto, lo que nos ha contado el brigadier Bolívar es una bonita historia, emociona y da valor para seguir.* Atanasio agrega: *Ya le conté de mi tristeza en estos dos años. La batalla del Bajo Palacé fue un momento de gloria, como lo fue la toma de Popayán. Pero, luego se puede decir que no estaba en las cartillas de la guerra de la independencia, pelearse entre hermanos, federalistas y centralistas. Y fue el brigadier Bolívar quien nos advirtió que ese no era el camino. Ahora creo que este es el camino, combatir al verdadero enemigo.* —Atanasio lamenta ese esfuerzo entre partidos de un mismo propósito.

—*Así es, lamento que no estuvieses aquí ese primer día después de la batalla de Cúcuta. Todo era alegría y Bolívar lanzó una proclama que la gente no ha terminado de aplaudir, eso*

genera muchas esperanzas de triunfos; los pesimistas contagian las derrotas. —Ribas entiende a todos estos jóvenes neogranadinos que aman la guerra por la libertad y van más allá, de las palabras a las acciones.

Ribas aprovecha el momento de frescura a las orillas del río para recordar junto a Atanasio algo que ha leído, una segunda proclama en la Villa de San Antonio de Venezuela en la cual Bolívar habla del valor de las tropas que le acompañan: *“A los soldados del ejército de Cartagena y de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, vuestro valor ha salvado la patria... vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela... el solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo...”*

—*Me alegra escuchar eso halagos, trataremos de merecerlos* —contestó Atanasio.

Es hora de continuar, las tropas se han refrescado, los caballos han bebido agua y comido hierbas tiernas de la orilla del río. Ribas y Atanasio avanzan a la par, con el pecho erguido, mientras la brisa incesante de San Antonio bate el cabello de los hombres y las crines de los caballos. La gente mira con alegría contagiosa las tropas que pasan, los niños y los jóvenes avanzan caminando junto a este ejército de vanguardia y luego comienzan a llegar los adultos a conversar y contar historias ya conocidas sobre los malos tratos recibidos en el pasado. Pareciera que Ribas lleva en sus venas la capacidad y la amplitud para agradar a la gente, Atanasio es recatado, pero José Félix lo conmina a incorporarse a una conversación atrevida propia de hombres libertinos, este accede y se divierte. Durante el resto del día, a veces debe preguntar el significado de algunas palabras, que en boca de gente de tierra caliente suenan sabrosas y en algunos momentos las mujeres se sonrojan al escucharlas; cuando le explican el significado con lujo de detalles se coloca las manos sobre la cabeza como diciendo, *y esto aquí es permitido, en Santa Fe los excomulgan.*

Atanasio cree encontrar en la forma de ser de José Félix Ribas similitudes con Carbonell “El Chispero” que a toda persona saludaba, todos eran de confianza e iban por su mismo camino que él trazaba con finura y fue así como se logró el apoyo popular en Santa Fe de Bogotá para los sucesos del 20 de Julio de 1810. Lo que no sabía Atanasio era que Ribas había sido el interlocutor con los pardos y la gente pobre de Caracas en esos momentos difíciles, durante y después del 19 de Abril de 1810. La gente se le acerca con suma confianza, dice cosas agradables y las mezcla con el compromiso de seguir en la lucha, esa es una habilidad que no logró Atanasio en sus años duros de estudio entre rosarinos, donde los temas siempre tenían que ser profundos, sin vericuetos hacia otros lados.

Aquella primera noche en San Antonio el clima fue benigno y recibieron ambos una invitación a la casa de los familiares del mártir Cayetano Redondo., que murió terriblemente masacrado por los españoles por haber impulsado la adhesión a la independencia hace año y medio, aproximadamente. Allí les dieron café traído de una villa vecina y para Atanasio es una grata sorpresa porque en Bogotá rara vez se consigue café, pero parece que en Cúcuta y San Antonio tienen entre sus secretos los lugares donde se da muy bien el cultivo del café desde hace muchos años. Como siempre sucedió con los visitantes a esa casa, la familia cuenta su luto, su tragedia, de ese cruel asesinato. Ellos están atentos al relato y coinciden en que efectivamente es una atrocidad, aunque común donde gobiernan los españoles. Se despiden y se dirigen hacia el campamento donde aguardarán a Bolívar cuando él decida la partida de esta nueva campaña. Deben faltar pocos días.

Girardot entra en un corto estado de melancolía cuando recuerda que comenzando mayo, ha cumplido 22 años, y le vienen esos recuerdos imborrables de infancia y juventud; su mente trae en ricos colores la ruta entre la Villa de Medellín hasta llegar al río Magdalena, y luego esos días románticos de navegar con la confianza que inspiraba Patrón el dueño de los champanes; luego recordó todo el trazado desde Honda,

Guaduas hasta Facatativá y de allí a la grata atención en la entrada de San Victorino para luego llegar a su casa, en el centro de Santa Fe de Bogotá. Esos recuerdos de la niñez marcaron su intelectualidad, de allí creció el amor por el conocimiento y se propuso aprender de grandes personajes de la época, hasta llegar a sus maestros en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que hoy ocupan cargos importantes del gobierno federal y en la Provincia de Cundinamarca. Se le escapan unas pocas lagrimas que se resbalan en sus pómulos rojos por la insolación que recientemente sufrió y discretamente simula que unas partículas de polvo movidas por la brisa encantada de San Antonio han rozado sus ojos, luego voltea la cara para evitar le descubran su emoción, porque imagina a Comadrona preparando dulces para complacer su apetito en sus cumpleaños y luego la imagina que estaría con una vasija buscando la mejor chicha de Santa Fe para acompañar la comida, y su padre espléndido saldría de su bodega con las manos ocupadas a colocar sobre la mesa una garrafa de vino, de esas que todavía llegan con regularidad desde la España. Pero, todos son recuerdos e imaginaciones mezcladas como alimento de la vida del migrante por razones de la guerra.

El siguiente amanecer, Girardot y Ribas salen con un grupo de soldados a recibir las informaciones de otros soldados que están pernoctando cerca del posible camino a seguir en el avance de las tropas, van a requerir novedades, con detalles tan simples como si alguien se acercó a ellos anoche y preguntaron cosas sin sentido o de poca importancia, o preguntaron hacia dónde van esas tropas.

—*Toda información sirve de algo* —ha dicho Ribas.

—*Usted es el maestro coronel* —respondió Atanasio.

Todo lo que escucharon fue analizado con sumo cuidado. Algunas personas que pasaron por allí antes que ellos eran comerciantes reconocidos y llevaban un pasaporte suscrito por el comandante militar de San Antonio. De manera que no hay nada que temer. Regresan, ordenan la tropa y comienzan avanzar por esas montañas áridas, de vegetación

arbustiva propia de esos paisajes, por un camino que los conduce hacia un pequeño valle fresco, luego vienen zonas frías con ligeros vientos que obligan a cubrirse la nariz para evitar resfriarse. Saben que Bolívar avanzará con las tropas del centro y detrás estará una retaguardia, de fieros militares expertos, atentos a cualquier sorpresa. Entrarán a San Cristóbal, una villa de buen clima, que hasta hace unos días estuvo gobernada por el coronel Nicolás Briceño, quien sin autorización del brigadier Bolívar, ha tomado el camino hacia los llanos, que Bolívar descartó en principio por la desigualdad numérica con las tropas realistas asentadas en Barinas, al mando del realista Tizcar.

En San Cristóbal aguardan por Bolívar para subir a La Grita por la misma vía utilizada para llegar a derrotar a Correa en días anteriores, pero Bolívar ha tenido una agenda muy cerrada de compromisos que no se pueden diferir y sigue despachando, dando instrucciones para cuidar la plaza de Cúcuta. Esta vez preparó algunas notas que leyó y firmó con instrucciones precisas para el valiente Lino Ramírez, que se encargará de la plaza hasta que él decida la sustitución política y militar. Por simple que parecían estas instrucciones, estaban concebidas para no dejar por fuera nada relativo a las medidas a aplicar en situación de guerra. De manera que Lino Ramírez se queda con una cartilla que son a su vez, órdenes y recomendaciones.

Estos asuntos que parecen insignificantes, en la guerra toman un cariz de estratégicos. Bolívar se hace esperar, aunque poco, porque no quiere que ocurran errores en el territorio liberado. Finalmente, con el camino seguro las tropas entran a San Cristóbal y prosiguen según lo convenido, mientras Ribas y Girardot avanzan en la vanguardia y permiten sin ninguna novedad el arribo de Bolívar a La Grita donde permanece por dos días. Pertener a la vanguardia es exponer la piel blanda a las sorpresas de la guerra, siempre hay alertas e informaciones no confirmadas de peligro. De allí, la vanguardia se coloca en camino a Bailadores ruta real por donde

huyó por segunda vez el español Correa y pernoctan en la vía, en una explanada pequeña, con clima de montaña fría, donde Atanasio aprovecha para llamar recuerdos y convicciones. Tiene días acumulados con pocas horas de sueño, y parece que esta vez podrá hacerlo en medio de ese frío parecido al santafereño.

Atanasio se abriga, pero no logra quedarse dormido, y repasa algunos comentarios sobre las cartas que se han enviado mutuamente Bolívar con Nariño, y Bolívar con Camilo Torres, se siente halagado por ese reconocimiento temprano al valor de los neogranadinos, pero sí eso lo conforta, también le invaden algunas dudas, entre otras, no sabe cómo se están entendiendo Camilo Torres y Antonio Nariño, ahora que este ejército de apoyo ha sido un cemento para ver la unidad de otra manera. Sigue pensando e imagina que a su regreso, todas estas experiencias vividas servirán para proponer otra forma de hacer la guerra. Incluso, se imagina a un hombre como Bolívar ayudando a la libertad plena de la Nueva Granada. Luego de pensar en tantos asuntos que el futuro deja pendientes, da un salto mental hacia su familia. Tiene casi tres meses sin saber en detalle de alguno de sus familiares y quien le preocupa en demasía es Pedro, por sus planes múltiples de organizar su vida económica, expandir su familia y participar en la guerra del sur de la Nueva Granada, donde el pensamiento a favor de España es muy fuerte y además, los realistas bajo engaño han sumado fuerzas indígenas que son muy valientes y creen que sus verdaderos enemigos son los criollos blancos y no los peninsulares que les enseñaron la religión y a trabajar, para ellos. Por extraño que parezca, le viene a la memoria la niña que escuchó nombrar por primera vez en Guaduas, y luego se presentó en una visita a su casa familiar en Santa Fe de Bogotá, Policarpa Salavarrieta, La Pola. Ese pensamiento le viene porque en sus tropas andan jóvenes de su edad, entre 16 y 17 años, valientes y posiblemente la conozcan o la hayan pretendido. *¡Creo haber visto esa joven frente al palacio protestando y pidiendo la*

salida del virrey Amar! Por su cabeza pasan muchas cosas, ve los borbollones de sangre que emanan de un cuello enemigo sangrante durante la batalla en el Bajo Palacé y también recuerda en colores nítidos el día que fue ascendido por sus méritos en esa batalla. Su joven corazón se ha acelerado y quiere descansar porque no sabe ni imagina qué será de mañana cuando se aproximen a Bailadores. *¿Habrá huido Correa otra vez?* Se da vuelta y se coloca en posición fetal y duerme lo que queda de la noche, sabe que Ribas es de los que se levanta temprano a despertar los gallos para que canten al amanecer.

En esa mañana fría han constatado que Correa no es un peligro, en su huida planificó estar lejos de este ejército que avanza victorioso. Este español es un zurumbático que no da la pelea, así que la aproximación a Bailadores es segura para que el plan de avance hacia Mérida se dé sin tropiezos. Un hombre poderoso de la economía regional se ha acercado a ellos a preguntar por Bolívar y ha sido sometido a un interrogatorio riguroso, pero lo que descubren es que será el anfitrión en una fiesta donde le tienen como sorpresa además de comida y un baile con las bellas jóvenes andinas, una declaración sencilla en la que lo reconocen como *Libertador de Bailadores*. Ribas que lo conoce bien sabe que a Bolívar no le desagradan estos reconocimientos, siempre que se entienda que es todo un ejército el libertador. Así que le dice al hombre que no lo exalten mucho que se confunde y hace aclaratorias como las que él acaba de hacer. Aprovecha para contarles que en febrero le nombraron *Libertador de Ocaña* y le cortaron la alegría con la cual estaba bailando para celebrar la libertad de esa villa. En todo caso, quien ha tomado interés por estar más cerca de Bolívar este atardecer es Atanasio y se lo ha dicho a su jefe directo José Félix Ribas, quien tampoco quiere perderse la fiesta.

Al llegar las tropas centrales, Bolívar es contactado por Ribas y Girardot quienes le informan que la familia Belandria será la anfitriona de su estadía y le quieren festejar. Él no tiene objeción alguna y les pide que lo acompañen durante esa

celebración. Estará dos días en Bailadores y ha preparado una proclama que será leída ante la población, en la tarde de mañana, para lo cual, *los convocaremos con apoyo del ejército*, ha dicho Bolívar. Los dos invitados se miran como diciendo que la providencia hizo el trabajo para no tener que pasar la vergüenza de solicitarle al jefe supremo de las tropas, permiso para acompañarle a comer y a bailar. Ese atardecer, Atanasio constata la facilidad con la cual Bolívar se abstrae, en apariencia, de la guerra cuando se trata de darse un respiro espiritual.

La fiesta comenzó con el alojamiento del brigadier en casa de los Belandria, donde recibió un encargo de agua caliente para limpiar su cuerpo y poder cambiar de ropa de campaña, que inmediatamente fue llevada por unas mujeres al servicio de la familia que lo hospeda para lavarlas y secarlas al aire fresco, cerca de un fogón colocado en un pasillo lateral de la casa. Sus botas fueron limpiadas con esmero y colocadas también cerca de aquel fogón para que disiparan la humedad y los olores. Ribas y Girardot aprovecharon las circunstancias para lavar sus cuerpos y arreglar algo el cabello, rebajar ligeramente las abundantes patillas de Ribas y ordenar el bozo espeso y desaliñado de Girardot; estos dos seres parecen otros.

Luego de un breve descanso, la intensa actividad en la casa para los preparativos cesa y unos hombres con instrumentos de cuerdas se colocan en una esquina de una amplia sala y tocan su primera canción, es música andina, vales que llevan algo de prisa en sus compases, y que en este caso, uno de los músicos le ha colocado una letra acorde al momento, que dice de Bolívar y su ejército libertador, como si hubieran ido a la casa de los músicos a enmendar la letra de la canción en la que le declaraban *Libertador de Bailadores*. En todo caso la fiesta se inició y los jóvenes que han venido están interesados en avanzar en el ejército, y las jóvenes mujeres están interesadas en conocer al brigadier y a sus oficiales. La canción escogida para la apertura la han tocado varias veces y Bolívar se acerca a los músicos y les agradece el gesto, pero

quiere que toquen alguna canción que no hable de guerra, que es su música de todos los días. Así que tocan otros vales y en la fiesta tres galanes danzan con las damas que se rotan para que todas puedan bailar. Al anochecer, los tres no han descansado y a los músicos les lloran los dedos, en ese descanso programado han bebido buen vino y un aguardiente local que tiene el extraño nombre de un animal. Las autoridades revolucionarias de Bailadores toman la palabra y dan un discurso muy bien logrado, pero dejan en el texto el elogio del *brigadier general Simón Bolívar, Libertador de Bailadores*. Bolívar contestó sucintamente al discurso agradeciendo este recibimiento y les recordó que el *libertador es el ejército completo*. Anocheció y la fiesta continuaba, se llegó a decir que todas las velas que contaba la villa de Bailadores se gastaron esa noche.

El día siguiente, Bolívar, Ribas y Girardot eran la comidilla de la villa. *¡Qué bien bailan! ¡Son incansables!* De Girardot llegaron a decir que *es de por aquí*, por su color y su forma andina de hablar. Según la cantidad de bailes que tuvieron con las jóvenes del pueblo, las relacionaron como novias o pretendidas por estos tres hombres. Pero la suerte fue que los jóvenes hombres lugareños que estaban allí, disfrutaron como nunca ese atardecer y la noche, y pudieron ver a sus novias con vestidos elegantes y bailaron con ellas sin que sus padres tomaran alguna represalia, como en tiempos anteriores. La guerra dio vida a Bailadores, normalmente frío y con gente interesada en labrar la tierra más que en divertirse, ha dejado como inolvidable la huella de este avance de las tropas libertadoras hacia Mérida, no sin antes escuchar las palabras de Bolívar a toda la comunidad, de alabar al pueblo, a los hermanos militares de la Nueva Granada factores imprescindibles para esta campaña, al gobierno de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y les adelanta que Mérida será gobernada por un patriota cabal, don Cristóbal Mendoza y que su nombramiento fue bien visto en Tunja, por Camilo Torres y el Congreso. Bolívar saca cuentas y dice que *Correa es un experto en correr, huyó de*

Cúcuta, de La Grita y de Bailadores; y vamos tras él pues sabemos también que huyó de Mérida y anda por Betijoque.

La vanguardia partió rumbo a Mérida y Bolívar con sus tropas centrales y la retaguardia salieron al día siguiente. El 23 de mayo, Bolívar entra triunfal a Mérida y planifica una estadía superior a una quincena para poder organizar los siguientes pasos de la guerra. En Mérida lo alcanza la gloria de ser designado oficialmente Libertador y el premio es un cuantioso ejército, sobre 500 hombres, al mando del coronel Vicente Campo Elías, un oriundo de España que arribó a Venezuela siendo un niño y se enamoró de la forma de vida en estas provincias andinas, ahora tiene 41 años y mucho coraje para enfrentar la guerra. Después de la caída de la república en manos de Monteverde, Campo Elías estuvo vagando entre montañas y pequeñas villas de Trujillo y luego se refugió en el frío páramo de Mucuchíes, escapando con suerte de los hombres que se encargaban de matar patriotas que estuvieron apoyando la causa independentista en Trujillo. Es un hombre de mucha confianza de los políticos merideños y es fiero; tanto que llegó a decir que los españoles no merecen vivir y cuando acabe con ellos, el mismo se quitará la vida, para que no que uno solo de ellos. Ese es el hombre que se une en Mérida al ejército libertador.

Atanasio lo conoce en uno de esos encuentros entre militares con mando de tropas, y Campo Elías le aclara algunos asuntos de la zona hacia donde se dirige como vanguardia, porque conoce muy bien esos parajes.

Por lo momentos Bolívar continua afianzando políticamente, usando su inagotable tinta, la unidad de propósitos con la Nueva Granada, y ha sido invitado al ayuntamiento a un acto público donde toma la palabra y da detalles significativos de lo que será la guerra de aquí en adelante, la sensación que queda entre los asistentes es que todo el país está en guerra, desde los andes en occidente hasta los llanos orientales; y cuando el presidente del Ayuntamiento toma la palabra para responder el discurso del héroe, lo alaba y lee la decisión de

conferirle el título de Libertador. Esta vez Bolívar abandona la renuencia a no aceptar esos honores, de aquí en adelante ese título será la presentación de este genio de la guerra de la independencia ante el mundo, hasta por sus adversarios, así lo hicieran en mofa.

Ya la vanguardia que vino hasta Mérida desde Cúcuta cumplió su cometido, fue el tramo donde los resultados eran previsiblemente favorables. Ahora, la vanguardia pasa a manos de Atanasio Girardot y avanzará con varios propósitos: Ribas irá buscando y abriendo espacios para una acometida fuerte contra Barinas; Luciano D'Eluyar y Hermógenes Maza avanzaran a buscar en su escondite a Ramón Correa que se estima está en las proximidades de Betijoque, en la provincia de Trujillo y Atanasio Girardot debe tomar la ciudad de Trujillo, formar alianzas con los patriotas, constituir gobierno e ir por los realistas de zonas próximas que obstaculicen el paso del ejército mayor que avanzará con Bolívar, y esperar nuevas órdenes del Libertador.

Esta red de acciones comienza a dar sus frutos con la derrota de Ramón Correa y sus tropas por la vanguardia del ejército libertador. Correa venía huyendo de Mérida, bajó por la serranía se ubicó en Betijoque, una pequeña y fresca villa en el pie de monte andino, en la cara que mira a la cuenca del Lago de Maracaibo. Correa diseña su estrategia para utilizar eficientemente unos 600 hombres contra la posible acción de las tropas comandadas por Atanasio Girardot, todo parecía darle confianza en un posible triunfo, sabía que el ejército republicano tenía menos soldados que el realista, pero esa diferencia en ese tipo de batallas, de apenas cien hombres no es motivo para cantar victoria tempranamente, todo dependerá del coraje de los guerreros; así que escogió el cerro de Ponemesa, situado en la falda de la montaña andina para ubicarse; en esa posición el ejército patriota quedaba expuesto a la vista de Correa y sus militares. Correa llegó a creer que ese sitio le favorecería y podía derrotarlos, aquel 4 de Junio de 1813. Sin embargo, sus hombres fueron insuficientes para

la estrategia fijada por Atanasio Girardot, Luciano D'Eluyar, Hermógenes Maza, Antonio Ricaurte y Manuel Gogorza Lechuga, que subieron sin exponerse y atacaron por los flancos, pudieron colocarse en un espacio más alto que las tropas de Correa y luego Girardot cargó por el centro con sus tropas y cortaron la esperanza del realista, quien derrotado toma una fila de la montaña para escapar con destino a Maracaibo.

Los refuerzos que había solicitado Correa con bastante anticipación a la batalla llegaron dos días tarde, y también fueron repelidos. Ha sido esta la última batalla de Correa, su desprestigio por tres batallas perdidas y varias retiradas sin dar pelea, parecen ser la estocada final de esta carrera militar, pero no fue así. Después de la batalla de Betijoque, Ramón Correa, experto en huir, toma la ruta de las costas del Lago de Maracaibo, donde varias fragatas esperan por las tropas que vienen en retirada, sin lograr entender cómo se han perdido tantas batallas desde febrero, cuando fueron derrotadas en Cúcuta por Bolívar. En sus análisis han encontrado que las operaciones y táctica militar de los patriotas tiene dos elementos que pudieran ser la explicación; asumen riesgos que pudieran considerarse efectos sorpresa, inesperados por ellos, y disponen de unas vanguardias aguerridas que se la juegan todo y generan una gran confusión en el combate. Pero, hay una que no logran percibir, el objetivo es abrir un camino libre de realistas hasta Caracas y para eso, las distracciones son solo aquellas que pudieran frenar ese propósito. Así que no perderán tiempo persiguiendo estas tropas en retirada. Con su arribo a Maracaibo, Ramón Correa es protegido por Fernando Miyares, su suegro y gobernador de la provincia, no tiene que dar explicaciones de sus fracasos, al menos eso es un alivio para Miyares, para su prestigio y el cuidado del padre de sus nietos. Allí Miyares lo retendrá un tiempo mientras prepara su salida de gobierno para viajar a España, luego a Cuba y no regresará Venezuela. Correa esperará en Maracaibo por nuevas oportunidades militares.

Este triunfo le permite a Atanasio Girardot programar las acciones que lleven la vanguardia a la ciudad de Trujillo; estima que consolidada la posición en Betijoque, y con cautela, en unos cinco días podrá estar entrando al corazón de esa ciudad andina. En su avance Atanasio entra en contacto con los patriotas que están prestos a apoyar la toma de Trujillo, entre estos se encontraban muchos hombres que fueron perseguidos durante el último gobierno realista de la provincia y que habían sobrevivido escondidos en las montañas, donde otrora vivieron los indígenas cuicas, y algunos de sus descendientes fueron guías para evadir las persecuciones. En ese grupo estaba un sacerdote católico muy apreciado en Trujillo de nombre José Antonio Rosario que perseguido huyó con varios jóvenes evitando una posible degollina por parte de esbirros como el cura Andrés Torrellas, Pedro Fernández el llamado “Terremoto de Trujillo”, quienes acompañados de Manuel Geraldino “El Verdugo de Trujillo”, Pedro González “El Canario” y el mestizo Juan José de Los Reyes Vargas “El Azote de Trujillo”, van tras la población patriótica como expertos cazadores.

Una niña con buen porte de estatura que no mostraba su verdadera edad, que era discípula del sacerdote en los temas de la rebelión independentista estuvo junta a él en su escondite, preservándose la vida. El sacerdote Rosario invitó a los oficiales a entrar a su hacienda en Carmania, que fue su centro de operaciones formativas por varios años, de aquellos jóvenes que ahora están prestos a seguir con el ejército libertador. Manuel Gogorza Lechuga que conoce bien al cura le dice a Girardot que es un hombre de fiar pero que no se sabe cuál es la condición de esa propiedad, o si está ocupada por los enemigos. Así que se avanza con mucho cuidado y el sacerdote y varios de los jóvenes van en sus mulas, incluida la bella niña Dolores. Mientras un pelotón avanza con los cuidados propios de una vanguardia el padre Antonio Rosario le cuenta escuetamente que él ha sido muy proclive a la guerra a muerte que preconizó Antonio Nicolás Briceño desde Cartagena

en adelante, en su retorno a Venezuela. Les muestra algunas correspondencias suscritas por Briceño, nativo de una pequeña villa cercana a quien le tiene mucho cariño, y le dice a Atanasio algo muy trascendente:

—Conocida la posible llegada del ejercito libertador, hemos seguido debatiendo lo que pudiera ser un decreto de guerra a muerte, si no hay miedo no habrá paz. Los españoles seguirán reagrupándose sin temor.

*—Su Merced, le digo que la guerra es una condición de vida muy difícil pero los términos de la guerra son de una política que está lejos de mi alcance. Ese discurso ya lo hemos escuchado antes y creo que nuestro comandante en jefe no lo avaló. Las circunstancias no han cambiado mucho, que yo sepa. Contestó Atanasio y luego agregó *¿qué hace esa niña entre tanto revolucionario?**

—Pues aguardemos por el general Bolívar para darle nuestras ideas, ya él sabe que en Barinas está Nicolás Briceño preso y sometido a un juicio de infidencia. Ya varios militares que habían preparado un complot contra Tizcar fueron asesinados, otros están en interrogatorios... —El padre Rosario dejó caer algunas lágrimas de desconuelo por la suerte de su amado amigo Nicolás Briceño, y entre sollozos, le dijo que— *si se queda por hoy en Carmania esta niña le cocinará lo mejor de nuestra comida campesina; no lo olvidará.*

Toda esa área está despejada, algunos de los matones fueron capturados por la tropa cuando fingían ser paisanos transportando alimentos en mulas. Los horrores cometidos no dieron tiempo de entregarle a Atanasio los capturados para interrogarlos, porque los muertos no hablan.

Así que ese atardecer la espigada niña no solo cocinó para Girardot y otros jefes patriotas sino que demostró que hablaba bonito sobre sus esperanzas libertarias. En toda la zona que han recorrido desde Ocaña, las mujeres son valientes, hacen sacrificios de informantes a las tropas independentistas, ayudan a apilar bastimentos para la alimentación que requiere la tropa en su avance, y otras aprovechan los descansos

de la tropa para escaparse con sus esposos a algún matorral, donde solo las lagartijas, las hormigas y los pájaros rompen la privacidad. Siempre han ordenado a algunos oficiales que las hagan desistir de seguir a la tropa, pero no ha sido posible, y saben que para Bolívar toda mujer es una diosa que merece respeto y consideración. Atanasio ha sugerido que ese pequeño número de mujeres podrán ser alojadas en Trujillo, donde se esperará la llegada del Libertador.

La conversación entre Dolores Dionisia Santos Moreno y Atanasio se alargó más de lo que permitiría el padre Rosario a cualquier otro cristiano, sabía que Atanasio era soltero y posiblemente hasta célibe, porque los comentarios fue que pasó la vida estudiando y de allí fue inmediato a la guerra. A decir de muchos, Dolores no fue que se enamoró sino que le impactó tanto la figura de este hombre con porte de andino, abogado, teniente coronel y héroe de batallas pasadas y posiblemente héroe de otras batallas por venir, que le sugirió al padre Rosario la incluyera en la agenda de los que darían las palabras de la bienvenida a Simón Bolívar cuando arribe a Trujillo. Ambos, Rosario y Atanasio se miraron y con un movimiento simultáneo de cabeza aprobaron la idea.

En el camino hacia Trujillo, Gogorza le cuenta a Atanasio parte de la vida de ese sacerdote; es un hombre polémico, sin duda de su condición revolucionaria, muy apreciado en Trujillo y en todo ese trayecto desde Carmania hasta La Puerta, en el páramo andino. Dicen que tiene unos treinta hijos en sendas mujeres y que de cuando en cuando se desaparece en las montañas a beber aguardiente producido a escondidas de las autoridades locales, pero desde que le dieron al cuidado esa niña, es otro ser, está dedicado a su formación en lenguas, aritmética e historia. Montado en su mula el padre Rosario cierra los ojos a ratos y hubo un momento en que preocupados le preguntan por ese hábito mientras la mula camina y él respondió con franqueza:

—Cada vez que cierro los ojos es para orar por Antonio Nicolás Briceño que solamente el poder de Dios puede salvarlo de esos malvados —y nuevamente lloró.

Todas las condiciones están dadas para entrar a Trujillo sin que medie la muerte. Manuel Cañas ha escapado hacia Carache con la mayor parte de su ejército y personas afines al partido realista. Sabe que esa villa es afecta a los realistas, y se ha comportado como acérrima enemiga de los insurgentes. Atanasio preside la entrada, y cada uno de los valientes de Ponemesa lleva detrás tropas que avanzan cuidando los lados y el centro. Al llegar al Convento Regina Angelorum la población se había volcado a la calle y los elogios eran como las crecidas abundantes de los ríos que han visto últimamente. Además, un goteo del cielo bautiza esa entrada triunfal, es tiempo de lluvias y todo a los lados es verdor, una imponente montaña verde está al frente de ese ejército, y que salvo pocos naturales de Trujillo, imaginaban ese portento donde se tejieron tantas leyendas de los primeros pobladores de estas tierras.

Atanasio, en medio de la algarabía de los habitantes trujillanos, proclama la ciudad tierra liberada y convoca a formar un nuevo gobierno que él presidirá temporalmente. A su lado ha estado todo el tiempo Dolores quien le ha dicho que si es necesario podrá acompañarle en cualquiera acción de guerra. ¡Él nunca dijo no a esa jovencita! Menos ahora que Manuel Gogorza Lechuga le ha presentado otra bella joven que viene con el ejército con ropa de hombre y dice llamarse Bárbara de la Torre, hija de un militar independentista y que tiene ya alguna experiencia en movilización con las tropas de Gogorza, incluida la reciente batalla que acaban de ganar hace cinco días en el campo de Ponemesa frente a Betijoque, pero la situación es mejor, luego siguieron acercándose mujeres, todas con perfil de combatientes.

La actividad de Atanasio es ahora de carácter político y militar, las reuniones con los líderes que aparecen convocados dan la idea que algunos faltan, los más impetuosos están

presos en las mazmorras de Puerto Cabello, incluido el primer gobernador de la provincia una vez declarada la independencia; nueve personas que llevaban el apellido Briceño que abundaban como los cedros en las quebradas trujillanas, y cinco sacerdotes afines a los procesos independentistas, también están ausentes y presos. Al menos están presos, porque los restantes líderes locales fueron pasados por el filo de la cuchilla por esos esbirros que no se agotaban persiguiendo gente y hurgando en toda la geografía, buscando los enemigos que fueron personajes muy visibles durante los años anteriores, de idilio independentista. Atanasio ha sido informado que dos hermanos de Nicolás Briceño fueron enviados a la isla de Puerto Rico a cumplir sentencia por sedición. En todo caso, estas son las personas con las que se cuenta y deben tomar el gobierno provincial, sustituyendo aquellos que han abandonado sus puestos de trabajo, acompañando al militar realista Manuel Cañas. Alguien le ha comentado a Atanasio que al Padre Antonio Rosario lo capturaron los realistas cuando estaba bajo las influencias del dios Baco y lo desconsideraron como un hombre capaz de aportar algo a las ideas revolucionarias, y que además de borracho era un mujeriego empedernido, sin disciplina para las lides políticas. Así que lo dejaron ir; fue entonces cuando se llevó a Dolores y a otros jóvenes a esconderse en las montañas. Los degolladores no sabían de la gran amistad del padre Rosario con Antonio Nicolás Briceño, de haberlo sabido no estuviera en la plaza escuchando la arenga de Atanasio a la población, indicándoles que el Libertador vendrá pronto a Trujillo.

En algún momento, Rosario habla en privado con Atanasio, toma de la mano a Dolores y se retira de Trujillo, él va a celebrar su cumpleaños en Carmania y allí aguardará el paso del Libertador; se ha corrido el rumor que estuvo la noche anterior en una hacienda de la familia Labastidas, donde lamentó la prisión de Antonio Nicolás, le recordó como familiar y casado con una de sus primas queridas, y les habló de las coincidencias y diferencias en el enfoque de la guerra.

De tarde, sabían de su pasión por el baile y una de las jóvenes Labastidas lo acompañó con el inconveniente de que en uno de esos movimientos del baile, enredó sus discretas polainas de oro en el vestido de la joven y le causo una rotura posiblemente incorregible o quizás podría ser disimulada con un bordado. La joven se acercó a su oído y le dijo: *No se preocupe Libertador, es un honor que usted haya sido el primero en desgarrar mi vestido.* Bolívar no supo que contestar.

Ya le habían informado que el padre Rosario lo aguardaba en Carmania y partió a ese encuentro. Se sentaron a conversar y el cura le muestra las cartas recibidas signadas por Briceño. Hablaban de la guerra, de la bandera de la guerra a muerte que ondearía en las batallas que se darían después de salir de Cartagena y finalmente Antonio Rosario le dijo que se verá extraño a un sacerdote hablar de la guerra a muerte pero él tiene el esbozo de algunas ideas sobre el tema y las entregó a Bolívar. En ese mismo encuentro el sacerdote le dejó una pregunta abierta, para que se la responda en su cabalgata a Trujillo:

—*¿Que vamos a hacer con esos sanguinarios que mataron tanta gente llevando las órdenes de Monteverde?*

—*Buena pregunta* —le contestó Bolívar.

Atanasio ha enviado emisarios y refuerzos para cuidar la entrada de Bolívar a Trujillo. Entretanto, todas las familias se dedicaron a limpiar la ciudad, a sacar las hierbas que son evidentes descuidos de la estética de las calles y la gente comenzó a reunirse para ver al héroe que hizo posible fueran redimidos de la crueldad española. Durante la cabalgata estuvo meditando sobre el destino cierto de Briceño, ya han fusilado a varios patriotas en Barinas, y él está siendo interrogado por un fiscal que ama la sangre. *¡Es imposible que venga un perdón! Nosotros fuimos los incautos que asidos al perdón quisimos que la realidad independentista se metiera en la cabeza de los españoles y canarios, pero esos perdones no funcionaron.* En un descanso para mirar el paisaje que Bolívar siempre recordará, leyó el papel con las notas del padre Rosario, le

parecieron toscas aunque allí había planteamientos cruciales para darle otro orden y sentido político.

Las puertas de todas las casas estaban abiertas para que el Libertador pernoctara los días que fueran necesarios, pero el compromiso lo llevó a una casa amplia donde podía despachar correspondencia, atender casos, hacer planes, comer rigurosamente porque ha sentido la resaca del viaje desde Mérida por el intenso frío de los páramos casualmente nevados, y podía caminar internamente con ropas frescas, estirando las piernas.

Por otro lado un joven que acompañaba a Briceño, sin grado militar, había sido perdonado hace unos días, consiguió un caballo que lo alejara de una posible nueva captura, se fue primero a paso lento, y al salir de Barinas, se enrumbó a Trujillo. En Barinas se sabía que Trujillo iba a ser el centro de operaciones de Bolívar antes de continuar su avance hacia Caracas. La gente de Tizcar le restó importancia a aquel joven, quien después de varios días apareció en Trujillo informando que a Briceño le habían dictado sentencia y que lo tenían en una casa con mucha seguridad, como antesala de la muerte. El joven fue llevado ante la presencia de Bolívar al despuntar el alba, y fue escuchado con mucho interés. Ha dicho, que *el coronel Briceño se portó como todo un héroe, que declaró que ese ejército bajo su mando -mirando al Libertador- son varios miles de hombres y eso tiene nervioso a los militares de allí. Lo triste es que para hoy sería la ejecución de la sentencia.* Bolívar agradeció el coraje de ese joven que en cuatro días de caminos tortuosos, con cortos períodos de descanso creyó que esa información era muy importante, y en efecto lo era, pero también era irreversible. Ordenó le dieran algo de comer al joven y lo asignaran a las tropas de vanguardia de Atanasio Girardot.

Bolívar durmió mal la noche previa a la llegada de ese joven, tuvo sueños intermitentes con el discurso de la guerra a muerte, y finalmente se levantó de la cama e hizo levantar a su secretario para que tomara nota de lo que dictaría. Por un

momento creyó que el secretario estaba en ese trance entre dormido y despierto, lo sacudió y lo despertó definitivamente. Y comenzó a dictar el trascendente Decreto de Guerra a Muerte con el cual continuaría la Campaña Admirable y otras acciones colaterales. Para algunos, sin haber leído ese documento, les parece redundante un decreto de esta naturaleza por cuanto guerra tiene por sinónimo destrucción y muerte. Para Atanasio, el abogado, es un acto político formal que tipifica varios delitos y sus penas, también incluye las exenciones. Cuando todo está en orden, ha sido revisado varias veces, y las manos de Pedro Briceño no dan para más, Bolívar convoca a algunos allegados militares y civiles y lo rubrica para la historia.

*“Simón Bolívar, Brigadier de la Unión,
General en Jefe del Ejército del Norte,
libertador de Venezuela*

A sus conciudadanos venezolanos:

Un ejército de hermanos, enviado por el Soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a restablecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela...”

Luego de estas palabras iniciales Bolívar detalla y fundamenta su proclama, no hay duda que es relevante para el momento histórico asumir posiciones drásticas contra el enemigo, indicar que aún hay capacidad de perdón y que las tropas están abiertas a luchar por la independencia, y finalmente clava la estaca en el corazón del enemigo:

“Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de

la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.”

Leído el Decreto y ordenada la publicación, inmediatamente ordena a Girardot que uno de sus oficiales, el coronel Manuel Gogorza Lechuga, será el comandante de un *Batallón de exterminio de conciliadores, desertores, delatores, judas, traidores, bandidos y delincuentes* en la aplicación del citado Decreto. Ese encargo daba terror pero Gogorza asumió las funciones inmediatamente. Sus hombres eran conocedores de la Provincia de Trujillo, conocían sus caminos reales y los caminos indígenas, sabían dónde podían estar los criminales que sacrificaron tantos trujillanos en casi un año de operaciones al servicio de Monteverde. Barbarita, la bella mujer de 22 años que le acompaña como oficial estará en ese batallón y acompañarán a las tropas cuando haya acciones para que ejecuten lo previsto en el Decreto de Guerra a Muerte.

Después de la firma del decreto de Guerra a Muerte se analizan los planes para avanzar hacia otras partes de Venezuela y definen que es necesario despejar la villa de Carache, una villa que ha sido reacia a los acontecimientos independentistas de Caracas desde 1810, conductas que han sido atribuidas a su espíritu conservador generado por una práctica distorsionada de la fe católica, aupada por los españoles. En Carache el realista Coronel Manuel Cañas tiene unos 500 soldados cerrando el paso al ejército libertador. Esa tarea se la encarga Bolívar a su pupilo Atanasio Girardot, quien dos días después de la orden parte con 400 hombres y dos bellas amazonas, Dolores y Barbarita, a enfrentar a Cañas y este se repliega hacia una zona denominada Agua de Obispos; es el día subsiguiente a la llegada de las tropas patriotas que se produce el combate y los realistas son derrotados, se toman 63 prisioneros en el lugar de los acontecimientos y capturan unos treinta huyendo a pie y son llevados junto a los otros; además se capturan muchas armas y municiones. Manuel Cañas huye y Atanasio debe ejecutar las órdenes de Bolívar. Es el coronel Gogorza quien hace lo previsto en el reciente decreto de Guerra a Muerte.

No hubo clemencia para aquellos que tenían crímenes en sus haberes, pero los campesinos y pobladores fueron invitados a jurar por la bandera que acompaña la vanguardia, y fueron exceptuados.

Es entonces cuando Atanasio lanza al viento fresco una proclama libertaria:

“Atanasio Girardot, Teniente Coronel de Los Ejércitos de los Estados Unidos de La Nueva Granada, Comandante del 4º Batallón de Línea y de las Divisiones de que se compone La Vanguardia del Ejército de Operaciones del Norte destinado a Libertar los oprimidos pueblos de Venezuela, de que es General en Jefe el Señor Brigadier Ciudadano Simón Bolívar, Etc.

1º Primero: Hago saber a todos los vecinos estantes y habitantes de este pueblo de Carache y su jurisdicción, que en el preciso y perentorio término de veinte y cuatro horas se presenten a esta Comandancia, bajo la garantía de que serán los delincuentes perdonados; pero no presentándose serán embargados sus bienes, muebles y raíces, y se procederá contra ellos a lo más que hubiere lugar

2º Segundo: del mismo modo se presentarán con sus fusiles, fornitura u otra cualquiera arma con que se encuentren todos los soldados del ejército enemigo comandado por el español Cañas que andan dispersos por estas inmediaciones, de resultas de la completa derrota que sufrieron el día de ayer, seguros de que no se les hará el menor mal, y que antes por el contrario, la Patria; como hijos descarriados, los abrigará en su seno; mas si sordos a sus tiernos e imperiosos clamores, insisten en sus descarriados crímenes y maquinaciones, serán severamente castigados y tratados como a desnaturalizados pérfidos asesinos.

3º Tercero: desde este momento será reconocida la autoridad suprema del Estado libre e independiente de Trujillo, que provisoriamente, ejerce el ciudadano Francisco Andrés Mendoza, a cuyas órdenes, que obedecerán y respetarán en cuanto mandare, están y quedan sujetos desde este instante.

Para que no carezca el vecindario de Carache de persona que ejerza la recta Administración de Justicia, nombro interina y provisionalmente la denominación de Alcalde Pedáneo y con las mismas atribuciones que los antiguos Tenientes Justicias, hasta la aprobación o revocación del referido Gobernador del Estado o del General en Jefe, al ciudadano Bernabé Cos, quien prestará ante mí el juramento de ejercerla bien y fielmente; y todo el vecindario de la jurisdicción de Carache, y sus partidos adyacentes, son obligados a obedecerlo y respetarlo en cuanto mandare, por dirigirse al mejor orden político y servicio de la Patria.

El referido Alcalde Cos elegirá un día, para que convocado todo el vecindario le reciban a presencia de este venerable cura, el juramento de Libertad e Independencia.

Por último, convoco a todos los vecinos ausentes y dispersos en los montes y bosques de la jurisdicción que vuelvan a disfrutar de la comodidad en sus casas y hogar en quieta y pacífica posesión de los derechos que les dio Dios y la naturaleza, apercibidos con lo misma aversión de las leyes, si contravinieren a este amoroso convite que os hago en nombre de la Patria.

Cuartel General de la Vanguardia del Ejército en Carache, a 19 de Junio de 1813.- 3º de la Independencia, 1º de la Guerra a Muerte”.

A eso de las cinco de la tarde, Atanasio preparó un informe detallado a Bolívar sobre esta operación de guerra en la cual evidencia que la batalla la perdió la cobardía realista: *“Toda la oficialidad y tropas, por un movimiento simultáneo, y como movidos de un impulso secreto, cada uno se disputaba la gloria de distinguirse, y cada uno intentaba oscurecer los hechos de los otros, ¡tal era el ardor que los animaba! Sí, señor General, todos se han portado con el mismo valor, y así es que me atrevo a recomendarlos a todos, sin excepción alguna...Por nuestra parte hemos tenido muertos un cabo del 5º batallón, y un soldado de caballería y tres heridos, el uno de gravedad. Del campo enemigo se han recogido cuatro muertos y muchos heridos...el enemigo absolutamente fue desecho y disperso en los montes...”.*

La comunicación evidenció la razón de llamar a que volvieran a Carache a deponer sus armas con la garantía de la vida. Bolívar está orgulloso y envía una nota sencilla *“El resultado de esta acción es decisiva y el más ventajoso que podríamos desear porque hemos superado el único obstáculo que se nos oponía para continuar la marcha hasta Caracas...”*

Girardot regresa a la ciudad de Trujillo con la tropa original casi íntegra y viene aumentada con nuevos patriotas que confundidos estuvieron al servicio de Manuel Cañas. No se imagina Atanasio la sorpresa, Bolívar y las autoridades civiles, el ejército allí acantonado y el pueblo salen a recibirlo y el general en jefe de los ejércitos se sube a un improvisado entablado y lee una proclama que los valora como grandes guerreros, les aclara otros acontecimientos y los reta a ir a buscar más gloria en Barinas:

“Soldados del Ejército Libertador de Venezuela: Las tropas de bandidos que infestaban la provincia de Trujillo, acaudilladas por el mismo Correa y el cobarde Cañas, han desaparecido de nuestra presencia...Carache, el infame pueblo de Carache ha sido libertado y castigado á la vez. Sus habitantes rebeldes han muerto ó son nuestros prisioneros, y los otros que se han acogido bajo vuestra protección, gozan ya del abrigo de las leyes... ¡Vencedores de Carache! Sabed que el pueblo que venís á rescatar es tan digno de vuestros heroicos sacrificios, que todo él está lidiando por la libertad o padeciendo por ella...”

Bolívar les adelanta información sobre unos acontecimientos en San Carlos, otro de los puntos claves de la Campaña Admirable, donde un grupo de mujeres toma por asalto una dependencia militar realista, fueron capturadas y masacradas:

“Hasta el bello sexo, las delicias del género humano, nuestras amazonas, han combatido contra los tiranos de San Carlos con un valor divino... Los monstruos y los tigres de España han colmado la medida de la cobardía a su nación: han dirigido sus

infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestras beldades; han derramado su sangre, han hecho expirar a muchas de ellas, y las han cargado de cadenas, porque concibieron el sublime designio de libertar la patria. ¡Las mujeres, sí, soldados, las mujeres del país que estáis pisando, han combatido contra los opresores y nos disputan la gloria de vencerlos!”

Los que se están enterando lloran de rabia y crece el rencor y la pasión por la victoria. Barbarita y Dolores se sienten benditas en ese discurso del general en jefe de los ejércitos libertadores.

Cuatro días después de esa batalla y un día después del caluroso recibimiento en Trujillo, Girardot escribe a sus padres, les dice que está actualmente en Trujillo y que ha estado en Carache donde triunfaron y en lo personal agrega con valentía “*No tengan cuidado de mí porque las balas no se atreven a mi pecho... A la madre de D’Eluyar que no tenga cuidado por su hijo que está a mi lado y es mayor general de la vanguardia, que se ha portado muy bien y tengo la esperanza de verlo general.* Luego de esa carta, consideran en Cundinamarca que esa batalla de Carache fue de un desempeño militar perfecto, más miedo y menos muertos, mejor que en Ventaquemada cuando enfrentó a las tropas de Nariño, con la ventaja que en Carache ha cubierto de gloria a los neogranadinos contra los realistas, y no fue entre hermanos.

Esa noche, antes de partir a perseguir a Tizcar en Barinas con el ejército libertador al mando de Bolívar, Atanasio duerme entrecortado, sabe que allá esperan más de 1.500 enemigos, pero piensa *que deben ser derrotados para poder continuar con el plan de llegar victoriosos a Caracas.* Por razones de la mente, tiene una pesadilla que lo hace sudar mucho, le ha aparecido las imágenes de la vez que en Cúcuta se le agravó la salud y hasta un sacerdote lo llevaron para confesarlo y darle la última comunión, pero al día siguiente comenzó a mejorar, y el pronóstico fatalista desapareció, fue un fuerte tabardillo que le dejó por mucho tiempo los

pómulos enrojecidos. Este sueño con diferentes circunstancias del pasado es recurrente cuando piensa en su gente, y hoy ha escrito una carta para sus padres, que casi nunca tienen respuestas oportunas, o si llegaron respuestas están mezcladas con la amplia correspondencia que se recibe desde la Nueva Granada. Algunas de las correspondencias recibidas de su familia y firmadas por su padre le recuerdan que no deje de hacer sus oraciones para que se encuentren con los cientos que ellos hacen en Santa Fe cada día, por sus regresos, sanos y salvos.

Tizar no logra contener al ejército libertador; el miedo, no al combate, sino a ser capturados y ajusticiados asalta sus tropas, que se dispersan con poca resistencia. No eran varios miles los que dijo Briceño en su declaración, los que fueron contra Tizar, numéricamente estaban en desventaja pero la realidad era que peleaban como varios miles. En su huida Tizar aparece nuevamente en Niquitao.

José Felix Ribas, Campo Elías, José María Ortega y Rafael Urdaneta enfrentan a Tizar en Niquitao, quien viene derrotado de Barinas; fue una batalla cruenta pero bien planificada, dos columnas atacan los flancos realistas gobernados por Antonio Tizar y José Martí hasta provocar la huida hacia la parte más alta del páramo, entonces Ribas ordena toque de corneta que crea pavor en las tropas enemigas, ha ordenado el degüello en una de las más cruentas batallas de la Provincia de Trujillo, queda un riachuelo de sangre bajando del páramo, son pocos los realistas que logran evadirse, entre otros Tizar y Martí. Se capturan 540 soldados enemigos y se enjuician según el decreto de Guerra a Muerte a tres capitanes y otros ocho españoles que andaban con ese ejército realista. Los venezolanos, según lo convenido con el gobierno de la Unión neogranadina, serán excusados e incorporados a las filas patriotas si es de su parecer; al final de la batalla, cuando muere la tarde, esas montañas son un cementerio por donde es difícil que los caballos pasen sin perturbar la paz de los muertos. Las tropas enemigas que lograron huir son perseguidas

intensamente por las tropas al mando de Atanasio Girardot, y logran llegar hasta las orillas del río Apure, en San Fernando y Puerto Nutrias, donde embarcan buscando llegar hasta el territorio de Guayana. Algunos consideran esta persecución un sacrificio porque de haber coincidido Tizcar y Martí con las tropas realistas que venían en su auxilio pero no lo ubicaron, hubiera sido una batalla muy desigual para los patriotas. Pero no sucedió, las oraciones en Santa Fe hicieron algún efecto.

Es la primera experiencia llanera de Atanasio, ha tenido que avanzar entre humedales con diferentes grados de inundación, pero en medio de un paisaje inigualable. Muchas garzas rojizas y otras blancas, y miles de miles de aves diversas se refugian en los árboles y dan a la naturaleza encantos nunca vistos; una mezcla de aguas a veces turbias, a veces transparentes, con verdes pastizales en las zonas no inundadas dan una nota de riqueza natural. Atanasio ha visto caimanes y otros animales que no veía desde su niñez cuando paso por el río Magdalena, sobre todo aquel que parece una rata gigante y que no recuerda su nombre y un barinés que lo ve observando esos animales le dice: *¡Chigüires, mi coronel!*

Así, en este agotador viaje, Atanasio y las tropas triunfantes han llegado a Guanare, una villa liberada de realistas en armas. Se siente agotado y escribe a sus padres: “*Después de la última que les escribí, nos metimos en el centro de todos los enemigos, y después de algunos porrazos que sufrieron, tomamos posesión de Barinas, y siguiendo yo al mando de 600 hombres, les pude tomar, sin un solo tiro, 250 fusiles y otras cosas*”. Todo el ambiente es propicio para concentrar la mayor cantidad de fuerzas en San Carlos, villa ubicada a unas 60 leguas de Guanare, en dirección hacia Caracas.

Mientras escribe, recuerda el homenaje que el comandante en jefe de los ejércitos hizo en Trujillo a las mujeres de San Carlos aquellas valerosas pero inexpertas mujeres que fueron masacradas por los realistas. Ahora están preparados para vengarlas y redimir la tragedia que enervó la mente sensible del Libertador. Luego, en un momento de descanso

se ha enterado de un rumor, la gente de Tunja y Santa Fe se muestran inconformes con ese ascenso que le dieron a coronel, grado que ahora ostenta, porque han debido subirlo a brigadier. Lo que no saben es que Bolívar antes de esa batalla de Carache había sugerido ese grado para Atanasio Girardot, y no fue aprobado; él está conforme con su nuevo grado de coronel de los Ejércitos de la Unión de la Nueva Granada. Atanasio siempre es una buena noticia para los neogranadinos que están atentos al desempeño de esos jóvenes que andan apoyando la lucha por liberar a Venezuela. Así, por su mente inquieta pasan cientos de cosas sobre la guerra, unas fuertes y otras hermosas como el recuerdo de esos paisajes de los humedales apureños, de incomparable belleza, sobre los cuales ha pensado en escribir un complemento a los textos que preparó en su transición de niño a joven, sobre los tesoros naturales de las tierras que por trescientos años han estado bajo dominio español.

Luego de unos días, un poderoso ejército libertador está reunido en San Carlos, la camaradería es lo mejor de las relaciones humanas allí, son muchos los recuerdos y los compromisos, la gloria es colectiva y Atanasio sabe que es muy importante luchar para vivir y regresar a Trujillo a encontrarse con Dolores, la niña-mujer valiente que a temprana edad participó en batallas vistiendo como joven varón por las restricciones legales y sociales que existían para portar el uniforme militar. Imaginaba ese encuentro contando las hazañas y escuchando las historias de Dolores, también piensa en la heroica mujer Barbarita, que esconde su belleza en un traje militar y se recoge el cabello para hombrar su figura.

Atanasio no está enamorado de Dolores, está emocionado de tener con quien compartir impresiones de la guerra, de su familia, de la vida misma, de ese cura Rosario perseverante en la guerra, y de los paisajes trujillanos de los cuales quedó encantado porque le recuerdan a lo descrito por su padre sobre su lugar de nacimiento, en San Jerónimo, relativamente cerca de la Villa de Medellín.

Capítulo XI

El destino es Caracas

Carlos Borromeo fue un cardenal del siglo XVI, sobrino del Papa Pío IV, que a su muerte comenzaron a idolatrar en varias ciudades italianas como santo y su cuerpo incorrupto todavía se conserva en una cripta en la catedral de Milán. La gente se pregunta cómo llegó ese nombre a las Provincias de Venezuela para bautizar con su epónimo a una pequeña villa calurosa y árida, donde un ejército acampa esperando las mejores condiciones para continuar avanzando hasta su destino ineludible, la ciudad capital de las provincias de Venezuela, la Caracas sacrificada por la furia española del capitán de fragata Domingo Monteverde que ha logrado la aprobación por la Regencia, en fecha reciente, para utilizar la degollina como método de guerra. Ya otros métodos crueles han sido utilizados para calmar a los rebeldes o a quienes acusan de tales conductas en las villas bajo mando realista. Esto último fue sin duda un disparador para el Decreto de Guerra a Muerte preparado para responder a estas circunstancias, por el Libertador de muchas villas, desde que asumió su papel histórico de limpiar el río Magdalena de las tropas españolas.

La villa es finalmente llamada San Carlos de Austria homenajeando al cardenal y a la dinastía de los Austria, relevante en la época de su fundación y que han dado paso a los Borbones de estos tiempos; la villa está allí, en una planicie que es parte de las estribaciones y del pie de monte andino, cuyas montañas se encuentran a unas cinco leguas y cuenta con nacientes de aguas que crean manantiales cristalinos que se escurren y nutren de agua la población. Es también la continuidad de la zona llanera que desde Barinas, las tropas

patriotas han redimido de la crueldad española. Todas esas tierras bajan hasta encontrarse con sabanas arboladas impresionantes y grandes ríos donde algunos curiosos han conseguido piezas de animales fosilizadas tan grandes que nadie imagina que tipo de animal pudiera vivir o haber vivido por esos territorios, pero son la base para que los indígenas que todavía merodean por esos llanos inventen sus narrativas terroríficas.

Esas tierras donde ahora están las tropas independentistas han sido desde su misma fundación como villa, de uso ganadero; y muchos propietarios poseen grandes extensiones de hatos, que han sido facilitadas por la ocupación colonial. San Carlos y sus vecindades tienen para julio de 1813 cerca de 12.000 habitantes, muchos con rasgos indígenas y mestizos. Sus calles, bien trazadas y amplias, con casas de porte bajo que a veces llegan a ocupar una cuadra o cerca de 100 pasos, con patios sembrados de frutales, hortalizas, y con algunos animales menores para el consumo de las familias. Con esas calles bien trazadas y amplias, la caballada no tiene mayores obstáculos para ayudar a patrullar la villa o para reubicar militares en varios lugares del poblado. La villa de San Carlos está inundada de extraños que los nativos consideran actúan de buena fe, además esa gente está al mando de un caraqueño cuyo nombre es garantía de redención contra la opresión.

En fecha reciente, estando en la ciudad de Trujillo, Bolívar recordó los acontecimientos crueles ocurridos en abril de 1812 cuando el ejército patriota comandado por Miguel Carabaño requirió apoyo popular para enfrentar a Monteverde que venía a luchar contra las fuerzas patriotas de la villa de San Carlos; los voluntarios abundaron, pero esencialmente las mujeres sancarleñas, de todas las clases sociales, armadas con diferentes herramientas menores, y algunas con armas de fuego aguardaron por las tropas de Monteverde en Los Colorados; pero, sufrieron una amarga derrota, siendo varias mujeres muertas en combate, otras fueron capturadas y fusiladas, y un grupo mayor fueron prisioneras; y luego

de tomada la villa, las mantuvieron encarceladas con mucho cuidado. Sus familiares fueron reprimidos, sus esposos apresados y sobre sus hijos pendió la amenaza de la muerte. Lamentablemente los apoyos que han debido llegar de Araure, se confundieron en sus propósitos, algunos traicionaron la causa patriota y otros prefirieron la retirada sin entrar en combate. La gente nunca olvidó la “Batalla de las Mujeres” y durante esta estancia corta de las tropas patriotas, las mujeres son vistas con orgullo, sobre todo por Atanasio Girardot que formó parte del texto de esa proclama célebre de Bolívar después del triunfo patriota en la Batalla de Carache. Monteverde, actualmente en el poder de las Provincias de Venezuela, excluidas las villas liberadas durante la Campaña Admirable y en la Campaña de Oriente, nunca reconoció su crueldad hacia las beldades a las cuales se refirió Bolívar.

Es el momento de los preparativos para avanzar hacia Caracas, con los escenarios intermedios que ameriten dar la batalla. Bolívar ha sido aguardado con la angustia del caso, pero esperar ha permitido que otras tropas, provenientes de varias regiones, se unan para avanzar cuando se tenga el plan al detalle, posiblemente, el que traza Bolívar en su infatigable cerebro, imposible obtenerlo porque *todo está aquí*, decía Bolívar a sus oficiales, señalando su cabeza. Ese mensaje era sin duda la garantía que en caso de ser atrapados por el enemigo, o en caso de cambiar de bando, cargaban solo su cuerpo y las ganas de luchar. Cuando Bolívar llega a San Carlos, la alegría de los cuadros militares por saber cuál será el plan se nota en sus rostros. Lo primero que hizo fue llamar a Atanasio Girardot para ponerlo al tanto de la fase subsiguiente e inmediata. Sabe que hay enemigo en las rutas que ha trazado, pero una vanguardia fortalecida podrá eliminar esos obstáculos. Atanasio sale complacido de sus instrucciones y agradecido por los elogios que personalmente le dio su comandante en jefe. Los días que ha pasado Atanasio sin movilizarse, recibiendo menos sol directo, le han aliviado el rostro enrojecido por el sol, y aunque el calor en San Carlos es sofocante, es

permitido llevar ropa fresca y darse los baños que se necesiten para mantenerse despiertos y sanos. Bolívar le ha recordado a Atanasio los tiempos del tabardillo padecido en Cúcuta, cuando la insolación lo tuvo al borde de la muerte:

—*Coronel, yo pensé que Su Merced se nos estaba yendo sin que hubiese empezado la Campaña en Venezuela.*

—*Le digo que desde esa vez tomo agua sin cesar, menos antes de las batallas, por las obvias razones que no quisiera morir orinando.*

—*Me gustó esta parte* —Bolívar se sonrió y palmeó la espalda de uno de sus mejores pupilos de la vanguardia en la Campaña Admirable.

Es después de esta reunión que Bolívar convoca a sus mandos y afina los detalles de tamaño de la tropa, forma de organizar la escalada de la guerra, e instruye a la oficialidad sobre los discursos de convicción y amedrentamiento que sean necesarios para bajar la posibilidad de filtrar la información hacia los realistas. El próximo paso es tomar Valencia.

Cuando todo parece afinado para comenzar el avance, decide lanzar una proclama dirigida fundamentalmente a los españoles y canarios, así que, el 28 de Julio de 1813, con el ritual de costumbre reunió a la población de San Carlos y al personal del ejército y así les habló:

“Conducidas nuestras armas libertadoras por el Ser Omnipotente, que protege la causa de la justicia y de la naturaleza, hemos libertado todas las provincias de Occidente, batiendo cuatro ejércitos que en número de seis mil hombres oprimían a Mérida, Trujillo, Barinas y los pueblos internos de Caracas. Nuestro ejército de Oriente ha dado la libertad a Cumaná, Barcelona, y todos los Llanos hasta Calabozo. No resta, pues, al imperio de los tiranos más que el pequeño territorio comprendido entre Valencia y Caracas, que ellos oprimen con extrema crueldad; pero que está cubierto de millares de patriotas que conocen sus derechos, saben defenderlos, y morirán, si es preciso, por la gloria de salvar a su patria.”

Un puñado de españoles y canarios pretende con demencia detener el veloz carro de nuestras victorias, guiado por la fortuna, y sostenido por el valor divino de nuestros soldados granadinos y venezolanos. Las bandas enemigas desaparecen delante de nosotros, aun antes de presentarnos, porque temen una espada exterminadora que la justicia del cielo ha puesto en nuestras manos para vengar la humanidad, que tan vilipendiosamente ha sido escarnecida en el suelo americano. Nuestra benignidad, sin embargo, os convida nuevamente, españoles y canarios, a gozar de la felicidad de existir entre nosotros en paz y armonía. Abandonad estas tristes reliquias del partido de bandidos que infestaron a Venezuela, acaudillados por el pérfido Monteverde, que os ha puesto en la crítica y desesperada situación de morir en el campo, o en los cadalsos, perdiendo vuestras familias, vuestros hogares y vuestras propiedades. Si queréis vivir, no os queda otro recurso que pasaros a nuestros ejércitos, o conspirar directa o indirectamente, contra el intruso e inicuo gobierno español; pero si permanecéis en la indiferencia sin tomar parte en el restablecimiento de la República de Venezuela, seréis privados de vuestras propiedades; y sabed que cuantos españoles sirvan en las armas, y sean prisioneros en el campo de batalla, serán sin remisión condenados a muerte. Confíad en vuestras ofertas liberales, y temed vuestras amenazas, porque ellas son infalibles.

... Por última vez, españoles y canarios, oíd la voz de la justicia y de la clemencia. Si preferís nuestra causa a la de los tiranos, seréis perdonados, y disfrutaréis de vuestros bienes, vidas, y honor; y si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país, o preparaos a morir.

Cuartel General de San Carlos, julio 28 de 1813. 3° de la Independencia, 1° de la Guerra a Muerte”.

Allí nadie aplaudió, todo quedó claro, tan claro que comenzaron a presentarse españoles y canarios que tenían propiedades en la villa de San Carlos, amplias casas y grandes hatos que aportaron vacunos para la alimentación de la tropa,

sobreabundó el maíz, apareció la leche y el queso milagrosamente, y alguien ofreció una imperdible fiesta de celebración, a la cual Bolívar no faltaría. Eso sí, después de refrescarse en una de esas quebradas transparentes que nutren de agua a la villa de San Carlos, porque el calor, aun con algo de nubosidad, es insoportable, y la evidencia térmica siempre se mide con el rubor de los pómulos de Atanasio Girardot.

La fiesta comenzó temprano, tanto los agasajados como los oferentes estaban impecables y Atanasio, se estaba acostumbrando a esos ágapes previos a las batallas porque le insuflan energía, ganas de vivir y esperanzas de triunfo. Tan pronto lo decida Bolívar, después de esa fiesta partirá a limpiar de realistas la ruta previa a la villa de Valencia, donde la dimensión del combate podría ser mayor. Comenzando el atardecer Bolívar se acercó a Atanasio y le dijo:

—Sin aspavientos, ordena partir antes del amanecer, allá les aguardan los canallas. Nuestros informantes te contactarán, el santo y seña es “Borromeo”. Quien se te acerque sin conocer el santo y seña lo fusilas de inmediato. Yo haré lo mismo.

Bolívar lo abrazó discretamente, y la fiesta continuó por una hora adicional, mientras Atanasio sacaba las tropas hacia las afueras de la villa de San Carlos. Cuando terminó la fiesta Bolívar estaba descansando los pies agotados por el baile, recibió un emisario con un parte escueto signado por Girardot: *Estamos acampados a una hora de viaje. Borromeo.*

Entonces Bolívar anota, en una hoja suelta: *Tropas inician repliegue buscando aproximarse a Valencia el 28 de Julio de 1813.* Luego anota un parte de urgencia que llegó antes de la medianoche del día siguiente: *Los enemigos existen en Tinaquillo e intentan atacarnos según son sus movimientos. Borromeo.* La vanguardia patriota ha realizado su trabajo, los ha presionado a desplazarse y ahora las tropas realistas se están agrupando en la sabana de Taguanes, y están preparadas a dar la batalla. Al llegar la vanguardia a Taguanes, las tropas españolas están prestas al ataque, formadas pero dudosas de comenzar la batalla, algunos creen que el coronel Izquierdo

que comanda el ejército realista no sabe qué hacer; lo que da tiempo a Bolívar para ordenar que una parte de las tropas centrales los acosen por la retaguardia enemiga; Izquierdo quiere ahora replegarse a Valencia tomando la ruta de unas montañas cercanas, y al percatarse Bolívar de su estrategia, ordena frenarlos con apoyo de la caballería que llevaba dos hombres por caballo para que rindiera el tiempo, y se da la batalla, con un resultado muy favorable a los patriotas. Hay muchos muertos realistas en el campo, otros han caído prisioneros y los criollos en las filas españolas han cambiado de bando y ahora son parte del ejército libertador; algunos realistas los salvó el miedo en una retirada temprana, aunque Bolívar cree que ninguno logró escapar; esas fueron sus convicciones por lo perfecto de esta batalla. Pero al menos, un hombre escapó y es el encargado de llevar la fatal noticia a Monteverde, que ahora asesorado por varios sacerdotes decide tomar una sabia decisión, no regresará a Caracas, en su lugar ordenará a Fierro que defienda esa plaza hasta con la muerte; pero, ahora esa muerte lo estará persiguiendo en su huida hacia Puerto Cabello abandonando a Valencia, su parque y hasta parte de sus documentos confidenciales, donde los elogios que recibía de España explican las ínfulas de este criminal.

El coronel Izquierdo ha sido hallado herido escondido entre cadáveres esparcidos en la llanura de Taguanes. Bolívar magnánimo y sagaz, le perdona la vida y ordena lo regresen hasta San Carlos para que lo atiendan los mismos médicos que están curando a los patriotas heridos en batallas previas y en esta batalla. Tenía una herida de bayoneta que le provocó fuertes fiebres y a pesar de las atenciones murió y pasó a ser una estadística fatal de la batalla de Taguanes.

Dos días después Bolívar reportó el acontecimiento a la Comisión Político Militar del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. En su informe Bolívar alaba a Atanasio Girardot y a Urdaneta, en su redacción hay cierta intencionalidad de provocar un ascenso militar a estos jóvenes.

Al enterarse Monteverde de la derrota, comparte con sus capellanes la triste suerte de contar con un territorio tomado por los insurgentes, esos resultados de la batalla de Taguanes los considera parte del pasado inmediato, sin solución, habían perdido y esa derrota dejó muertos a valiosos oficiales españoles. Para él, Izquierdo está muerto y no herido, lo lamenta por su amistad y es cuando ordena al ejército bajo su mando marchar hacia Puerto Cabello, un encantador lugar por donde salen e ingresan muchos productos a la Provincia de Caracas, y como plaza militar está mejor resguardado que La Guaira. Ese puerto ha sido bastión realista por mucho tiempo y sobre este lugar Bolívar tiene malos recuerdos, pues en extrañas circunstancias perdió la plaza durante la fase de capitulación pactada por Monteverde y Miranda, hace poco más de un año. Lo importante, y así lo hace ver a la oficialidad, en un discurso motivador a la tropa, señala que Valencia es tierra liberada, los patriotas que allí viven han tomado las armas y ahora son parte del ejército libertador.

En Valencia coinciden los valientes patriotas que dispersos, formando una inmensa red en el occidente de las Provincias de Venezuela, libraron muchas batallas para lograr tener la posibilidad de llegar con menos peligro a la capital. Cada coronel tiene sobre su cabeza una invisible rama de olivo coronando el recuerdo de los triunfos; y ahora son casi 3.000 hombres bañados de gloria.

La mente infatigable de Bolívar cree que Atanasio Girardot es el hombre con las capacidades estratégicas y tácticas para sacar a Monteverde de su escondite, lo cual supone derrotar su retaguardia posiblemente en varias batallas. Conocen que la situación de alimentos en el puerto no fue prevista por Monteverde y un sitio del puerto pudiera lograr su rendición. Muchas ideas pasan por su mente. Le ha dicho a Atanasio que *las batallas no se ganan con suerte ni con magia*. Esto para reconocer que requieren de la inteligencia que Atanasio posee, es un joven analítico del movimiento del enemigo, siempre rompió los planes de los realistas que le

aguardaron para darle la batalla, pues él se tomaba el tiempo para contarlos, meditar sobre su arreglo en el campo, determinar sus debilidades, suponía las posibles jugadas sorpresa que pudieran tener planeadas los enemigos, y llegado el momento Girardot era quien los sorprendía. Bolívar ama a este joven genio de la guerra.

La persecución de Monteverde fue infructuosa porque en su avance incendió pequeños poblados que sirvieron de distractores, y luego se dispuso de la noticia que estaba en su encierro, en Puerto Cabello. Se sitia la plaza y Girardot regresa personalmente a dar el parte a Bolívar, que no imaginaba a quien se decía valiente, correr tan rápido hasta su guarida. Un oficial le ha entregado una de las correspondencias venidas de España dirigida a Monteverde, que son parte de los cientos de documentos que abandonó en su prisa por refugiarse en la costa. En esas correspondencias lo tratan de valiente, de conducta siempre digna y acertado en sus operaciones militares. Bolívar solamente meneó la cabeza en forma negativa y dijo a todos: *¡Siempre supe que era un cobarde!*

Todas estas decisiones se adoptan en medio de la algarabía del pueblo habitante de Valencia. Prácticamente restaría llegar a Caracas y solventar algunos obstáculos en ese trayecto, pero se sabe que las defensas españolas están en desbandada, y puede resultar alentador continuar de inmediato ese avance. Políticamente le convendría a Bolívar llegar junto a Girardot y demás militares neogranadinos hasta la capital de la Provincia y enviar desde allí su gratitud al Congreso de la Provincias Unidas de la Nueva Granada, porque han sido determinantes en la liberación de Venezuela y la restitución de la República. De manera que esa primera orden de acosar a Monteverde se mantiene pero puede aguardar unos días mientras se cierra la entrada triunfal a Caracas.

Bolívar avanza con el ejército y toma La Victoria sin mayores novedades, cuatro días después de tomar Valencia; estaba disfrutando un ligero descanso en casa de un reputado vecino de la villa, cuando arribó una misión de viejos amigos,

entre los cuales estaban dos que le salvaron de la muerte cuando el año anterior Monteverde tomó Caracas. Los abraza y les agradece su presencia y de inmediato van al grano de la visita. Ellos pensaban que lo ubicarían en Valencia, pero ya estaba cerca de Caracas. Tenían por encargo del gobernador interino de la provincia, en la ausencia de Monteverde, iniciar un proceso de capitulación. Bolívar no se sorprendió que algunos de esa Comisión fueron parte de la anterior capitulación entre Miranda Y Monteverde, *son expertos en el tema*, se dijo hacia sus adentros y él mismo pidió unas horas para preparar la propuesta de capitulación que resulto ser muy benévola, garantizando la vida, el trato justo a los prisioneros que pudieran capturar hasta tanto los deportaban a España, con cargo a las arcas de la República, pero eso sí, les advirtió:

—*La respuesta debe estar de regreso mañana.*

Abrazó a sus amigos, se despidió diciendo que ya había también informado a la municipalidad de Caracas, la razón y deber de esa Capitulación en trámite. Y fue así porque cuando la comisión regresó a Caracas, no había novedad. Se habla que la capitulación será cumplida para el oprobio del pérfido Monteverde y el honor de los patriotas americanos. Pero, la gente de raíces españolas comprometidas con el gobierno de Monteverde, estaban partiendo temerosas hacia la Guaira, con los pocos enseres que podían transportar en algunos barcos anclados allí. Se dice que un cuarto de la población está en los muelles, esperando por la muerte si aparece Bolívar con su decreto de Guerra a Muerte, porque eso fue lo que se propagó, y lo que se escondió fueron las masacres de los allegados a Monteverde ocurridas en Caracas. Bolívar luego describe esa migración con lujo de detalles, algo sorprendente para un hombre que comandando un ejército triunfador había ofrecido una capitulación digna sin que tuvieran que estar maldiciendo la suerte que les legó Monteverde. Las órdenes son claras para la oficialidad y la tropa, buen trato con los ciudadanos de Caracas, que no sientan el miedo que les han inculcado desde los púlpitos de las iglesias.

Lo que está sucediendo en Caracas, desde el recibimiento hasta las primeras decisiones son ejemplo de la valoración y reconocimiento de la gesta realizada bajo la conducción de Bolívar y con el apoyo de valiosos oficiales de la Nueva Granada, que dejaron todo para acompañarlo y percatarse de lo magnánimo de un espíritu vencedor; ese es el aprendizaje de la mayor parte de la oficialidad; entretanto, las tropas agotadas quieren descansar al pie de esas montañas hermosas y verdes que tienen al frente. Para la gran mayoría de los soldados y oficiales, era la primera vez en pisar esa ciudad que todavía mostraba las heridas de un terremoto acaecido el año anterior, pero incluso así, la ciudad se veía acogedora. Las tres cuartas partes de las familias que se quedaron a la ciudad y que no ameritaban salir a la Guaira para escapar de algo que nunca supieron que fue, querían festejar ese triunfo republicano, querían celebrar, querían reconocerle a los autores del triunfo, su valentía.

Bolívar no se distrae e informa a las autoridades de las Provincias Unidas de la Nueva Granada que se ha cumplido la campaña de liberación de las Provincias de Venezuela, que quedan algunos reductos con quienes se conversa para un final honorable, o pronto serán sometidos por el furor de las armas.

Bolívar ordena nuevamente a Girardot que regrese a Puerto Cabello aprovechando que una comisión ha sido enviada a negociar con Monteverde la entrega de la plaza. Esta vez, a sabiendas que hay abundancia de soldados, parte con suficientes refuerzos para mantener el sitio de Puerto Cabello y si es posible estrecharlo para poder usar mejor la escasa artillería que dispone. La orden es no desesperarse, pensar mucho en un desenlace que cueste pocas vidas y favorezca la presencia de las tropas libertadoras.

Muchos no querían creer que Bolívar había ordenado una Comisión para entablar conversaciones con Monteverde con la evidencia de que está cercado, que cada vez hay más tropas para sacarlo a empellones, que puede salir con dignidad

mediante una capitulación o le queda la alternativa de fugarse por el mar abierto.

Monteverde, ahora fugitivo y acorralado habla con dureza:

—*Me niego a tratar con insurgentes.*

—*En este momento el insurgente es Usted. Caracas tiene un nuevo gobierno, hay sobre 2.000 soldados sitiando su posición, esperando que den la orden para entrar a Puerto Cabello,* —le respondió uno de los comisionados.

—*Pues no hay mucho que hablar, en lo sucesivo absténganse en continuar insistiendo en algo que no sea restituir el poder de España* —recalcó Monteverde en tono despótico.

A lo cierto, Monteverde los echó sin la contemplación sabiendo que algunos eran de origen español. Cuando la Comisión sale de la reunión con Monteverde va al comando que gobierna las operaciones en el sitio de Puerto Cabello y relatan las condiciones del lugar, estiman la cantidad de soldados posibles, describen la soberbia del hombre acorralado, y se percatan de la nostalgia que le acarrea el paisaje marino, tema que maneja con perfección por su formación como hombre de mar. Dispone de artillería naval y artillería abundante en tierra para tratar de frenar una invasión a este dominio. Uno de los miembros de la comisión señaló en conclusión:

—*Ese hombre es un demente, en algún momento exigió le regresaran los documentos que su asistente dejó abandonados en Valencia.*

Atanasio los acompañó conversando gratamente con estos expertos en política, porque estaba convencido que en una situación así, se impone algo de sentido común, capitular y entregar la plaza con condiciones dignas y garantías de la vida.

Nada parece dar resultados con Monteverde, entonces Bolívar se apersonó e hizo unos cálculos matemáticos sobre fuerzas enemigas en Puerto Cabello y consideró que dejando 800 hombres podía contener a los sitiados e incluso propinarles una invasión y derrota. Las restantes tropas las envió a combatir a los llanos centrales y a Coro. Él se quedará en el sitio de comando, en un insoportable calor húmedo porque

algunos días previos ha llovido a cántaros; huele a mar pero quiere que huela un poco más, y ordena un avance frontal hacia El Palito, una pequeña localidad ubicada a unas dos leguas del puerto, y otra parte del ejército se moverá hacia el paradisíaco San Esteban una localidad entre árboles, arroyos, en cierta forma frontal y retaguardia a la vez del ejército español. En ese avance, las tropas libertadoras logran capturar a uno de los asesinos de peor calaña del ejército español, el canario Zuazola, amigo de la sangre que sale de las gargantas y pechos de hombres capturados y en tanto indefensos, su pasión por la sangre es propia de los carniceros.

Todas las provincias conocen de las andanzas de este hombre, la más reciente fue en Aragua de Barcelona, una villa donde ordenó la muerte de hombres indefensos, dedicados al trabajo. Los hizo pasar uno a uno a una habitación donde él estaba, les hacía algunas preguntas y salían por la puerta contraria donde estaba la orden de cortarles la yugular o cercenar con las bayonetas el pecho de los humildes. Se cuenta que un niño pidió permiso para hablar en favor a su padre, ofreció este inocente la vida a cambio de la libertad del padre que era el único sostén de la familia, fue entonces que Zuazola hizo traer al padre del niño, y en su presencia, asesinaron primero al niño y luego al padre. Con ese prontuario de inhumano proceder era un candidato a la muerte, según lo previsto en el decreto de Guerra a Muerte, que seguirá vigente en tanto esos seres no permitan que avancen las ideas republicanas.

Zuazola fue entregado a la custodia de Atanasio Girardot, quien lo condujo a un albergue reducido, formó dos pelotones apuntando al esbirro que a su vez estaba sujetado con amarras en las manos y en los pies. La primera fila estaba rodilla en tierra y la segunda de pie. Girardot, apenas habló una vez, pidió agua para el prisionero y los soldados. El mismo se la dio sin desatar sus manos y dejando el espacio libre para los soldados en caso que tuvieran que disparar. El asesino no pide clemencia, sino muestra la posibilidad de buscar una salvación. Habla de proponer un plan antes que le dicten sentencia.

Atanasio está aturdido por la frialdad del criminal, pero está claro que los sorprendidos son los españoles en relación a Monteverde, por sus desplantes contra Bolívar quien les ha ofrecido el perdón de la vida a los españoles y también salvar sus bienes. Atanasio conoce al dedillo las opiniones de Bolívar vertidas en una comunicación para las autoridades de la Nueva Granada: *Caracas mira a la Nueva Granada como sus libertadores, los intrépidos e inteligentes que han destrozado las tropas del caudillo*. Ese elogio le llena de orgullo y es la razón por la cual custodiar a ese infeliz es tan importante. También recuerda Atanasio aquella conversación sobre la meta de entrar triunfantes a Caracas, que ya se logró y que en términos generales, Bolívar le responde a Atanasio sobre lo que vendrá:

—*Haremos la guerra contra las provincias que alevosamente nos dieron la espalda.*

—*Entonces, cuente conmigo, todavía hay asuntos en los que podemos ser útiles.* —Fue el compromiso de Atanasio.

Y eso está haciendo Atanasio, cuidando de cerca a un terrible monstruo. Finalmente, Zuazola canta la propuesta, podría darse un canje de prisioneros, él por el coronel Diego Jalón, un español convertido en republicano, que estuvo con Bolívar allí, en Puerto Cabello, cuando se perdió la plaza en 1812 y está desde ese entonces prisionero en las bóvedas del puerto. Bolívar considera a este reo de Monteverde su buen amigo y toma como válida la propuesta del desquiciado criminal, y ordena a Rafael Urdaneta, el otro joven que fue héroe del avance desde San Carlos a Taguanes, que escriba la propuesta a Monteverde y así lo hizo.

La narrativa de Urdaneta evidencia la captura de Zuazola, sus crímenes y engloba incluir cuatro intercambios adicionales de tropas capturados por cada uno de los bandos. Pero, lo interesante es que Bolívar le ordena a Urdaneta que incluya que Monteverde tiene un plazo de tres horas para la contestación, luego de lo cual, todo lo propuesto deja de tener valor alguno. Esto sucede el 3 de septiembre de 1813. La respuesta no se hizo esperar y la suscribe un aliado de Monteverde,

el mayor general Juan Nepomuceno Quero quien ofende a Bolívar acusándolo de crueldades contra los españoles y canarios y en esa carta también señala que por cada prisionero muerto de las filas españolas, Monteverde ordenará la muerte de dos, de las filas insurgentes, y además no procede el cambio de Zuazola por Jalón.

Bolívar revisa con detalle la correspondencia recibida y entiende que Monteverde habla con el sentimiento de alguien que se siente atrapado, pero quiere causar preocupación a quien le acosa. Y decide responder que por la primera víctima de un presidiario patriota, está pronto a sacrificar a 6.000 españoles y canarios que están a buen resguardo del ejército libertador. Consulta Bolívar lo que debe hacerse y la oficialidad recomienda un Consejo de Guerra de inmediato, que aprueba la muerte en la horca del asesino. En el amanecer del día siguiente Zuazola cuelga de un frondoso árbol, de cara al mar. En Caracas, cinco días después la gente comenta la muerte del abominable monstruo, criminal de guerra y de más patologías.

En tanto, en Puerto Cabello, a Monteverde la ejecución de Zuazola ni le va ni le viene, el mismo ha dicho que *esa muerte descarga a España de un criminal que le hizo daño a mi reputación como Gobernador General de las Provincias de Venezuela*, de manera que no hubo retaliación inmediata, pero unos días después fusiló a varios oficiales venezolanos que estaban presos en las calurosas celdas de Puerto Cabello.

El poco tiempo que tenía de descanso Atanasio lo usaba para meditar, hacía algunas oraciones aprendidas desde niño cuando acompañaba a misa a sus padres, y su madre era admirada por su elegante presencia; también recordaba a sus hermanas y al menor de los hermanos. Algunas veces recordó aquel niño que murió tan pronto y mantuvo la casa de la familia Girardot Díaz en una consternación crónica. Pero, además reza por la salud de Pedro, que anda en campaña hacia el sur de la Nueva Granada, según le ha contado su padre Louis en algunas correspondencias. Son operaciones que ha decidido

comandar el propio Antonio Nariño, y que para ser exitosas deben atravesar el puente del Bajo Palacé, siempre custodiado por los realistas, tomar Popayán y seguir bajando hacia el sur. En esas tardes y en algunos amaneceres, se imaginó montado sobre un caballo entrando a Trujillo, preguntando por Dolores Dionisia y las demás guerreras que tanto ayudaron en las batallas de ese territorio, y se ve encontrándose con el Padre Rosario, el sacerdote de reputación cuestionada por los realistas. Luego se vio a sí mismo haciendo el retorno a Cundinamarca, siguiendo la misma ruta que lo trajo de allí, acompañando al valiente José Félix Ribas. Todo hasta regresar a las órdenes de Nariño y ayudarlo a limpiar el sur de las alimañas realistas. Pero esos sueños los trunca una secuencia de artillería que se lleva a un capitán y a un teniente muy apreciados por la tropa.

Bolívar ordenó a la oficialidad pensar cómo sacar a Monteverde de su escondrijo, les había resultado difícil, por varios lugares intentaron avanzar y la artillería enemiga despertaba con su estruendoso ruido a la población del puerto, las incursiones de los amaneceres retrocedían ante el poder del fuego desde la distancia; en una de esas fallidas incursiones, desde una colina, Atanasio logró ver, por primera vez en su vida, el mar azul. Está convencido que al tomar la plaza tendrá tiempo de darse unos baños medicinales en las aguas del mar, según le han recomendado.

Regresó al puesto de comando y habló con su general en jefe:

—Ese hombre está atrincherado y con mucho poder de fuego, es posible que tenga alguna precaución de escapar por el mar, pensando que lo pueden estar esperando para capturarlo donde el mejor se desenvuelve.

—Eso es lo que hemos hecho, presionarlo a huir es mejor que tomarlo prisionero. —Bolívar siempre creyó que el desenlace en Puerto Cabello era la huida de Monteverde, dejando abandonada la tropa y esto no ha ocurrido.

—Pues sigamos intentando como atraerlo a un lugar donde con apoyo de la caballería y lejos del alcance de la artillería, los derrotemos —dijo Atanasio.

—No hay forma coronel, si no les permitimos que sus tropas puedan ampliar su radio de acción, y eso es un peligro, porque Valencia está muy próxima y no sabemos qué enlaces ha hecho Monteverde por mar, con algunos focos realistas que están apareciendo dispersos; sigamos pensando, pero en verdad le digo la pasión de la guerra es la batalla, no el sitio o el acoso.

Hasta la presente no ha existido una operación militar comandada por Bolívar que haya generado tanto desgaste, desde el amanecer comienzan las acciones militares de los patriotas y en consecuencia se activa la artillería de los realistas. Las bajas son pocas para el ejército republicano y cada día Monteverde se repliega varias yardas hacia el corazón del puerto. Han habido días que con apoyo de una fragatas amigas de los republicanos logran desplazar las fragatas enemigas de las cercanías del puerto, con lo cual el ejército libertador penetra y destruye las trincheras, deja unos cuantos muertos, captura enemigos, y persigue a otros sin éxito, algunos que conocen las ciénagas y se evaden, y luego de unos días reaparecen en otra trinchera. Las noches no escapan al centelleo de la artillería, y se duerme a retazos, de manera que el agotamiento se nota en la cara de los ejércitos enfrentados. Así como Bolívar tiene sus informantes sobre lo que sucede dentro del puerto, los realistas tienen sitios de avistamiento, especies de atalayas del oprobio que reportan la posición y los movimientos diurnos para que la artillería afine su puntería. Las acciones de la guerra no siempre son predecibles y la historia de la guerra comienza a dar lecciones. Los sitios tienden a ser de larga duración, con pérdida infecunda de tiempo para quienes sitian que necesitan esos guerreros para dar la batalla en otros lados, y son tiempos de terror para los sitiados.

Bolívar ha pasado varias noches hablando consigo mismo y separadamente con varios militares de confianza, y no consigue una estrategia que le permita tomar el puerto,

liberar a los presos, y crear un enclave que evite la presencia de barcos españoles, que han estado supliendo alimentos y armas, y lo más probable, trayendo información que obliga a Monteverde a quedarse sembrado como una pesada piedra. Efectivamente, Bolívar no estaba equivocado, un ejército de unos 1.200 hombres, pasó por la Guaira, procedente de Cádiz; fue una misión organizada previamente a la Campaña Admirable y tiene como propósito apuntalar el gobierno de Monteverde, para favorecer la relación comercial con las provincias de ultramar, en este caso Venezuela; pero al saber que ha sido desplazado de Caracas y se encuentra en Puerto Cabello, los planes continúan ya no como reguardo sino como apoyo bélico a un mandatario en apuros. Los informantes de las tropas patriotas llegaron a contar al menos diez barcos de diferente tipo y calaje que llegaron al puerto. Todos están uniformemente vestidos, salvo los distintivos de los grados, y hay un coronel al mando que fue recibido por Monteverde, sin salvas para evitar crear sospechas. Monteverde se ha presentado como Capitán General al coronel José Miguel Salomón, al mando de esa expedición, y en forma sarcástica el coronel le llama *Capitán General en apuros*.

—*Es cierto, pero ese apuro se quita exigiéndole a esa tropa de elegantes mozos que ayuden a romper el cerco.* —A Monteverde con igual cinismo le parecieron los 1.200 hombres recién llegados, antes que soldados, elegantes hombres de la ciudad.

—*Confíemos en ellos* —dijo esta vez el coronel Salomón.

Con el incremento del poder de fuego de los colonialistas lo mejor era aflojar el anillo del sitio, agrandarlo, quedar más lejos del poder de la artillería que ahora cuenta además con 40 nuevos cañones que han lanzado desde la fragata Venganza, algunos disparos hacia la tierra firme. Es así como Bolívar y sus oficiales acuerdan retirarse con cuidado y estar alertas al momento en que el villano Monteverde decida salir a buscar batalla. Pero eso debe hacerse informando a todo el ejército de que trata: *No creáis, Soldados Granadinos y Venezolanos que*

la retirada que debemos hacer sea el efecto de la necesidad o un vano temor de ser vencidos.

Así sucedió. Monteverde asumió el mando de una incurción que fraccionó en dos batallones, separados a dos leguas uno de otro, estando ahora ubicados donde antes estuvieron las tropas libertadoras. Bolívar ha dado instrucciones para que los coroneles Atanasio Girardot, Luciano D'Eluyar y Rafael Urdaneta estén preparados para ir al combate, siendo lo primero crear una adecuada comunicación con toda la tropa, dando aliento para poder sacar a Monteverde y sus tropas de esa posición estratégica de Puerto Cabello. Pero hay algo que no cuadra en la mente de Bolívar y sus oficiales, esa separación entre las tropas españolas es un error táctico solo creíble si es una torpeza de su líder, porque tiene toda la forma de ser un señuelo pero no sabe cuál es la sorpresa que le tienen preparada.

Entonces, Bolívar ordenó iniciar los ataques de las tropas enemigas asentadas amenazantes en Bárbula. Las tropas ansiaban esa orden y la alegría de ir al combate se favorecía con las arengas de Atanasio, por siempre recordadas. Entre tanto, el escuadrón de Dragones de Caracas trepó los cerros con aplomo evadiendo el fuego enemigo, logrando en poco tiempo cercarlos y es cuando la caballería y la infantería van al combate, se presenta una fuga precipitada de los realistas, y no hubo lugar donde la persecución se detuviera por alguna causa de la naturaleza, los batieron en cañadas, montañas boscosas, áreas con riscos, pequeños valles y la suerte priva de libertad a un capitán español que lo primero en decir al pedir piedad, fue que las tropas están desencantadas con Monteverde y siente pesar de ver a sus hombres morir, cuando lo loable era firmar una capitulación. La batalla agreste continua favorable a los patriotas, hay muchas bajas de los realistas, entre muertos y heridos, también se ha capturado abundante personal de la tropa que estaba en retirada, pero el desenlace final del triunfo todavía no se ha realizado, se

arremete con fuerza sobre los militares enemigos que siguen en la batalla, y la sangre es la evidencia del triunfo.

Sobre el segundo grupo de realistas, las tropas libertadoras las acechan, las derrotan y les propinan las condiciones para escapar en desbandada, allí corre despavorido el líder Monteverde y un soldado de su propio ejército se percata de su miedo y cobardía, le dispara desde lejos, y una bala penetra en la mandíbula, desde atrás y sale en la parte baja del rostro. El hombre cae y se levanta luego con pesadez de herido, es recogido por otros militares y llevado hasta un lugar donde es montado en un caballo para acercarlo de emergencia a Puerto Cabello, revisarlo y curarle la herida. En ese ínterin la batalla continúa a lo largo de esas leguas donde la dispersión de la soldadesca española dificulta la acción y facilita la huida del adversario. En Puerto Cabello, Monteverde herido traspasa el mando al coronel Salomón como jefe de las tropas y Capitán General transitorio de las provincias de Venezuela, hasta tanto él se restablezca.

Bolívar monitorea con ayuda de bizarros informantes que van y vienen los partes de guerra frescos sobre lo que está sucediendo, y cuando el sol mengua en la tarde un soldado a todo galope viene desconsolado, con los ojos inundados de lágrimas y grita:

—*¡Mi general, el coronel Girardot ha muerto en la batalla!*

Ahora, son muchos los que lloran en el cuartel general, entre ellos el recio Bolívar que ha visto la muerte en todo un largo camino desde Cartagena hasta Caracas, y lejos de llorar se llenaba de coraje para seguir adelante, esta vez es un niño triste salido de su interior, que no pudo contenerse y afloró delante de tanta gente preparada para la guerra y sabe que siempre en las batallas hay momentos irreparables, incluso venciendo. Bolívar desesperado por la muerte de su pupilo ejemplar, se arma de valor y grita a los vientos de la garganta de las montañas donde ocurrieron los hechos:

—*¡Ha muerto el corazón de la independencia, ha muerto triunfando Atanasio Girardot!*

Capítulo XII

El corazón de la independencia

Hasta el momento de ese grito desgarrador, Bolívar no tenía los detalles de la muerte de Atanasio con la precisión que exigía; de inmediato ordenó a Luciano D'Eluyar el amigo y compañero de batallas que asumiera el mando y cobrara la muerte de ese digno granadino. Así lo hizo, la persecución fue con el coraje de una fiera herida que ataca sin contemplación; todo el camino de la retirada por donde pasó el ejército liberador persiguiendo a Monteverde quedó manchado de sangre realista y nuevamente se sitia a Puerto Cabello donde el tirano está atendido de sus lesiones y acobardado por su suerte.

Cuando llegan los detalles, se supo que Atanasio estuvo directamente en la batalla, en el cuerpo a cuerpo, y cuando todo parecía que estaba controlado le quitó la bandera al porta estandarte que estaba caminando hacia la pequeña cima donde se cantarían la victoria; avanzó a paso rápido y la brisa hacia flamear la bandera hacia su cuerpo impidiendo la visibilidad hacia el lado derecho, donde un hombre mal herido del bando contrario tenía un fusil cargado esperando por quien viniera a sacarlo de este mundo. El cuerpo del herido se apoyaba sobre un cadáver patriota y disparó al cuerpo que la bandera tapaba, la bala penetró la tela e impactó en la cabeza del prócer, quien resbaló enrollado en la bandera patria. Atónitos los soldados y oficiales acudieron en su auxilio y a buscar al causante del disparo, pero era tarde, el hombre estaba muerto sobre el cuerpo del soldado y todavía se sentía el calor del disparo en el cañón del fusil. ¿Qué fuerza hizo que estando ganando la tropa se llorara a cántaros? ¿Cuánto prestigio y amistad tuvo este coronel patriota con sus oficiales y

tropas? ¿Cuánto amor le puso a la arenga de esa mañana antes del combate?

Días antes Atanasio había escrito a sus padres en Santa Fe de Bogotá; les contaba que el triunfo se había tornado difícil porque el jefe enemigo sigue terco en creer que puede, estando sitiado, marcar la pauta de una negociación; no quiere reconocer su derrota. Atanasio ha prometido que regresará después de unos apoyos que requiere su comandante en jefe, a luchar en la Nueva Granada contra los verdaderos enemigos, no entre hermanos. Hizo un listado de recomendaciones para su hermano Pedro sobre los cuidados que se deben tener en los avances y las batallas; y como siempre, le envió saludos afectuosos a la familia de Luciano D'Eluyar quien sigue a su lado, y Dios lo protege.

La carta sigue allí esperando por unas misivas que Bolívar estaba preparando para informar sobre el desenlace. Ahora la situación ha cambiado drásticamente, está muy nervioso pensando en ese joven de veintidós años que ha fallecido y era el hombre ideal para describir el desinteresado apoyo que la Nueva Granada ha brindado a Venezuela para rescatar la república. Ensimismado, Bolívar se aísla del grupo de oficiales a pensar sobre las repercusiones políticas de esta muerte, porque Girardot era el protagonista, para la gente del Congreso de la Provincias Unidas de la Nueva Granada, del carácter y tesón de un militar de estos tiempos. En el ambiente neogranadino se decía que al regresar a su tierra sería un general con un gran ejército bajo su comando.

Para sus adentros Bolívar está convencido que esta muerte no es igual a otras y ordena una comisión para ir hasta la catedral a informar que el cadáver de este glorioso hombre será enterrado allí hasta que algún día sus huesos puedan ser repatriados. También ordena que antes, su cuerpo inerte sea traído a su presencia con la inmediatez del caso. En el puesto de comando el tema es Girardot, el buen amigo, el orientador, el que dio las mejores arengas a las tropas, el infatigable, el de los pómulos enrojecidos por el hartazgo de estos días.

Se puede decir que nadie se atreve a acercarse a Bolívar en este momento de tribulación, y al primero que lo hizo lo llevó aparte, lejos de reprimirlo y sin que nadie escuchara le pidió que buscara al personal médico que atenderá al coronel Girardot. El militar no sabía qué hacer, no sabía si su jefe estaba delirando su luto o algo tenía en mente. De manera que cumplió la orden. Los médicos conversaron en secreto con Bolívar quien parecía recalcar e insistir mucho sobre el tema que trataban. Luego se retiraron a aguardar por el cuerpo del héroe. Entretanto Bolívar llamó a un escribano y comenzó a dictar algo que tenía en mente.

Cuando traen el cadáver ante la presencia de Bolívar lo mantienen envuelto en la bandera que defendió con honor; Bolívar se acerca, lo detalla y llora. Luego se hace un silencio nunca vivido en el comando de las acciones bélicas, la gente está congelada por un frío que nunca ha existido. El personal médico se encarga de llevar la camilla donde yace Atanasio hacia un lugar adecuado donde tienen su instrumental y proceden primero a describir la causa de la muerte, indicando la trayectoria ascendente del balazo, las demás heridas son lesiones en la piel provocadas durante su caída estrepitosa al suelo de Bárbula. Lo segundo, con mucho cuidado hacen unas incisiones en el lado izquierdo del pecho, separan unas costillas y extraen el corazón y comienzan a lavarlo con mucho cuidado y a tratarlo con soluciones y procedimientos que solo los médicos conocen desde sus clases en la universidad sobre conservación de órganos. Luego suturan el pecho y rellenan con tela el espacio por donde fue la trayectoria del disparo, lavan muy bien las partes ensangrentadas, secan su cuerpo y le colocan una casaca nueva. Sus pómulos están perdiendo el color rojizo que en vida le causaba el calor.

Está atardeciendo y Bolívar sale al encuentro del féretro improvisado adquirido a un carpintero de Valencia. Toma aire, al principio su voz se siente entrecortada y sigue leyendo el texto que ha preparado con la urgencia y la claridad política del caso:

“El coronel Atanasio Girardot ha muerto en este día en el campo de honor. Las Repúblicas de la Nueva Granada y Venezuela le deben en gran parte la gloria que cubre sus armas, y la libertad de nuestro suelo. Vencedor en Palacé de un tirano formidable llevó por la primera vez el estandarte de la Independencia bajo las órdenes del general Baraya, a la oprimida Popayán. Las circunstancias extraordinarias de esta batalla memorable, la harán interesante, no sólo al mundo americano, sino a los guerreros valientes de todas las partes de la tierra.

El joven Girardot osó aguardar el ejército enemigo en número de dos mil hombres con setenta y cinco soldados en el puente del río Palacé. Tacón, el tirano de Popayán, no dudaba subrayar con aquellas fuerzas el extenso país de la Nueva Granada: destinó setecientos hombres para desalojar los defensores del puente; pero el nuevo Leónidas resolvió perecer antes con sus dignos soldados, que ceder un punto al poder del enemigo. La fortuna preservó su suerte de la desgracia de sus soldados que fueron todos muertos o heridos, y la victoria más completa premió su esforzado valor y virtud. Más de doscientos cadáveres regaron con su sangre aquel camino célebre para consagrar en caracteres terribles un monumento propio al genio guerrero del héroe. Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron a un tiempo a su patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano.

En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de Girardot han unido constantemente la victoria a las banderas que mandaba. Las provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo o gemían en las cadenas, respiran libres y aseguradas por los esfuerzos con que él ha cooperado bajo las órdenes de los Jefes de la Unión. Le han visto buscar en estos campos a los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando a la muerte por libertar a Venezuela. Hoy volaba a sacrificarse por ella sobre las cumbres de Bárbula, y al momento que consiguió el triunfo más decidido, terminó gloriosamente su carrera.

Siendo por lo tanto el coronel Atanasio Girardot, a quien muy principalmente debe la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada las victorias más importantes; por lo tanto, para consignar en los anales de la América la gratitud del pueblo venezolano a uno de sus libertadores, he resuelto y resuelvo lo siguiente:

1.- El día 30 de setiembre será un día aciago para la República, a pesar de las glorias de que se han cubierto sus armas en este mismo día, y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para todos los venezolanos.

2.- Todos los ciudadanos de Venezuela llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del coronel Girardot.

3.- Su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará recepción de los libertadores y se depositará en un mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.

4.- Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquía en la Nueva Granada.

5.- El cuarto batallón de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro el Batallón de Girardot.

6.- El nombre de este benemérito ciudadano, se inscribirá en todos los registros públicos de las Municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la patria.

7.- La familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe exigir del reconocimiento del Gobierno.

8.- Se tendrá ésta por una ley general, que se cumplirá inviolablemente en todas las provincias de Venezuela.

9.- Se imprimirá, publicará y circulará para que llegue al conocimiento de todos sus habitantes.

Dado en el Cuartel General de Valencia, a treinta de setiembre de mil ochocientos y trece años, tercero de la Independencia y primero de la guerra a muerte; firmada de mi mano, sellada con el sello provisional de la República y refrendada por el Secretario de Estado.”

Este documento es Ley de la Republica desde esa fecha, así lo dijo; y cuando termina de leer ordena que lleven esa información para que los tipógrafos la editen y sea publicada a sus anchas en las provincias de Venezuela; y que tomen las provisiones necesarias para dejar copias que enviará a las Provincias Unidas de la Nueva Granada.

La consternación que existe en las tropas libertadoras debe sentirse en toda Venezuela, y es posible que esta consternación viaje hasta la Nueva Granada donde Atanasio es un héroe que se estrenó en la primera batalla en la guerra de independencia, en el Bajo Palacé. Un gran guerrero no puede morir sin la admiración de un Pueblo al cual se entregó. Cuando muere un héroe la imagen política crece, y conociendo sus ideales de unidad, puede resultar en un momento de mayor cohesión para identificar e ir contra los verdaderos enemigos de la gente americana. Entonces, ese documento leído por Bolívar es casi irreplicable en el futuro, porque la muerte que ronda por estas tierras americanas, se llevará muchos grandes hombres, pero el tamaño de ellos ha sido descrito y evaluado con antelación, con esta muerte, por el general en jefe del ejército que procura el restablecimiento de la república en las provincias de Venezuela.

A sabiendas que las noticias tardan en viajar, es importante que esta salga lo más pronto posible, por mar y tierra, y comprender que la sorpresa será mayúscula y provocará el llanto de la casa materna, ese gran hogar que es la Nueva Granada y en el hogar familiar del hijo, hermano y amigo ejemplar. Nada puede fallar en la forma y fondo de presentar la muerte de Atanasio. Debe comprender el agradecimiento eterno de Bolívar hacia la Nueva Granada que hace de los jóvenes neogranadinos dignos representantes de una vecindad que puede trascender en el tiempo. Este terrible suceso no podría empañar el compromiso que gustosamente asumieron las Provincias Unidas de la Nueva Granada para apoyar el rescate de la república, y en consecuencia el ejército neogranadino podría permanecer en tierras venezolanas el tiempo

que resultare necesario para lograr cumplir con el objetivo trazado y logrado, luego del avance de Bolívar y sus tropas hasta Cúcuta, limpiando de realistas sus tierras.

De manera que en las múltiples ocupaciones de Bolívar todo este tiempo invertido pensando en la muerte de un discípulo, le reconforta como líder y lo ayuda a prepararse frente a posibles nuevas adversidades. Después de leer el documento, cada uno de los oficiales y soldados que escucharon esas palabras comprendieron mejor la importancia del heroísmo y también los riesgos de cada batalla, incluso triunfando.

Las exequias del cuerpo de Atanasio se realizaron según lo pactado con los religiosos que gobiernan la Catedral de Valencia, en un lugar cercano al atrio, donde unas losas que estaban sueltas permitieron que el trabajo de excavar resultara fácil, luego se colocó el féretro y sobre este se arrojaron flores variadas. Un sacerdote hizo un responso, bañó con agua bendita la fosa y agitó el incensario de plata donde se quemaban unas hojas fragantes que inundaron la nave de la iglesia de un olor a sacrificio. Bolívar y los oficiales se retiraron en silencio hacia el comando. Una cuadrilla de soldados se quedó reparando el espacio utilizado para la sepultura, y sacando los excedentes de tierra hacia un jardín cercano. En la catedral ese viernes apareció el silencio de la muerte, esa sensación de vacío desaparecerá en la misa del subsiguiente domingo.

En el comando de operaciones Bolívar ordena a los médicos que estén atentos a la conservación del corazón en las mejores condiciones para su traslado a Caracas, así octubre es tiempo para prorrogar el duelo.

Toda la fuerza y el coraje de Luciano D'Eluyar está puesta en destruir a Monteverde y sus tropas en Las Trincheras, esa es la orden de Bolívar y el deseo de todo hombre de guerra que ha estado en el asedio a Puerto Cabello. Con ese furor, el miedo se apodera de los cuadros militares enemigos y de la soldadesca, al punto que comienzan a huir en desbandada. Algunos sin armamento se han internado en las montañas

buscando la posibilidad de llegar a una pequeña villa llamada Nirgua, una localidad distante, montañosa y fresca, pero sin garantías que allí no encontrarán fieros soldados como estos que les persiguen. La huida dejó muchos prisioneros y muertos y duró hasta que un día no lograron capturar a ninguno de los soldados españoles, lo cual significaba que habían logrado evadirse, o los capturados y muertos eran todos los posibles. El general en jefe experto en cuentas dice que no llegan a 500 los soldados que han logrado regresar a Puerto Cabello. Esa es una cifra muy baja, pero los muertos y los capturados contados en el campo de las batallas son unos 500, y los capturados pueden rondar los 200 hombres, entre esos, un grupo numerosos de oficiales de diferente graduación. Los capturados maldicen la hora en que los trajeron para algo que no estaban preparados, a un terreno desconocido, y con un miserable y arrogante hombre dirigiendo las operaciones, sin el menor sentido de la guerra: Detestan a Monteverde.

Después del sepelio de Atanasio, se corre el rumor que ha muerto Monteverde, pero Bolívar no cae en cuentos creados para distraer su gobierno de la situación de asedio. Los informantes de Puerto Cabello niegan que Monteverde haya muerto por las heridas, ha muerto políticamente porque el coronel Salomón ha asumido el mando y está dispuesto a negociar condiciones, empezando por lo que sería un cambio de prisioneros de rango a rango, y en aquellos casos donde no se tenga un equivalente, se hará por otro de nivel cercano. Todo lo que está en juego es un ambiente de postguerra, al menos eso piensan los militares patriotas. Todo este canje comenzó con la buena pro de ambos jefes de los ejércitos. El nombre de Monteverde desapareció de esas conversaciones, porque era repugnante para ambos, españoles y patriotas.

Mientras eso sucede en el terreno de la guerra, en Caracas las plumas floridas alaban a los intrépidos y valerosos guerreros, se citan nombres de los valientes granadinos y venezolanos que derrotaron a Monteverde en Las Trincheras. D'Eluyar el gran amigo de infancia y juventud de Atanasio,

tomó venganza, no la criminal imperfecta, sino la del triunfo, entregando a los españoles la inmisericorde compañía de la derrota merecida, a un ejército que se estrenó en Venezuela, para morir frente al inmenso mar azul del Caribe.

Bolívar que tiene en su mente llevar en procesión el corazón de Atanasio Girardot desde Valencia hasta Caracas, no se apura con esta actividad, sabe que los médicos le han garantizado que ese tratamiento realizado al corazón lo preservará por varios años, y es en honor a Atanasio que permanece controlando lo que sucede en Puerto Cabello, hasta tanto se tenga claridad en el intercambio de prisioneros, se produzca abandono de la plaza y aparezca el sanguinario Monteverde, vivo o muerto.

Nueve días después de la muerte de Atanasio Girardot, Bolívar proclama que lo acontecido eleva la moral de las tropas; Bárbula y Las Trincheras son ejemplos de heroísmo, donde ahora, el bizarro D'Eluyar estrecha el cerco a los enemigos, que acobardados, hambrientos y heridos esperan por una negociación política que les garantice la vida. *Yo no me aparto de ustedes*, ha dicho Bolívar, *voy a conducir triunfalmente hasta Caracas el corazón del inmortal Girardot*. Bolívar está claro que no puede desligarse de este campo de operaciones militares, pero esa razón es suficiente para la moral de todos de los ciudadanos de Venezuela, además allí se encontrará con el general Santiago Mariño y compartirán los aires de la victoria en el oriente del país. En su extensa proclama ha dicho que regresará pronto al área de las acciones militares y señala que *por la salud de la patria ya se les reconoce a todos como Libertadores de Venezuela*.

Estas trayectorias de los militares durante la Campaña Admirable han sido premiadas con ascensos: D'Eluyar es ascendido a coronel, su compatriota José María Ortega pasa a teniente coronel, Rafael Urdaneta es ahora brigadier general y José Félix Ribas es mariscal de campo, no son los únicos, es una larga lista de ascensos y posiblemente son muchos los merecedores de galardones por sus servicios evidentes a la patria.

Con estas notas, se abre camino el corazón de Girardot hacia Caracas. En Valencia punto de partida, el sentido del duelo cunde a todos, hombres, mujeres y niños, los campañeros también lloran la salida de la procesión. Van muchos hombres a caballo y otros a pie. Se calculan no menos treinta y cinco leguas de camino, pasando por pequeñas villas, donde la gente sin conocer al prócer llora inconsolablemente.

El luto viajó junto al corazón del valiente, ese 10 de Octubre de 1813. Y así se contó la marcha en la *Gazeta de Caracas*: “*Los batidores precedían el cortejo triunfal, y la urna que encierra el corazón, conducida por el Vicario General del Ejército, seguía con guardia de los Carabineros Nacionales. El General en Jefe y su Estado Mayor iba después acompañado de la guardia de honor; y cerraban la marcha tres compañías del Escuadrón de Dragones*”. Las paradas en los Guayos, Guacara, San Joaquín, Maracay, Turmero, San Mateo, La Victoria, El Consejo, San Pedro, y finalmente Antímano en la entrada de Caracas, no hay curiosos, la gente está allí llorando, por alguien que no vieron nunca, pero lo sintieron en los partes de guerra que permanentemente circulaban hablando de sus bizarras conductas. Siempre en cada lugar donde se detenía la marcha, la música triste que pregonaba la partida de un gran hombre matizaba el encuentro con cientos y miles de personas, ataviadas de dolor, acompañados por autoridades eclesiásticas que bendecían el corazón de Atanasio, luego entraban a la iglesia principal, colocaban la pequeña urna frente al atrio donde el funeral era de pompa merecida. En varias de esas villas, las hermosas mujeres elegantemente vestidas rendían homenaje al héroe y cubrían a su jefe Bolívar con guirnaldas de flores. No se sabe cuántas composiciones poéticas se leyeron, y los cantos religiosos se unían a los cantos de la libertad y de la independencia. Los caminos sorprendían con arcos de triunfo hechos con plantas verdes del lugar, las casas de los humildes tenían en su frente a las familias que saludaban el paso de la inmensa caravana, a la cual se iban sumando pobladores de esas villas que estarían engrosando la entrada triunfal a Caracas.

Bolívar habla a la multitud en El Consejo y les dice que adelantará su paso para reunirse en Caracas con las demás autoridades que han de aparecer luego, en Antímano, en el recibimiento apoteósico al corazón de Girardot. En Caracas, Bolívar es ovacionado, no faltó un alma para verle entrar después que falsamente se corriera que Monteverde había fallecido y ese mérito le correspondía a él y al ejército libertador. Pero, Bolívar controlaba bien la euforia que le generaban las alabanzas, y la unía con el dolor de la muerte de Atanasio, fue como decir: *Estoy feliz aquí en mi tierra natal pero vengo triste en compañía del corazón de Girardot.*

Luego de gestiones habituales de la política y de la guerra, toda Caracas se sintió convocada a Antímano, donde aparentemente no faltó ningún patriota. El cortejo avanzó con una formalidad extrema, todas las autoridades acompañando una carroza que llevaba seis ángeles sosteniendo su movimiento, y sobre la carroza, dos ángeles compartían en sus manos el cofre donde estaba el corazón de Atanasio. En Caracas sucedió lo mismo que en las pequeñas villas, se desbordó el pueblo a manifestar la gratitud a Girardot, el joven que murió ganando la Batalla de Bárbula. Un poema extenso se distribuyó entre los presentes, su autor lo tituló *La acción de Bárbula*, tuvo un tiraje sin precedentes que agotó el papel y la tinta de la imprenta.

“...Y así diga a los siglos venideros:
Un campeón granadino
murió aquí por la gloria combatiendo
heroicas pruebas de virtudes dando
y honor perenne al nombre Americano.
No llores peregrino
que él fue terror del español tirano.
Respeta si su valerosa espada
pues su sangre preciosa derramando
la santa libertad dejó sellada.”

Toda esta tragedia, revive en Caracas lo que fue la huida cobarde de aquellos españoles que llegaron a llamarse inmortales, cuando las tropas de Bolívar apenas estaban saliendo de San Carlos. Los agentes del gobierno español abordaron todo barco que estuviera disponible y fueron a parar a Curazao, la isla que el año anterior recibió a los patriotas que lograron escapar de la muerte; allí los realistas fueron acogidos con beneplácito pues movieron sus fortunas hacia ese destino. No tardaron en promover las conspiraciones para enfrentar al ejército libertador, lo principal fue crear un fondo de ayuda para garantizar la calidad de la vida del ejército que llegó casualmente a reforzar y proteger la economía de las Provincias de Venezuela, y que terminó por ubicarse en Puerto Cabello a las órdenes de Monteverde. Los dolidos realistas lograron recabar en ayudas cerca de diez mil pesos, y algunos exiliados fueron tan generosos que excedieron sus aportes a los quinientos pesos. Con ese dinero financiaron la salida del sitio para dar la batalla bajo las órdenes de Monteverde y no del coronel Salomón, de manera que no solo malgastaron ese dinero, sino despreciaron la vida de soldados que fueron llevados a luchar contra el ejército libertador, en ese momento ansioso de sumar más victorias y glorias.

El tiempo ha transcurrido y a casi un mes de la fatídica muerte del guerrero Atanasio, se lloran sus hazañas y se honran los compromisos. Bolívar fue investido como Libertador y todo el ejército que le ha acompañado será considerado como tal. En ese ambiente, el arzobispo Narciso Coll y Prat ha querido dar a conocer unos textos que ha preparado sobre Atanasio Girardot, sobre su corazón, que espera por un mausoleo que se construye en la Santa Iglesia Metropolitana, pero cuyos trabajos van lentos. Ha dicho que lo mejor es publicar sus opiniones porque sabe que Bolívar está escribiendo un extenso número de cartas para enviarlas a la Nueva Granada, la mayor parte referidas al prócer Atanasio Girardot, y al arzobispo le agradaría que sus palabras viajaran junto a las letras de Bolívar. En esa comunicación, ahora conocida

por los lectores de la *Gazeta de Caracas* se hace referencia a Atanasio como un joven muerto en comunión con los valores de la iglesia, en momentos en que lograba la victoria en los campos de Bárbula. Detalla que su corazón le fue entregado embalsamado y colocado en un vaso de cristal, contenido en una pequeña urna de madera, cubierta con tela negra guarnecida por galones de oro fino. El arzobispo sigue contando la gracia del protocolo con el cual el corazón de Atanasio ha sido tratado y la forma de custodiarlo hasta tanto el mausoleo esté terminado y estén grabados los epitafios y las ofrendas convenidas.

Entre tanto, la desinformación de las acciones en Bárbula y Las Trincheras, es promocionada por la *Gazeta de Curazao* que en concreto hace correr la voz que los realistas derrotaron a las tropas libertadoras en Las Trincheras, cuándo la realidad fue la contada por los partes republicanos emitidos casi a diario, sobre el sitio a Monteverde y sus tropas, y sobre esas batallas. Son fanfarronadas de los realistas haciendo creer a los viajeros que pasan por esa bella isla de Curazao, que es otra la historia.

Octubre muere y noviembre avanza con los realistas todavía controlando Puerto Cabello, en pequeño número, pero pasando hambre por cuanto sus reservas de alimentos pueden apenas durar para unos cuatro días. Así que deciden que una parte de sus tropas se vayan a buscar otras oportunidades de combate en las montañas de Patanemo, un lugar selvático ubicado frente al mar azul del Caribe, donde son fustigados permanentemente por el ejército amigo compuesto por los hermanos de la Nueva Granada comandados por coronel Luciano D'Eluyar, por una banda, y por la otra, el mariscal de campo José Feliz Ribas; finalmente los realistas son derrotados y regresan a Puerto Cabello dejando sus muertos y cargando con unos sesenta heridos que pueden ser salvados con ayuda médica. Ya el coronel realista Salomón es visto con malos ojos por su tropa, pues al igual que Monteverde

no logra sentir el hálito de los triunfos; ahora la derrota y el hambre mantienen acosada la poca fuerza de los españoles.

Una escuadrilla de buques patriotas llamada La Cumanesa, de diferente calaje con artillería disponible y tropas arribó a la Guaira y luego se le ordenó sitiar Puerto Cabello. Logran frenar el ingreso de alimentos, sobre todo la carne que estaba entrando proveniente de las riberas del río Tocuyo, luego la emprenden contra la armada española cuyos barcos sufren castigo, algunos hacen aguas y se hunden, y solo uno regresa intacto a los muelles de Puerto Cabello, los demás tienen averías que le impiden dar la batalla. Esa guerra de desgaste está llegando a su fin, la presión del ejército libertador es para que los realistas abandonen el puerto, como puedan, sin arriesgar hombres libertarios. El coronel Salomón ha escapado vía Coro, territorio realista, con un remanente de las tropas que trajo de Cádiz, ahora mal nutridas, enfermas, con sus trajes militares hechos jirones, y son varios los que mueren en ese avance, los demás morirán en una batalla en los medanales de Coro.

Monteverde detestado por sus escasas tropas residuales, decide partir con rumbo a Curazao, abandona las tropas y sube al buque solamente a sus oficiales más próximos, los demás quedan en la plaza para sufrir el sabor amargo de la derrota y el odio hacia un líder que los dejó abandonados. En Curazao los realistas, que gozan del prestigio del poder económico, logran que el gobernador de la isla reciba la fragata donde arriba Monteverde con salvas de bienvenida. Imaginó que iba recibir un hidalgo, un triunfador y vio descender de la embarcación a un hombre con el rostro todavía inflamado, renqueaba de una pierna y hablaba con dificultad por el impacto recibido en la mandíbula.

La plaza de Puerto Cabello revierte a los libertadores, pero ya Bolívar mantiene ocupada su mente en un despertar de los realistas al mando de otro sanguinario llamado José Tomás Boves, que tiene la fama de ser buen amigo de los llaneros a los cuales arenga con la falsedad que los patriotas son

sus enemigos naturales, por cuanto han sido los dueños de un país que luego han destartalado. Los blancos peninsulares y los criollos son los dueños de abundantes tierras que ellos pisan pero le son ajenas. Ha envenenado de odio a muchos llaneros, seres mestizos que conocen las sabanas como la planta de su mano. Los jóvenes que vinieron de la Nueva Granada siguen comandados por D'Eluyar, también existe un batallón de valientes que se denomina Atanasio Girardot y que anda dando batallas para que los enemigos de la independencia no avancen. Pero en ambos batallones falta la carne valiente de Atanasio, que ahora es un relicario que cuelga en los cuellos de los valientes granadinos que siguen recibiendo las permanentes saluciones del general en jefe de los ejércitos libertadores, Simón Bolívar.

De cuando en cuando, se llora por Atanasio. Pero todo parece indicar que Venezuela y la Nueva Granada tendrán que llorar a muchos otros valientes que caerán en el transcurrir de los tiempos.

Epílogo

El cuerpo inerte de Atanasio reposa en la catedral de Valencia, sin embargo existe la duda porque el general español Pablo Morillo, enterado del significado sentimental y espiritual de tales restos, ordenó unas remodelaciones de esa catedral que incluyeron el piso y otras reparaciones; y ha podido ser la falsa excusa para eliminar el recuerdo de un joven que era la imagen viva del prohombre necesario para lograr la independencia plena de las provincias de Venezuela. El corazón de Atanasio sigue en Caracas, fue depositado a finales de 1813 en una cripta por el fraile Llorente, apellido que coincide con aquel propietario del florero que en su odio hacia los americanos destapó toda la fuerza para lograr la independencia de la Nueva Granada, el 20 de julio de 1810.

La muerte ha dejado la sombra del pesar entre los patriotas, unos enardecidos han aumentado la fuerza para enfrentar las nuevas conspiraciones contra la joven república que no termina de cuajar porque le faltan otros ingredientes y sobran las malas intenciones. La sombra de la muerte de Girardot logró cementar gente que dudaba sobre el futuro de las Provincias de Venezuela, pero la renuencia de la cultura de la colonización no estaba dispuesta a aceptar que ese recuerdo les impidiera volver al poder. Desde Curazao los realistas ricos continuaban invirtiendo dinero en fomentar la guerra que nuevamente comenzaba a verse dispersa y hasta incontrolable. El esfuerzo de los patriotas era evidente, parecía que se transportaban por el viento para estar un día en oriente y en los siguientes en los llanos centrales y occidentales. Los rostros de los amigos valientes de Atanasio no mostraban

agotamiento a pesar de esas fatigosas acciones de guerra; al menos Luciano D'Eluyar, siempre hizo oraciones al amanecer por el alma inmortal de su amigo y jefe inmediato en las operaciones de vanguardia. Bolívar en tanto, entró en la frialdad de entender que serán muchos los que partirán y ese dolor es utilizado por los realistas para desprestigiar a los muertos, o generar temor a la población.

Las cartas de Bolívar enviadas a la familia de Atanasio Girardot, al presidente del Congreso de la Provincias Unidas de la Nueva Granada y al presidente de la Provincia Soberana de Cundinamarca, mostraban el dolor y la angustia de un padre guerrero por su hijo bizarro, y elevaban la moral de aquellos que fueron claves para construir el prohombre Atanasio, como sus padres y sus amigos de ideas independentistas de la Nueva Granada. Toda esa información fue remitida en despacho especial desde Caracas, usando la ruta marítima hasta Cartagena para luego remontar el río Magdalena y seguir después de Honda los caminos reales hasta Bogotá, esos que transitó el niño Atanasio cuando migró con su familia para formarse en la cultura y escuelas de Santa Fe. Allí llegaron los emisarios.

Los emisarios entregaron directamente la correspondencia dirigida a Louis Girardot. Eran dos cartas, una de su hijo donde le contaba sobre la situación en el sitio de Puerto Cabello, esa fue la que primero leyó Louis. Luego abrió la remitida por el general en jefe de los ejércitos libertadores. Profirió un espantoso grito de dolor y ese hogar de inmediato se tiñó de luto, casi eterno. La madre de Atanasio, guardó en su corazón la carta de Bolívar dirigida a su esposo, emotiva y extrañamente premonitoria, sobre todo en ese párrafo donde escribió: *El nombre Girardot será funesto a cuantos tiranos oprimen la humanidad.* Esa carta de Bolívar llegó hasta lo más profundo de esa familia y su madre nunca dejó de llorar a su hijo fallecido en la guerra de independencia de otra tierra, que no era la suya; era la de sus hermanos venezolanos. Ella llevará la cuenta desde el día de la muerte de Atanasio el 30 de septiembre de 1813: *hoy se cumplen dos meses; hoy se cumplen*

un año, dos meses y tres días... Así lo hizo su madre hasta que le llegó su muerte natural, contaba amargamente los años, los meses y los días desde la partida eterna de Atanasio, su hijo mayor. Su padre Louis lloraba hacia adentro, no dejaba ver sus lágrimas en público, mostraba una compostura fingida para luego regresar a su alcoba abrazar los recuerdos que siempre tuvo consigo, aquellos escritos del niño Atanasio donde narra sus experiencias y vivencias en su viaje desde Medellín hasta Santa Fe de Bogotá, logrando entender que las riquezas de la Nueva Granada no era el oro, ni las esmeraldas, ni la plata que partían sin retorno, saqueadas hacia el Reino de España, sino las que seguían allí, sembradas entre la naturaleza, sus paisajes, esos paisajes de ensoñación y esa gente amable que tuvo la oportunidad de conocer tempranamente, como los sabios Celestino Mutis y Francisco José de Caldas.

Las entregas continuaron, la comunicación para Antonio Nariño fue recibida y enviada al frente de guerra que había desarrollado hacia el sur de la Nueva Granada, teniendo la coincidencia de tomar el Bajo Palacé y liberar nuevamente a Popayán, acciones en las que antes estuvo involucrado Atanasio y le merecieron el ascenso a grado de capitán. En ese ejército, ahora comandado por Nariño estaba su hermano Pedro Girardot, a quien le dieron la infausta noticia, y no era menos lo que sucedió, salió llorando en dirección hacia una quebrada y se sumergió en esas gélidas aguas como si quisiera congelar su dolor. Finalmente, Pedro empapado en agua y llanto regresó al campamento donde un médico le aplicó unas infusiones sedativas, que lo devolvieron a la realidad de la guerra. Nariño conoció bien a ese joven Atanasio que intentó varias veces visitarlo hasta que finalmente lo logró y sabe que se contagió del amor patrio y del sufrimiento de su propia vida entre juicios políticos y cárcel despiadada, por amar a su tierra. Fue mucho tiempo después que Bolívar personalmente conversó con Nariño sobre Atanasio Girardot, ya Nariño había exculpado a Atanasio por su cambio de bando de centralista a federalista, siguiendo las órdenes del general Baraya.

Los emisarios partieron raudos hacia Tunja y entregaron la misiva dirigida a Camilo Torres y al Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Cuentan los emisarios que por la urgencia indicada, Camilo Torres abrió y leyó la correspondencia lacrada especial y le dio un fuerte golpe con su puño a una mesa cercana, cerró los ojos, los abrió nuevamente y miró hacia el techo que le impedía ver el cielo donde habita el Dios a quien había encomendado la vida de esos 150 jóvenes que le entregó a José Felix Ribas, después de una larga arenga, para que fueran a apoyar al brigadier Simón Bolívar que estaba en ese momento en Cúcuta. Torres despachó los emisarios y ordenó una reunión de la Comisión de Política Militar, que optó por darle las potestades de las acciones a seguir ante este drama político y familiar. Estuvo un largo rato pensando sobre lo que debía escribir para que no se hiriera ninguna sensibilidad en Cundinamarca, al rato llamó un escribano y le dictó una carta emotiva dirigida a Louis Girardot:

“Antes que la terrible fama lleve a vuestra noticia la pérdida que acabáis de hacer, recibió toda la expresión de dolor del Presidente que os habla y a quien ha herido primero este golpe fatal... completando la derrota del pérfido enemigo y al mismo tiempo su gloriosa carrera, ha dejado de existir para vos, más bien para la Patria, para quien únicamente vivió siempre, el Coronel de la Unión, vuestro hijo Atanasio Girardot.

Ella no olvidará nunca su nombre inmortal, que se repetirá con frecuencia en las páginas de la historia para honor de la Nueva Granada...”

Habían transcurrido casi cincuenta días desde la muerte de Atanasio y no era novedad para sus padres que habían recibido el pésame afectuoso de Bolívar.

Luego, esas noticias se propagaron por toda la Nueva Granada, y todo lo referente a los honores fue llegando poco a poco, y la gente supo que Atanasio estaba en buenas manos, que tuvo el privilegio de ser casi un hijo de Bolívar, por sus orientaciones. La gente se quedó esperando por el regreso de Atanasio a la Nueva Granada, todo lo que se sabía de él eran

sus triunfos, su intrepidez, su bizarra conducta frente al enemigo. *Ya no vendrá*, dijeron inocentemente en el Congreso de Tunja en una de las intervenciones motivadas por el duelo.

El tiempo sigue su curso y su hermano Pedro nacido el mismo año en 1791, en madre diferente, pero criados en una gran hermandad muere en combate en la batalla de Juanambú, el 28 de abril de 1814, cuando arriesgado como su hermano vadeó un río para buscar mejor posición frente a sus enemigos, pero el pelotón quedó aislado y los realistas le cegaron la vida. Desde que se enteró de la muerte de su hermano Atanasio, creció su odio hacia los españoles, pero perdió la serenidad que este le transmitió en las cartas, y arriesgó mucho en esta acción.

La familia no aguanta tanto dolor, Louis y su esposa están desconsolados, es demasiado el sacrificio de la crianza para que la guerra criminal pero justa, se los lleve. Louis ha dicho que se enrolará a vengar el dolor sufrido. Para el momento de la muerte de Pedro, Louis cuenta con sesenta y dos años, pero es un hombre muy ágil gracias a la vida que se dio, entre la prisa de los negocios y la calma del hogar. Ha insistido en ingresar al ejército, pero al saber su edad lo prefieren viendo de los nietos que le dejó Pedro. Él se rehúsa e insiste, y finalmente después de arduos entrenamientos lo destacan en 1816 a las tropas que están en el Casanare bajo el mando de un militar de origen Francés de nombre Manuel Roergas Serviez; es una región llanera donde la guerra es muy frontal, los ejércitos enemigos se divisan con facilidad salvo cuando ingresan a las selvas de galería de algunos ríos para esconderse y despistar a los enemigos. La fama de hombre rico lo alcanzó hasta el Casanare; siempre cargaba un bolso con algunos menesteres no comestibles dentro. Los soldados decían que llevaba algo de oro allí, nadie imaginó que eran los papeles escritos por Atanasio cuando niño, también iban en ese bolso algunas cartas de su hijo escritas desde Cúcuta, Bailadores, Trujillo y San Carlos. De las cartas últimas, la entregada junto a la carta de pésame de Bolívar, quedaron con su esposa que a veces

desvaría y dice que nada de lo que dice Bolívar de la muerte de su hijo es verdad, y lee la de su hijo, con prosa halagadora, entusiasta y anunciando un pronto regreso. Lo cierto es que estando en los preparativos para una batalla, Louis Girardot dormía profundo cuando una daga le marchitó el corazón, lo asesinaron y se llevaron el bolso donde presumiblemente había un tesoro, claro que lo había, eran los preciados escritos de su hijo. Murió presto a luchar, vilmente asesinado.

La tragedia ahora es mayor para Doña Marta viuda de Girardot, su hijo Miguel se ha emocionado con la guerra, poco antes de la muerte de su padre, tiene trece años y no está apto aún para partir. Pero la situación en Santa Fe de Bogotá es muy tensa, requieren reclutar jóvenes de menor edad a la establecida de dieciséis años, y han revisado al joven que creen tiene buen tamaño sumado a la inteligencia y coraje de sus hermanos, pero solo irá a la guerra si la voluntad de su madre lo permite. Es tanto el dolor en ese hogar de la familia Girardot Díaz, que algún hombre debe quedar en casa viendo de tantas mujeres. Pero su terquedad ganó y se enrola como voluntario y en 1815, Bolívar que está de paso lo conoce, incluso visita la familia Girardot Díaz en Santa Fe de Bogotá y le otorga grado de subteniente, lo incorpora al batallón Barlovento que acompañaba al Libertador; de allí bajan a Cartagena y se embarcan con destino a Jamaica y luego navegan hasta Haití donde se organiza la expedición hacia Venezuela partiendo de Los Cayos de San Luis.

Los expedicionarios llegan a la Isla de Margarita con el apoyo de Petión que favoreció la dotación de armas, imprenta y goletas que en número de ocho lograron arribar a tierras venezolanas. Los patriotas logran organizar un gran ejército a finales de 1816 para libertar el oriente e incursionar con otra parte de la tropa hacia los llanos centrales donde el general español Pablo Morillo resiste la embestida militar, a cargo del general Carlos Soubllette que lo sitia en Calabozo. El español Morillo pierde y huye hacia el Sombrero y el ejército comandado por Soubllette va en su búsqueda reforzado con armas

ligeras municiones y algo de artillería que el falso pacificador ha dejado en el abandono. El 16 de febrero le dan alcance a las tropas de Morillo cerca del Sombrero, una pequeña villa, próxima al río Guárico, se presenta la batalla y los patriotas dominan, los realistas emprenden la huida y se van presentando batallas que dejan unos ochocientos muertos para los españoles y ochenta para los patriotas, con la terrible carga moral para las tropas libertadoras que el joven teniente Miguel Girardot Díaz se cuenta entre los muertos.

¡No quedan hombres en la familia Girardot Díaz! La historia recuerda que la viuda fue sometida al escarnio de la confiscación de los bienes familiares y a sufrir de una terrible pobreza.

—*Triste historia* —dice un escucha que ha puesto mucha atención a esta vida denodada de los Girardot.

—*Muy cierto, amigos* —dice otro escucha—, *pero, ¿qué pasó con el corazón de Atanasio?*

Entonces esta fue la respuesta:

Luego de la corta vida de Atanasio, todo continuó entre la guerra y la muerte, y las tropas realistas nuevamente asumen Caracas, esta vez insuflados por el odio del *Gazetero* José Domingo Díaz que desde Curazao escribió a finales del año 1813, con toda la inquina, que era imposible creer que han de “...colocar el inmundo corazón del sedicioso Girardot sobre el mismo altar en que se ofrece diariamente la preciosísima sangre de Jesucristo”. Con este fundamento, los enemigos de la república buscaron a los personajes siniestros que podían ayudarles a conseguir el corazón de Girardot. Interpelan al arzobispo realista Coll y Prat que había falsamente actuado como un ciudadano que sintió la muerte del prócer y fue custodio del corazón. Debió explicar donde se encontraba el órgano mítico que podía ser el referente para que en su nombre los rebeldes patriotas continuaran haciendo la guerra a España, y las razones por las cuales se prestó a tal ofrenda.

Este mal hombre que en el pasado reciente había señalado que el terremoto de Caracas en marzo de 1812 fue

castigo divino contra la insurgencia independentista, les llevó hasta el sitio exacto, donde reposaba el corazón de la independencia, pero impidió la profanación del lugar. Además, el arzobispo explicó que actuó bajo la presión del pérfido Bolívar. En ese momento nada hicieron los enemigos de la patria, fue luego cuando el nuevo gobernador realista Juan Nepomuceno Quero ordenó directamente al arzobispo Coll y Prat que entregara el órgano ícono de los revolucionarios y que públicamente se retractara de sus proceder, pero, el arzobispo creyó improcedente favorecer la violación del reposo de ese corazón y creó algunas historias, todas falsas; que Bolívar en el momento en que dejaba la ciudad ordenó llevarse el corazón dejando solo la pequeña urna de madera abandonada; y que no sabía dónde estaba ese corazón. En todo caso estaba claro que las honras fúnebres a Girardot fueron la base de una estrecha relación política entre Venezuela y la Nueva Granada, y su pecado como arzobispo frente a los españoles, fue permitir que se orara por un ser humano, como honra a cualquier otro.

Ese corazón estuvo desaparecido durante mucho tiempo, luego fue encontrado en un armario, bien conservado, tal cual previeron los médicos a Bolívar, aquel 30 de septiembre de 1813, cuando lo extrajeron del cuerpo de Girardot y lo trataron con las técnicas científicas que conocían. Las dudas siempre existieron sobre la veracidad de la existencia de este corazón enterrado a finales del siglo XIX, en una iglesia de Caracas. Lo que sí será siempre cierto, es que ese corazón es y deberá ser la base de las relaciones de hermandad entre dos repúblicas, que fueron por poco tiempo una sola, y que la intención de Bolívar se cumplió, porque a la independencia había que ponerle un corazón que unificara los esfuerzos por la libertad y la gloria de los pueblos.

En 1883, un poema basado en la arenga que Atanasio lanzó a sus tropas y se esparció a los vientos de Bárbula ese 30 de septiembre de 1813, fue publicado:

*Permite Dios poderoso,
que yo plante esa bandera
donde se mece altanera
la del español odioso;
y yo moriré dichoso
si tal es la voluntad
¡Compañeros avanzad!
nos espera el enemigo;
la muerte o la libertad.*

A más de doscientos años de años del decreto de Bolívar sobre Atanasio Girardot y la forma tajante ordenada para recordarlo, pudiera decirse que es un prócer olvidado, y no hay duda que los jóvenes cuando estudien ese personaje, se encontrarán aquel que con apenas veintidós años le puso mucho corazón a la guerra para que la libertad llegara. Pero hay temores, porque ese ejemplo impecable podría ser el camino a otra independencia.

El poeta y político de la Nueva Granada, José Fernández Madrid, un bolivariano insigne redactó una Oda a la muerte del Coronel Atanasio Girardot y por equivocación colocó “*el día de sus exequias fúnebres en 1812*”, también escribió un epitafio para ser colocado en la tumba al prócer cuando sus restos fueran repatriados. En ese momento triste de la historia ningún ser tan joven había recibido el honor de escuchar desde los cielos de América tantos poemas. Valencia, Caracas, Cartagena, Santa Fe de Bogotá y Tunja alabaron la gesta con las flores de las palabras.

Girardot aquí se halla sepultado:
vivió para su patria un solo instante,
vivió para su gloria demasiado,
y siempre vencedor murió triunfante,
sigue el heroico ejemplo que te ha dado,
mientras haya tiranos, caminante;
pero si libre américa reposa,
detente y riega con lágrimas su losa.

En 1850 fue publicada una Oda que celebra la gloria de la independencia, con sentido romántico y amplio. Su autor es Rafael Núñez Moledo; un joven de 21 años, la publica en el periódico *La Democracia*, y allí estuvo archivada como sucede históricamente con muchos poemas, hasta que un tenor italiano, Oreste Síndici, que vino a Colombia a cantar, enamorarse de esa tierra y quedarse; y que daba clases de música descubrió la oda, la bañó con música tal que hizo desistir a otros que andaban en la ruta de conseguir un himno pegajoso para la Colombia. En la tercera estrofa se recuerda la batalla de Barbúla, en esa contradicción simbólica de morir ganando, que el mismo Bolívar consideró parte del infortunio del joven Atanasio Girardot.

Del Orinoco el cauce
se colma de despojos
de sangre y llanto un río
se mira allí correr.
En Bárbula no saben
las almas ni lo ojos
si admiración o espanto
sentir o parecer.

Atanasio, si fuese por poemas y recuerdos, en tan corta vida se hizo el sueño de la juventud bizarra. Ahora, en estos tiempos difíciles, se escucha en los aires que soplan en Bárbula el reclamo histórico de su gran amigo Luciano D'Eluyar:

¡Si al menos como homenaje póstumo, lo ascienden a General post mortem!

¿Cómo olvidarlo?

Cuando paso por allí me habla el viento de Bárbula
me ofende por mis olvidos impropios
siento en mi piel el reclamo como justicia
veo su cuerpo pálido pero altivo en el fin de la arenga
veo su corazón desecho por el dolor
veo el olvido gatear tratando de salir del ocaso
veo al más brillante humano llorar,
nunca un corazón herido ha sacado tantas lágrimas.

¿Cómo llegó este bizarro a mi mente?

Dragó mis cauces históricos y se dejó ver.

¡A malaya! ¿A quién veo en mis sueños tristes?

Se perfila la añoranza en bocetos de luz
mirando al cielo lejano de Bárbula se desploma
rueda cuesta abajo con la muerte de compañera
y Bolívar grita a los aires de la historia:

¡Ha muerto Atanasio Girardot!

¡Ha muerto el corazón de la independencia!

Índice

Capítulo I	
Entre sorpresas	9
Capítulo II	
El misterioso río Magdalena	23
Capítulo III	
El camino del poder.	44
Capítulo IV	
Santa Fe de Bogotá es otra cosa	69
Capítulo V	
Personajes y tensiones	93
Capítulo VI	
La vida entre un preso ilustrado, dos sabios y una conspiración	123
Capítulo VII	
Un florero encendió la chispa	147
Capítulo VIII	
¿Unión o guerra fratricida?.	169
Capítulo IX	
Los neogranadinos respaldan a Bolívar	196
Capítulo X	
Atanasio vanguardia por la libertad.	222
Capítulo XI	
El destino es Caracas	251
Capítulo XII	
El corazón de la independencia	271
Epílogo	286

*“para cantar el ruiseñor sólo
requiere de un pequeño pico”,*

*Girardot. El corazón de la
independencia*

se editó en versión digital
en el mes de junio de 2022
en el taller editorial de
Ediciones Madriguera,
en Mérida – Venezuela.
¡Gracias a Dios!



Miguel Mora Alviárez

(Venezuela, 1950). Ingeniero Agrónomo con formación de cuarto nivel en agricultura. Profesor titular de la Universidad Experimental Simón Rodríguez. Consultor en geopolítica alimentaria, con una variada producción de escritos publicados sobre estos temas. Desde finales del primer decenio del siglo XXI invirtió la mayor parte de tiempo a la literatura en prosa con las siguientes publicaciones: *Pueblo Redimido* (2010), *Sentado sobre un nido de alacranes* (2010), *Prosas portátiles de la vida sencilla* (2012), *El incomprendido de la Guerra a Muerte* (2015), *El Gazetero, la palabra de la contra independencia* (2021) y la obra que hoy se presenta sobre *Girardot, el corazón de la independencia*. Todo esto sin

descuidar la poesía que concreta con *Poemas portátiles* (2021), y también con aportes como coautor a varias obras: *Poema en la Piel* (2021, compilador-coautor), *Cuando la luna nos ve* (Co-compilador y coautor), *La victoria de la poesía* (2022, coautor). En la actualidad tiene varios libros en preparación, entre otros *Narrativas breves* (2022), un nuevo poemario y un libro variado para niños. El autor se encuentra unido a un movimiento poético y respalda los Encuentros Latinoamericanos de Poetas La Victoria.

Girardot. El corazón de la independencia

El autor sigue la línea de las novelas con sentido biográfico y de importancia histórica para Venezuela, su patria amada, en las cuales siempre Bolívar será un personaje clave en los textos. Sin duda será una obra bien recibida en el ambiente de la hermandad histórica y necesaria entre Colombia y Venezuela. Se evidencia que nunca en la historia de la guerra de independencia la muerte de un joven de apenas 22 años hubiera impactado tanto los sentimientos de amor y odio, como la razón geopolítica de la guerra.

